



MINISTERIO DE DEFENSA

CUADERNOS DE ESTRATEGIA

124

NIHILISMO Y TERRORISMO

INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS

**SECRETARIA GENERAL DE
POLITICA DE DEFENSA**

**Dirección General de Relaciones
Institucionales de la Defensa
Instituto Español de Estudios Estratégicos**

Grupo de Trabajo número 4/03

NIHILISMO Y TERRORISMO

Las ideas contenidas en este trabajo son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE, que patrocina su publicación.

SUMARIO

Estudio Preliminar

NIHILISMO Y TERRORISMO

Por Miguel Alonso Baquer

Capítulo I

JACQUES BARZUN. DEL AMANECER A LA DECADENCIA. QUINIENTOS AÑOS DE VIDA CULTURAL EN OCCIDENTE (DE 1500 A NUESTROS DÍAS). UNA RADIOGRAFÍA DEL ALMA OCCIDENTAL

Por José María Pardo de Santayana y Gómez de Olea

Capítulo II

JEAN FRANÇOISE REVEL. EL REALISMO DE LA LÓGICA

Por José Enrique Fojón Lagoa

Capítulo III

ANDRÉ GLUCKMANN. EL NIHILISMO COMO FACTOR BELÍGENO

Por Francisco Javier Franco Suanzes

Capítulo IV

BERNARD-HENRY LEVY. EL FILÓSOFO DEL LADO OSCURO DE LA HISTORIA

Por Ignacio Fuente Cobo

Capítulo V

MANUEL CASTELLS. LA ERA DE LA INFORMACIÓN. INDIVIDUALISMO Y COMUNALISMO EN EL ORIGEN DE LA VIOLENCIA DEL SIGLO XXI

Por Enrique M^a Silvela Díaz-Criado

Capítulo VI

IGNACIO RAMONET. TERRORISMO INTERNACIONAL: ¿CAUSA O JUSTIFICACIÓN DEL INTERVENCIONISMO?

Por Juan Andrés Toledano Mancheño

Capítulo VII

THÉRÈSE DELPECH. CAOS MUNDIAL, TERRORISMO INTERNACIONAL

Por Vicente Hueso García

COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO

ÍNDICE

ESTUDIO PRELIMINAR

NIHILISMO Y TERRORISMO

POR MIGUEL ALONSO BAQUER

El presente “Cuaderno de Estrategia” prolonga las reflexiones sobre la actualidad internacional que tienen su punto de arranque en los sucesos de carácter terrorista padecidos por los Estados Unidos de América el 11 de septiembre del año 2001. Como los trabajos anteriores del mismo equipo de investigadores, la reflexión se apoya, aquí y ahora, en los modos de pensar de quienes han encontrado un cierto eco en los medios de comunicación social al emitir su punto de vista. Se trata, pues, de subrayar de alguna manera las ideas que están en condiciones de generalizarse en nuestro entorno sobre dos cuestiones importantes que se mueven en diferente plano: el plano cultural del “nihilismo” y el plano político del “terrorismo”. Los pensadores que nosotros venimos denominando aquí intelectuales hablan unas veces del “nihilismo” y otras del “terrorismo”, casi siempre como si fueran dos nociones totalmente diferentes.

El “nihilismo”, desenlace lógico de las filosofías eclécticas, relativistas e indiferentes a la valoración de las ideas y de las creencias, aparece en ellos como una cualidad del pensamiento postmoderno. Todos los hombres del siglo XXI sobrenadamos, a su juicio, sobre una situación nihilista. Tendemos a solidarizarnos con quienes no están seguros de nada. Consiguientemente tenderemos a desconfiar de cuantos se presentan a sí mismos como poseedores o defensores de lo que entienden que sea la Verdad o de lo que es lo más firmemente verdadero para cada uno de ellos.

En el plano político esos mismos intelectuales suelen referirse al fenómeno terrorista como algo también característico de nuestro tiempo. Las raíces de la violencia colectiva, que antaño producían situaciones de guerra abierta o de revolución social, ahora se manifiestan por la proliferación de graves atentados terroristas. Existe un tipo de hombre nuevo que se muestra relativamente dócil a la idea de operar con ciertos artefactos dañinos, en el seno de una

comunidad, por sorpresa y bajo la cobertura de unas ideologías. Este nuevo tipo de hombre, el “terrorista”, no sólo acepta el encargo de la activación del artefacto destructivo, sino que encaja en ocasiones la pérdida de su propia vida para mejor garantizar que el daño previsto vaya a producirse.

El “terrorismo” tiende a convertirse, tanto por su mayor frecuencia como por su mayor intensidad, en una referencia que muchos estudiosos identifican como si fuera la forma postmoderna de la guerra. Cada “terrorista” milita en una forma de conflictividad político-social dotada con suficiente potencia de agresividad como para que algunos denominen guerra (y no lucha) a lo que él realiza. También denominan guerra a todo lo que debería hacerse para mejor contrarrestar al terrorismo desde los Gobiernos democráticos de Occidente.

De entrada, nos parece que los dos fenómenos, el cultural del “nihilismo” y el político del “terrorismo”, son radicalmente diferentes entre sí a juzgar por la tipología humana que les sirve. El “nihilista” es un ser apático, anómico, angustiado, libertino e imprevisible, allí donde el “terrorista” es un ser activo, fanático, entusiasta y obediente, cuya conducta agresiva se puede adivinar al menos por parte de quienes le identifiquen a tiempo como tal presunto terrorista.

Esta evidencia nos viene inclinando a conceder que lo único común a los fenómenos nihilista y terrorista es su sincronía en el tiempo. Las sociedades modernas, tanto más cuanto más modernas sean, han de acertar a convivir con los dos fenómenos a la vez y han de repudiarlos, si bien en distinta medida, para así prolongar su propio progreso hacia la sociedad sin clases y sin guerras. Tal será la sociedad propia de un bienestar con visos de globalización. No obstante, salta a la vista que el repudio al nihilismo tiene mucha menor fuerza social que el repudio al terrorismo. El repudio al pensador nihilista se beneficia de una tolerancia casi permisiva, ya que los actos del nihilista no son (o no le parecen ser a nadie) directamente agresivos ni claros perturbadores de la convivencia en paz. El repudio al terrorista en activo no cuenta con este beneficio de la duda. Sus atentados son, sin duda, hechos crueles que afectan a una parte de la humanidad y que podrían, al querer ser cada jornada todavía más indiscriminados, afectarnos a nosotros mismos también o a alguno de nuestros seres queridos.

Cuando hace un cuarto de siglo un prestigioso autor de estudios minuciosos sobre la guerra irregular (que se conocía entonces como guerra de guerrillas), Walter Laqueur, derivó su atención hacia el estudio del “terrorismo” nada le hacía pensar que el fenómeno tomaría el

derrotero que actualmente sigue. Su libro “Terrorismo” fue inmediatamente traducido a las demás lenguas europeas y tuvo un éxito editorial aún mayor al que había tenido “La guerrilla urbana” de Robert Moss. Y es que ambos textos resultaban bastante tranquilizadores para Occidente. Así como la guerra de guerrillas en la época de Napoleón había brotado en el seno de sistemas políticos arcaicos, afectados por la mayor modernidad de los ideales de la Revolución Francesa, quizás para expresar los abusos del imperialismo bonapartista, la guerrilla urbana había aparecido en el seno de las naciones derrotadas en las dos Guerras Mundiales quizás para darle expresión a una protesta por las injusticias sociales todavía anexas a los ideales democráticos. Eran, pues, los urbanos atentados unas disfunciones aparecidas dentro de un proceso en sí mismo funcional, es decir, modernizador. Valían como enfermedades más bien típicas de un crecimiento que de una decadencia.

Laqueur y Moss, —otros muchos escritores se lanzaron a decir cosas semejantes— veían al “terrorismo” como una exageración del espíritu guerrillero que, sin embargo, precisaba y demandaba el mismo tipo de reformas en el vigente sistema social. La mejora de la sociedad por la vía de la tutela de los derechos humanos iría disolviendo las raíces de la violencia (urbana o rural) y les dejaría a los países ya modernizados enfrentados sólo con los residuos de una delincuencia común, estadísticamente inevitable.

Nótese que las raíces de la violencia terrorista en estos dos autores sólo tenían algo que ver con las vigentes ideologías cuando éstas estaban en regresión y padecían derrotas irreversibles. El “terrorismo” se alimentaba de los modos de sentir y de pensar del sector de la sociedad en retroceso cuyo comportamiento apuntaba a la restauración del sistema político ya derrotado primero en los frentes de combate y finalmente en las urnas. El “terrorismo” era un fenómeno residual que sólo sabía herir dando golpes de ciego. Antes, por ejemplo, el terrorista de finales del siglo XIX, era sólo un experto en magnicidios. La bomba siempre iba dirigida a un símbolo del poder.

Walter Laqueur había publicado en abril de 1977 el libro citado, “Terrorismo”, (que en 1980 tradujo Espasa-Calpe para su colección Biblioteca de Ciencias Políticas). La nota “Preliminar” al texto original se iniciaba diciendo que *“el terrorismo, uno de los temas de nuestro tiempo más ampliamente analizado, es al mismo tiempo, uno de los peor entendidos”*. El entonces profesor de Cambridge (Massachusetts), que lo publicó debidamente subvencionado por la Thyssen Foundation, añadía lo siguiente:

Este libro es consecuencia de un estudio de la guerra de guerrillas, pero difiere de él en algunos aspectos esenciales y también en que es heredero de una tradición diferente.

Para Laqueur en la “Introducción” a la edición española, el terrorismo se daba siempre en oleadas. Le parecía que, salvo con algunas excepciones, estaba declinando. Allí donde el terrorismo “*se había mostrado muy agresivo hace sólo unos pocos años, había disminuido... me refiero, por ejemplo, al Oriente Medio, a Latinoamérica e incluso a Irlanda del Norte*”. Esto es lo que dijo en aquella coyuntura.

No puede extrañarnos ahora, veinticinco años después de su aparición, que el libro “Terrorismo” tuviera éxito en los Estados Unidos porque se trataba de un texto tranquilizador. No se trataba, decía, de un movimiento de masas, sino de acciones realizadas por grupos muy pequeños que se daba sobre todo en los países que perdieron la segunda guerra mundial y que no se producía casi nunca en países pequeños o en ciudades de poca importancia. En Italia, Laqueur veía debilidad del Estado. En España, temores de pérdida de la identidad nacional, se entiende vasca. En Turquía, actuaciones extremistas dentro de la vida universitaria y en Argentina, una sangrienta ola de represiones. Pero añadía —la cita es textual—:

el terrorismo palestino ha ido decayendo durante los últimos años. De hecho se han producido más asesinatos entre los árabes que intentonas contra Israel... el terrorismo nacionalista-separatista del Ulster parece retroceder.

Laqueur despreciaba la postura nada tranquilizadora del teólogo Wilhelm Kasch para quien “el terrorismo era constituyente inevitable de una sociedad sin Dios, *la consecuencia del «ateísmo metodológico»*”. Corregía al teólogo diciéndole que el fanatismo no era monopolio de los ateos. Rechazaba, pues, cualquier referencia “*al impulso de destruir —a uno mismo y a otros— surgido de una desesperación radical; como una nueva forma de «enfermedad hacia la muerte»*”. Nada, pues, —según Laqueur— venía del “nihilismo” nacido en la sombra de Kierkegaard y Heidegger que —según Kasch— “*se manifiesta en la incapacidad para hacer causa común con otros*”.

Para Laqueur, un anglosajón, los orígenes del “terrorismo” estaban en el anarquismo, es decir, en el refugio en el anonimato y en la tendencia a la violación de normas establecidas que le eran consubstanciales a la anarquía. Era la imagen que aparecía en Dostoiewski. El terrorista es un anarquista extranjero, que anda siempre tirando bombas, desgredado, con una barba negra y una sonrisa satánica de perturbado, fanático, inmoral, siniestro y ridículo. Según ella, el terrorista era sólo una respuesta a la injusticia. Se reduciría su virulencia si hubiera justicia social porque los terroristas sólo son unos fanáticos empujados a la desesperación por las condiciones intolerables de existencia. “*Son pobres y su inspiración es profundamente ideológica*”. Y concluía diciendo:

Terrorista era cualquiera que trataba de promocionar sus ideas mediante un sistema de coacción basado en el miedo.

Tanto era así que, para Laqueur:

el momento culminante del terrorismo en la Europa Occidental se produjo a partir del éxito de la “propaganda mediante la acción” propia de los anarquistas en los años noventa del siglo XIX. El antiguo concepto del tiranicidio justificado suministró inspiración al pensamiento terrorista del siglo XIX.

Sin embargo, no era del todo imposible vislumbrar entre las líneas de su obra que allá por los decisivos años setenta del pasado siglo XX resurgía en la literatura alguna referencia del nihilismo como si fuera éste un acompañante necesario de la desesperanza del terrorista. El terrorista siempre era alguien que había sido adoctrinado por algún representante cualificado de una ideología nefasta. Y era verdad que la defensa pseudolegitimadora de aquellas acciones violentas formaba parte de la literatura subversiva en curso, fuera éste un curso legal o un curso clandestino. Había, pues, una nueva conexión entre el terrorismo y el nihilismo. Pero esta conexión tenía (o parecía tener) las notas morbosas de lo enfermizo.

Sólo algunas ideologías (sectarias o sectoriales) y sólo algunos ideólogos (radicales o exaltados) eran responsables de la transformación de una idea en un acto, de unas ideas diabolizadoras de unas personas (en particular) en los actos criminales dirigidos contra estas personas (en particular). No se trataba, pues, del progreso del “nihilismo” sino de una especie de rendición de cuentas que se hacía desde fuera de la ley. Si en la sociedad dejaba de ser efectiva la justicia, el ser más justiciero podía llegar a ser, precisamente, el terrorista más audaz. Y esa

justicia podría en ocasiones legitimarse socialmente si se seguía diciendo con frecuencia en los medios de comunicación social que le resultaba imposible al terrorista evitar que fueran víctimas de sus artefactos mortíferos algunas personas, inocentes sí, pero no del todo ajenas a la injusticia generadora del atentado o de la serie de atentados.

El uso secreto de la violencia para fines políticos le pareció a Walter Laqueur la clave del terrorismo del siglo XX. Se ejercía la violencia sólo contra un gobierno (o contra otro grupo social de clase o de partido) y siempre para reparar agravios, para tomar el poder o para liberar al país de un ejército ocupante.

Los grupos terroristas, en contraste con las unidades de guerrilleros, no crecen más allá de cierto límite... Las campañas de terrorismo en las ciudades rara vez duran más de tres o cuatro años. El terrorismo es un hecho ligado a la rebeldía generacional. Los anarquistas eran pobres. Los terroristas modernos no viven únicamente del entusiasmo; necesitan grandes cantidades de dinero.

El método de investigación propio de Laqueur, aparentemente positivista, quedó del todo marcado por esta personal actitud tranquilizadora hacia los miembros de la sociedad del bienestar. He aquí una muestra de su sentido:

En 1968 se produjeron en todo el mundo 35 secuestros de aviones con éxito; la cifra se elevó a 87 en 1969 y a 83 en 1970; se dieron otros 58 casos en 1971, 62 en 1972 y un claro descenso a 22 en 1973.

En absoluto sospechaba Laqueur que pudiera darse cambio cualitativo alguno en el alcance del atentado terrorista y en su punto de aplicación.

En último análisis, —escribe— lo que cuenta no es la magnitud de la operación terrorista, sino la publicidad... Los medios de comunicación, con su tendencia inherente hacia el sensacionalismo, han exagerado los éxitos terroristas perdiendo siempre de vista su importancia intrínseca.

El que Walter Laqueur fuera tanto un historiador como un comentarista británico de origen alemán, nacido en Breslau el 26 de mayo de 1921 y finalmente instalado en la Universidad de

Telaviv (Israel), no debe hacernos olvidar el fondo de su actitud optimista. Este optimismo le lleva una y otra vez a la idea de estar analizando sólo meras oleadas terroristas de breve duración que se amparan en la vulnerabilidad psicológica de los jóvenes más idealistas. Su interpretación del terrorismo multinacional adolecía del mismo fallo.

El terrorismo multinacional alcanzó su apogeo en los primeros años sesenta, al producirse una íntima cooperación entre pequeños grupos terroristas de muchos países, con los libios, los argelinos, los norcoreanos y los cubanos actuando como tesoreros... El terrorismo llegó a hacerse casi respetable y llegó a crearse una importante mayoría en las Naciones Unidas opuesta a que se adoptaran efectivas medidas internacionales para combatirlo.

Y es que cuando se quiere desprender al terrorismo del último tercio del siglo XX de las ideologías totalitarias o nihilistas —tal era el terrorismo real del año en que Laqueur escribía “terrorismo”— sólo se llega a esta discreta acusación:

Los regímenes más opresivos no sólo están libres de terrorismo, sino que han ayudado a lanzarlo contra las sociedades más permisivas. Con las bombas de relojería dejadas en sitios públicos y el envío de cartas-bombas, la lucha ha pasado a ser anónima y ha desaparecido gran parte del heroísmo y del sacrificio. En algunos casos, el terrorismo se ha burocratizado y en otros se manipula desde lejos.

La conclusión de Laqueur sigue siendo tranquilizadora:

las metas del terrorismo han cambiado y el terrorismo con ellas... el terrorismo se ha dado cada vez con más frecuencia en sociedades en las que es posible el cambio pacífico.

Laqueur, que nunca se desprende de sus conocimientos sobre la guerra de guerrillas y sobre el consiguiente anarquismo, subrayaba así la tesis del español Romero Maura, relativa al periodo que condujo a la Dictadura de Primo de Rivera en 1923.

El anarquismo y otros movimientos revolucionarios sólo han tenido fuerza cuando también eran posibles otras alternativas políticas más moderadas.

Como Robert Moss, que escribió en 1972 el libro “The War for the Cities” (pronto traducido a la lengua española como “La guerrilla urbana”), Laqueur creía que donde había terrorismo se daba también un cierto vacío de legitimidad. El atentado terrorista era, pues, poco probable o simplemente un fenómeno esporádico, si la legitimidad del sistema no se ponía en cuestión.

Si el terrorismo ha logrado algún éxito, ha sido contra gobiernos democráticos o dictaduras poco eficaces.

El cansancio intelectual que a Laqueur le produjo el tema terrorista le llevará a esta peregrina conclusión:

la narración novelesca ofrece más posibilidades de contribuir a una mejor comprensión del fenómeno terrorista que la ciencia política. La narración novelesca es una cantera en la que pueden encontrarse ricos filones.

Naturalmente que el guerrillero, el rebelde, el anarquista y el terrorista de las novelas ofrecen a la imaginación de los escritores que se recrean en una función crítica oportunidades múltiples para decir lo que cada uno pretenda mostrar como verdadero. Por esta vía literaria Dostoiewski describió las consecuencias concretas y nada utópicas del nihilismo que ahora no le interesaban a Laqueur. Y es que desde la religiosidad angustiada de Dostoiewski “*el terrorista era nada más y nada menos que el anticristo, la encarnación del mal supremo, la negación de todos los valores*”. Y no simplemente un descontento fugaz.

Cuando Laqueur llegue al Capítulo V de su obra, titulada por él “El terrorismo, hoy”, se verá forzado a ocuparse del terrorismo propio de lo que llamaba “La Nueva Izquierda”. Y nos dirá que “*con el alborar de la época permisiva, se hizo mucho menos arriesgado practicar el terrorismo*”. Y esto sí que le empezaba a preocupar.

Incluso en los países occidentales el terrorismo se hizo claramente impopular en el momento en que dejó de ser una leve molestia y se convirtió en un grave inconveniente para la marcha de la sociedad.

Nada había, pues, que debiera preocupar demasiado a la civilización occidental. Porque la conducción suya era ésta:

A pesar de todas las reservas, la ola de terrorismo político estaba indudablemente retrocediendo.

La clave, no obstante, —y ésta sería la mejor aportación de Laqueur— sí es cierto, decía, que está en la permisividad.

Si el terrorismo es el pez, lo que necesita para sobrevivir es el agua de la permisividad de la sociedad liberal o de la ineficacia de los regímenes autocráticos... Todo está permitido puesto que todo el mundo es culpable menos él.

Todo esto tiene algo de contradictorio. El terrorista se beneficia de la permisividad, —a mi juicio, una desviación torcida de la tolerancia— pero el terrorista no ofrece a sus víctimas el menor margen de permisividad. El terrorista siente, —o alguien le hace sentirse— justiciero implacable. Se siente a sí mismo inocente del todo, —héroe y mártir en una pieza— aunque ejecute actos malignos. Pero, al mismo tiempo, siente que él está rodeado de culpables para quienes no cabe tener misericordia. La frase de Sartre, “*el infierno, son los otros*” bien podría servir como el lema universal del terrorismo.

Este horizonte mental es el que vamos a tener a la vista al comentar las obras de Barzun, Revel, Gluksmann, Levy, Castells, Ramonet y Lepéche.

Volvamos, pues, a lo que nos hizo iniciar estas reflexiones: a los medios de comunicación social. No es tarea del todo fácil descubrir en las aportaciones de los hombres que están a cargo del pensamiento occidental en los medios de comunicación social, que exista un suficiente acuerdo entre ellos mismos sobre lo que sea el fenómeno terrorista. Más difícil aún sería descubrir en sus frecuentes escritos una conexión del tipo causa-efecto entre unos modos de

pensar y unos modos de proceder, que necesariamente se dé en los grupos terroristas. Y es que las ideas que generan en el terrorista la realización de los atentados aparecen en los ensayos y en los artículos de prensa apenas conectadas con el empleo de las técnicas de agresividad que consideramos propiamente terroristas.

Una cuestión que suele darse por supuesta como válida por estos intelectuales es la relativa espontaneidad de la réplica terrorista a una situación injusta (o entendida por alguien como radicalmente injusta). Brotan los atentados allí donde hay múltiples abusos del poder que, desde luego, engendran sufrimientos a gentes inocentes. Consiguientemente, la culpa no es originariamente del agente terrorista sino del inductor capitalista. Es más, el ejecutor del atentado más brutal e indiscriminado (el que se inmola a sí mismo) aparece cargado de atenuantes. No es él mismo el asesino responsable en la misma medida en que lo son 1º) quien previamente le fanatizó; 2º) quien le pagará el servicio a sus familiares más directos; 3º) quien le ha financiado los preparativos y 4º) quien le ha ofrecido la seguridad de un póstumo homenaje a su memoria.

La culpa queda, pues, distribuida entre dos sectores muy amplios de la población mundial a los que difícilmente llegarán las graves sanciones de los tribunales de la justicia. O la tienen los ricos en general (por ser propietarios abusivos del bienestar posible) o la tienen, no los pobres, sino otros seres sólo relativamente ricos pero con dinero suficiente para encandilar a unos pobres desgraciados haciéndoles creer que ellos serán los héroes o los mártires de una revolución en ciernes cuyo definitivo triunfo no podrán contemplar desgraciadamente.

Otra cuestión que también suele darse por supuesta en los medios sociales es la dosis de fanatismo, más bien religioso que político, que se concentra sobre el agente terrorista en mucha mayor medida que se concentra en los dirigentes de la red clandestina, casi siempre unos seres agnósticos. El dirigente a distancia de los impresionantes atentados terroristas del siglo XXI suele ser (o aparecer) como un hombre culto y educado, como un buen organizador y como un mejor encubridor de los delitos, cuyo nivel de vida se nos acabará desvelando muy alto y cuyo prestigio social se adorna de retóricos razonamientos y de forzadas legitimidades. No era su grandeza moral (o su ejemplaridad ética) lo que mejor explicaba la docilidad de sus secuaces sino la habilidad que tenía aquel dirigente para vestir con rasgos diabólicos a todo el entorno de una civilización poderosa (que, naturalmente, es la civilización occidental y cuyo núcleo se encuentra en los Estados Unidos de América). Del “otro”, se nos dice que está demonizado. Pero mi “jefe” debería estar, cualquiera que sea su proceder, sacralizado y, por lo tanto, habrá de

ser obedecido a ciegas. El terrorista será obediente (como agente) donde el nihilista era arbitrario (como dirigente).

En cambio, nunca suele darse por firme cual sea el caldo nihilista de cultivo que suele envolver tanto al terrorista mismo como a sus dos grandes inductores sitos a mayor o menor distancia, el hombre rico que abusa de su bienestar y acumula más y más riquezas y el menos rico que logra movilizarle nada menos que hasta convertirle en un ser tan asesino como suicida. No suele darse por firme en los medios de comunicación la existencia de una estructura ideológica nihilista como lo que es: el acompañante necesario y suficiente del fenómeno terrorista. Y no se llega a esta certeza interpretativa del fenómeno terrorista porque se parte ingenuamente de la contraria. Se nos repite cada jornada que el terrorista es un fanático religioso.

El fanatismo religioso —esto suele decirse también del fundamentalismo religioso y, en ocasiones, del integrismo o del puritanismo—, es una secuela de la religiosidad tal como la entiende el mundo occidental y no de las increencias cuando éstas se generalizan en Occidente más aún que en Oriente. Esta es la tesis que más veces se nos repite a los ciudadanos en los televisores.

Ciertamente que se habla en los libros de mayor actualidad y con más éxito popular del nihilismo como si fuera una característica del pensamiento occidental contemporáneo. Alguien (Glucksmann) ha llegado a decir que todo el futuro, como nueva época de inmensa duración, pertenece al nihilismo, tal como habían pertenecido a la creencia los dos milenios anteriores a la actualidad o como, a su juicio, perteneció a un naturalismo pagano el milenio anterior al comienzo de la era cristiana (Lèvy). Pero una cosa son las afirmaciones de los textos filosóficos (Barzún y Revel) sobre las características del tiempo presente y otra las advertencias acerca de la peligrosidad de unos modos de pensar. El modo de pensar que viene del nihilismo no suele aparecer en los medios de comunicación social cuando se habla de las raíces de la violencia. No aparece siendo lo que es en realidad: el fenómeno inspirador de las conductas del terrorista. (Castells, Ramonet y Lépèche). Y esto es lo sorprendente.

Hemos citado ya, sólo de refilón, los nombres de los siete intelectuales (o comentaristas) vivos e influyentes que, a mi juicio, están en óptimas condiciones para hacernos ver lo que Ortega y Gasset solía denominar el estado de cuestión: Jacques Barzun, Jean-François Revel,

André Glucksmann, Bernard-Henry Lèvy, Manuel Castells, Ignacio Ramonet y Thèrese Delpech. Estos siete escritores tienen raíces profundas ancladas en lo que para mejor entendernos vamos a llamar la cultura francesa. Los siete se han mostrado atentos a la realidad social que les es contemporánea, fijándose mucho en las raíces de la violencia característica del mundo que se pretende ya modernizado. Los siete se han tomado una cierta distancia respecto a la polarización que Occidente está viviendo a la hora de determinar el modo correcto de operar frente al fenómeno terrorista. Pero ninguno de los siete, siendo en general tan críticos de las decisiones de la Presidencia de los Estados Unidos de América como de la Presidencia de la Quinta República Francesa, se nos decanta del todo en su modo de pensar hacia la íntima conexión entre un “nihilismo” (cultural) y un “terrorismo” (político). Los siete le dan vueltas y vueltas a la situación dada, a mi juicio, sin caer en la cuenta de que la clave de ésta no radica en la versión fundamentalista de la religiosidad islámica en conflicto en el laicismo apático de la civilización occidental. Esta no es la más clara de las explicaciones del fenómeno terrorista. Tienden los siete a excluir de la comprensión del fenómeno de la violencia colectiva y social el sentido que en muchos pensadores de Occidente tiene (o tuvo) la apología discreta del nihilismo que en su día propiciaron.

Un catedrático español, Dalmacio Negro, contra viento y marea, ha escrito recientemente en su columna del diario madrileño “La Razón” del martes 11 de febrero del 2003 esta original descripción en el contexto de esta tesis: “La opinión pública como superpotencia”.

El “nihilismo” es una consecuencia de la destrucción de la tradición —usos, costumbres, hábitos de comportamiento, lenguaje, sentido del deber y en definitiva, el sentido común— y de la autoridad en la familia, en el Estado, en la Iglesia, en la sociedad y las instituciones, en la educación, la política, el arte y la literatura... Se generalizan así la desconfianza social, compensada por un abstracto humanitarismo sentimental y el desinterés por la verdad, sustituida por la utilidad.

El “nihilismo” supone, pues, el simultáneo abandono de la tradición, de la autoridad y de la verdad. Algo que, sin duda y a mi juicio, no se compensa ni por el abstracto humanitarismo sentimental ni por la mera utilidad... “*Al considerarse cada hombre autoridad, la opinión individual sustituye a la verdad, prevaleciendo la opinión pública convertida en juez absoluto de todo*”.

En efecto, allí donde cunde el “nihilismo” es donde mejor prevalece la opinión pública como un juez absoluto de todo. Y la opinión pública sobre el fenómeno terrorista, lejos de subordinarse al riguroso análisis de la realidad cumplido por algunas personalidades muy competentes, se yergue sobre el tópico de lo sentimental cuando es aceptado como algo simplemente útil para seguir viviendo. Y así, el atentado terrorista que a veces provoca, desde luego, compasión para las víctimas sirve de ocasión, simultáneamente, para condenar de nuevo sólo a los seres a quienes más se envidia.

En definitiva, el estado de la cuestión terrorista apunta en nuestros siete testigos de cultura francesa, —no de nacionalidad francesa— hacia dos explicaciones antagónicas. La explicación mejor aceptada por ellos se fija, al describir al terrorista como tipo humano, en las religiosidades es él exacerbadas por causa de su actual crisis. Reúnen en una sóla las imágenes del héroe y del mártir para dibujar (o retratar) al terrorista que se suicida. La segunda explicación no acaba de ser considerada por ellos mismos como una verdadera hipótesis de trabajo. Es la pérdida de las creencias y el desprecio radical a la existencia de Dios lo que generaliza en las gentes un tipo agresivo de conducta hacia sí mismo, hacia los demás y hacia quienes define el terrorista como sus enemigos; es esto lo que más se repite en quienes ahora se quedan sin fundamento y sin forma. Lo expresaba un personaje de Dostoiewski con esta terrible frase. *“Si Dios ha muerto, todo está permitido”*. Esta es la polaridad de interpretaciones realmente vigente: fanatismo versus increencia.

Sin llegar a plantearse cuales podrían ser las mejores vías para clarificar el dilema de explicaciones aquí apuntado, los grandes creadores de opinión pública nos siguen aportando, día a día, sus propias teorías en las páginas de los medios de comunicación social. Hoy, en Occidente, podría decirse que la citada polaridad tiende a reducirse a un problema de estrategia a medio plazo. Ciertamente que se debería preparar una eficaz lucha contra el terrorismo. De entrada, el terrorismo es un mal. Pero ciertamente también que esta lucha contraterrorista admite variaciones de significado que en su esencia son políticas. La lucha deberá ser: **a)** una verdadera guerra, del todo rigurosa e intransigente con los actores, los inductores y sus cómplices de cada atentado terrorista o **b)** una discreta lucha, tolerante y permisiva, que se hará compatible con la esperanza de producir antes el cambio corrector en la civilización occidental que la enmienda en el modo de pensar de los ideólogos del terrorismo.

Para percibir la coexistencia de las dos líneas de acción nos debería bastar la lectura de los titulares de la prensa que mejor se vende y que con más entusiasmo se comentan. Esta lectura también puede reducir a dos polos las posturas de los protagonistas de la polémica estratégica frente al terrorismo. En una de las posiciones se sitúa a la Presidencia de los Estados Unidos (y a los Gobiernos que se comportan como sus verdaderos aliados). En la otra se colocan sus críticos o aliados ocasionales, que en definitiva, son los mismos críticos de siempre desde el desenlace de la Segunda Guerra Mundial. El último medio siglo de la historia universal nos revela la persistencia del mismo dualismo estratégico. Incluso cabe decir que en la propia Presidencia de los Estados Unidos (y en la cabecera de sus verdaderos aliados), —excluyo a los aliados ocasionales de los Estados Unidos siempre frecuentes— se han instalado alternativamente personalidades al servicio de ambas estrategias, —la que tiene prisa por ganar y la que demanda demoras para la acción contraterrorista.

No se trata de poner de relieve una inmensa simplificación de carácter maniqueo. Las dos estrategias para vencer en la lucha contra lo que se define como malo son siempre posibles. Nunca se alza ninguna de las dos con una victoria que parezca definitiva. Basta que una de las dos progrese con éxito para que la otra se recupere y ofrezca de nuevo otra alternativa. Lo más claro para entender la situación realmente dada sería concluir que la capacidad terrorista para herir mortalmente todas y cada una de las posibilidades occidentales a favor de un nuevo orden mundial en relativa armonía es una capacidad muy limitada. Pero la capacidad terrorista no es desdeñable. Sólo podemos confiar en el logro de situaciones de relativa seguridad que aminoren temporalmente las amenazas y los riesgos.

Un procedimiento, a mi juicio válido, para mejor poner de relieve la prevalencia del conflicto estratégico en el seno de la vida occidental sería aquel que pusiera entre paréntesis el juicio de valor negativo hacia el terrorismo que las dos opciones estratégicas comparten y que se dejara a la vista cuales son las argumentaciones más reiteradas de una y otra tanto favor de la estrategia activa como de la estrategia pasiva. Y ninguna base nos resulta a nuestro alcance para este empeño más efectiva que la geográfica. Los dos modos de pensar sobre el fenómeno terrorista tienden ahora, por la naturaleza de las cosas, a centrarse, el primero, en la cultura anglosajona y el segundo, en la cultura franco-alemana.

Esta primera aproximación no desmiente la evidente mezcla topográfica de actitudes hostiles entre sí que se pronuncian en todo Occidente cuando se habla de terrorismo. Pero salta a

la vista que el balance de las contrariedades tiene otro tono cuando se estudia por separado lo que proviene de mentes anglosajonas y lo que proviene de la cultura francesa, pongo por caso. Las posturas de los creadores de opinión pública en el corazón franco-alemán de Europa Occidental tienen un soporte intelectual muy diferente al que alimenta las actitudes de los pensadores ingleses y norteamericanos. Los escritores franceses que hablan sobre “terrorismo” en uno u otro sentido (estratégico al elegir el modo correcto, a su juicio, de operar) nos dan unos argumentos muy específicamente pro nacionales. Los pro anglosajones no se desprenden del trans fondo globalizador. Pero ni unos ni otros se ocupan del “nihilismo”, que es lo que a mi juicio les aproximaría a ambos en sus designios estratégicos.

Hemos seleccionado en este “Cuaderno de Estrategia” una parte de la obra de siete intelectuales con vocación de publicistas no precisamente franceses todos ellos, pero sí marcados por el reconocimiento de su obra en Francia. Son siete los nombres que vamos a citar, en principio, por el orden de las fechas de su nacimiento.

Son, el primero, un ciudadano de los Estados Unidos, Jacques Barzún, que nació en Francia en 1907 y emigró definitivamente a Nueva York en 1919 a los doce años de edad para convertirse en un eminente hombre de cultura. Su obra más madura “Del Amanecer a la Decadencia: Quinientos años de vida cultural en Occidente” (De 1500 a nuestros días) deja en los lectores el poso de una reflexión serena donde el terrorismo no ocupa ninguna posición central.

Viene a continuación un francés de pura cepa nacido en 1924, Jean-François Revel, cuya inmensa capacidad de síntesis se aplica cada día más al estudio de los acontecimientos inmediatos en la prensa diaria. Revel se muestra preocupado por los efectos sobre la toma de decisiones de los grandes tópicos y, por lo tanto, resulta fácil reconocer que ha pasado a ser un crítico de su propio país en el momento actual.

Ni que decir tiene que los dos autores que les siguen en este sondeo a Barzún y a Revel se mueven en un plano del todo político, —el de las ideas políticas— como hombres que son de otra generación. Son los “*nuevos filósofos*” del mayo francés de 1968 André Glucksmann y Bernard-Henry Lévy, nacidos respectivamente en Boulange (Francia) en 1937 y en Beni Saf (Argelia) en 1948. Estos dos nombres son los más decididos intérpretes, cada uno a su modo, del fenómeno terrorista más actual.

Nos quedan para consumir el recorrido otras tres personalidades de la pluma que aquí cumplen una función de contrapunto. Primero, un español, Manuel Castells, nacido en Hellín en 1942, seis años mayor que Bernard-Henry Lévy. Trasladado a Barcelona de niño con toda su familia y luego por decisión propia a Francia (París) para seguir en esta ciudad sus estudios de derecho y de economía, fue testigo del mayo revolucionario francés del 68, y siendo discípulo distinguido de Alain Touraine y por lo tanto de ideas socialistas. Pasó a ejercer el profesorado desde 1979 en la Universidad de Berkeley (California). Después nos ocuparemos de otro español, Ignacio Ramonet. Por último analizaremos el contrapunto francés, también internacionalizado, de una mujer Thèrese Delpech, mucho más joven que todos los anteriores y más preocupada si cabe en la previsible derivación hacia el empleo internacional de la indudable capacidad de herir que tiene a su alcance el terrorismo aquí y ahora, si dispusiera de armas de destrucción masiva.

Los siete autores citados tienen muy poco que ver entre sí. Se les ha escogido como muestra diacrónica de un proceso que sucede en la cultura francesa, aunque también se aplique a los Estados Unidos o a España. El análisis del pensamiento del español Castells (que hemos situado rompiendo el respeto absoluto a la cronología detrás de Levy y no delante) resulta válido porque desde su retorno a lo anglosajón no sigue la línea más centroeuropea del indestructible binomio francés de mayo de 1968, Glucksmann-Levy. Si hubiera que reconocer entre los siete pensadores a sólo dos relativamente próximos entre sí, serían Glucksmann y Levy. Por eso los hemos colocado juntos y no separados por el nombre de Castells y a éste precediendo a Ramonet, el más radicalmente hostil a la globalización (si sigue encabezada por los intereses de los Estados Unidos) de los escritores estudiados.

Jean-François Revel fue, primero, doctor en Filosofía por la Escuela Normal Superior de París. Todavía joven, ejerció el profesorado en Méjico y Florencia para optar a los 39 años de edad por la dedicación plena al periodismo, quizás estimulado por el éxito de sus críticas literarias aparecidas en “France-Observater” y, sobre todo, en “L’Express”, un medio del que alcanzó la dirección en 1978. Su plataforma actual de proyección radica en los editoriales de “Le Point”. Es un lugar común decir que ha venido a ocupar el sitio que dejó vacante a su muerte Raymond Aron. La explicación puede estar en sus paralelos tránsitos desde el socialismo hacia el liberalismo y en sus respectivas independencias de criterio respecto a la política francesa en curso.

Revel formula su crítica política desde la cultura, algo que le va pareciendo día a día un fenómeno más bien occidental que sólo francés. Los títulos de sus mejores libros, casi siempre adelantados en forma de breves artículos, son muy expresivos de su talante crítico. El éxito le acompañó en 1976 con “La tentación totalitaria”, donde dejó dicho que *“el principal obstáculo al socialismo no es el capitalismo, sino el comunismo. La sociedad socialista futura no puede sino ser planetaria, y ella se realizará sólo al precio, si no de la desaparición de los estados nacionales, al menos de su subordinación a un orden político mundial”*. Todavía se movía entonces dentro de la posibilidad de una política de izquierdas nada totalitaria y apenas atenta a la estatización de los medios de producción.

Gran resonancia tuvo la agresividad dialéctica de su libro “Ni Marx ni Jesús” del año 1970. No había, a su juicio, una tercera vía entre el socialismo y el liberalismo que pudiera calificarse de cristiana. La socialdemocracia, el socialcristianismo y la democracia cristiana (por socializante que pretendiera ser en la Italia de Aldo Moro) son para él variantes del liberalismo. La única alternativa al socialismo soviético tiene que ser la civilización del capitalismo democrático.

Las verdaderas revoluciones —las únicas que triunfan— son las que pasan inadvertidas y están desprovistas de violencia o de fanatismo religioso.

La preocupación por no cometer errores irreversibles en el ámbito occidental le llevó más tarde a publicar “Cómo terminan las democracias” en 1983, una obra que anunciaba otras dos: en 1984, “El rechazo del Estado” y en 1987, “El terrorismo contra la democracia” ambas alusivas a la debilidad del pensamiento democrático en su lucha contra los regímenes comunistas. La caída del *“muro de Berlín”* no se había alentado desde Occidente porque la educación universitaria, ante todo durante la presidencia de François Mitterrand, había defendido la idea de dar por irrecuperables los espacios ganados por el marxismo-leninismo.

Como periodista, la obra principal de Revel se resume en términos de teoría sobre la información en “El conocimiento inútil” (1988). Era una denuncia del modo como la prensa europea de izquierdas mezclaba opiniones y juicios de valor presentando por sistema numerosas falsedades, eso sí cargadas de su propia ideología, cual si fueran pura información. Con este libro culminaba su demoledora crítica de la izquierda intelectual de su propio país. Revel desvelará

finalmente, hacia 1992, la ineficacia francesa para la verdadera y estimulante creación filosófica, *“No es por casualidad que la pobreza filosófica reine en Francia a partir de comienzos del siglo XIX, es decir, desde la creación (napoleónica) de la universidad”*.

En los tres últimos años el editorialista de “Le Point” ha profundizado en la autocrítica de la cultura progresista de Francia. Su figura ha quedado convertida en polémica. Y la polémica le ha aislado tanto más en la medida en que él se ha aproximado en política internacional a los postulados de una parte de la inteligencia norteamericana, a su juicio, la más auténticamente liberal. Sus incursiones en el tema del terrorismo transnacional han tenido más fortuna fuera de Francia y hay que decir que son las suyas unas opiniones cada día más certeras y valientes.

Contrapesar a la obra más reciente de Jacques Barzún, un veterano de las letras, con la de Jean-François Revel, ambas en el horizonte del pensamiento de Raymond Aron sería un buen ejercicio. Sobre todo, si se hace a sabiendas de la distancia que entre los tres se abre hacia la opinión hoy más generalizada en la universidad francesa, una opinión que se nos queda ostentosamente fuera del trinomio Aron-Barzún-Revel.

La posición intelectual de André Glucksmann (en cierto sentido paralela o precursora de la de Henry-Bernard Levy) resulta esclarecedora de un giro (también extrauniversitario) padecido durante estas tres últimas décadas por Francia. Si el trinomio Aron-Barzún-Revel todavía operaba críticamente desde una sociología general y desde un periodismo militante firmemente anclado en una filosofía típicamente moderna (la filosofía de la Ilustración), el binomio Glucksmann-Levy opera (más críticamente aún) desde unas ideas políticas del todo decididas a la ruptura de una continuidad, no tanto con el pensamiento tradicional (anterior y posterior al Renacimiento) como con el pensamiento moderno (anterior y posterior al Idealismo y al Materialismo, ambos dialécticos), que es el que predominó en Francia a finales del siglo XX.

Hay, sin embargo, un elemento común para todo el cuarteto de testigos ya reconsiderados por mí en este estudio preliminar, que es la condena del stalinismo. Glucksmann es un discípulo de Althusser, pero apenas se mantiene fiel a sus postulados marxistas. Su ruptura con los postulados soviéticos está fechada, como tantas otras, en mayo de 1968, pero no para recuperar la cosmovisión occidentalista moderna por donde circulaban las ideas de Aron, Barzún y de Revel, sino para abrirse hacia el anarquismo. Glucksmann aborrece el pensamiento sistemático, sea éste el medieval de Dante o el renacentista de Bodino. Y también el de los edificios

culturales de quienes llamó los maestros pensadores (Fichte, Hegel, Marx y Nietzsche) para quedarse con el ensayismo al margen de la filosofía y de la ciencia que atribuye al magisterio de Montaigne en el siglo XVI y al de Freud en el siglo XX. Hitler y Stalin son para él los hijos del Estado Racional de Fichte, del Estado Totalitario de Hegel, de la Dictadura del Proletariado de Marx y de la Voluntad de Dominio de Nietzsche. El nihilismo (algo que, en definitiva él preconiza contra cualquier forma de creencia o de cultura fundamentada en una armonía) le parece a Glucksmann la auténtica respuesta occidental al desvarío actual del pensamiento del propio Occidente.

Glucksmann, con mayor firmeza que su compañero de aventura Levy, es el único de los cuatro autores que pone en íntima relación “terrorismo” y “nihilismo”. No los presenta como una cualidad del Tercer Mundo o como una herencia de culturas orientales o de civilizaciones resistentes a la globalización, sino como algo que brota por vía bastarda desde el seno de la cosmovisión cristiana. El nihilismo, que se le impone como realidad irresistible, está dentro de los supuestos ya experimentados por Occidente. Es un fenómeno que emerge de su propio seno, por causa de una lucidez sobrevenida. Su serie de libros, “El discurso de la guerra” (1967), “La cocinera y el devorador de hombres” (1975), “Los maestros pensadores” (1977), “Cinismo y pasión” (1981), “La estupidez” (1985) anuncian el último asalto a su interpretación de la situación que, a su juicio, no es otra que “La tercera muerte de Dios” (2001) su réplica inmediata al atentado de las Torres Gemelas.

Glucksmann pretende haber asumido la actitud hacia el mal que considera propia de Orestes y de Sócrates. Quizás la de Montaigne y la de Descartes. La provisionalidad, la precariedad, la aporía y la incertidumbre han de pesar más que la Verdad, el Bien y la Belleza que, a su juicio (propio de un postmoderno) han desvelado ya suficientemente su insoportable carga de horror y de muerte. No se trata de soportar al terrorismo sino de combatirlo: pero haciéndolo desde la increencia, la desesperanza y la enemistad del nihilista. Nada tiene de particular que, finalmente, para explicar lo ocurrido en septiembre del 2001 sobre Nueva York, se apele a Dostoiewski y a su doctrina sobre la permisividad más absoluta deducida por él de la “tercera muerte” de Dios. Cuando, finalmente, quiera ofrecer sus propias soluciones se detendrá en una cuestión política secundaria. Glucksmann echa de menos la unidad de Occidente en la guerra, que no lucha, contra el terrorismo. Y reincidirá en el error de ver en el alma del terrorista más religiosidad que increencia o anomía.

Bernard-Henry Levy, otro alumno de la Escuela Normal Superior, como Revel, alumno predilecto de Derrida y de Althusser, pero mucho más joven (ya que no se diplomaría hasta 1968 con veinte años de edad) no se identifica con Glucksmann. Levy viene del judaísmo arraigado en Argelia durante la administración francesa y pasará por el maoísmo. Busca, pues, en los valores culturales más bien orientales la solución a los problemas del Tercer Mundo. Le hace famoso su libro “La barbarie con rostro humano” (1977) por su aversión hacia todas las estructuras de poder que, a su juicio, necesariamente acaban por ser totalitarias. La nostalgia hebraica de la trascendencia religiosa de Levy no aparece en Glucksmann, aunque sí la referencia al nihilismo increyente, desesperanzado y de hecho inamistoso de sus comunes interlocutores.

Levy quiso ver triunfar nuevas revoluciones allí donde las religiones monoteístas todavía no se habían asentado. Sus libros “Las aventuras de la libertad” (1991) y “La pureza peligrosa” (1994) adelantan esta pretensión rupturista con la tradición occidental que estallará en sus dos grandes reportajes titulados “El siglo de Sartre” (2000) y “La guerra, el mal y el fin de la historia” (el único que se refiere directamente al nihilismo manifiesto en el atentado del 11 de septiembre de 2001). Levy repite a su modo la imagen que quiso tener Sartre de filósofo risueño, frívolo, extraordinario, grotesco, turbulento para escándalo de los bienpensantes. El presunto “nuevo filósofo” se hace definitivamente “cronista guerrillero”. Narcisista hasta el colmo, prefiere descubrir guerrilleros románticos a desvelar las tramas terroristas mejor organizadas. La barbarie se distingue del salvajismo, nos dice. Lo bárbaro está en el corazón de Occidente y lo salvaje —el kamikaze, en definitiva— no es sino una grotesca imitación de la barbarie occidental.

Las actitudes de Glucksmann y Lévy vuelven a acercarse entre sí cuando se acogen ambos al sin sentido de las guerras del Tercer Mundo, un sin sentido menos culpable que el sentido racional que ellos encuentran en las guerras de Occidente. Y se acercan entre sí porque tras el sentido todavía razonable que tuvo la cultura occidental (incluso en sus aberraciones) se les desvela a las dos esa nostalgia de la trascendencia religiosa que está mucho más rechazada por Glucksmann que por Lévy.

La desaparición del sentido de la guerra sigue siendo —afirma éste— algo más que una idea, es un hecho en Occidente que ya estamos pagando al precio de este nihilismo activo y vivido.

Si los filósofos de la cultura Barzun y Revel apenas se introducen en la sociedad terrorista para mejor gozarse en las excelencias de la occidentalidad bien entendida, los publicistas Glucksmann y Lévy sí que lo hacen; pero para discernir sobre cual será el punto preferente de aplicación del terrorismo con base nihilista. El antiteísmo es más fuerte en el mayor que en el menor de los dos denominados “*nuevos filósofos*” del 68. Pero ambos separan al nihilismo increíble, desesperado y enemistoso de su propia realidad cultural francesa. Como para Sartre, el infierno son los otros: los grandes maestros para Glucksmann y los notables políticos norteamericanos para Lévy.

Con la desaparición de las últimas huellas de lo divino, hemos llegado a la culminación del nihilismo, un nuevo tiempo posthistórico en el que aparecen guerras en las que ni siquiera se cree ya en los grandes significados paganos de antaño.

Nuestros tres últimos testigos, Manuel Castells, Ignacio Ramonet y Thèrese Delpech recuperan por separado la sensatez y la racionalidad. Como los dos primeros (Barzún y Revel), ellos retornan al vínculo trasatlántico para intentar ver claro lo que les está pasando a los europeos. Su postura viene de la técnica occidental, convertida en panacea para corregir todos los males. Hay en ellos grandes dosis de escepticismo, por no decir de agnosticismo. En ambos, el español Castells y la francesa Delpech, hay un culto a la tecnología ni escéptico ni agnóstico. En el también español, Ramonet, el naturalismo y el ecologismo están más patentes, tan patentes como en los “nuevos filósofos” del 68 francés.

Los tres creen —siguen creyendo— en un cierto automatismo de la civilización moderna. Dejando sueltas las opiniones y liberando a las conciencias de su responsabilidad, los tres aceptarían cualquier decisión que viniera de una mayoría consensuada acerca o sobre lo que habría que hacer Europa. ¡Claro que denuncian unos peligros, como serían los provenientes de la nula protección de los arsenales de armas de destrucción masiva!

Los juicios de Castells y Delpech se saben respaldados por una cultura política como la europea, que sigue teniendo grandes posibilidades de utilización del poder en las grandes naciones occidentales, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Alemania, etc... Están, sin duda, preocupados por el fenómeno terrorista; pero dan la impresión de que lo que más les preocupa es que la reacción occidental dada en esos mismos cuatro grandes países (Estados Unidos, Francia,

Inglaterra y Alemania) sea demasiado fuerte y no se les permita a ellos como escritores de moda continuar pensando por libre en el ámbito de sus frecuentes predicciones estadísticas. Son, los dos españoles que se citan, unos prospectivos al servicio de unas hipótesis de trabajo que vienen de la Ilustración y que no reconocen otras raíces anteriores más sólidas a su propia formación cultural. El segundo testigo, Ramonet, es quien descalificará al occidentalismo quizás porque no cede a las obsesiones del Tercer Mundo de manera contundente.

Castells, en la semblanza que en este “Cuaderno de Estrategia” se le hace a partir de sus obras, aparece desde la fecha de su aceptación del profesorado en la Universidad californiana de Berkeley como un ciudadano del mundo, español de nacimiento, refugiado culturalmente en Francia y captado de algún modo por los Estados Unidos. Se le ve como si fuera todavía un joven con base ideológica marxista que se ha pasado del todo a las filas más maduras de la socialdemocracia. Su personal cosmovisión a favor del cambio está explícita en el título de su obra más sistemática, “La era de la información”, que es un intento deliberado de producción multicultural que, lógicamente, aplauden hombres como Anthony Giddens. La izquierda europea (cuyo triunfo él quiere propiciar) habrá de ser nada metafísica y del todo positivista. Es también el caso de Ramonet si bien éste opera mucho más impresionado por los alardes del movimiento contra la globalización.

Cuando se acercan al fenómeno (indeseado e indeseable) del terrorismo lo hacen apuntando los dos hacia el instintivo reagrupamiento de las gentes en torno a las identidades más primarias. Llegan a decir, sin aplaudirlo, que el fundamentalismo religioso se está convirtiendo en la fuerza más formidable de seguridad personal y de movilización colectiva. Frente a esta tendencia, Castells propone una especie de revolución global que nos eche en brazos de sucesivas identidades legitimadoras, resistentes y proyectivas cuyo acuerdo con las tesis de Giddens nos llamará la atención.

El terrorismo, de raíces fundamentalistas, nacionalistas u otras sólo sobrevivirá si se adapta a la sociedad-red y emplea sus recursos.

En definitiva, al terrorismo le ocurrirá lo mismo que a la sociedad global. Su carácter transnacional debilitará los instrumentos policiales y legales para combatirlo. De aquí que desde el 11 de septiembre del 2001 se comprenda porqué se haya optado por réplicas de carácter bélico

al menos en los Estados Unidos de América, en lugar de hacerlo con medidas difusoras del bienestar en beneficio del Tercer Mundo.

La opinión de Thérèse Delpech —el último de los siete testigos— no se sitúa del todo al margen de esta interpretación del fenómeno terrorista, al que ella concederá más posibilidades de empleo de los arsenales de armas de destrucción masiva. Como miembro muy activo de la Comisión de Inspección, verificación y vigilancia de las Naciones Unidas (precisamente para Irak) ella no ha desdeñado el estudio de esta pavorosa posibilidad. Propone, incluso que se funde una coalición antiterrorista que le dé cara a las nuevas amenazas. Lo suyo consiste en concretar lo más posible la verdadera condición para el logro de una mayor seguridad entre las naciones libres que es el consenso entre las grandes potencias.

Thérèse Delpech no es optimista. Cree que el estallido de un tipo asimétrico de guerra a cargo del terrorismo internacional es todavía posible y que esta posibilidad incluye el uso indiscriminado de armas insidiosas (o brutales) de destrucción masiva. El terrorismo es aceptado por ella como un riesgo nuevo, quizás con méritos suficientes para ser considerado el mayor de los nuevos riesgos. Es una grave amenaza para la paz, seguridad y estabilidad mundiales que hace peligrar incluso la integridad territorial de los Estados mejor desarrollados.

Thérèse Delpech utiliza en sus numerosos ensayos como prueba de la gravedad del trance el calendario de las resoluciones y recomendaciones de la “Carta sobre la Seguridad Europea”. Llamará la atención la prioridad que le da al ámbito geográfico del entorno de su propia patria, Francia. Pero desde el 11 de septiembre resulta más evidente aún lo mucho que le preocupan los “Estados fallidos” del resto del mundo que pueden ser invitados a recoger en su seno a las bandas terroristas.

Lo nuevo, viene a decirnos Delpech, es la capacidad no adivinada a tiempo en Occidente de los países poco desarrollados e incluso de los grupos de individuos refugiados en la clandestinidad para desafiar y herir gravemente a los Estados más poderosos con el uso de estrategias muy audaces. Las esperanzas de contar con un nuevo orden mundial se están desvaneciendo para personas como Thérèse Delpech.

Los ejemplos de “Estados fallidos” que sugiere Delpech no coinciden con los que en los Estados Unidos ocupan la atención mayor. Es claro que hay una percepción diferente: el

polinomio (Somalia, Yemen, Sudán, Indonesia, Filipinas, Ucrania, Georgia y la propia Rusia) se suma al binomio que obsesiona al presidente Bush (Afganistán e Iraq). Pero lo más notable de su diagnóstico es la referencia crítica a todo el continente africano y no solo al espacio islamizado del mismo. El terrorismo internacional, llegará a decirnos, es la cara oculta de la globalización. El suicidio como método eficaz de destrucción de vidas le parece ser uno de los principales instrumentos que emplean los grupos terroristas. Se multiplican los atentados si los terroristas tienen fundamentos religiosos cargados de radicalidad contra un mundo hedonista que teme a la muerte más que a cualquier otra cosa.

Aquí aparece una vez más la huella nihilista. El contraste entre la civilización occidental del bienestar (ajena del todo a la trascendencia religiosa) y las civilizaciones tradicionales (en crisis de crecimiento) se agudizará si se les habla de la muerte. Se ponen frente a frente, a un lado quienes de ningún modo quieren precipitar muerte alguna —sociedad del bienestar— y quienes asumen, desde el otro morir, y causar muertes en masa. Las dos posiciones son nihilistas y al mismo tiempo son contrarias. Entenderlas como una mera lucha por el poder mundial es minimizar al conflicto.

El actual terrorista, a mi juicio, no es sólo un opositor demasiado radical al poder establecido. Esta oposición sólo política expresa una incompatibilidad de mayor grado. El pensamiento de raíz nihilista propio del terrorista está dirigido a la destrucción del pensamiento hedonista propio del laicista occidental porque él mismo ha dejado de ser un hombre religioso. Hay pues, un choque de dos irreligiosidades incompatibles entre sí que en su lucha se conforman con hacer inviable a la que entienden mejor colocada para el inmediato disfrute de los bienes en la tierra sea la imperialista o pluralista.

Thèrese Delpech se niega a sacar esta conclusión. El peligro de las guerras que ella considera todavía religiosas le parece mayor que el de las otras guerras imperialistas o civiles. Dice que las religiones siempre tienen un poder más grande que las civilizaciones. Al oponerse a la famosa interpretación de Samuel P. Huntington sobre el choque de civilizaciones, no se atreve a afirmar que la violencia sea directamente proporcional al dato de que lo que vaya a chocar con más frecuencia de ahora en adelante vayan a ser dos civilizaciones igualmente marcadas por la increencia, una avanzada y otra retrasada. El caos, -una expresión que Delpech utiliza para referirse el desorden internacional- no viene del conflicto entre ateos y creyentes, sino de la

obsesión por el disfrute que de manera diferente ha ganado tanto a una civilización, increyente respecto a lo cristiano como también a otra civilización, increyente respecto a lo islámico.

Delpech, como Castells y Ramonet, separan del todo a lo nihilista de lo terrorista sin más. Los tres escritores condenan al terrorismo y lo quieren combatir desde una coalición de Estados que sean tan democráticos como liberales. No desdeñan el empleo de las fuerzas armadas del mundo occidental en la lucha contraterrorista, incluidas las de Europa. Proponen mejoras en la defensa común que repercutan en la seguridad colectiva. Quieren reforzar también la estructura de la defensa civil. Pero saben que aún existen vulnerabilidades sin atender. No se inclinan al análisis de las ideas y de las creencias, cuyo caldo de cultivo pueda estar operando tanto en una parte del pensamiento nihilista occidental como en el pensamiento, también nihilista, de los demás pueblos rezagados de la historia.

CAPÍTULO PRIMERO

**JACQUES BARZUN. DEL AMANECER A LA
DECADENCIA. QUINIENTOS AÑOS DE VIDA
CULTURAL EN OCCIDENTE (DE 1500 A NUESTROS
DÍAS). UNA RADIOGRAFÍA DEL ALMA OCCIDENTAL**

**JACQUES BARZUN. DEL AMANECER A LA DECADENCIA.
QUINIENTOS AÑOS DE VIDA CULTURAL EN OCCIDENTE (DE 1500 A
NUESTROS DÍAS). UNA RADIOGRAFÍA DEL ALMA OCCIDENTAL**

POR JOSÉ M^a PARDO DE SANTAYANA Y GÓMEZ DE OLEA

Jacques Barzun nació en Francia en 1907 y emigró a los EEUU en 1919. Escritor, educador e historiador de enorme prestigio, fue uno de los fundadores de la disciplina de historia de la cultura y es considerado en los EEUU como uno de sus últimos hombres de letras vivos. Se licenció en la Universidad de Columbia, Nueva York, donde también se inició en la docencia de la historia en 1928. En 1945 fue nombrado Catedrático y en 1955 Decano de esta universidad de la que en 1975 fue reconocido Profesor Emérito. Ha recibido la Medalla de Oro de la Academia Americana de la Artes y la Ciencias de la que ha sido dos veces Presidente.

Durante casi siete décadas ha escrito y editado más de treinta libros acerca de una enorme variedad de materias: *Race: A Study in Modern Superstition* (1937); *Darwin, Marx, Wagner* (1941); *Romanticism and the Modern Ego* (1945); *The Teacher in America* (1945); *The House of Intellect* (1959); *Classic, Romantic and Modern* (1961); *Science: The Glorious Entertainment* (1964); *The American University* (1968); *The Use and Abuse of Art* (1974); *Begin Here: The Forgotten Conditions of Teaching and Learning* (1991).

En el año 2000 publicó el libro “Del Amanecer a la Decadencia: Quinientos años de vida cultural en Occidente (De 1500 a nuestros días)” que sirve como compendio y reflexión final de una vida dedicada al estudio. El hecho de la doble condición europea y americana del autor aporta una visión bastante completa y equilibrada del ser occidental. Sorprendentemente, esta obra de gran profundidad y erudición ha alcanzado la categoría de “bestseller”.

Sin haberlo pretendido, esta obra de vocación esencialmente educativa, filosófica y cultural, resulta de gran interés en el debate estratégico actual. Da respuesta a las preguntas ¿qué es Occidente? ¿qué le diferencia de otras culturas? ¿en qué momento de desarrollo histórico se encuentra? ¿cuál es su destino? Todas estas cuestiones son esenciales para intentar comprender nuestro complejo mundo dominado en los últimos cinco siglos por potencias occidentales y que en la actualidad es un mosaico de espacios culturales diversos tan lleno de contrastes y contradicciones. El papel que le corresponde a occidente y su sistema de valores en el mundo global es una de las cuestiones centrales para definir el orden internacional.

Barzun está convencido de que nuestra era, a pesar de sus extraordinarias capacidades tecnológicas, es un “tiempo alejandrino”: un periodo de ocaso, energías agotadas y confusión moral. Desde este contexto de decadencia, como proceso natural que completa un ciclo histórico, se puede hacer una seria reflexión sobre el fenómeno del terrorismo como subproducto de los anhelos y frustraciones de su acontecer histórico, donde “hasta el terrorista forma parte de lo que quiere destruir”.

La gran extensión de la obra y la enormidad de aspectos y detalles que ésta contempla, obligan a que este trabajo pase por alto muchas cuestiones de interés y se conforme con las grandes líneas que estructuran su argumentación manteniendo una atención especial por los elementos en los que hunde sus raíces el fenómeno terrorista.

Para el autor “la idea de cultura occidental como un bloque sólido con un solo significado es contraria a los hechos, (...) Occidente es la civilización mestiza por excelencia, (...) es unidad combinada con diversidad”. Como mejor se define es como “una innumerable secuencia de opuestos: en religión, en política, en arte, en moral y costumbres que perviven más allá del primer momento de conflicto”. Barzun insiste en los opuestos y recuerda, por ejemplo, que aunque se identifica al siglo XVIII con unas ideas concretas, las ilustradas, igualmente occidentales son las ideas que, entonces también existentes competían con éstas. Siempre han existido en occidente grandes corrientes de pensamientos que convivían y rivalizaban. Lo peculiarmente occidental es su tensión dialéctica que a modo hegeliano va definiendo nuevos escenarios. Los frutos positivos de la cultura occidental son innumerables pero también forman parte de ella lamentables fracasos que no se pueden ignorar para una comprensión completa.

“No obstante la disparidad y el conflicto, (Occidente) ha perseguido unos fines característicos, en eso consiste su unidad”. La independencia universal del individuo, lograda después de muchas batallas, es el rasgo más distintivo de occidente. “El individuo, ya en toda la extensión de la palabra, esgrime toda una panoplia de derechos, incluido el derecho de hacer “lo suyo” sin impedimento de la autoridad. Y todo lo que está vivo es sujeto de todos los derechos: inmigrantes ilegales, escolares, criminales, bebés, plantas y animales”.

Jaques Barzun modula esta historia de Occidente sobre la base de los temas culturales que le han dado carácter: primitivismo, individualismo, emancipación (el elemento de modernidad por excelencia), autoconciencia, especialización, abstracción, análisis y científicismo (la falacia de pensar que el método científico debe ser aplicado a toda experiencia y que terminará determinándolo todo).

La emancipación, “el efecto estimulante de derribar la ortodoxia”, es el más característico de los temas culturales de los cinco siglos estudiados por el autor. La emancipación frente al hecho religioso será la primera de las emancipaciones, y se convierte así en uno de los hilos conductores más o menos oculto de la trama histórica. De este modo, las corrientes culturales emancipadas y aquellas que permanecen fieles a los valores religiosos de referencia son unos de los opuestos básicos sobre los que se articula el complejo entramado de la cultura occidental de cada momento.

“Un tema paralelo es el primitivismo. El anhelo de despojarse de la compleja organización de una cultura avanzada reaparece una y otra vez. Es uno de los motivos primordiales de la Reforma protestante, y resurge como culto al Buen Salvaje mucho antes de Rousseau, su presunto inventor. El salvaje, con sus sencillas creencias, es sano, profundamente moral, sereno, y un ser más digno que el hombre civilizado, que ha de intrigar y engañar para prosperar. A fines del XVIII hay una vuelta a la esperanza utópica; a fines del XIX ésta se expresa en la obra de Edward Carpenter, *“Civilization: Its Causes and Cure”*, y en los años sesenta del XX se experimenta en la revuelta de los jóvenes, que buscan esta vida sencilla en las comunas o se autodenominan “gente de las flores”, convencidos de que el amor es un vínculo social suficiente por sí solo”.

Para Barzun los cinco siglos que trata en su obra presentan entre diez o doce de estos temas. No son “fuerzas” ni “causas” históricas, sino nombres dados a los deseos, actitudes o

propósitos que laten bajo acontecimientos y movimientos. Apuntar hacia esta unidad y continuidad temáticas no significa proponer una filosofía de la historia en la tradición de Marx, Spengler o Toynbee, para los cuales la historia se movía impulsada por una sola fuerza hacia una meta. Para el autor se trata de intentar desenredar la intrincada madeja tejida por las acciones de los seres humanos, cuyos deseos son la fuerza motriz de la historia. Las condiciones materiales interfieren, se produce resultados inesperados, y nunca puede haber una sola consecuencia.

En su visión de la historia, Barzun considera además esencial la aportación de hombres concretos, con nombres y apellidos, con circunstancias y motivaciones, cuyas contribuciones e influencia en el curso de los acontecimientos han estado condicionadas por toda aquella singularidad y afirma que “la historia es ante todo concreta y particular, no general y abstracta”. Describe, por tanto, con gran minuciosidad la personalidad y las circunstancias de los grandes personajes que en mayor medida configuraron la historia: líderes políticos y religiosos, pensadores y artistas.

A la hora de enjuiciar la historia, el autor piensa que es necesario contemplar su totalidad y no seleccionar aquellas partes que presentan mayor afinidad con los valores del presente. Cita a Ranke: “todo periodo está justificado a los ojos de Dios, merece al menos alguna simpatía a ojos de los hombres”. Considera Barzun que los occidentales, por lo general, están llenos de prejuicios y algunos “sienten necesidad de construir un muro frente al pasado. Hay en ello una repugnancia hacia cosas del presente que nos parecen una maldición de nuestros antepasados”.

El autor ha dividido el estudio de estos cinco siglos de historia occidental en cuatro segmentos nacidos cada uno de una profunda revolución: la religiosa, la monárquica, la liberal y la social. Hay revolución cuando se produce una transferencia violenta de poder y de propiedad en nombre de una idea.

El primer periodo se inicia tras la revolución protestante de Lutero y llega hasta Newton, abarca de 1500 a 1660 y se desarrolla alrededor de la cuestión de la creencia religiosa. El segundo segmento histórico empieza con Luis XIV y la creación del Estado-nación y siguiendo el proceso de la ilustración acaba en la guillotina de la revolución francesa, abarca de 1661 a 1789 y se centra en el debate sobre el status del individuo y el modelo de gobierno. El tercer segmento llega hasta la Primera Guerra mundial va de 1790 a 1920 se desarrolla como reacción romántica frente a los excesos del racionalismo y aborda la cuestión de las vías para lograr la

igualdad social y económica. La última fase que llega hasta nuestros días es una mezcla de los anteriores esfuerzos.

Barzun considera que la historia se configura por una serie de ideas y acontecimientos cuyas consecuencias se escapan a las intenciones de los actores que las produjeron. En muchos casos los resultados son muy diferentes o incluso opuestos a lo que se pretendía. “Cómo estalla una revolución a partir de un suceso ordinario —una ola gigante nacida de una simple onda— es motivo de infinito asombro. Ni Lutero en 1517 ni los hombres que se reunieron en Versalles en 1789 buscaban en un principio lo que generaron al final. Menos aún previeron los liberales rusos que hicieron la revolución de 1917 lo que seguiría después. Todos ellos, y todos los demás, ignoraban cuánto era lo que estaba a punto de ser destruido. Ni podían tampoco adivinar las febriles pasiones, las extrañas conductas que surgen cuando hay en el aire una revolución grande o breve”.

Cuando Lutero “clavó sus noventa y cinco tesis en la puerta de la Iglesia de Todos los Santos de Wittenberg el 31 de octubre de 1517, lo último que se proponía era escindir su Iglesia, la católica, y dividir su mundo en campos enfrentados”. En el origen se encuentran los siete años en que vivió angustiado por el estado de su alma, en un principio “solo quería elucidar sobre el sacramento de la penitencia”. ¿Qué esperanza tenía de salvarse? La respuesta la encontró en la gracia de Dios, sin la cual el pecador no puede tener fe y seguir la senda de la salvación. Pensaba también, negando el libre albedrío, que Dios fija el destino del hombre, y que la mayoría de la humanidad está condenada por la eternidad, salvándose solo unos pocos, no por llevar una vida recta sino por la gracia de Dios. Sus planteamientos pretendían además denunciar los abusos que se derivaban de la venta de indulgencias, una práctica generalizada que aportaba sustanciosos beneficios económicos. En su búsqueda por una religión más pura acudió a un biblicismo literal por el que todo acto encontraba su justificación en la escritura.

En su rechazo a la corrupción de la jerarquía eclesiástica, Lutero añadió el principio que él llamó de libertad cristiana: todo hombre es un sacerdote, un hombre libre, y no hace falta iglesia. Pero éste monje alemán no tenía intención de crear anarquistas y formuló la contrapartida de su afirmación de libertad: El cristiano es un servidor obediente, se somete a todos, es decir, a la sociedad secular gobernada por príncipes. El reto de Lutero a la ortodoxia católica se convirtió por el azar de la historia en una batalla en todos los órdenes. Los acontecimientos adquirieron su propia dinámica gracias a la nueva tecnología de la imprenta que diseminó las ideas a una

velocidad sin precedentes. Sin la imprenta las consecuencias de las ideas de Lutero habrían sido muy inferiores y no habrían dado lugar a una revolución.

Al perder la fe su carácter único, su función primordial también fue apagándose y con ella el sentimiento que engendra el saber que nuestra visión del mundo es universalmente compartida. El mismo principio de libertad cristiana propició la aparición de innumerables sectas —en la actualidad unas 325— que dio a la religión un carácter aun más plural y por tanto difuso. No significa esto que la revolución protestante terminara por destruir toda clase de fe, pero paulatinamente el hecho religioso fue perdiendo relevancia e influencia en la vida individual y colectiva de las sociedades cristianas.

“Primitivismo, individualismo y emancipación van a ser tres temas que surgen como consecuencia de esta gran revolución. El primero y el último, audibles en la oferta de libertad cristiana y basados en lo que podría calificarse de ausencia de Iglesia en los Evangelios, lograron poner fin a la unidad de fe en Occidente. Prefiguraron también el tercer tema, individualismo, no como derecho político o social, sino como supuesto que subyacía a la proliferación de sectas, en sí mismas producto de la relación sin trabas del individuo con Dios”.

La revolución cambió también otros sectores de la realidad cultural distintos al ideológico. La antiquísima asociación de iglesia y arte quedó rota para siempre. El protagonismo de la Biblia en la vida del ciudadano común —fenómeno que terminaría transmitiéndose, a su modo, al mundo católico— dotó a la población de un fondo común de conocimiento e hizo que la vida nueva se nutriera mental y espiritualmente de la Biblia.

El sector cristiano que permaneció fiel al catolicismo tuvo su contrarreforma y se transformó como consecuencia del Concilio de Trento. No fue una revolución sino una reforma: un cambio deliberado a gran escala y desprovisto de violencia. “Con la resolución sellada en Trento se recuperó una considerable cantidad de territorio, donde destacaba Polonia. El concilio triunfó porque se organizó en buena medida contra el individualismo. Allí se consagró el pensamiento de hombres tan fervientes y capaces como los primeros evangélicos y mejor dispuestos que estos a trabajar en equipo sobre un plan común. Uno de ellos, Ignacio de Loyola (...) El esfuerzo católico para recuperar terreno produjo nuevas obras en la arquitectura y las bellas artes”, el barroco.

La actividad de los jesuitas —la orden fundada por Ignacio de Loyola— incidió en la cultura en otros sentidos aparte de los estrictamente piadosos. La orden desarrolló la casuística que muestra cómo deben aplicarse a un caso moral en particular las normas generales que gobiernan la conducta. Todos los códigos deontológicos recientes para abogados, médicos y otros profesionales exigen una casuística para su aplicación. Los jesuitas penetraron además en la vida doméstica y adquirieron virtualmente un monopolio de la educación, brillaron como maestros en la escuela; en esto no tienen par en toda la historia de la educación. “Fundaron cientos de escuelas. En la Europa de mediados del s. XVII había más centros escolares y alumnos que a mediados del XIX. (...) todos los jóvenes con posibilidades, ricos o pobres, recibían medios para asistir a los centros, y los méritos de este sistema pronto se vieron en la galaxia de mentes brillantes que produjo. Desde Descartes a Voltaire y aun después, una gran cantidad de filósofos y científicos fueron educados por los jesuitas”.

Hombro con hombro con el proceso de transformación revolucionaria descrita, otra de igual poder operaba al tiempo en el fortalecimiento de la conciencia y las aspiraciones del individuo, el Humanismo. Éste también surgió de la preocupación por el pasado, pero no de un pasado primitivo; por el contrario, era un pasado civilizado, cuya recuperación llegó a significar no una religión más pura sino un mundo más secular.

Para los humanistas primeros, los clásicos de la Antigüedad describían una civilización que trataba los asuntos del mundo desde una perspectiva centrada en el hombre. Para los antiguos, esos libros —poemas y obras dramáticas, historia y biografía, filosofía moral y social— constituían guías para la vida, importantes en sí mismas en lugar de subordinadas a un esquema superior que aplazaba la felicidad humana hasta el día del juicio final. Desde esta perspectiva surge el tema del secularismo.

Uno de los afanes de los humanistas será el mundo perfectible, la Utopía. Las primeras utopías son literatura de añoranza, pero la aventura de un nuevo mundo recién descubierto y los estudios eruditos que desacreditaban la creencia en una Edad Dorada del pasado darán lugar a una actitud de proyectos y propuestas sin referencia al pasado. La Era Moderna llegará como consecuencia de una inversión en el credo original del propio Renacimiento: imitarás y adorarás a los antiguos. La Antigüedad se consideró entonces anticuada y la palabra moderno, además de significar actual, adquirió la connotación de elogio absoluto. “Progreso”, “lo último en ciencia”, “ideas avanzadas”, “a la altura de los tiempos”, son las expresiones sempiternas que marcan este

cambio cultural. Pero esto no ocurrió sin resistencia. Durante un siglo y medio —hasta la época de Voltaire digamos— se libró en toda Europa una batalla entre los antiguos y los modernos que afectó a la literatura, hundió en la confusión a la religión y la filosofía, y muchas veces decidió la suerte de obras y autores determinados. Sólo en las ciencias naturales quedó firmemente establecido en el s. XVII que lo más reciente era lo más verídico.

Debido a un juego de palabras inconsciente, el dogma de que “la ciencia es la verdad óptima” se fundió con la idea de “vivir en armonía con la naturaleza”: porque los hombres de ciencia intentaban, sin lugar a dudas, descifrar los significados de la Naturaleza para el Hombre. Esta progresiva revelación dio a la palabra *natural* el mismo prestigio que se adscribe a *moderno*. Lo natural inspirará el primitivismo de la modernidad.

“Las Utopías tenían el defecto de dar por sentado que en condiciones justas la gente sería sensata; que sería, en efecto, tan sensata que con ellos podría funcionar cualquier sistema. Pero ha de añadirse algo más a esta crítica obvia. La impresión común de que las Utopías han sido sólo fútiles sueños es contraria a la realidad. Al dar rienda suelta a deseos y fantasías, esta galaxia de escritores imaginaron instituciones que son viables. El actual sistema de bienestar y “seguridad social” es una Utopía en miniatura”.

La efervescencia científica que eclosionó a mediados del XVII con las figuras señeras de Descartes y Newton llevará el protagonismo a los temas gemelos del análisis y la abstracción convertidos en un hábito normal del pensamiento. El saber científico tuvo un protagonismo esencial en los siglos siguientes.

La primera de las grandes revoluciones, en cuanto que revolución religiosa, fue, en efecto, causa de que millones de personas cambiaran sus formas de culto y la concepción de su destino. Pero también fue causa de muchas otras cosas. Planteó la cuestión de la diversidad de opinión así como de credos; fomentó un nuevo sentimiento de nación; elevó el prestigio de las nuevas lenguas vernáculas; cambió las actitudes hacia el trabajo, el arte y la emoción humana; privó a occidente de su ancestral sentido de unidad y de común linaje. Por último, pero de modo menos inmediato, en virtud de la emigración al nuevo mundo ultramarino, se produjo en extraordinario ensanchamiento del significado de Occidente y del poder de su civilización.

Cuando la Revolución protestante del s. XVI hubo logrado sus mejores y peores efectos mientras destruía la unidad de la cristiandad, lo peor —esto es la prolongada guerra de sectas— apresuró la Revolución de los Monarcas del s. XVII: su doble idea era la de “monarca y nación” y su doble objetivo “la estabilidad y la paz”. Había que encontrar algún medio para restaurar el orden sirviéndose de una nueva lealtad y un nuevo símbolo. Dicho símbolo fue el *monarca*, no el rey. La nación implica la nación-estado, única fuente de autoridad y objeto de la lealtad, del mismo modo que monarca cuando se compara con rey significa el gobierno indisputable de una sola persona.

El cerebro que creó dicho sistema en Francia fue el cardenal Richelieu, ministro de Luis XIII; y lo hizo frente a la oposición de aristócratas conspiradores y clérigos decididos a impedirselo. Los reyes para dominar a los nobles, lograr cohesión territorial y ser independientes necesitaban el monopolio de la guerra y ello significa dinero para mantener un ejército permanente. El dinero confiere además el monopolio de la justicia, los impuestos y las acuñaciones, todo ello garantizado por una legión de funcionarios públicos para hacer cumplir estas normas. Estos elementos indispensables presuponen una dirección desde un centro. La monarquía implica centralización. Sin ella, la región bien definida llamada nación no podría ser una nación-estado. Sus agentes sustituyen a las autoridades locales y gobiernan todo lo uniformemente que es posible. Así nace la burocracia o, al menos, crece enormemente.

Ningún rey que quisiera ser monarca podía lograrlo solo con soldados y burócratas. La simple coerción sólo produciría tiranías y éstas no podían durar mucho tiempo. Tenía que existir un amplio consenso, tangiblemente expresado en forma de dinero depositado en el tesoro. Los artesanos y comerciantes que vivían en las ciudades eran los aliados naturales del futuro monarca en este ascenso al poder centralizado. Además, de la burguesía salían los mejores servidores del rey para administrar el reino.

Como todas las revoluciones, la monárquica parece ser primordialmente un cambio político y económico, pero sus orígenes y efectos fueron de igual grado culturales. La expansión del concepto de ciudadanía hizo menos personal, más abstracto, el sentimiento de obediencia, que no se debía ya a un señor de la localidad sino a un rey distante, y finalmente a un Estado de carácter totalmente abstracto. El acercamiento entre reyes y burguesía produjo una amalgama de ideales caballerescos y rigor mercantil en las cosas materiales que pasó a ser el código de las

costumbres civilizadas y mejoró la personalidad tanto del noble como del plebeyo, haciendo al primero considerado en lugar de arrogante y al segundo digno en lugar de servil.

Paralelamente a la transformación monárquica, el legado puritano en Inglaterra produjo un impulso hacia la democratización del poder. Este modelo político después serviría de inspiración a los pensadores que pusieron las bases para derribar el sistema monárquico.

En el contexto de la Guerra Civil inglesa las sectas cristianas protestantes actuaron como arietes revolucionarios para la renovación de la Iglesia y el Estado vigentes. Tenía que ser la Iglesia y el Estado, porque ningún pueblo había vivido jamás en un Estado sin Iglesia, y cualquier reforma del uno tenía que afectar al otro. “Los pasos hacia una mayor libertad se sucedieron de manera lógica: ¿por qué tenía que haber señores y nobleza? Si toda congregación era independiente y elegía a sus pastores, el pueblo entero tendría que tener capacidad política a través del voto. El paralelo religioso fue decisivo: si era posible una religión más pura, próxima a la descrita en el Evangelio, prescindiendo de toda jerarquía eclesiástica, sobrevendría una mejor vida social y económica si se prescindía de las autoridades sociales y políticas”.

El legado puritano dio paso paradójicamente a la tolerancia. Junto al acoso a los disidentes y el exterminio de las brujas, la prolongada guerra de religión había llevado a un anhelo de paz que exigía un cierto grado de entendimiento (tolerancia). Esta también encontró un respaldo ideológico en la tolerancia de la conciencia individual, ligada al derecho democrático de participación en el gobierno y la exigencia de justicia social.

La relativa paz y estabilidad del sistema monárquico y sus ciertos progresos materiales crearon un ambiente propicio para el desarrollo de un movimiento intelectual cuyo objetivo último sería derribarlo. La enciclopedia fue el emblema de ese siglo XVIII. Como el Renacimiento, este siglo tenía la certeza de que el conocimiento, la totalidad del conocimiento, estaba bajo su dominio y era la vía de la emancipación. Dicha certeza se originaba en el visible progreso del pensamiento científico. La ciencia era la aplicación de la razón a toda cuestión, al margen de lo que la tradición hubiera transmitido. La aspiración de explorar la naturaleza y el espíritu y publicar los resultados iba a unificar el espíritu del Hombre en todo el mundo, y hacerle racional y humanitario.

Antes de su realización había que eliminar un gran número de obstáculos, siendo el principal el cristianismo; no su ética de amor y hermandad, sino su historia sobrenatural, la teología y la Iglesia. Para Voltaire: “Dios creó, en efecto, el Universo, pero nadie sabe cómo, y Él lo puso en movimiento según unas reglas —las leyes científicas— en las que no tiene motivo alguno para interferir”. Esto es el “deísmo”, la religión del hombre razonable. “Pero la infame Iglesia no era más que una causa de la inhumanidad del hombre contra el hombre. La otra era el mal gobierno, que también había de ser racionalizado”. Voltaire que había tenido que exiliarse a Inglaterra trajo a Francia ideas políticas de inspiración británica y en especial las de Locke que negaba el derecho divino de la monarquía. Las otras ideas que articulaban el pensamiento del XVIII eran que el gobierno surge de la naturaleza, de motivos racionales y para bien del pueblo y que ciertos derechos fundamentales no podían ser abolidos, entre ellos la propiedad y el derecho de revolución. “La eliminación de la tradición cristiana y las Escrituras de la teoría social, dejó un vacío que fue llenado por una filosofía popularizada. Así es como los publicistas del s. XVIII fueron llamados *philosophers*”. La variedad de los temas y el afán de explicarlo todo no hacían sino fortalecer el deísmo y el ateísmo. La cultura occidental se acercaba poco a poco al actual secularismo. El terremoto de Lisboa contribuyó a reforzar la idea de que “las fuerzas de la naturaleza actúan al margen de su creador”.

El conjunto de ideas que después llevaría a la Revolución Francesa pretendía que la monarquía de este país dejara de ser absoluta para convertirse en constitucional como la inglesa e incluso más profundamente que ésta. Este propósito era generalmente entendido por la población, e inspiró las primeras medidas de los Estados Generales convocados a mediados de 1789, y fue también causa de que la nobleza se despojara de sus privilegios. Dicho propósito no se cumplió por un escaso margen. En lugar de un periodo duro de cambio gradual, se produjo un periodo caótico de regímenes y violencia que se prolongó por un cuarto de siglo.

Al desbordarse los acontecimientos, el temor y el odio se extendieron por toda la nación francesa. La lista de víctimas fue cuantiosa, algunas de ellas muy distinguidas, al final, también los principales jefes de los partidos revolucionarios habían muerto, desde Danton a Robespierre incluidos. El terror fue un derivado de creer a la patria en peligro, pero también hubo un terror que surgió de una visión radical del futuro: la vieja idea de instaurar la buena sociedad a través del comunismo, que debía ser forjado por una dictadura terrorista.

A pesar de lo contradictorio de sus acciones, la Revolución Francesa de 1789 debe denominarse revolución liberal. Si bien ésta tuvo que renunciar al liberalismo a causa de las guerras tanto externas como internas, el legado directo de la Revolución fue el nacionalismo y el liberalismo en el sentido de derechos individuales y gobierno representativo. La lucha para implantar ambos en toda Europa, y la competencia entre ellos, definen la historia política del s. XIX.

Tras la derrota de Napoleón, Europa tuvo que enfrentarse a una doble labor: contener la revolución y reconstruir la cultura. Entretanto la riada de emociones se agitaba, las esperanzas e ideas que habían surgido entre 1789 y 1815 —ideas objeto de lucha, suprimidas, mal encaminadas o mal interpretadas— habían de revisarse, adaptarse a los tiempos y encajar en algún tipo de orden. El arrebató contra el razonamiento abstracto y la búsqueda del orden constituyeron un esfuerzo continuo, que en historia ha tomado el nombre de Romanticismo, y que se convirtió en el espíritu de aquella era.

Rousseau había aportado la idea de que a los seres humanos los mueve la pasión, el pensamiento “razón” es el instrumento de los deseos. Decir esto es decir que pensamiento y sentimiento se funden que el corazón y el pensamiento son, unidos, el único motor del progreso moral, social y científico. Cuando esta opinión es nueva para una cultura, se siente la necesidad de estudiar en qué manera se manifiestan el pensamiento y el corazón como una sola fuerza, a la vez que dan forma a sus agitaciones menos conscientes.

La imaginación, el vínculo entre mito y literatura, es la capacidad romántica por excelencia. A partir de lo que conoce o puede conocer, ésta conecta lo remoto, reinterpreta lo familiar o descubre realidades escondidas. El Romanticismo tiende por tanto hacia la exploración y el descubrimiento, cualquiera que sea el riesgo de error o fracaso. Esta perspectiva explica también por qué para los románticos el arte ya no era un refinado placer para los sentidos, un ornamento de la existencia civilizada, sino una reflexión sobre la vida de las más profundas que se podían dar.

La emoción religiosa se vio reforzada, es innata y necesita expresarse. El espíritu es una realidad pero su lugar varía y resulta secundario: la divinidad puede alcanzarse mediante la naturaleza o el arte. El yo individual es una fuente de conocimiento sobre la que se debe actuar. Se buscan verdades y éstas residen en lo particular, no en generalizaciones. El mundo es más

grande y más complejo que cualquier conjunto de abstracciones, y en él se incluye el pasado, con el que nunca se acaba de rendir cuentas.

Meditar sobre el pasado y el presente lleva a la conclusión de que el hombre es grande y desdichado. Los héroes son reales e indispensables. Surgen del pueblo, que es el que proporciona las cualidades de la alta cultura con su pensamiento y su corazón. Los errores de los héroes y de los pueblos son el precio del conocimiento, de la religión y del arte, y la propia vida es una tragedia heroica.

Una emoción característica de la época fue el amor a la naturaleza. La precisa belleza de la naturaleza habla directamente a la mente receptiva y emociona de forma gozosa; así las montañas, que en el s. XVIII eran vistas como feos obstáculos para los viajes, seducían a la imaginación romántica. Para los románticos, la enormidad del universo resultaba asombrosa e inculcaba el carácter contradictorio de la naturaleza humana: poderosa y débil, grande y despreciable.

La polémica científica se centraba en la hipótesis propuesta por Lamarck en relación con la transformación de las especies: la evolución. Era inevitable que atrajera el concepto de evolución, ya que tenía que ver con la idea romántica de que todo está vivo y en movimiento; de que el universo es dinámico. En consecuencia la biología, más que la física era “la ciencia del periodo”. El progreso —que era visible— y la popularidad de la historia hicieron que la evolución biológica resultara verosímil.

Los estudios del desarrollo en todas las facetas, lógicamente, incluyeron la historia del lenguaje. Del mismo modo que la existencia de un discurso implica la de un ser humano, las lenguas implican la existencia de pueblos enteros; la filología empezó a hablar de celtas, latinos, semitas o hindúes, y de tantas tribus o naciones como las fuentes escritas pudieran indicar. La fuente de las lenguas indoeuropeas se adjudicó a una supuesta forma original llamada ario. Al mismo tiempo, de este idioma original se infirió la existencia de un pueblo y como la palabra ario en sánscrito significa noble, se consideró que este pueblo imaginado era de la más alta estirpe. La consecuencia es fácil de imaginar: la idea de que existen razas diferentes con rasgos exclusivos se terminaría lanzando a una monstruosa carrera.

En el contexto intelectual y cultural romántico de la primera mitad del s. XIX pugnaron por abrirse camino las ideas que la Revolución liberal había propuesto. En ésta se afirmaba: “no existe otro interés que no sea el interés particular de cada individuo y el interés general de todos. No se permitirá que nadie reúna a los ciudadanos en torno a intereses intermediadores para así apartarlos del interés público mediante el espíritu de asociación”. Esta revolución se consagrará al individualismo, cada uno es libre de actuar según su parecer, siempre que no vulnere los derechos de los demás, considerados estos por separado o como el conjunto de la nación. La reivindicación del voto, de cartas de derechos y constituciones, así como de reformas en los gobiernos existentes tenían en mente ese simple esquema, que habían de impulsar los representantes elegidos por el pueblo. Con él se prometía a todos un ámbito justo en el que competir por una infinita variedad de beneficios. El deseo de emancipación era universal. Instaurar un sistema parlamentario en cada unos de sus países se convertía ahora en la común aspiración de los rebeldes.

La reivindicación de este nuevo poder, que se escucha claramente en toda Europa, persiguió a los victoriosos monarcas restaurados en 1815 e hizo que se adoptara una política de contención común, orquestada por el príncipe Metternich. Las oleadas de airadas reivindicaciones y de levantamientos armados se sucedían. No obstante, una visión retrospectiva desde un punto de vista democrático no nos debe hacer pensar que la política de supresión de las protestas llevada a cabo por los poderes establecidos estuviera condenada al fracaso de antemano, ni que las monarquías fueran simples causantes de males. Ante la pregunta de ¿quién quiere otros 25 años de guerra y revolución?, la respuesta razonable era: nadie. La estabilidad y la paz eran necesidades universales y para conseguirlas no parecía haber más solución que la legitimidad; es decir, recurrir a formas de gobierno con mucha solera.

El espíritu del romanticismo y la tensión revolucionaria —con su impulso futurista y su inclinación por los conceptos ya citados de evolución y progreso de todo— creaban una brecha con los valores de la Legitimidad. Este nuevo temperamento le ponía difícil a las monarquías el desempeño de sus funciones de gobierno y explica por qué tuvieron que mantenerse paradójicamente, mediante la fuerza.

Inicialmente los que luchaban por la “libertad” debatían a cerca del sistema político, entretanto, el contrapunto lo puso un coro de voces que en su crítica social dejó claro que el clamor que pedía el voto se equivocaba de blanco. Transformar las normas políticas no iba a

curar los males del nuevo orden industrial. La máquina lo había cambiado todo. Manejada por unos pocos propietarios despiadados, estaba disolviendo los vínculos sociales y aplastando al individuo. “La pobreza en medio de la abundancia”, es la frase que define la época. La urgente necesidad de completar la revolución política con la social se convirtió en un deseo muy extendido.

Las propuestas francesas de principios del s. XIX se han agrupado en una sola tendencia denominada Socialismo Utópico. El hecho es que sus teorizaciones se pusieron en práctica en auténticas colonias en las que se vivía, más o menos, según el plan. Había un punto en que coincidían todos los aspirantes a ingenieros sociales: la escuela de economía política imperante cometía errores fundamentales.

Había otro tipo de críticos que cuestionando el Progreso añadió su testimonio sobre lo correcto de las utopías. Una sociedad planificada debía ser el remedio para el deterioro de las condiciones de vida. Tanto el trabajador pobre como el industrial desafortunado que se veían atrapados por la “superproducción”, más tarde llamado “ciclo económico”, eran víctimas de las inflexibles normas de la economía política. Estas ideas y otras posteriores, siguieron siendo durante un siglo puntos de vista minoritarios incapaces de detener el Progreso y sofocar el optimismo popular que despertaba. Sin embargo, sería su idea subyacente —un socialismo esencial— la que al final llegaría a triunfar, manifestándose en dos maneras: el comunismo y el estado de bienestar.

Mientras las ideas democráticas, los planes de justicia social, las leyes de reforma y la fuerza que le quedaba al intento de eliminar la contención transformaban la cultura europea, había otra fuerza que sigilosamente estaba influyendo en la misma dirección. Al principio las máquinas sólo afectaron a quienes organizaron su uso y a los hombres y mujeres que trabajaban en las máquinas. Pero en 1830 el ferrocarril desenraizó a la humanidad, convirtiéndola de nuevo en una serie de individuos nómadas. El horizonte de las posibilidades del hombre creció enormemente. La sociedad empezó a transformarse a la velocidad del nuevo medio de transporte.

La prueba y el error a la hora de construir máquinas y locomotoras de vapor espolearon la investigación de auténticos científicos. Lo que no se percibió es que en un campo como el de la

electricidad, en el que también se producían avances con igual rapidez, se estaba desarrollando una especie de contrapunto, que con el tiempo, alteraría el esquema mecánico.

A mediados del siglo XIX, entre 1848 y 1852 estallaron en Europa una serie de revueltas armadas que iniciaron la transformación de su paisaje político. En conjunto, el fermento de aquellos sucesos y sus derramamientos de sangre no transmitían más que un mensaje: que las meras demandas liberales, es decir, las de carácter político y parlamentario, habían fracasado. No habían acabado con las monarquías y no habían logrado satisfacer a los pueblos alzados. La transición desde el pensamiento meramente político hasta el social iba a ser la tarea de los cien años siguientes.

Una actitud que caracterizó el ambiente social europeo en las décadas siguientes fue el moralismo victoriano. Este tenía como propósito reprimir en cada individuo acciones, palabras e incluso pensamientos que van en contra de las convenciones. El moralismo actuó de forma paralela a una abierta antilibertad política. El objetivo era la respetabilidad. Como contrapunto, el periodo victoriano produjo personajes de carácter acusado sin miedo a defender puntos de vista originales. En el arte y el pensamiento las corrientes se afirmaron en reacción a lo convencional.

Donde con más frecuencia se ejercía la libertad rupturista era en las costumbres sexuales, porque la sexualidad era lo que el moralismo necesitaba reprimir más. La sexualidad está tan cerca de la política que casi todas las revoluciones y utopías sociales comienzan decretando el amor libre, para después volverse puritanas cuando los líderes se dan cuenta de que esa licencia socava la autoridad.

Otra de las principales características de aquel tiempo era el impacto que los avances materiales tuvieron en el desarrollo de una mentalidad materialista que hizo que Emerson escribiera: “las cosas llevan las riendas y dominan la humanidad”. Las grandes ferias en las que se exhibían esos logros materiales eran los grandes protagonistas del progreso. Se produjo también una escisión entre partidarios de las máquinas y sus detractores.

Las imaginativas filosofías y pasiones del Romanticismo, su nacionalismo cultural y sus generosos programas sociales se habían visto sustituidos por el Realismo. Aplicado a la política (Realpolitik), el término significa buscar ventajas materiales en vez de fomentar ciertos

principios. Las reformas sociales tienen como fin alimentar a las masas y deben producirse para que no haya violencia, es decir, guerra de clases. Por lo demás hay que competir y hacerse rico. Podría decirse que así se han comportado siempre los Estados, clases e individuos. Pero la atmósfera que se respira cambia cuando lo vulgar se convierte en lo ideal. Los juicios se convierten en cínicos o pesimistas.

En Alemania, un grupo conocido como “Die Freien” proclamó su desesperada libertad declarando que “Dios está muerto”, todo está permitido. Uno de ellos, Max Stirner, desarrolló un sistema que tituló “el único y su propiedad”, según el cual la obligación del individuo era alcanzar todos sus deseos mediante cualquier medio a su alcance; no hay razón para no hacerlo, la emancipación carece de límites naturales. En Francia y en otros países se desarrollaron otra clase de anarquismo. Proudhon, famoso por su paradoja, “la propiedad es un robo”, predicaba la sustitución del Estado central por unidades pequeñas, espontáneas y con autogobierno. Blanqui, dispuesto a recurrir a la violencia, adoptó el lema “Ni dios ni amo”.

En la novela de Turgenev: “*Padres e hijos*”, la nueva generación de anarquistas rusos queda representada en el héroe Bazarov, un nihilista sistemático. El nihilismo alude a una existencia sin doctrina en la que la acción no tiene sentido. Sus desesperanzados practicantes encontraron la explicación filosófica en Schopenhauer. Sus ideas, rechazadas durante medio siglo, ahora se pensaba que eran una respuesta al enigma de la existencia. Para este filósofo alemán el mundo es voluntad en cuanto deseo: la vida humana es una lucha continua —y vana— por la satisfacción. Después de un deseo viene otro y en esta sucesión se crean imágenes de la verdad, el amor, la felicidad, la justicia u otros atractivos anhelos que nunca pueden satisfacerse. Todo es una enorme ilusión. Sólo hay una excepción al destino del deseo: el arte. El deseo que despierta se cumple en su propio propósito. De este modo, la devoción por el arte sirve de refugio a los espectadores alienados por el Progreso.

En el s. XIX era muy probable que los historiadores que no gustaban de héroes fueran pesimistas o fatalistas. La sensación de que existe una fuerza irresistible que se encarna en la gran masa anónima de pueblos y naciones condujo a estos autores a una filosofía de fatalismo geográfico, climático, racial o de cualquier otro hecho material. El individuo no tiene auténtica voz en lo que hace y la humanidad es un reparto de muñecos. El filósofo Ludwig Büchner describió el dogma de forma sorprendente: “sin fósforo, ningún pensamiento es posible”. De lo

que se deducía una inferencia falsa: el pensamiento no es más que fósforo. En cualquiera de sus manifestaciones supone un reduccionismo.

No todos los científicos eran materialistas declarados, pero casi todos partían de la primacía de la materia, lo que explica que la publicación en 1859 de “El origen de las especies” de Darwin suscitara tantas aclamaciones como consternación. Hasta ese momento, la evolución se había explicado como resultado de alguna acción por parte de la criatura y eso suponía una intromisión de la voluntad, aunque fuera inconsciente, en el funcionamiento de la naturaleza. Ahora Darwin proponía una operación puramente mecánica. Hacía que la vieja idea de la evolución encajara en la física por medio del concepto de selección natural.

“Hubo pensadores de tendencia contraria (entre ellos notables científicos) que rechazaron la hipótesis de Darwin con argumentos vigorosos que partían de diferentes puntos de vista, sobre todo religiosos. Así comenzó una polémica que había de durar medio siglo y que se conoció con el nombre de guerra entre la ciencia y la religión. La multitud se fue convenciendo poco a poco de que Darwin la había demostrado. (...) Todo el mundo podía ver que la selección natural era otro eslabón en la férrea cadena de Cosas que unía la ciencia física, el materialismo, el realismo y el positivismo”.

En su momento, aparte de la religión, la moda de la selección natural que cundió entre los intelectuales afectó a otros asuntos. Al aplicarse a la política generó la doctrina de que las naciones y otros grupos sociales luchan sin cesar para que sobrevivan los más dotados. Tan atractivo fue este “principio” que se le dio el nombre de Darwinismo Social.

El siglo XIX fue el momento culminante de la antropología fisiológica, que dividía a la humanidad en tres o más razas. No todos los que argumentaban sobre las razas creían en las mismas solemnes ficciones, pero casi todos los occidentales educados aceptaban la idea fundamental de que raza es igual a carácter y expresaban sus propias ficciones en ese sentido. En Inglaterra hubo muchos que sufrieron ataques de sajonidad. En Europa Central, el pangermanismo y el paneslavismo se oponían entre sí y a todos los demás grupos.

Las polémicas raciales, que con frecuencia se referían a la nación, expresaban diversos tipos de sentimientos agresivos, ya fueran triunfantes o frustrados. Había orgullo por el poderío industrial y el Nuevo Imperialismo que penetraba en China y Africa. Esta filosofía tan saturada

de contenidos de jerarquía racial fue, a su vez, el gran inspirador del nuevo imperialismo que llevó al reparto del mundo por parte de las potencias occidentales.

Desde 1848 a 1871, Europa vivió un periodo convulso que cambió los equilibrios entre las potencias y dio paso a nuevas naciones. En Francia Napoleón III consiguió hacerse elegir presidente y después emperador. Sus pasos hacia el trono conllevaron la coacción, el encarcelamiento y el exilio de sus oponentes, después de algunas luchas callejeras. Las ilegalidades fueron cubiertas con un plebiscito. El Segundo Imperio francés fue testigo de un aumento de la producción fabril y del comercio, junto al inicio de un sistema de asistencia social. Pero los inestables cimientos del régimen precisaban de una peligrosa política exterior y esta necesidad de vanagloriarse acabó por derribarlo.

Después del fracaso de la aventura mejicana de Napoleón, Bismarck manejó con maestría la situación e impulsó una serie de pequeñas guerras con el fin de unificar por fin a los alemanes en una sola nación. Los franceses, que nunca toleraron ese deseo cuyas consecuencias temían, se comportaron con torpeza y se llegó a la guerra. La derrota francesa frente a los prusianos acabó produciendo una insurrección en París que se conoció como la Comuna. Karl Marx, viendo la oportunidad de un giro político y quizás también apreciando el valor del nombre, lanzó un panfleto que presentaba la insurrección como un anticipo de la lucha de clases que se avecinaba: el proletariado alzado ya a punto de instaurar el comunismo. Si bien los integrantes de la Comuna no eran ni proletarios ni comunistas, Marx no se equivocó al juzgar que el acontecimiento había dado notoriedad mundial a los trabajadores en armas.

Cuando el marxismo se convirtió en materia de investigación y objeto de estudio para los universitarios, entre los académicos hubo más personas que pudieran manejar sus contenidos que entre los políticos o militantes socialistas. El capital pretendía demostrar científicamente de que manera se explotaba al trabajador. “La *teoría laboral del valor* marxista ha sido después rechazada por los economistas y su razonamiento ya no es válido, sin embargo, cuando el error se recupera para la propaganda es un argumento simple y poderoso”. En cuanto a la historia, la tesis de Marx en vez de una batalla de ideas —tesis y síntesis— de la que surge la síntesis, el choque se produce entre fuerzas puramente materiales: es el materialismo dialéctico. Para él solo existe lo tangible, el resto —arte, pensamiento, derecho o religión— sólo constituye una superestructura que por sí sola, no tiene ningún impacto. La historia avanza mediante las

cambiantes relaciones entre las cosas y su fase actual producirá inevitablemente el comunismo proletario.

Las últimas décadas del s. XIX conocieron además toda una serie de progresos materiales que cambiaron el panorama de la vida corriente gracias a nuevos bienes y artefactos. Fueron años en que se sustituyó la comodidad por la accesibilidad. Los electrodomésticos son el buque insignia de la panoplia de bienes materiales que hicieron más livianos los deberes del hombre. No obstante, a menudo estos avances no simplifican la vida; un mecanismo cubre una necesidad probablemente a costa de crear otras muchas. La única consecuencia claramente positiva del ahorro del trabajo que produjeron los electrodomésticos fue la emancipación de la clase sirviente.

Inevitablemente tantos cambios en el modo de vida llevó también a un torrente de nuevas ideas y comportamientos. Así por ejemplo, la bicicleta y el tenis sobre césped ya habían comenzado a desentumecer los miembros y lo que los cubría y la máquina llevaba los sentidos hacia una nueva adicción: la velocidad. El contraste con estas alegres actividades lo ponía el aumento de las enfermedades mentales y la difusión del consumo de drogas.

En el ámbito artístico surgió el esteta, un nuevo tipo social en razón de actitudes y formas de hablar que eran poses deliberadas, métodos de propaganda cuyo fin era la destrucción de la Respetabilidad. Este movimiento suponía una retirada desde los valores de la sociedad industrial y puede resumirse en la acusación de que los empresarios, el imperialismo, la inquietud obrera y la guerra estaban destruyendo la civilización. Se empezó a hablar de decadencia. Las crisis por las que pasaban las grandes naciones europeas venían además a corroborar la superstición de que el fin de siglo de alguna forma indicaba que todo llegaba a su fin.

La popularidad de las artes no solo aumentó sino que su mensaje social y moral se hizo cada vez más hostil hacia la sociedad. Rimbaud es el primer autor de los abolicionistas franceses que estaban empeñados en destruir por completo la cultura. En la crítica y destrucción del espíritu anterior por parte de los hombres de letras hubo también “un vigoroso esfuerzo de la conciencia moral, en el que había un objetivo positivo: hacer justicia a las mujeres en todos los aspectos: el sexual, el social y el político. (...) La emancipación de la mujer fue paralela a la sexual e interaccionó con ella. El amor libre era un lema y una moda; el divorcio se hizo más frecuente y menos reprochable”. Sin embargo, Al defender a Eros y pretender un mundo abierto

para las mujeres, los argumentativos artistas de los noventa parecían olvidar una vez más su propio dogma, según el cual el arte no tiene nada que ver con la moral.

El contraste entre el entusiasmo de los innumerables reformistas (optimistas) y la creencia en que la civilización era a un tiempo decadente y demasiado dura para que los juiciosos vivieran en ella manteniendo la cordura, era equiparable al contraste entre la consideración por el bienestar individual y los muchos tipos de violencia que amenazaban la vida. El cambio de siglo se permitió el lujo de tener cuatro grandes guerras y un puñado de conflictos menores, todos ellos marcados por atrocidades y masacres en ningún modo necesarias para vencer, aunque sí demostraran continuamente que los perpetradores eran realmente humanos.

Además de la violencia profesional —desde y entre estados— “la de los aficionados se empleó contra reyes, jefes de Estado y otras figuras políticas”. Una bomba en un teatro de Barcelona planteó algo que posiblemente no podía plantearse de ninguna otra manera y nuestra época ha aplicado la técnica fielmente. En esos días pioneros se echaba la culpa a “anarquistas” o “nihilistas”, causando así una permanente confusión terminológica. El verdadero anarquista es un alma amable y confiada que defiende un mundo sin gobierno: algo hacia lo que Marx aspiraba después de la necesaria dictadura del proletariado. Pero en los noventa había anarquistas impacientes que querían resultados inmediatos y que, para alcanzar sus fines, confiaban en la reciente invención de Alfred Nobel, la dinamita. (...) Por lo que respecta a los nihilistas, también se les suele etiquetar de forma errónea. Los genuinos no creen en nada y no hacen nada al respecto. La desilusión y el cinismo demuestran que cualquier acción, incluso levantarse por la mañana, es vana”.

El cambio de siglo supuso realmente una transformación; no fue un momento decisivo común, sino una plataforma giratoria en la que multitud de cosas que miraban en un sentido se volvieron para mirar en dirección opuesta. Desde el punto de vista artístico, científico, político y social, el periodo presentaba dos formas de juzgarlo, exultantes o desesperadas. Los atrevidos eran optimistas, los reticentes encontraban nuevas formas de retirarse hacia nuevos primitivismos. En cualquiera de las dos cosas, la intención clara era la de emanciparse. La marcha hacia delante se producía en varias columnas que iban luchando a medida que avanzaban. Las energías desplegadas continuaron innovando y atacando los restos de la alta cultura decimonónica. Si el fin del siglo anterior había tendido a poner el mundo a distancia, el inicio del siglo XX, en la negación, el impulso se volvió positivo. Ya no se habló más de

decadencia, a pesar de que los acontecimientos externos seguían siendo tan caóticos y deplorables como antes.

El renovado vigor procedía de una generación de hombres y mujeres nacida a finales de la década de 1870 y principios de la de 1880, que había vivido en ese periodo quejumbroso y, o bien sentía que aquellas ideas estaban acabadas, o que había otras formas no de resistirse sino de combatir los males de la sociedad; es lo que el autor llama la década cubista. Para los cubistas, “la forma” significa todo el objeto, no solo su vista frontal. Este movimiento, al intentar profundizar en las cosas y poner de relieve la estructura en lugar de las apariencias, corre paralelo a la física de principios del s. XX: el átomo es más real que el trozo de materia visible, y así sucesivamente hasta llegar al más lejano ámbito del análisis. Pero realmente, más que la ciencia, lo que afectó al ojo cubista fue la tecnología: la velocidad del coche de motor y la aviación, fenómenos que se inculcan imágenes mutuamente y allanan lo abultado. Evidentemente, también hay que mencionar aquí la influencia que tuvo el cine en la transformación de la realidad visual. Las figuras de las películas no se mueven realmente sino que al verse en una rápida sucesión, producen sensación de movimiento: es el efecto estroboscópico.

La eliminación de lo reconocible, especialmente de la cara del individuo en un retrato cubista, tiene una sutil relación con la ola de populismo que fluyó por Europa y EEUU en el cambio de siglo. Las masas emergentes anegaron al individuo. Por supuesto, este no dejó de existir, pero lo hacía de forma anónima, como un átomo entre miles de congéneres.

El populismo supuso la remodelación de la antropología. La del s. XIX se centraba en el individuo, el temperamento populista abandonó a su suerte al ejemplar individual y se centró en la tribu. Esta nueva sensibilidad inspira una redefinición de la historia y de las ciencias sociales todas ellas contempladas desde una gran pluralidad de perspectivas donde lo general domina sobre lo particular. Una de las grandes preocupaciones que eligió el nuevo siglo fue la psicología que se convirtió en el nuevo territorio por conquistar.

En reacción a esta línea de pensamiento populista, surgió también la figura de Nietzsche. El punto de partida de sus especulaciones era el contraste existente en la religión griega entre Apolo y Dionisio: el estático orden de la razón frente al dinámico funcionamiento de los impulsos. “El espíritu, que es inherente al pensamiento, es creativo y el superhombre es la

prolongación del propio hombre hacia una criatura que se sitúa en un estadio superior y más profundo del que ese hombre ocupa en la actualidad. El Dios que está muerto es el que preside el cristianismo, una doctrina concebida para los débiles y los pobres de espíritu que, al glorificar a los desvalidos, multiplica el número de víctimas que temen a la vida y están resentida con ella. (...) En la salud el hombre tiene dentro de sí la voluntad de poder, un impulso hacia la acción y el logro que participa del dominio de uno mismo que caracterizará al superhombre e instaurará un nuevo espíritu”.

Mientras la efervescencia de ideas y acontecimientos mantenía al mundo en una permanente crítica y revisión de sí mismo, ocurrió un acontecimiento que de una forma abrupta acabó una época. La sacudida que arrojó al mundo contemporáneo a su camino de autodestrucción fue la Gran Guerra de 1914-18. La guerra había sido precedida de ideologías cargadas de violencia potencial. El darwinismo social había sido una de las líneas de pensamiento que había reforzado el espíritu belicista que llevó a esa guerra. Otra era la creencia de que el progreso dependía únicamente del hombre nórdico: inglés, alemán escandinavo y norteamericano. La falsedad del dogma racista radica en creer que una nación es una raza, un grupo que comparte un origen biológico común. Las pseudociencias y el determinismo sugerían la fe en la raza como elemento aglutinador de las naciones ya que es un elemento unificador innato y “natural”. Desde una Alemania que iba en pos de una perfecta unidad, Occidente había venido siendo testigo de una confusa mezcolanza de cuatro de sus tradicionales impulsos hacia la unidad: la nación, la clase, la raza y la cultura.

Otro cambio profundo que se había producido en las décadas anteriores a la Gran Guerra fue la costumbre de dar publicidad a las ideas mediante el asesinato. Anarquistas o nihilistas se convirtieron así en los pioneros del terrorismo. Los jefes de Estado y los primeros ministros eran especies en peligro. Justo antes de la guerra, en París estalló otro tipo de terrorismo que carecía de filosofía pero que expresaba la revuelta de la miseria. Había otros jovencitos, mejor vestidos y alimentados, que se mostraban a favor de la violencia con un propósito diferente. Eran estudiantes e intelectuales cuya intención consistía en instaurar un dictador o restaurar una monarquía, en ambos casos eran rabiosamente antisemitas.

La Gran Guerra reforzó el prestigio del concepto de modernidad. Los jóvenes que habían sobrevivido a la bestialidad de una guerra producida por sus mayores, que eran estúpidos o malvados, se adhirieron fácilmente al dogma de que “lo más reciente es lo mejor”. La nueva vida

debía verse libre de los viejos errores y llenarse de nuevos placeres. La alegría era el principal artículo de un programa que consistía en agarrar la vida con las dos manos, mostrando tolerancia ante los caprichos del ser humano e indiferencia ante las presiones. Dada la relajada situación de la primera posguerra, este rechazo de pasado, unido a formas de compensación de uno mismo por los recientes horrores, era una emancipación con el mínimo esfuerzo.

En lo cultural la obra que mejor representa el momento cultural de Europa es para el autor “*La tierra baldía*” de T. S. Eliot. Esta obra compendia en su título y en su contenido, los pensamientos y sentimientos de los supervivientes. El toque de desolación se da en el primer verso: “Abril es el mes más cruel. Desde Chaucer hasta Shakespeare y desde éste a Browning y Whitman, abril se ha cantado como el mes más afable y acogedor. Ahora todo lo que abril significa, sobre todo su fuerza generadora, despierta antipatía; la vida es detestable”. La guerra había dejado tras de sí un profundo rastro nihilista.

El absurdo existencialista procede de lo planteado en la paradoja de que la locura es la respuesta cuerda ante un mundo demente. Esa combinación de ciencia, filosofía y teoría hizo algo más que reflejar la opinión que les rodeaba, reprodujo los auténticos rasgos de su medio, pero con una peculiaridad: las chispas del absurdo no produjeron ninguna chispa de electricidad positiva, ninguna rebelión del absurdo contra el propio absurdo. Mas bien al contrario, lo aceptan como algo inherente a la vida. Sin embargo para las primeras filosofías la vida era la misma fuente de la cordura.

La corriente principal del existencialismo, representada por Sartre y Beauvoir, adoptó el marxismo y fue su fiel propagandista. El paso desde la especulación original a la opinión pública y a las páginas de los periódicos tuvo lugar rápidamente después del final de la Segunda Guerra mundial. El absurdo alcanzó rango de rectitud y de atractivo infalible.

“En el ámbito de la ética, el absurdo actual más flagrante viene envuelto en esa palabra de pesadilla que es *relativismo*. Su equivocada aplicación en la actualidad constituye un grave error porque influye en la comprensión de las ciencias físicas y sociales y hace descarrilar cualquier razonamiento relativo a la moral del presente. (...) Las conductas corruptas o escandalosas se creen producto de la perspectiva relativista. Y si se vincula con la política liberal, implica una complaciente irresponsabilidad”.

Después de 1920 una poderosa oleada de populismo recorrió la cultura occidental. Surgía de la experiencia comunitaria bélica y se aceleró con la Revolución Rusa. El pueblo se convirtió en el único objeto de interés y de preocupación. El arte, la literatura, la teoría social, los modales y la moral remodelaron los sentimientos comunes y marcaron el tono de una sociedad alterada. Aquellos años también conocieron el progreso de tres movimientos que tenían su origen en la efervescencia vitalista y las revueltas emancipadoras de finales del siglo anterior: la emancipación sexual, los derechos de la mujer y el Estado de bienestar. Estos cambios de naturaleza moral, social y política fueron un paso importante hacia los usos y políticas de finales del s. XX.

Al final, la devastación, tanto material como moral que produjo la Primera Guerra mundial había calado tan hondo que sacó la creatividad de su cauce, primero para convertirla en frivolidad y después para llevarla por el camino de la autodestrucción. Hacia 1920 todo el que había sobrevivido había sido transformado milagrosamente, no en seres sensibles a la estética sino en acomodaticios y cobardes. Para esta nueva casta todo lo que se presentaba como arte merecía automáticamente respeto y un sesudo análisis. Cuando una nueva obra o estilo no era fácil de apreciar, era desagradable de contemplar, incluso repugnante, ellos la encontraban “interesante”. Medio siglo después a no ser que al crítico le parezca “inquietante”, “perturbadora”, “cruel”, “perversa” se rechazará por considerarse “académica” no solo carente de interés sino despreciable.

Mediante la alquimia de la guerra, el burgués estúpido —que antes ofrecía resistencia a la sucesión de nuevas escuelas artísticas y literarias— se había convertido en el dócil consumidor de mediados y finales del s. XX. Para él la existencia de una vanguardia que trastoca el pensamiento es tan indiscutible como que la Tierra es redonda y tiene la categoría de un santo sínodo. El arte ha sido definido una y otra vez como la más alta expresión espiritual del ser humano y, en cierto sentido, como algo superior a la religión porque es la única actividad que no conduce al asesinato. Además el artista es un profeta en el sentido bíblico del término. Esta visión de las artes, de la que son fervientes partidarios quienes la practican, ha sido aceptada por una parte considerable del público y para muchos de sus integrantes representa un pasatiempo o una forma de ganarse la vida. Podría ser adecuado datar el comienzo del *modernismo popular* en el momento en que se produce esta victoria definitiva de la religión artística que es a principios de la década de 1920. El mensaje emitido por primera vez a principios del s XIX, “el arte por el

arte”, había manifestado finalmente su verdadero sentido a las personas cultivadas: “el arte por la vida”.

El arte estaba también bajo la sensación de que el ímpetu nacido en el renacimiento se había agotado. La carga de todo el pasado —todas las obras maestras mayores y menores— ejercían una presión cuyo efecto era paralizante. Todo se había hecho ya. La sustancia y la técnica habían dado todo lo que podían dar.

Para Barzun la crisis en el ámbito artístico es el mejor reflejo de la crisis de gran calado en la que está inmerso Occidente y que constituye la tesis principal de la obra analizada en estas páginas: “Occidente ha ofrecido al mundo un conjunto de ideas e instituciones que no existían en épocas anteriores ni en lugar alguno (...) la disparidad y el conflicto ha perseguido unos fines característicos —en eso consiste su unidad— y ahora dichos fines, llevados hasta sus últimas consecuencias, están llevando a su desaparición”.

Barzun muestra como los síntomas de la decadencia pueden ser entendidos por la hipertrofia de aquellos rasgos característicos que definen al mundo occidental: primitivismo, individualismo, emancipación, etc... Lo que ha sido motor del desarrollo cultural, cuando es perseguido implacablemente y sin consideración hacia la virtud, puede degenerar en impulso de decadencia y degeneración. En primer lugar aprecia una parálisis espiritual como resultado de apetecer objetivos contradictorios. En nuestros días, “cualquier doctrina o programa que proclame el merito de ir contra el sentido común tiene el atrevimiento a su favor”.

Las naciones occidentales gastan miles de millones en la enseñanza pública para todos animadas por el afán general de excelencias. Al mismo tiempo la sociedad descalifica cualquier signo de superioridad como elitismo. Las mismas naciones deploran la violencia y la promiscuidad sexual entre jóvenes, sin embargo, pornografía y violencia no pueden ser suprimidas en películas, libros, comercios, televisión o Internet en beneficio del “libre mercado de las ideas”.

La confusión general creada por tales contradicciones alcanza cualquier aspecto del esfuerzo cultural. En el arte, lleva a la exaltación del anti-arte, materializado de una parte por la travesura nihilista de Marcel Duchamp, en la otra por Picasso que dedicó su inmenso talento a crear un arte enfurecido contra y compitiendo con la naturaleza. Cuando el compositor Pierre

Boulez dijo que estaba decidido a “destruirlo todo”, el simplemente dio voz a una corriente de sentimiento que ha animado una buena parte del “arte avanzado” desde que Rimbaud articuló la doctrina de la “desregulación de todos los sentidos” en el siglo XIX.

La transformación de arte en anti-arte no pudo tener éxito por si misma. Necesitaba la participación de instituciones que certificaran esos logros artísticos así como audiencias cuyo interés los sostuvieran. Para Barzun “cuando la gente acepta lo inútil y absurdo como normal, la cultura es decadente”. La inutilidad y el absurdo solo parecen normales a una sensibilidad dañada. El daño ha sido producido por una progresiva pérdida de resistencia a la mentira. Entonces el hombre se vuelve vulnerable a todo tipo de virus culturales. Esta disminución de la resistencia a la mentira ha afectado a los críticos, profesores y estudiosos; ha llevado a una situación en la que la erudición es lo pretencioso vestido de ininteligibilidad. También ha afectado al gran público con cuyo sano rechazo de lo absurdo ya no puede contarse.

Las artes del modernismo han tenido así mismo un papel en “la generalizada relajación de las costumbres de la que tantas voces vienen lamentándose desde mediados del s. XX”. El ataque a la autoridad, la ridiculización de todo lo establecido, las distorsiones de la lengua y de los objetivos, la indiferencia hacia los significados claros, la violencia que despierta la forma humana, el retorno a los elementos sensoriales primitivos y el aumento del número de géneros denominados “anti-”, cuyo principio rector es “no esperar nada”, ha convertido al modernismo tanto en el espejo de la desintegración como en la incitación a profundizar en ella.

Por supuesto que la confusión no reina solo en el ámbito de la cultura. El reino de las relaciones sociales y la política están igualmente acosados. Un resultado es lo que Barzun llama el “Gran Cambio”, la transformación del liberalismo en su contrario. Si el liberalismo inicialmente triunfó en base al principio de que el mejor gobierno es el que gobierna menos hoy para todas las naciones occidentales la sabiduría política ha refundido las ideas de libertad y liberalidad. La universalización y extensión del Estado del bienestar ha alimentado una cultura de derechos. Lo que comenzó como un acto de generosidad termina en una explosión de regulaciones y de demandas desmedidas de derechos. Motivos que antes fomentaban la unidad y el compromiso social —emancipación, autoconciencia— ahora actúan como fuerzas centrífugas: fuerzas de decadencia. Hacia el final del siglo veinte la idea de pluralismo se desintegró y el separatismo ocupó su lugar. Vemos sus efectos en todas partes desde un campus universitario hasta Bosnia y lo que llamábamos el Reino Unido.

La descripción que Barzun hace de Occidente nos presenta unos opuestos en permanente renovación que expresan una latente insatisfacción de las sociedades occidentales consigo mismas y que es descrito por el autor como una inagotable tensión emancipadora. El individualismo y la autoconciencia nos describe a un hombre occidental que avanza hacia sí mismo como referencia y juez de su propio comportamiento. La decadencia de occidente es descrita precisamente como la persecución de estos fines de una forma desmedida y más allá de su efecto estimulante y revitalizador.

Del estudio de esta obra podemos sacar algunas conclusiones:

- El individualismo y la autoconciencia llevados al extremo permiten al terrorismo crear su propia ética y dictar sobre la vida y la muerte. La emancipación además de sus aportaciones críticas es un fenómeno que desarma a la sociedad, facilitando la entrada de movimientos violentos y autodestructores. El terrorismo ha encontrado en la emancipación un doble aliado. En la insatisfacción frente a la propia sociedad, un deseo intenso de derribarla. En la renovación permanente, una sociedad debilitada para frenar su penetración. Cuando la emancipación se volvió un fin en sí mismo llevando a la glorificación del absurdo y el nihilismo, el terrorismo no encontró ya un aliado sino una filosofía en que sustentar su peculiar visión del mundo. Solo por medio de la destrucción, la violencia, podría el mundo salir del laberinto del absurdo, del vacío existencialista.
- Vemos también como el autor expone que la violencia está más enraizada en los sedimentos filosóficos e intelectuales de occidente de lo que el hombre occidental suele pensar. El terrorismo no es por tanto un fenómeno ajeno a la naturaleza del ser occidental, es más bien la expresión extrema y radicalizada de algunos de los impulsos que han constituido el proceso de modernización de sus sociedades. Lo que es peor: es uno de los contenidos de la cultura occidental que mejor ha sabido exportar a las sociedades que pugnan por no ser excluidas de los beneficios de la modernidad occidental. No parece previsible que en tales circunstancias el fenómeno del terrorismo sea vencido y doblegado con facilidad, sus raíces son profundas.

CAPÍTULO SEGUNDO

**JEAN FRANÇOISE REVEL. EL REALISMO
DE LA LÓGICA**

JEAN FRANÇOISE REVEL: EL REALISMO DE LA LÓGICA

POR JOSÉ ENRIQUE FOJÓN LAGOA

Jean Françoise Revel, filósofo, periodista y escritor, nació en Marsella en enero de 1924. Desde posturas políticas de izquierdas, evoluciona, en los años sesenta, hacia la derecha hasta convertirse en uno de los grandes defensores de lo que hoy representa el liberalismo democrático. Es miembro de la Legión de Honor y se proclama ateo.

En 1978, con Raymond Aron como presidente de su comité editorial, Revel se convierte en director del semanario *L'Express*, cargo en el que estará hasta 1998 en que dimite al solidarizarse con su redactor-jefe Olivier Todd como consecuencia de su cese.

Se le intenta relacionar con la secta Moon, dado que, desde 1982, participa en los congresos anuales del World Media Center. Por ello también se le asocia con destacados periodistas anticomunistas, como Georges Suffert, de *Le Point*, y Alain Griotteray, de *Le Figaro*. También se le atribuyen lazos con asociación conservadora New Atlantic Initiative de Washington.

Entre sus numerosas obras podemos destacar, como las más celebradas: *“Ni Marx ni Jesús”*, *“El conocimiento inútil”*, *“La tentación totalitaria”*, *“El renacimiento democrático”*, *“El monje y el filósofo”*, *“La gran mascarada”*, *“Diario de fin de siglo”* y *“La obsesión antiamericana”*.

El anticomunismo de Revel es diáfano y profesa el ardor del converso. Su estilo es directo, sin ambages; su juicio lo basa la mayoría de las veces en hechos históricos, pero sin olvidar sus

facetas de filósofo y periodista. Para apoyar sus opiniones no ha dudado en convertirse en un crítico riguroso de la historia y del protagonismo actual de su Francia natal, aspecto que ha puesto, clara y reiteradamente, de manifiesto con ocasión de la guerra de Irak.

Trata la actualidad, teoriza poco, relaciona hechos y extrae consecuencias. Si añadimos a su formación filosófica su experiencia periodística, se conforma un politólogo de gran altura. Temas como el papel de la información en nuestros días, las consecuencias del fin del imperio soviético, la pervivencia de la ideología socialista, la globalización, el terrorismo y la hegemonía americana, son sujetos de su fino y crítico análisis.

CONOCIMIENTO Y CIVILIZACIÓN

Ya en 1988, Revel trató la información, o lo que es lo mismo, la difusión del conocimiento en su libro *“El conocimiento inútil”* (1). Había captado la importancia que tendría la información en el futuro y que constituiría el elemento central de la civilización en el siglo XXI. Enunciaba que este aspecto, sin duda, constituirá un elemento de igualación social y de transformación del poder, anulando “la vieja discriminación entre la élite en el poder, que sabía muy poco, y el común de los gobernados, que no sabía nada”.

El nivel de conocimiento de que se dispone hoy en día, gracias sobre todo a los avances de la ciencia, así como a las posibilidades de difundirlo, no tiene parangón en la historia y el autor se pregunta si esa circunstancia ayudará a la toma de mejores decisiones. La naturaleza humana ha cambiado poco y, en este sentido, el hombre actual no es ni más ni menos honesto ni racional que el de épocas anteriores, y es por ello que tiende más a basar sus convicciones, y la consiguiente toma de decisiones, en la parte conjeturable de su pensamiento que en la lógica.

El autor afirma que, aunque desde diversos ámbitos se preconice lo contrario, no se puede hablar, actualmente, de que en el mundo existe una única civilización, pues, tomando en cuenta diferentes puntos de vista, que incluyen como referencias desde las instituciones políticas hasta el nivel tecnológico o costumbres, religiones, etc., no puede considerarse la humanidad como una “sola y misma civilización”. Una creciente tendencia, que parte esencialmente del proceso de descolonización, a la reivindicación de la “identidad” cultural, de determinados grupos

(1) REVEL, JEAN FRANCOISE. *“El conocimiento inútil”*. 1988. Planeta. Barcelona.

humanos, ha intentado imponerse a la aceptación de unos criterios universales de civilización. Curiosamente, señala Revel, es Occidente quien preconiza esa universalidad pero, a la vez, quien pone en duda que ella coincida con el compendio de valores que constituye su identidad, lo que se conoce como el “modelo occidental”, basado en un racionalismo esencial y en la aceptación de unos parámetros para la consecución de un desarrollo económico eficaz.

No obstante, Revel opina que no es pecar de etnocentrista asegurar que todas las demás civilizaciones giran alrededor de la occidental y que esta se conforma alrededor del conocimiento. Con esta afirmación, asegura, no pretende proclamar ningún tipo de superioridad, sino que es el conocimiento el que le proporciona el protagonismo, junto con la democracia y la defensa de los derechos humanos. Si se da por sentado que la demanda de desarrollo es una constante universal, habrá que deducir que lo que se demanda es conocimiento, pues, en definitiva, desarrollo no es más que la puesta en práctica del conocimiento y es, precisamente esto, lo que le proporciona su valor a la civilización occidental.

Revel alerta que la civilización de la información, que sólo puede funcionar alimentada por el conocimiento, tiene sus reglas. Una de las fundamentales es que las decisiones se toman en base a la información que circula y si se produce una falsedad en las percepciones, se eluden los resultados de la experiencia o se actúa desde el cinismo político, se producirán “consecuencias particularmente devastadoras”.

La mayoría de las culturas no occidentales, según sus portavoces más radicales parecen proclamar la “intolerancia etnocéntrica”, modelo que se ha venido imponiendo en la historia y que proclama la superioridad de unas culturas sobre las otras. Dicho esto, el autor constata que las civilizaciones viven hoy en una perpetua interacción que, a la larga, pesará de forma determinante, e impondrá elementos de identidad comunes que prevalecerán sobre sus rasgos diferenciadores. En los ámbitos económico y geopolítico esto es un hecho. En esa interacción vuelve a jugar un papel esencial la información y es en la veracidad o en la falsedad del conocimiento que trasmite, donde radica la verdadera cuestión de la relación.

En este sentido, cultura e información llegan a estar íntimamente entrelazadas. Las culturas de lo que en el pasado se había definido como Tercer Mundo, han asimilado muchos elementos de la occidental, entre ellos que la manipulación de la información, mediante la destrucción de la

verdadera y la construcción de una falsa, conforme a los criterios racionales que se vienen empleando en Occidente, es un instrumento de poder.

Nuestro mundo ha llegado a ser un todo mediante el libre flujo de la información y el futuro vendrá determinado por la utilización “correcta o incorrecta, honesta o deshonesto, de esa información”. Lo que en la antigüedad había sido un elemento de diferencia entre culturas: la falta de información, es hoy un poderoso elemento que va a configurar la opinión pública y, por lo tanto, es poder. Revel cree que “la información es el tirano del mundo moderno, pero también es la sirvienta” (2) y afirma que hoy como antes, “el enemigo del hombre está dentro de él. Pero ya no es el mismo: antaño era la ignorancia, hoy es la mentira”.

La falsedad, o la mentira, se utiliza conscientemente como forma de acción política ya sea empleada por los sindicatos, el estado, los partidos etc. La mentira dirigida de esta forma tiende a engañar a la opinión pública. Antiguamente se empleaba para engañar a otros gobiernos, pero eso es, hoy en día, una empresa más que difícil.

Tomando como referencia la posibilidad de ser informado mediante la adquisición de un conocimiento variado y exacto, como la libertad de informar e informarse, Revel divide al mundo en tres ámbitos: el de la mentira organizada y sistematizada por el Estado, el de la información libre y el de la seudoinformación.

El primero es propio de los regímenes totalitarios, el segundo característico de las democracias, aunque los medios de comunicación respondan a intereses de determinados grupos, y el tercero, una mezcla de los dos primeros, se corresponde con algunas sociedades que no han alcanzado su pleno desarrollo democrático y cuyo rasgo esencial característico es la gran mediocridad y pobreza de la información que emplean. Pone el autor de manifiesto que a pesar del progreso de la democracia en el mundo, el ámbito de libertad informativa sigue siendo minoritario.

Si la democracia quiere imponerse en la Era de la Información, esta, la información que se difunde tiene que ser veraz, aunque le acechan fuerzas muy poderosas. El autor, al contrario que en el totalitarismo, basa la existencia de la democracia en la verdad. Sólo la democracia posibilita tanto el escrutinio de si misma como de los totalitarismos y de las seudodemocracias.

(2) Ibid.

Sólo la democracia permite informar de la propia información, o lo que es lo mismo, poner datos a disposición del público para que construya criterios y saque sus propias conclusiones.

En democracia, las trabas a la información veraz no proceden, como en los regímenes democráticos de la censura, sino, a juicio del autor, de “los perjuicios, la parcialidad, los odios entre los partidos políticos y las familias intelectuales que alteran y adulteran los juicios e incluso las simples comprobaciones. A veces, más incluso que la convicción, es el temor al “que dirán” ideológico quien tiraniza y amordaza la libertad de expresión” (3). Si la democracia quiere imponerse en la Era de la Información, como ya se ha señalado con anterioridad, tiene que nutrirse de información veraz, aunque en contra de ello, le acechen fuerzas muy poderosas. El autor apunta al periodismo, a la docencia y a los intelectuales como los estamentos que mayor incidencia tienen en la difusión y presentación del conocimiento.

Hay que poner de manifiesto que estos planteamientos ya los formulaba a finales de la década de los ochenta (4) y en ellos presentaba dos aspectos de gran actualidad y que pueden interpretarse desde diversas perspectivas. Por una parte la interacción de las civilizaciones como posible causa de conflicto puesta de manifiesto por Huntington (5) tan enfáticamente y, por otra, la difusión del conocimiento que algunos autores mantienen será, junto con la difusión de la democracia la base de una época de “paz perpetua”.

LA FUNCIÓN DEL PERIODISMO

El Revel periodista es crítico con sus colegas en cuanto forman parte del instrumento más poderoso de transmisión del conocimiento como difusor de la información. En este sentido, centra su opinión sobre la prensa en los países democráticos, pues el papel que esta juega en los regímenes totalitarios es el de mero instrumento al servicio del gobierno. No obstante, el autor cree que incluso en las sociedades de larga tradición democrática, con un probado respeto al ejercicio de la libertad de expresión, sólo una pequeña parte de los medios de comunicación social se emplean con la finalidad de proporcionar información veraz y comentarios objetivos.

(3) Ibid.

(4) Ibid.

(5) HUNTINGTON, SAMUEL P. “*The Clash of Civilisations*”. Foreign Affairs Summer 1999.

Desde el punto de vista periodístico, Revel divide al mundo en “países donde el gobierno quiere sustituir a la prensa y países en los que la prensa quiere sustituir al gobierno. La enfermedad de los primeros sólo podrá curarse en virtud del único remedio: la democracia o, lo que es lo mismo, un principio de libertad. La curación de los segundos, los que ya son democráticos, está en manos de la misma prensa”. Esto último se conseguiría si los periodistas se dedicasen a la esencia de su oficio: proporcionar informaciones exactas y completas, pero en la realidad, la mayoría de los medios de comunicación en los países democráticos son, independientemente de la función que cumplen, empresas mercantiles y el autor va más allá al afirmar que la mayoría de ellos se crean con la intención de imponer un punto de vista o tendencia determinada antes que de divulgar la verdad.

Revel pone de manifiesto que ya en los orígenes de la “civilización liberal” surgió la confusión entre lo que es la libertad de expresión, “que debe de reconocerse incluso a los embusteros y a los locos” y el oficio de informar que tiene sus propias obligaciones. Ello se ha traducido en nuestros días en el equívoco entre lo que es la expresión de la opinión a la hora de informar y la verdadera información y esto, afecta a la misma esencia de la democracia.

Una de las consecuencias de este estado de cosas, que el autor glosa con su natural agudeza, es la tan traída y llevada cantinela de que la prensa debe ser pluralista. En este caso Revel es también tajante: lo que tiene que ser pluralista es la opinión, no la información, pues “según su misma naturaleza esta puede ser falsa o verdadera, no pluralista” (6). No debe escudarse en el pluralismo para presentar los hechos según la opinión de cada uno. La objetividad debe presidir su exposición, mientras el “pluralismo” encuentra su acomodo a la hora de deducir enseñanzas de los mismos y, consiguientemente, en la proposición de medidas o soluciones. “El mal más pernicioso es la opinión disfrazada de información” (7), apostilla Revel.

Para el autor, el peligro más grave para la objetividad de la información, no procede de las diversas clases de productos periodísticos, editoriales, noticias, columnas, etc., sino en la presentación consciente de informaciones falsas trucadas o adulteradas, en una forma aparentemente neutral. Concibe el “derecho al error” en todo lo concerniente a la opinión o el análisis pero no en cuanto a la información. En este caso, en el de la exposición de los hechos, ese derecho sólo puede admitirse “si se puede establecer, ante todo, que el periodista ha hecho

(6) Ibid.

(7) Ibid.

cuanto ha podido para descubrir la verdad, para informarse, reunir todos los elementos posibles; que no ha omitido nada de lo que sabía ni inventado nada de lo que no sabía” (8).

Se lamenta el autor que en el limitado espacio en que los medios de comunicación son libres, frecuentemente, se produce información periodística dirigida al efecto que se pretende producir mas que en conseguir la objetividad. “En vez de informar a sus semejantes, los periodistas desean, demasiado a menudo, gobernarlos” (9).

Revel defiende la idea de que la democracia es un sistema que sólo puede funcionar si los ciudadanos están informados, pues es el elemento que les sirve para formar su voluntad a la hora de ejercer sus derechos democráticos, pero a la vez, es un sistema en el que todas las opiniones pueden expresarse pacíficamente. Esa contradicción fundamental es el problema con que se enfrenta la prensa en nuestros días. El autor pone de manifiesto que cuando las informaciones que la prensa proporciona no son veraces, es el mismo proceso de decisión democrática el que resulta falseado. Si los periodistas, bajo el pretexto de proporcionar buena información, creen que tienen derecho a presentar los hechos en la manera que ellos consideren favorable a su punto de vista, la democracia queda afectada de forma tan esencial que se atreve a compararla con un fraude electoral.

Revel resalta que este falseamiento influye directamente en los ciudadanos y en los dirigentes. En estos en un doble sentido; primero por el error material en que son sumidos y segundo por la corriente de opinión pública en que se ven arrastrados. Con ello no pretende asegurar que, en todo caso, sea la prensa responsable de los errores de los dirigentes políticos, pero tampoco es enteramente inocente. La opinión pública se forma, en gran medida, sobre la base de lo que publican los medios de comunicación y sería suicida para los líderes políticos ir sistemáticamente contra ella.

No comparte Revel la idea de considerar la prensa como el “cuarto poder” de las democracias. Si a la prensa, aún considerándolo saludable, se le atribuyese “el papel de guardián, de juez, de inquisidor del poder”, se le convertiría en una especie de magistratura y, en ese caso, debería poseer las garantías de competencia e imparcialidad que caracterizan a aquellas. El autor niega que, en ningún caso, se den estas condiciones, ni siquiera en sus contornos más

(8) Ibid.

(9) Ibid.

elementales y, por el contrario, le atribuye al estamento periodístico grandes dosis de corporativismo y agresividad. Pero, por otra parte, la realidad es que los medios de comunicación pretenden ser un contrapoder y, lo que es más llamativo, se consideran como tales y actúan a semejanza de los tradicionales elementos del poder, pero sin los controles, de todo tipo que éste tiene. Para Revel la prensa es el único poder en el que no existe ningún control, “está en permanente estado de alerta para tomar nota de los errores de los responsables políticos, pero no le gusta mucho que se tome nota de los suyos y, por lo general, rehúsa reconocerlos y, por supuesto, rectificarlos” (10).

LA GLOBALIZACIÓN. ¿NUEVA FORMA DE TOTALITARISMO?

Revel aborda, entre otros temas de actualidad, dos aspectos muy en boga, la globalización o mundialización y el antiamericanismo, poniéndolos en relación uno con otro. El primero es un fenómeno que, aunque con diferentes formas, ya se haya dado antes en la historia, pero el otro, surge con fuerza en los años posteriores al final de la Guerra Fría. Considera el mismo concepto de mundialización como algo impreciso, pero que sirve a las fuerzas opuestas al liberalismo económico, como instrumento para atacarlo, concentrando su furia sobre su principal representante, los Estados Unidos. Dado la naturaleza global del tema, permite a las llamadas fuerzas antiglobalización, contemplar el espacio que puede ser habilitado en un “campo de batalla” contra el liberalismo como cada uno de los aspectos que afecten al planeta.

No obstante, pone el énfasis que, si se contempla desde una perspectiva histórica, la globalización no es un fenómeno nuevo y se puede considerar como el proceso que corre parejo a la expansión del comercio, a lo largo de la historia. Sobre este tema expresa con profusión sus opiniones en su obra “*La obsesión antiamericana*” (11). Para fundamentarlas se apoya en el desarrollo histórico que desde el siglo XV sistematiza Régis Bénichi (12). En él se identifican tres oleadas o fases.

La primera tiene lugar en la época de los grandes descubrimientos que trajo como consecuencia la aparición de las primeras potencias capitalistas que, por supuesto, tuvieron un carácter esencialmente marítimo, países que, independiente de su tamaño o magnitud

(10) Ibid.

(11) REVEL, JEAN FRANCOISE. “*La obsesión antiamericana*”. 2003. Urano. Barcelona.

demográfica, como Inglaterra, España, Portugal y Holanda configuraron su poder mediante redes comerciales que se extendían por todo el mundo y que dieron origen a la creación del capitalismo.

La segunda oleada se identifica entre 1840 y 1914, el periodo que coincidió con la Revolución Industrial y durante la cual el volumen comercial mundial creció de forma exponencial. Estas dos fases tuvieron una marcada preponderancia europea. Europa extendió por todos los continentes su tecnología, capital, idioma, cultura etc. Esta hegemonía se rompió irremisiblemente en la primera mitad del siglo XX con las dos guerras mundiales que algunos autores consideran como guerras civiles europeas que destruyeron el continente y otros las presentan como un suicidio en dos actos.

El periodo entre guerras apuntó a los Estados Unidos, Argentina y a Brasil como posibles potencias económicas del futuro, pero se caracterizó como una época de grandes desequilibrios económicos y financieros. La tercera ola comienza después de la Segunda Guerra Mundial, se le imprime desde el comienzo un marcado carácter capitalista y liberal como reacción a las prácticas restrictivas del periodo entreguerras y en ella es donde nos encontramos. Es bien sabido que de la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos surgieron como la primera potencia capitalista y que con el derrumbe de las economías socialistas, en la década de los 80, se configuraron como la gran superpotencia económica.

Definido el fenómeno de la globalización, y sus causas, en estos términos, Revel se pregunta cuáles son los motivos por los que se combate tan agresivamente este tipo de mundialización, que hay detrás de las manifestaciones y algaradas contra las organizaciones internacionales de comercio y dirigentes de las grandes potencias económicas. En líneas generales identifica la lucha de los grupos antiglobalización con una forma de renovación, después de la desaparición del imperio soviético, de la vieja lucha socialista contra el liberalismo y, por lo tanto, como ya ha quedado expuesto, contra su mayor representante que son los Estados Unidos.

Ya "*En la gran mascarada*" (13) Revel ponía de manifiesto los argumentos y teorías que ciertos sectores políticos y sociales difundían para justificar la vigencia del socialismo, sin que

(12) BÉNICHI, REGIS. "*La mundialización también tiene una historia*". Revista L'Histoire, nº 254 Mayo 2001.

(13) REVEL, JEAN FRANCOISE. "*La gran mascarada*". 2002. Taurus. Madrid.

el fracaso material de su puesta en práctica, constatado históricamente, representase una inadecuación de sus esencias y su identificación con el “Bien” que se había predicado. El autor cree ver en esta lucha “antiglobalización”, el resurgimiento, por ahora no masivo, de una violencia antidemocrática que propugna un nuevo totalitarismo.

Por lo tanto, la violencia ejercida por los manifestantes antiglobalización en Seattle, Génova, Niza, Davos, y otros lugares, la relaciona con una acción netamente revolucionaria. El autor define a los violentos jóvenes antimundialistas como “unos vejstorios ideológicos, fantasmas resurgidos de un pasado de ruinas y sangre” que utilizan como razón básica de condena de la mundialización el hecho de que, supuestamente, se van a acentuar las desigualdades económicas y a agravar la pobreza en el mundo. Revel, sin considerar esto, identifica como la motivación real de este movimiento, el ataque al liberalismo y a la preponderancia americana.

No obstante, Revel se plantea el si o el no de la “maldad” de la mundialización. Para ello articula un cuestionario que comienza por la pregunta esencial: “¿es un mal, en cuanto tal, la mundialización mediante el mercado?” (14). Los antecedentes históricos muestran que el fenómeno ha sido deseado, o se ha visto con buenos ojos. Movimientos como los resultantes de la Revolución Francesa o el internacionalismo socialista tenían la vocación de imponer sus ideales a toda la humanidad. En el caso que nos ocupa, el autor cree que lo que está en juego en la “pugna” antimundialista, no es si el concepto de mundialización es bueno o malo, sino la clase de globalización que debe implantarse: una basada en el mercado libre u otra basada en el dirigismo estatal, que es la que defienden los movimientos antiglobalización. Recurriendo a la historia, Revel se decanta por la globalización capitalista pues, aunque con inconvenientes y defectos, su balance final ha sido positivo, mientras que los hechos demuestran que los dirigismos sólo han llevado o, a grandes catástrofes humanas o a desastres económicos.

El segundo elemento del cuestionario es si la maldad de la mundialización reside en que sirve a los intereses de los Estados Unidos. Revel pone de relieve que el hecho de que nos encontremos inmersos en una economía “mundializada, capitalista y con preponderancia americana no es expresión de arrogancia alguna. Ni siquiera es consecuencia de una opción” (15). Para basar esta proposición el autor recurre al determinismo histórico para relacionar tres

(14) Obra de la nota 10.

(15) Ibid.

hechos que considera suficientemente probados y que ayudan a configurar la situación. El primero es lo que denomina cataclismos económicos y políticos desencadenados, principalmente, por el tipo de economía cerrada que se fomentó entre las dos guerras mundiales. El segundo lo identifica con lo que considera demostración definitiva de la incapacidad del socialismo para hacer funcionar satisfactoriamente una economía. Cita para ello el fin del imperio soviético y el fracaso de los regímenes socialistas en África y en otras partes del mundo. Y por último, y tercero, el debilitamiento europeo en la primera mitad del siglo XX, consecuencia de sus grandes guerras fratricidas.

Finalmente, se pregunta si es cierto que con esta situación, a escala planetaria y en cada uno de los países, los pobres lo son más y los ricos aumentan su capital. El autor, en este caso, recurre a datos estadísticos para demostrar que, en los últimos años, en los países del llamado Tercer Mundo, se ha producido “un triple aumento” (16) en la renta media, en la población y en la esperanza de vida. No obstante, reconoce que la excepción es África y que ese periodo, se ha producido, en la mayoría del continente, un retroceso en todos los órdenes, pero ello se ha debido, principalmente, a causas políticas, por la proliferación de regímenes colectivistas, a lo que ha seguido la corrupción generalizada, la pérdida de la ayuda internacional y la consiguiente desconfianza que provocan en los inversores.

EL TERRORISMO

Jean Françoise Revel, hacía tiempo que había identificado al terrorismo como un medio de guerra. Lo considera como una forma de combate que pretende alcanzar un fin político. Que se practicó durante la Guerra Fría queda patente para el autor por la actuación de grupos terroristas que actuaron en Europa, tales como las Brigadas Rojas, Acción Directa o la Fracción del Ejército Rojo, adscribiendo sus acciones a un fin político determinado: la subversión del orden democrático, respectivamente, en Italia, Francia y Alemania Occidental. Atribuye a los países del antiguo Bloque del Este, en especial a la Alemania Oriental y a la Unión Soviética, el apoyo y la dirección de estos grupos, algo que por otra parte ha quedado demostrado fehacientemente después de la caída del imperio soviético.

(16) Ibid.

Para otro tipo de fin político que también se vale del terrorismo, como el independentismo corso o el vasco de ETA, Revel no encuentra justificación al empleo de la violencia, al tratarse de países democráticos. Pero ello no es óbice para acusar de cierta debilidad a los gobiernos francés y español al no aplicar todos los mecanismos que el estado de derecho pone a su disposición para acabar con el problema. Revel, para apoyar su tesis, se apoya en el pensamiento de un ex ministro de justicia francés y Presidente del Consejo Constitucional, Robert Badinter y que se recoge en la frase: “el estado de derecho no es el estado de debilidad”. Con ello apunta a algo que será argumento recurrente en sus ensayos y artículos: la debilidad que, hasta ahora, han venido demostrando las democracias occidentales ante todo tipo de terrorismo.

Hay que reconocer que Revel detectó, con antelación, algo que muchos autores, tratadistas y políticos, sobre todo europeos, no se han atrevido a admitir: que después de la Guerra Fría, las causas y la naturaleza del conflicto armado estaban cambiando sustancialmente. Una nueva e incierta época se estaba abriendo desde el mismo momento en que la competición entre bloques daba sus últimos estertores. Los análisis estratégicos de 1987 seguían las pautas de confrontación directa entre bloques y obviaban cualquier otro factor novedoso, en el mismo momento en que nuevas fuerzas y actores irrumpían en la escena. El Revel filósofo y periodista, se revela contra esas tendencias y piensa en estrategia.

Denuncia que durante unos veinte años, los gobiernos de los diferentes países, principalmente las potencias occidentales, ante una serie de atentados gravísimos, que sería largo de enumerar, no fueron capaces de adoptar una estrategia para combatirlos. La actitud política que se consideraba más rentable era achacar el fenómeno a actos de fanáticos aislados y que cuando Estados Unidos tomó represalias contra Libia, por atentados cometidos en Alemania, o cuando bombardeó con misiles crucero Sudán y Afganistán, después de las masacres de Tanzania y Kenia, la mayoría de los gobiernos europeos, no apoyaron la acción americana e incluso, en la acción contra Trípoli, alguno de ellos negaron el permiso de sobrevuelo a los aviones estadounidenses. El autor estima que esta prolongada inacción de las potencias blanco de los ataques terroristas, sobre todo de las europeas, ha permitido envalentonarse a las organizaciones que practican el terror.

Los atentados del 11 de Septiembre de 2001, según el autor, sólo vinieron a poner en evidencia que el fenómeno terrorista, ya inmerso en el proceso totalizante de la globalización, era una realidad que no podía ser ignorada por más tiempo. En ese momento Revel se reafirma

en su postura de que el terrorismo es un acto de guerra y comparte ampliamente la apreciación de la administración Bush en este sentido, apoyando la “guerra contra el terror”. Pero desde ese hecho en concreto, el autor va más allá, cree que modifico sustancialmente la percepción que los Estados Unidos tenían de su papel en el mundo y supuso un cambio estratégico radical, debido a la aparición de “amenazas inéditas y en gran medida imprevistas, si no imprevisibles” (17), que han provocado una profunda transformación en las relaciones internacionales. Para el autor, muchos tratadistas, intelectuales y nostálgicos del socialismo no admiten este radical cambio estratégico.

Ante este estado de cosas, constata que estamos ante un hecho de enorme gravedad, lo que él denomina hiperterrorismo, que se ve complicado con la particularidad de que no procede de un estado en concreto, sino de redes de ámbito global, con financiación muy solvente y que no se puede descartar la posibilidad de que pueda disponer de armas de destrucción masiva. Además, apoya la opción de que hay que actuar contra los países que, de forma directa o indirecta, material o moralmente, ayuden a los terroristas.

Revel identifica la, a su juicio, tibia reacción de gran parte de los países europeos ante la “guerra contra el terror”, como una muestra de debilidad, consecuencia, principalmente, de su falta de capacidad militar para articular acciones de respuesta a la amenaza terrorista. El final de la Guerra Fría, y el cambio estratégico que provocó, dejó a las fuerzas militares europeas con una limitada capacidad de actuación fuera del continente, a la vez que se constataba la carencia de voluntad política para remediar este estado de cosas. El autor considera que es esta debilidad la que lleva a Europa a adoptar actitudes que eluden el empleo de la fuerza, a la vez que se acusa a Estados Unidos de unilateralismo, cada vez que no pueden seguir sus decisiones de emplearla. En este punto Revel comparte, al menos en el fondo, la tesis que Kagan expuso en su ensayo “*Power and Weakness*” (18).

Revel distingue dentro del terrorismo a aquel que se dirige a un objetivo concreto y determinado dentro de un área geográfica limitada, y aquel otro, actualmente de origen islámico, que tiene a una civilización como blanco y, por lo tanto, es de carácter global. En este sentido, su concepción se parece mucho a la preconizada por Palph Peters (19), que divide al terrorismo en práctico y apocalíptico, según persiga un objetivo político concreto y a corto plazo, o su finalidad

(17) Ibid.

(18) KAGAN, ROBERT. “*Power and Weakness*”. 2002. Policy Review. Nº 113.

sea la de causar destrucción para socavar las mismas esencias del orden establecido. Para Revel, el hiperterrorismo, el apocalíptico, “toma prestados a nuestra sociedad moderna sus medios tecnológicos para intentar abatirla y sustituirla por una civilización arcaica mundial que sería, a su vez, engendradora de pobreza y la negación misma de todos nuestros valores. Así se define la guerra del siglo XXI” (20).

Ante este problema, Revel critica ciertas posturas. En primer lugar la teoría que algunos preconizan de buscar la causa del terrorismo en la pobreza o en las desigualdades sociales. El autor afirma que con este postulado, lo que se consigue es invalidar, a priori, cualquier estrategia de contención del terrorismo y que sólo admite, como remedio, la consecución de ese mundo perfecto que erradicaría las causas. En resumen, lo que se preconiza es la inacción como opción. Por todo ello, deduce una mezcla de falta de coraje y de incapacidad para hacer frente al problema.

Los ejemplos que aporta para desmentir semejantes argumentos son múltiples. En el caso de los terrorismos europeos, bien sean los anteriores a la Guerra Fría en apoyo al comunismo, o los de carácter separatista que actualmente perviven, las causas de la pobreza o de las desigualdades sociales quedan invalidadas por si mismas. Las miles de personas muertas a causa del terrorismo argelino, tampoco lo han sido a consecuencia de las desigualdades sociales. Y a lo que el autor no le encuentra explicación es al hecho de que la organización terrorista Al Queda, que dirige Bin Laden, tenga como finalidad desterrar la pobreza del planeta. Además, una gran parte de los terroristas islámicos proceden de países ricos y muchos de ellos han cursado estudios universitarios en occidente.

Otra cosa diferente es la falta de modernización de los países árabes, algo que el autor aboga por promoverla. Elementos como las libertades democráticas, la tolerancia con las creencias religiosas, la igualdad de todos los ciudadanos, el libre flujo de información, etc., son los factores que pueden promover la modernización, proceso en cuyo desarrollo, Occidente ha empleado un milenio. “Los islamistas desearían modernizarse sin occidentalizarse”, afirma Revel, pero, a su vez, no ve otro medio que la occidentalización para conseguir el desarrollo necesario. Esta contradicción es el motor del resentimiento que cierta parte del mundo árabe muestra con Occidente.

(19) PETERS, RALPH. *“Beyond Terror”*. 2002. Stackpole Books. Mechanisburg. PA.

(20) Obra de la nota 10.

En este orden de cosas, no es tampoco tibia la idea de Revel en lo referente al islamismo que la considera, en la actualidad, el motor del hiperterrorismo. Expone que el radicalismo forma parte de su esencia, pues su visión básica es que toda la humanidad debe respetar las normas de su religión, sin que ella tenga que respetar las de los demás. A partir de aquí, refuta todos los intentos de presentar un Islam tolerante. Denuncia, apelando a la simple apreciación de los hechos, la falta de tolerancia en gran parte de los países árabes ante el culto de otras religiones.

De la tan traída y llevada idea de la falta de apoyo de la mayoría de las poblaciones de los países árabes al terrorismo, Revel simplemente constata la falta de evidencias en ese sentido y si la existencia de otras en sentido contrario. También pone de relieve, con gran énfasis, la carencia de manifestaciones populares contra el terrorismo islámico en los países occidentales donde existen grandes comunidades musulmanas. Como ejemplo subraya que en Francia, por parte de la comunidad musulmana, sólo se produjeron declaraciones de buena voluntad, y no manifestaciones populares de apoyo, no sólo después de los ataques del 11 de septiembre de 2001, sino con anterioridad, cuando en 1986 y 1995 tuvieron lugar los atentados de París que causaron la muerte a varias personas. Por el contrario, en el Reino Unido, si tuvieron lugar importantes manifestaciones en apoyo a la condena de los ayatolhas al escritor Salman Rushdie o contra el ataque americano a Afganistán después del 11 de septiembre.

Revel se atreve a formular denuncias duras contra los islamistas. Constata que el objetivo de su terrorismo es la destrucción de la civilización occidental en cuanto impía y este aspecto, aparte de todas las declaraciones de los dirigentes occidentales en el sentido de desligar el combate contra el terrorismo de una pretendida lucha contra el Islam, viene explícitamente indicado en todos los manuales y documentos de las organizaciones terroristas islamistas. Por ello critica ferozmente a aquellos intelectuales y medios de opinión que se empeñan en imputar las causas del hiperterrorismo a la prepotencia americana, a fenómenos como la globalización, a causas económicas o de otro tipo pero que tienen una base racional. El autor niega la existencias de causas racionales e identifica como causa última de motivación terrorista lo siguiente: “Lo que los integristas reprochan a nuestra civilización no es lo que hace, sino lo que es, no aquello en que falla, sino lo que logra” (21).

(21) Ibid.

Lo que Revel pone de manifiesto es que estamos ante un fenómeno de confrontación de bases de civilización muy diferentes, en donde la estrategia de buscar una solución política al fenómeno carece de sentido, pues no existen elementos de negociación. La simple consideración de los actos suicidas debería de llevar a esa conclusión. Para los radicales extremistas, la civilización occidental, de base judeo-cristiana, es intrínsecamente incompatible con los postulados del Islam. Como pone de relieve el autor, es el mismo Bin Laden el que asegura que los verdaderos blancos de los ataques del 11 de Septiembre “eran los iconos de los poderes militar y económico americano”.

En el pensamiento antiterrorista de Revel, existe una laguna, que está relacionada con la misma esencia del fenómeno: su delimitación conceptual. Se presenta cuando se posiciona en el debate que, sobre todo a nivel de prensa y declaraciones políticas, cuando no en los mismos foros internacionales, pretende delimitar los contornos del terrorismo para separarlo de otros tipos de lucha que emplean sus mismos métodos. La eterna distinción entre la diferencia que existe entre un terrorista y un combatiente por la libertad.

Para el autor la diferencia entre un terrorista y un auténtico luchador por la libertad se basa, en primer lugar, en la fuente de legitimación de la violencia. “Se puede considerar legítima la violencia si es el único medio de recobrar la libertad” (22). Por ello, a su juicio, el “terrorismo europeo” de las Brigadas Rojas, ETA, IRA, etc, no puede justificarse bajo ningún punto de vista. Pero el problema se relativiza al definir lo que son los contornos de la libertad o de los derechos humanos. Este aspecto tiene connotaciones civilizacionales muy marcadas y no puede identificarse por igual en todas las partes del mundo, luego el argumento de la defensa de la libertad no es muy consistente.

EL ANTIAMERICANISMO

La crítica del antiamericanismo es uno de los temas recurrentes de Revel. El antiamericanismo lo conceptualiza el autor desde sus primeras obras. En *“Ni Marx ni Jesús”*, libro publicado en el año 1970, ya le dedicaba un capítulo y alcanza su mayor énfasis en la crítica que hizo a las muestras de fobia a lo americano que siguieron a las iniciales reacciones de condolencia por los atentados del 11 de septiembre de 2001, así como antes y durante la Guerra

(22) Ibid.

de Irak. Refiriéndose a las manifestaciones que se produjeron contra esta última afirma en una entrevista en el diario ABC: “no eran por la paz.... esos mismos europeos no se habrían manifestado nunca contra el millón de muertos que provocó el gobierno de Sudán, nunca contra Sadam Hussein... ni contra la invasión de Kuwait... ni contra el genocidio de los kurdos... El espíritu de aquellas manifestaciones no era otro que la hostilidad contra Norteamérica”.

¿En que consiste el antiamericanismo para el autor?. Puede resumirse en la actitud de culpar a los Estados Unidos de todo lo malo que ocurre en el mundo. Distingue lo que es el antiamericanismo, de la crítica a la gran nación americana. Esta la considera no sólo legítima, sino necesaria para contrarrestar los excesos de la superpotencia. Revel considera que para formular esta crítica hay que estar informado, asegurando que se dispone de los suficientes medios para estarlo ya que en los Estados Unidos existe la libertad de prensa y, además se muestra bastante crítica con la actuación de sus instituciones. Pero, dado que Revel considera al antiamericanismo una actitud, u obsesión, al que lo profesa, le atribuye la voluntad de querer permanecer desinformado, la realidad la percibe permanentemente a través de un filtro, la verdad le importa poco. El autor apoya su convicción con la afirmación de que “la falsedad nunca ha impedido prosperar a una opinión, cuando va apoyada por la ideología y protegida por la ignorancia. El error, cuando satisface una necesidad, rehuye los hechos” (23).

La crítica antiamericana no se limita a su actuación en política exterior, sino que se extiende a su historia, costumbres y actividades en todos los órdenes de la vida. Para el autor, el antiamericanismo es tanto de derechas como de izquierdas, y le otorga a Francia un papel relevante en su desarrollo, desde hace tiempo, en todos los órdenes. Ha sido tremendamente crítico con la postura francesa durante la crisis y posterior guerra de Irak.

El antiamericanismo de izquierdas lo fundamenta en la natural animadversión comunista hacia el representante supremo del capitalismo, sentimiento que no desapareció a la vez que lo hacía el Bloque Soviético. La realidad muestra que, en un buen número de los países democráticos, una parte importante de los políticos e intelectuales, por no decir los sindicatos, son partidarios, o simplemente, simpatizan con el socialismo, y ello conlleva, casi automáticamente, una actitud antiamericana.

(23) Ibid.

El antiamericanismo de derechas lo achaca, en sus orígenes, a varias causas. En Europa se configuró en la pérdida de la hegemonía de este continente a favor de los Estados Unidos, ya desde principios del siglo XX. Cuando el autor se refiere a la pérdida de la hegemonía, abarca todos los ámbitos, no sólo el estratégico, sino el económico, científico y cultural.

En América Latina, la fobia antiamericana la atribuye al “complejo” que se tiene a todo lo que venga del poderoso vecino del norte. El recuerdo permanente de esta inferioridad lo expresa indicando que “las corrientes afectivas están regidas por un rencor muy antiguo, el de la América que ha fracasado contra la América que ha triunfado” (24).

Para los extremos de la derecha y de la izquierda equipara sus motivaciones: “simplemente el odio a la democracia y a la economía liberal, que es su condición” (25).

En realidad, Revel identifica la causa última del resentimiento hacia los Estados Unidos en que, aunque en el pasado han existido grandes y duraderos imperios, incluso de ámbito internacional, ninguno había logrado constituirse a escala planetaria. La potencia americana ha alcanzado un liderazgo, prácticamente indiscutible, en los ámbitos tecnológico, económico, cultural y militar.

Quizás la faceta menos tolerada de esta supremacía sea la, a su vez, menos dada a la concreción: la cultural. Considera el autor que en la actual coyuntura histórica, los Estados Unidos desempeñan el papel que, con anterioridad en la historia, lo han hecho otras sociedades y que el autor denomina sociedad-laboratorio (26). Consiste en concebir y poner en práctica “soluciones de civilización”, que posteriormente se transpondrán a otras naciones asimilándolas como propias. Este papel lo han ejercido sucesivamente Atenas, Roma, España, Francia y el Reino Unido y, en la actual coyuntura histórica, le ha tocado el turno de ejercerlo a Estados Unidos, y esta circunstancia, con mayor o menor virulencia, siempre ha producido rechazo. Por “cultura”, en este caso, hay que entender los usos y costumbres sociales que se imponen, bien forzosamente o por aceptación voluntaria, y, la realidad muestra que la nación americana ha impuesto, de una u otra forma, muchos de sus rasgos sociales característicos.

(24) Ibid.

(25) Ibid.

(26) Ibid.

La praxis del antiamericanismo la basa en la contradicción de reprochar a los Estados Unidos, una cosa y su contraria. Sardónicamente, la fundamenta en “una visión totalizante, si no totalitaria, cuya ceguera pasional se reconoce, en particular, en que esa censura universal reprueba, en el objeto de su execración, una conducta y su contraria a pocos días de distancia o incluso simultáneamente” (27).

El antiamericanismo lo asocia con el ejercicio de una ideología totalitaria que hunde sus raíces en la izquierda marxista. La profesión de una ideología, la asemeja Revel al ejercicio de una obsesión. Para el autor se trata de “una triple dispensa: dispensa intelectual, dispensa práctica y dispensa moral” (28).

La dispensa intelectual consiste en considerar sólo los hechos compatibles con el escenario ideológico. En caso necesario, los hechos se inventan o, simplemente se ignoran. La dispensa práctica impide que se reconozcan los fracasos, la eficacia es irrelevante, se buscan excusas para justificarlos. Revel, dedica todo una obra, “*La gran mascarada*” (29), a rebatir la justificación de la utopía socialista después de su fracaso práctico. La instauración y pervivencia de una tiranía en nombre de un “Bien” que nunca se alcanza y, en su lugar se instalan la corrupción, la tiranía, la dictadura o, incluso, lo que denomina el “terrorismo intelectual” (30).

La dispensa moral significa prescindir de cualquier referencia ética. La noción de bien o mal. El autor expresa que, en este caso, el servicio a la ideología ocupa el lugar de la moral. Vivir dentro de una ideología es fácil, simplifica cualquier juicio intelectual o moral, no se deja margen al error. Todo se reduce a la solución de casos particulares.

Revel, ilustra la fuerza del antiamericanismo con el ejemplo del cambio de actitud de muchos después de las condolencias expresadas con motivos de los ataques a las Torres Gemelas y al Pentágono. Expone esta práctica con multitud de ejemplos en el mundo occidental, tanto por instituciones como en medios de comunicación, hasta el punto de que se ha propagado, con profusión, la idea de que fueron los Estados Unidos los culpables de los ataques que sufrieron, a causa de su conducta y, esos mismos círculos, le niegan cualquier margen de defensa al proscribir el ataque a Afganistán.

(27) Ibid.

(28) Obra de la nota 1.

(29) Obra de la nota 12.

(30) Entrevista diario ABC 28 Febrero 2002.

Un aspecto del antiamericanismo es el tan traído y llevado unilateralismo. Se reprocha a los Estados Unidos que tomen decisiones sin contar con las demás potencias, sobre todo con los aliados. Normalmente, esta situación se produce como resultado inmediato del fracaso de las otras potencias para hacer frente a determinados acontecimientos, que Revel atribuye más a errores de análisis de la situación que a la falta de recursos para apoyar una decisión. Múltiples ejemplos así lo atestiguan. Pone de ejemplo que la falta de apoyo europeo a los combatientes afganos durante la guerra contra la Unión Soviética, se debió más al deseo de no alterar el statu quo con los rusos que a un análisis serio de la situación. “A fuerza de criticar a los americanos, hagan lo que hagan y en toda ocasión, incluso cuando tienen razón, nosotros los europeos, los incitamos a pasar por alto nuestras objeciones, incluso cuando tienen fundamento”. En general, los europeos, encabezados por Francia, “rechazan sistemáticamente como falsos los análisis de los Estados Unidos, por lo que se prohíben a si mismos la participación en las políticas que de ellos se deducen” (31).

EUROPA COMO REFERENCIA

En el ambiente descrito anteriormente, Revel cree que ha sonado la hora de la verdad para Europa. Para él Europa se materializa en una civilización resultante de la adopción y puesta en práctica de unos determinados valores que se han desarrollado desde hace veinte y cinco siglos. Esa civilización es la que llamamos occidental. Si la práctica de estos valores va a subsistir en el futuro o se va a atrofiar, es la cuestión capital.

Para el autor se debe continuar lo que ha significado la esencia de esa civilización: el culto al individualismo y la aceptación de las leyes democráticas, siguiendo la línea trazada desde Sócrates a Montaigne, Kant, Bergson, Popper, etc. Su pensamiento lo subsumen en la frase “si la Unión proporciona más libertad individual habrá que desearla, si proporciona menos habrá que temerla”. Piensa que los verdaderos derechos humanos se obtienen mediante el fomento de la libertad individual. “Si la Europa unida quiere prolongar la auténtica civilización europea, deberá aumentar la libertad particular de cada individuo. Desconfiemos de esos turiferarios de los derechos humanos que nos enmarañan en reglamentaciones”. Los experimentos totalitarios del siglo XX en Europa, lo mantienen permanentemente en guardia. En consecuencia predica la

(31) Obra de la nota 10.

prevención. Asegura que con pretextos aparentemente correctos, pueden emerger nuevos procesos totalitarios.

Por ello preconiza, para la construcción de Europa, una lógica liberal de apertura de mercados y de liberalización, síntomas que, de materializarse, confirmarían que los horizontes para la libertad están claros.

La práctica de los valores democráticos será la mayor garantía contra el nihilismo, y en esto coincide con Glucksmann, y proporcionará fortaleza a la civilización occidental contra su último y gran enemigo: el terrorismo.

CAPÍTULO TERCERO

**ANDRÉ GLUCKSMANN. EL NIHILISMO COMO
FACTOR BELÍGENO**

ANDRÉ GLUCKSMANN. EL NIHILISMO COMO FACTOR BELÍGENO

POR FRANCISCO J. FRANCO SUANCES

André Glucksmann nació en Boulogne (Francia), en 1937, en el seno de una familia de judíos alemanes. Sus padres perseguidos por los nazis y condenados al destierro, buscaron refugio en Francia donde nace Glucksmann. Posteriormente se vieron obligados a continuar huyendo. Esta herencia, y el ambiente en el que se educa, crea en el escritor francés una firme convicción antinazi y antitotalitaria. Milita en el Partido Comunista Francés desde los catorce años hasta que la Unión Soviética interviene en Hungría. Participa activamente, desde posiciones maoístas, en el mayo francés de 1968.

Estudia en Lyon y Saint Cloud y trabaja en el Centro Nacional de Investigaciones Sociales (CNRS), ejerce como especialista en estrategia nuclear y en aquellos aspectos relacionados con las guerras y conflictos, donde actúa removiendo conciencias y denunciando lo que considera situaciones de opresión e injusticia.

Escritor y ensayista comprometido, discípulo de Althusser, recibe, así mismo, la influencia de Jean-Paul Sartre y Raymond Aron. Encuadrado en el movimiento de los “nuevos filósofos” donde destaca por su talla intelectual, prefiere definirse como un pensador cuya “filosofía es del día que escribe” como lo demuestra su colaboración en temas de actualidad con artículos de opinión y entrevistas en la prensa gala y de otros países.

Desde que inicia su andadura como ensayista su compromiso político le lleva a adoptar posturas críticas con lo políticamente correcto, a veces impopulares. Así, se atreverá a decir que las bombas de Hiroshima y Nagasaki salvaron muchas vidas; militaré contra la guerra del

Vietnam; prestará su total apoyo a los disidentes soviéticos enfrentados a la tiranía de la dictadura del proletariado; denunciará las atrocidades del estalinismo y el totalitarismo de las autoridades chinas; defenderá la instalación de los misiles Pershing en los últimos momentos de la Guerra Fría; se implicará siguiendo las vicisitudes del movimiento Solidaridad en Polonia; alertará sobre la barbarie terrorista y fundamentalista en Argelia ante la pasividad del mundo occidental; respaldará las intervenciones aliadas en Kuwait y Kosovo mostrándose partidario de aplicar el derecho de injerencia; defenderá a los bosnios de la agresión serbia; denunciará la complicidad del mundo libre en el genocidio de Ruanda; y más recientemente, apoyará decididamente la intervención norteamericana en Irak, criticará la postura del líder norcoreano Kim Jong II y muy particularmente atacará lo que considera terrorismo de Estado ruso en sus intervenciones en Chechenia.

La amplia obra de André Glucksmann ha sido traducida a la mayoría de las lenguas europeas. Entre sus ensayos más importantes merece destacar su primer libro, “El discurso de la guerra” (1967), que representa un estudio del fenómeno bélico a la luz de la obra de Clausewitz y Hegel. A su segundo libro “Estrategia y revolución en Francia” (1968) en el que analiza los sucesos de mayo de 1968, le siguen, entre otros, “La cocinera y el devorador de hombres” (1975), “Los Maestros Pensadores” (1977), “Cinismo y pasión” (1981), “La fuerza del vértigo” (1983), “Silencio se mata” (1986), “Descartes es Francia” (1987), “El undécimo mandamiento” (1991), “Ética y SIDA” (1994), “La tercera muerte de Dios” (2000) y finalmente, “Dostoievski en Manhattan” (2002) de especial relevancia por el análisis del terrorismo y su relación con el nihilismo como causa impulsora de su vorágine destructora.

EL CAMBIO EN LAS RELACIONES DE FUERZA

El colapso del World Trade Center representa, para André Glucksmann, un hito histórico que supone un punto de inflexión en las tradicionales concepciones del concepto de violencia, con la aparición de una nueva amenaza: el terrorismo, que surge en el horizonte con una brutalidad extrema y obliga a replantear su concepto habitualmente *fluctuante*.

Se ha pasado una página. Nosotros viviremos, y nuestros hijos sobrevivirán, en el seno de una historia en la que la explosión de las Torres ha rehecho el mapa geográfico y trazado el horizonte infranqueable de un crepúsculo terrorista de la

humanidad. El 11 de septiembre de 2001 siempre habrá ocurrido. Y hay que aprender a medir nuestras emociones y nuestras decisiones a escala de horror mediático y planetario.

Para el escritor francés, ese punto de inflexión supone un cambio profundo que afecta a las tradicionales relaciones de fuerza que actuaban en la sociedad, pasando a convertirse, de hecho, en *relaciones de daño*.

Según Glucksmann, desde el tratado de Westfalia los grandes Estados europeos combatían, principalmente, por tierras y por prestigio, pero la *capacidad de construir predominaba sobre la capacidad de destruir*, por lo que su supervivencia no corría peligro. Posteriormente, con el advenimiento de los totalitarismos y las guerras mundiales, la capacidad de aniquilación se desarrolló de manera espectacular, aunque esos mismos Estados totalitarios, *Estados de guerra*, ya sea según el modelo propuesto por Hitler o el seguido por Lenin, mantenían una importante capacidad de producción industrial, equilibrando tanto la *fuerza de hacer a la fuerza de deshacer*. En nuestros días, y tras los últimos acontecimientos, hemos alcanzado un tercer estadio: el *nihilista*, que se instala en el triunfo y la primacía de las fuerzas destructoras.

Pero ese cambio es todavía más profundo; en efecto, hasta ahora, el monopolio de la violencia recaía en los Estados que lo ejercían, tanto en tiempo de paz, con mayor o menor intensidad ante sus ciudadanos, como en tiempo de guerra, ante los Estados vecinos. En ese marco clásico de relación de fuerzas, se imponía el riesgo apocalíptico del terror nuclear, sobre el que se edificaba la paz y estabilidad mundial, lo que posibilitaba a los poseedores del arma letal imponer sus razones, si bien, el reducido número de propietarios permitía la mutua disciplina mediante la disuasión recíproca. Tras el atentado terrorista en Manhattan, ese monopolio se desvanece. Desde ese momento cualquier ser humano armado con una simple cuchilla, puede proceder a la destrucción de una parte de la sociedad. La posibilidad de cometer una carnicería secuestrando aviones o atentando contra una central nuclear está al alcance de cualquier iluminado.

La caída de las “gemelas” cambia el orden internacional. La capacidad de incendiar poco a poco el universo se democratiza a pasos agigantados. Las cerillas cósmicas se venden libremente. El fuego planetario sustituye al fuego nuclear. La antorcha circula al alcance de todas las manos.

Así pues, hemos entrado en un mundo post nuclear en el que la destrucción masiva no es patrimonio de las grandes potencias nucleares, ni de aquellos países con grandes arsenales de armas bacteriológicas o químicas. De esta manera, el atentado terrorista más sanguinario de la historia de la humanidad nos adentra en *la era del terror sin fronteras*.

La “guerra absoluta” que, según escribe el ensayista francés en “El Discurso de la Guerra”, lleva a su extremo el dinamismo belicoso y busca la decisión radical en el “gran duelo” de la batalla, ya no es una guerra entre Estados que busca la derrota del ejército adversario o la caída del Centro de Gravedad del enemigo; se trata de otro tipo de guerra: “la guerra total”, concebida como la entendió Ludendorff en 1933, esto es: el ataque brutal a las ciudades y el bombardeo sistemático sobre la población para destrozarse *la cohesión anímica* de los ciudadanos generando su subordinación *voluntaria* de manera indefinida.

No nos encontramos ante las grandes batallas napoleónicas de aniquilación en las que se imponía la violencia sin límites. El nuevo objetivo de la fuerza no es la rendición del Estado sino vencer la resistencia de la ciudad; en vez de las fuerzas armadas del contrario lo que pretende es destruir su población. Se trata de una opción estratégica diferente que es, precisamente, la opción preferida de la violencia totalitaria y el terrorismo. Hemos pasado de una guerra entre ejércitos, a una guerra contra civiles, que tiene una importante componente psicológica al *romper el vínculo social* entre los ciudadanos.

Un proyecto totalitario no se propone tanto destruir ejércitos como producir pánico, un pánico intenso, duradero, que no sólo acabe con la moral de la población sino que inculque además los principios fundamentales de una servidumbre voluntaria sin fin.

La metrópoli que fue objeto del saqueo y de los pillajes por los vencedores en confrontaciones bélicas anteriores al siglo XX, no había sido, salvo en casos muy puntuales, objetivo de una destrucción sistemática, por lo que normalmente preservó su integridad. Es precisamente a partir de ese siglo XX, cuando esa situación cambia y la ciudad se convierte en un objetivo decisivo con el que se pretende hacer prevalecer el terror sobre cualquier otra consideración. Lo verdaderamente grave es que los hechos constatan la realidad de esa nueva estrategia; las cifras hablan por sí solas y, las últimas confrontaciones bélicas desde la Primera

Guerra Mundial hasta nuestros días, evidencian una espiral creciente en el aumento de muerte de civiles en comparación porcentual con las bajas militares.

Se entra así en una tremenda confusión que envuelve todo el espectro de la violencia, donde es difícil diferenciar al verdadero enemigo que abarca, ahora, un amplio margen conceptual y donde *el espacio de muerte y el espacio de vida se solapan*. Las diferencias entre lo que es batalla y acto terrorista, lo sublime y lo abyecto, lo que es conflicto armado y violencia mafiosa, en definitiva, lo que es guerra y paz se aproximan hasta confundirse.

Al abolir la diferencia entre tiempo de guerra y tiempo de paz, se instala una violencia sin fronteras —morales, legales, sociales, incluso geográficas y estatales— menos ilógica de lo que suele pensarse. Afirma su lógica de soberanía. Se presenta como dueña y señora, con Dios o sin Él.

Según señala el escritor francés, todo ha cambiado. La línea divisoria entre la paz y la guerra, entre el campo de batalla y la metrópoli, entre los civiles y los militares, cruza ahora en medio de la población, rompiendo todo lo que encuentra a su paso: las alianzas, los compromisos, los usos y conductas. Por abolir, hasta se han invalidado los seculares enfrentamientos de bloques o grupos sociales homogéneos según su geografía, raza, religión, o afinidad social. Hoy el conflicto muestra la cara de la división, donde todo vale, en un todo contra todos, lo que sirve de caldo de cultivo a las destructivas concepciones *nihilistas*. En definitiva no sólo la extensión del conflicto es diferente sino también su intensidad.

Pero en nuestro desarrollo del pensamiento del filósofo francés, se están relacionando planteamientos y conceptos vinculados con la guerra con otros no específicamente considerados como bélicos pero de extrema violencia, como fue el atentado de las Torres Gemelas, que podría considerarse como un claro atentado terrorista. ¿Es lógica esa equiparación? ¿Existe alguna conexión entre el acto bélico y el atentado terrorista?

Para el filósofo francés la respuesta a estas cuestiones no admite dudas; el atentado terrorista en el centro de New York, representa el punto culminante de la guerra. Estamos ante lo que denomina estado de guerra total carente de toda regulación. La guerra tradicional se modera en su “ascensión a los extremos” porque los propios fines políticos, que determinan el objetivo

estratégico, frenan esa ascensión. En el caso que nos ocupa esa violencia extrema no está limitada ni por esos fines estatales, ni por cualquier otra norma.

EL FIN DE LAS IDEOLOGÍAS EN EL NUEVO DESORDEN MUNDIAL

La desaparición del Pacto de Varsovia nos introduce, en opinión del ensayista francés, en la era del “post”. *El diablo ya no vendrá*. Se han terminado los grandes conflictos geopolíticos propios de la Guerra Fría; las disputas de los poderosos se han trasladado, pacíficamente, al terreno económico, en busca de mayores tasas de crecimiento y desarrollo. Nos hallamos ante lo que Glucksmann denomina el *fin de las ideologías*. De manera irónica e incrédula, subraya el ensayista galo, la humanidad encuentra *por fin el Paraíso en la tierra*.

Para esos optimistas que piensan que se ha establecido la armonía universal, los conflictos presentes no son sino hechos aislados que no empañan la paz mundial; se trata de algo equivalente a *una aguja en un pajar*, desórdenes locales sin influencia en el equilibrio mundial. Esas reyertas y disputas son tan sólo “conflictos de baja intensidad”. Así, lo que acontece en el Cáucaso, en Kosovo o en África, serían únicamente manifestaciones de esos hechos aislados, *vestigios del pasado, bagatelas y naderías, apenas sombras, nubes de verano que se deshilachan*.

Este optimismo exagerado, que hace pensar que el fin de la bipolarización es *un billete para el edén*, es sobre todo aberrante. La división de bloques, con su carga de hostilidad, actuó como elemento de cohesión interna y como marco moderador y contenedor de muchas tensiones en el ámbito mundial. El “todos amigos” que daba la bienvenida a la desaparición del adversario por excelencia y, con ello, a las expectativas de desaparición de la desventura, ha sido producto de una ilusión desmedida.

*Lo que se esperaba no ha venido. La paz para varias generaciones perdió el tren.
La prosperidad universal no acudió a la cita. Lo que ha venido no se esperaba.
La bipolaridad disimulaba y disciplinaba una barbarie sin nombre ni rostro,
dispuesta a ocultarse hoy tras cualquier máscara.*

Lo cierto es que esos denominados conflictos de “baja intensidad”, apelativo que hemos otorgado a una violencia que suponemos no va a provocar el *estallido del planeta*, adquieren el calificativo de “bajo” porque en nuestras mentes sólo ocasionan un *bajo interés*, o la ausencia del más mínimo compromiso; independientemente de que en esos conflictos germine, en su interior, un terror sin límites para aquellos que lo padecen. Ha tenido que producirse un tremendo suceso, una mañana de septiembre en Nueva York, para que empecemos a calibrar que también lo que acontece fuera de las fronteras del mundo civilizado es de nuestro interés.

Una violencia desmesurada y sin control que en la época bipolar se hacía comprensible y creíble bajo pretextos ideológicos, surge, desde los más remotos rincones de la tierra, despojada de connotaciones filosóficas, desnuda, sin el revestimiento y la justificación de las grandes causas de antaño. De esta manera, la violencia, desprovista de *los trajes de gala* de las ideologías, se nos presenta incomprensible, aunque con su máxima nitidez.

Como se indicaba en el apartado precedente, reina la confusión, no hay finalidad, no se esgrimen razones conceptuales sobre el empleo de la violencia. El terrorista ni tan siquiera se preocupa en plantear un por qué, evita el hacerse preguntas para evitarse molestias; el acto más sanguinario se comete con la mayor frivolidad, *la guerra ya no se parece a la guerra, ni la revolución a la revolución; si la locura permanece fiel a su ferocidad, ahora se manifiesta nihilista*. El desconcierto es tal que no sólo no hay respuesta para el terror y el despropósito, sino que tampoco hay pregunta, nos hemos acostumbrado a convivir con el *absurdo*.

Alguno de esos conflictos, o guerras olvidadas, enmarcados antaño, dentro de la espiral de la disputa marxista o anti marxista, adornados en su momento, con la aureola de la lucha por la liberación popular, aparecen hoy, despojados de esos ideales, en su cruda realidad, como focos de violencia que esclavizan a los miserables bajo la presión de un *kalashnikov*, sin otro interés o justificación que no sea la de un puñado de dólares o un trozo de tierra.

Para el pensador francés estas guerras que califica de “tercer tipo” no sólo carecen de sentido sino que resultan *insensatas y provincianas*. En primer lugar, porque el objetivo es reducido y de escasa entidad; los beneficios económicos o la limitada conquista territorial, en nada tienen que ver con la violencia generada por, en teoría, lo que se consideraban elevados ideales de la liberación del pueblo contra la injusticia opresora. En segundo lugar porque, hoy en

día, el desfasado concepto de liberación popular, ha sido sustituido por alegatos a favor de una etnia o religión específica, lo que resta al conflicto la más mínima universalidad.

Lo cierto es que, independientemente de su necesidad, las guerras que se extienden por todo el globo, y que nuestro autor califica de *insensatas*, ponen de manifiesto no sólo la carencia de ideales de tiempos pasados sino, también, la impotencia de los “grandes” para frenar esas matanzas. Para Glucksmann su mera existencia evidencia que esas guerras representan *la instauración de la esclavitud como solución final a los problemas de la modernidad*.

El fin del comunismo, el final de las ideologías, hace planear, en nuestra sociedad, el *nihilismo* como la opción y la postura más deseable. La *pasión por la pasión y la acción por la acción* llevan al *nihilista* a evitar cualquier tipo de reflexión, a plantearse cualquier tipo de pregunta serenamente. Así, para una gran mayoría, la postura *nihilista* resulta la más juiciosa y con más sentido común, en un mundo sin reglas, donde las masas populares se dedican a imitar a las clases dirigentes en su falta de compromiso y en el incumplimiento con la norma establecida. En la posguerra fría el desprecio por los altos valores se ha instalado en la sociedad, mientras los idealistas de antaño se *llenan los bolsillos* de forma inusitada, el héroe actual no es sino un villano que actúa como quiere y toma como propio aquello que le viene en gana.

El comunismo que representaba para buena parte del mundo occidental el enemigo absoluto, y era la encarnación de la maldad, actuó, como ya se ha indicado, de fuerza de cohesión, en torno a él o en su contra, y su desaparición deja un vacío referencial exponiendo a la luz otros males que permanecían ocultos bajo el velo del *fantasma marxista*.

Tras el comunismo se perfila la amenaza, no menos espectral aunque igualmente viva, del nihilismo. Tras un Marx I, deshonrado y adulado, un Marx II, más ignorado, comienza a asomar por la trastienda.

Ante este panorama las elites dirigentes no actúan. Se considera que lo que acontece, es algo normal, toda esta situación no es sino el producto de maduración de nuestra sociedad, por ello, en este caos ambiental lo que prima es la conducta de “nadar y guardar la ropa”.

Para el filósofo francés el final de la Guerra Fría ha generado un estado de euforia entre las grandes potencias que les lleva a una negación de la realidad, ocultando los desastres presentes,

en un doble sentido: por un lado con un huída hacia delante, que enaltece un determinado tipo de sociedades, las que él denomina “poshistóricas” y por otro, con un regreso al pasado, ensalzando a otras colectividades, que representan una vuelta a las comunidades tradicionales o “prehistóricas”.

En esas sociedades “poshistóricas” donde prima el *homo oeconomicus*, y donde no tienen cabida las *iras sangrientas*, se persigue exclusivamente los dividendos y el consumo. El *homo oeconomicus* vive en función de su interés, decide siempre de acuerdo a las soluciones más rentables y entre esas soluciones *la guerra y la violencia no compensan*. Es fundamental que el Estado imponga un orden, incluso aunque ello suponga ciertas restricciones, para que la colectividad rica y pacífica pueda desenvolverse con normalidad. Según Glucksmann, este *homo* vive como un parásito, sin compromiso, en una sociedad por la que no hace nada y de la que se aprovecha, y en la que obsesionado por sus resultados económicos, es incapaz de entender el *valor de un disidente*.

En lo que serían las sociedades “prehistóricas” se desenvuelve el *homo religiosus* que actúa disciplinadamente, siempre en sintonía con las tradiciones y costumbres. Esas sociedades demandan que el creyente se constituya como un elemento esencial del orden planetario, donde la misma religión y las tradiciones actúen como elemento de contención de la violencia. Sin embargo, según el escritor francés, todo ello no deja de ser un contrasentido porque se pide a las religiones, por un lado, que permanezcan fieles e inamovibles a sus credos, garantizando la cohesión y la armonía interna, a la vez que se les exige que sean flexibles ante las creencias y axiomas de las otras religiones.

Glucksmann es particularmente crítico con ambas propuestas, aunque tampoco se define, ni orienta al lector por una opción concreta:

Tanto el triunfo de la razón universal, que hace inútil la guerra, como el retorno de lo religioso, que vuelve a fundar las sociedades y reeduca a los desarraigados furiosos, no son más que soluciones miríficas para disimular un nihilismo rampante. Las buenas nuevas no son nuevas, únicamente reviven los mitos trasnochados del siglo XIX.

Lo cierto es que el colapso de las Torres ha cambiado todas esas percepciones; cuestionando los nuevos conceptos del “homo oeconomicus” y el “homo religiosus”, empañando el optimismo y la euforia desmedida, y devolviendo la triste imagen de nuestro mundo actual:

Hasta el 11 de septiembre de 2001, los Grandes consideraban esas agonías (las guerras insensatas) como despreciables manchas exóticas. Las masacres eran “africanas”; las iras, “balcánicas”; las resistencias, “caucásicas”; y las guerrillas siempre lejanas, salvo cuando uno de nuestros turistas era víctima de ellas. Ahora han descubierto que no están fuera del objetivo, algo que un puñado de intelectuales locos no paraba de repetirles.

Lo que el mundo civilizado pensaba le era ajeno se vuelve como un “boomerang”. El terror que Glucksmann ha denominado absurdo, e intrínsecamente perverso resulta *nihilista*, y se ha convertido en un poder y una amenaza mundial. La violencia de esas guerras absurdas es el resultado de una *única e idéntica “hybris” sin fronteras*. *Hybris* que, empleada ya por los clásicos griegos, representa, como señala Glucksmann, la violencia, el exceso, la desmesura, la trasgresión, el furor...

No obstante, para el pensador francés, la reacción que provoca ese 11 de septiembre es tan sólo parcial. Los líderes del mundo se alinean en una lucha sin cuartel contra el terrorismo, pero un terrorismo que se manifiesta exclusivamente talibán, como si no hubiese Estados claramente terroristas u otros que con prácticas criminales, no debieran ser objeto de atención.

EL TERRORISMO EN EL NUEVO DESORDEN MUNDIAL

Para el filósofo galo lo acaecido en el centro de Manhattan, representa la llegada de un nuevo terrorismo. Se trata del terrorismo *nihilista* en el que el asesinato indiscriminado de civiles justifica el propio acto terrorista. De lo que se trata es de aterrorizar al *público universal*. No hay móvil conocido, nada se sabe, se ignora el verdugo, la víctima, o el arma a emplear. Por ello, cuanto más anónimo es el terror, más dramático resulta y es que la violencia que derribó las Torres Gemelas, es *difusa e intangible*.

Antaño los papeles estaban bien delimitados y eran comprendidos por todos. Ahora estamos ante una guerra sin batallas en la que el objetivo, como ya se ha indicado, no es el ejército del adversario sino la población, la unidad y la moral de los ciudadanos; por eso los ataques van dirigidos contra objetivos simbólicos, ya sean las Torres Gemelas, el Capitolio o el Pentágono. Así, el *nihilismo* se convierte en un factor determinante en el resurgir y la consolidación del terrorismo, al que pensador francés considera desprovisto de razón, reivindicación y justificación.

Es cierto que en su libro “El Discurso de la Guerra” escrito en 1968, el filósofo francés indicaba que tanto la estrategia nuclear, como las guerras subversivas o de liberación nacional, explotan el uso del terror, ejercido sobre el enemigo. Las ideas de violencia y terror van intrínsecamente unidas. De hecho, toda guerra lleva en sí misma cierta dosis de terrorismo. Se trata de amedrentar al enemigo, de forma que el que más miedo produce, vence. El que se encuentra dominado por el terror lleva ya en su mente el estigma de la derrota. *Gana el que más asusta*. Sin embargo, ese terror tiene unos límites; llevado al extremo provoca *la doble ceguera del aterrorizado y el aterrorizante*.

En la guerra el control del terror está bajo la disciplina que impera entre los ejércitos. Cuando se emplea el *terror por el terror*, éste se convierte en una amenaza para ambos bandos. Amigo y enemigo se encuentran sometidos a su control. La propia evolución de la humanidad ha ido poniendo coto al empleo de ese terror, mediante unas “leyes de la guerra” que aunque frágiles y, a veces poco eficaces, limitan el uso de la violencia, protegiendo a la población civil, forzando al respeto de ciertos lugares y limitando el empleo de ciertas armas; esta distinción nos presenta, así, una violencia de carácter *lícito o ilícito*.

El terrorista, por el contrario, actúa a título personal y no se encuentra sometido a disciplina alguna, carece de límites y de fronteras. En esta situación el *todo vale* nihilista conduce a la total liberación del terror que las guerras tradicionales trataban de contener.

A diferencia del soldado, del francotirador y del partisano, el terrorista absoluto (un Estado, un grupo, un individuo) se considera eximido por principio de cualquier regla. Y con ello deja a la capacidad aniquiladora moderna libre de cualquier límite. Al desencadenar una violencia sin fronteras, de la que de hecho no se libra nadie, al suscitar un espanto que apunta a cualquiera, es decir, a

todos, la guerra se criminaliza y el terrorismo internacional se revela como una agresión contra la humanidad. Ello legitima la alianza universal contra el terrorismo entendido, es necesario precisarlo, en su acepción nihilista.

A esos ingredientes se ha añadido el sin sentido *nihilista*, del mato luego existo, del placer tétrico por el asesinato y el homicidio; lo que evidencia el riesgo de la nueva amenaza terrorista. La exterminación masiva no está ya en manos de las grandes potencias sino en cualquier grupo terrorista y lo más grave, alerta el pensador galo, es que puede volver a repetirse. Los autores volverán a ser exaltados *nihilistas*, independientemente de su credo, que sólo aspiran a dejar su nombre en alguna página de la historia por haber arrasado algún símbolo del capitalismo.

Este escenario supone, de hecho, una situación de estado bélico contra los autores de la matanza y contra todos aquellos que, de alguna manera, han posibilitado su ejecución. En tanto se captura a los terroristas involucrados en el atroz atentado, se puede hacer algo más que sentarse a esperar. En primer lugar, es fundamental reconocer que el *nihilismo* existe y su existencia, no está sólo asociada a una religión específica sino que está extendida por todo el planeta. En segundo lugar, es necesario entender que los asesinos no son un grupo de miserables desesperados, sino mentes bien preparadas y con una alta formación que emplean la propia riqueza de Occidente, que tienen a su alcance, para arrojarla, con su carga mortal, contra las instituciones de los propios países avanzados.

Para el filósofo francés es necesario cuestionarse si lo acaecido en Manhattan, lo que denomina el mayor atentado terrorista de la historia, no está revelando un cambio en las relaciones de fuerzas. La propia denominación del área devastada como “Zona Cero”, que en su día representó el perímetro del desierto de Nuevo Méjico donde se realizaron las últimas pruebas nucleares, y la aceptación generalizada de esa denominación, representa una confirmación de tal mutación. El 11 de septiembre apareció una nueva capacidad demoledora, tan amenazadora como la misma bomba atómica, pero al alcance de cualquiera.

Además, como subrayaba el filósofo francés, en un artículo publicado en el País en mayo del año 2003, esa amenaza terrorista no se materializa exclusivamente en grupos más o menos numerosos, sino que se encuentra, también, institucionalizada en los conocidos como Estados *rebeldes*, que no dejan de ser sino *modernos centros de piratería*. En esos Estados se fomentan tres aspectos que favorecen la expansión de la violencia: un terrorismo atroz y sin límites; la

búsqueda, por todo el globo y a cualquier precio, de los medios que les permita hacerse con un arsenal de armas de destrucción masiva que les garantice la impunidad ante sus actos criminales; y la falta de escrúpulos ante cualquier tipo de matanza, ya sea dentro o fuera de las propias fronteras.

Con intereses a veces coincidentes, en ocasiones contrapuestos, las redes de esos grupos, o de los *Estados rebeldes*, se expanden con permeabilidad, sin barreras ni fronteras, alcanzando todos los rincones del globo.

A menudo rivales, en ocasiones asociados, Bin Laden, Sadam Husein, Kim Jong II, encabezan una lista de nuevos “poseídos” que promete ser larga. Sus redes traspasan alegremente las fronteras geográficas, ideológicas, y religiosas. Entre el integrismo fanático, el narco-marxismo, el tráfico de armas, el blanqueo de dinero negro y la corrupción a gran escala existen puentes y viaductos. Nada hay que autorice el regreso a un equilibrio de tipo europeo clásico, en el que cada Estado se afirmaba soberano tras unas fronteras consideradas inviolables.

Por otro lado, lo más grave no es que esta situación se tolere sino que se respalda por, lo que nuestro autor denomina, los *Estados-padrinos*. Apoyando a esos *Estados rebeldes* se encuentran países como Rusia, China, Arabia Saudí o Pakistán.

Pero ¿qué puede llevar a esos grupos a tales formas de actuación? Determinados análisis tratan de incluir entre las causas de los atentados los niveles de miseria que existen en las zonas fértiles de terroristas. ¿Es pues posible asociar el nihilismo con la pobreza como factor desencadenante de los atentados? ¿No será que los atentados denominados *nihilistas* son una muestra de la incapacidad de Occidente en sus relaciones con el tercer mundo? Para nuestro autor el atentado cometido contra las Torres Gemelas lo que demuestra es la dificultad del proceso de occidentalización. Es cierto que cuando este proceso trata de implantarse en ciertas zonas del mundo se produce un choque que provoca muchas preguntas que nadie sabe responder. Por ello, sí se podría establecer que, en ciertos entornos, la occidentalización es un factor determinante en la aparición de los *nihilistas*.

Para hacer frente a esta situación, las poblaciones que se ven sometidas al influjo occidental, pueden seguir dos actitudes: la primera consistiría en adoptar una postura práctica de

admisión y tratar de sacar partido a las nuevas opciones, mientras que los pueblos sujetos a esa occidentalización se conceden el tiempo necesario para tratar de encontrar respuestas a las cuestiones planteadas. La segunda actitud, rupturista, rompe con el desequilibrio que se produce tras el proceso de occidentalización.

La solución al terrorismo no consiste en sentarse y esperar que pase la miseria; es necesario combatir el terror y es necesario hacerlo desde dentro de las zonas de pobreza. En esa lucha contra el terrorismo los países occidentales, después del 11-S, estuvieron de acuerdo en que era necesario hacer *la guerra al terrorismo*, pero empezaron por no ponerse de acuerdo en la propia definición del concepto terrorista. Lo cierto es que parece necesario un periodo de reflexión, que no de inmovilismo, para replantearnos nuestra acepción de ese fenómeno. Pero para nuestro autor la receta parece clara y el culpable definido: el *nihilismo*. Se impone, pues, su derrota si no queremos ser destruidos. Pero, realmente, ¿qué es el *nihilismo*?

EL NIHILISMO EN EL BANQUILLO DE LOS ACUSADOS

Del desarrollo de los apartados anteriores se puede constatar, por diversas referencias, que para Glucksmann hay un culpable o, cuando menos, hay alguien que está obteniendo beneficio y gestionando el desorden y la confusión actual; se trata del nihilismo.

Estamos ante un concepto que cuenta ya con unos cuantos años de antigüedad. La primera referencia que se tiene de su uso se debe a Anacharsis Cloots, en 1793, (“la república no es ni deísta ni atea, es nihilista”), el nihilismo no es un término especialmente extendido, por ello, es por lo que parece aconsejable comenzar recordando que según el Diccionario de la Real Academia Española este término representa “la negación de toda creencia, de todo principio religioso, político o social”.

Como primer párrafo de su libro “Dostoievski en Manhattan”, el escritor galo ha seleccionado una cita de Leo Strauss (1941) en el que, desde una óptica distinta a la definición precedente, define el nihilismo como:

El deseo de aniquilar el mundo presente y sus posibilidades, deseo al que no acompaña ninguna idea clara de con qué sustituirlo.

Pero ¿qué entiende nuestro autor como nihilismo? Glucksmann establece una doble versión: por un lado lo que él entiende por nihilismo y por otro la versión comúnmente aceptada que, en cualquier caso, considera errónea.

En la primera versión, la que es propia y restringida, el nihilismo *niega el mal, cultiva la ignorancia*. Para explicar esta acepción analiza la acción del 11 de septiembre; en ella, además de los terroristas involucrados en la acción, aparecen otros actores que juegan un papel en el proceso: por un lado aquellos que aplauden a Ben Laden; por otro, el analista que a base de buscar razones que expliquen el motivo por el que se ha producido el criminal ataque, termina justificándolo. Para ambos actores se cumple el más importante principio nihilista: *no hay mal*. Como vemos en esta primera definición, el escritor francés se centra en aquellos personajes que, aunque aparezcan como inocentes, intervienen como piezas fundamentales en todo el proceso nihilista.

En la segunda versión que Glucksmann considera como generalmente aceptada y equivocada, el nihilismo se define como *la ignorancia del bien*, condición que se extiende mayoritariamente en nuestra sociedad y donde cualquier axioma, antaño inmutable, es hoy cuestionable y objeto de debate. En esta concepción encaja, sin duda, la presente idea de modernidad, donde no hay verdades inmutables, donde se ha establecido un universo sin Dios, en definitiva, donde no existe el concepto del Bien.

Aparentemente, y así argumenta nuestro autor, ambas definiciones parecen superponerse. *Si no hay bien, no hay mal* y de la misma manera si no hay mal no hay bien. Para el filósofo francés, esa superposición, se trata de una *falsa evidencia*, de un *error absoluto*, porque tanto la experiencia del bien como la del mal son totalmente diferentes y absolutamente heterogéneas. Se explica más fácilmente esta afirmación recurriendo a la cita de Montaigne: “La enfermedad se nota, la salud, poco o nada”.

Es una opinión generalizada considerar al nihilista como un ser que rechaza cualquier tipo de regla y que actúa sin considerar los tradicionales usos y costumbres, atentando o minando las normas que la propia colectividad se ha otorgado. Su contradicción le lleva a rechazar la religión y la tradición en aras a la modernidad, pero al mismo tiempo rechaza la modernidad por carecer de valores religiosos. Se sirve del pasado para contestar el presente, mientras utiliza ese presente

para renegar del pasado. Con esa doble negación impide cualquier *posibilidad de futuro*. El nihilista, ante todo, lo que ansía es la destrucción; allá donde prevalece su presencia, el nihilismo convierte en guerra y conflicto todo lo que le rodea *con su terrorismo verbal y práctico*. Mientras exista algo por destruir el nihilista afirmará su autoridad. Es *un jugador de la nada* que se ha desprovisto de cualquier tipo de referente moral y que aspira a conseguir sus objetivos independientemente del coste que lleve alcanzarlos.

En opinión del pensador galo, en esa concepción influye la falta de una referencia religiosa, tras haber rechazado el mundo civilizado, la misma existencia de Dios. No obstante, esta actitud es sólo una posible manifestación del fenómeno, pues el nihilista puede aparecer disfrazado de un fervor teológico, mientras reclama a sus seguidores la trasgresión de la ley divina. Esa capacidad de mutación y de camuflaje le puede hacer aparecer como una víctima, o como un ciudadano dócil, con el ánimo de levantar compasión y aprecio. Su adaptación a las reglas y normas no deja ser sino un engaño para poder desencajarlas con más facilidad. *Sólo tiene en cuenta el “orden” para romperlo mejor.*

Al nihilista no le importa, ni le preocupa el daño que pueda hacer a los demás, carece de remordimientos e ignora su propia maldad, tampoco se preocupará de defenderse o justificarse. Es un ser que se burla de la moral, capaz de engañar tanto a los otros como a sí mismo, sin conciencia, y que en realidad se define en negativo: por lo que no tiene. No se plantea un porqué y ante cualquier tipo de objeción responderán con un ¿por qué no?, aunque la objeción provenga como reproche a sus propias acciones criminales y desviación de conducta.

Manipulador de conciencias, y dotado de buenas capacidades en la disertación, actuará según las circunstancias. Así, haciendo llamadas a la masa con discursos revolucionarios, destrozará un pueblo o una aldea; o bien, temporizará, siguiendo la corriente de la causa capitalista y arruinará todo lo que no se pueda traducir a beneficios monetarios; o, simplemente, como activista de la *revolución conservadora*, arrasará la situación presente para volver a establecer lo que existía previamente. El nihilista se considera más un demoledor que un hombre con proyecto y de su cuerpo surge una violencia que pone de manifiesto una voluntad destructiva sin límites.

Actúa por la más pura y simple destrucción. El calibre de sus hazañas varía en función de los medios de devastación con que se dote, pero un solo cuerpo le basta para rubricar su profesión de fe y grabar en las carnes destrozadas: “Torturo luego soy”.

Siguiendo a Dostoievski, al que Glucksmann cita repetidamente, cabría preguntarse ¿de dónde salen estos nihilistas? No salen de muy lejos, están entre nosotros. Por eso el nihilismo debe ser entendido como una aptitud, como una opción de actuar.

El nihilismo existe por sí y para sí. Define una relación consigo mismo, una relación con el otro, un modo de estar juntos y de enfrentarse al mundo exterior. Abarca al conjunto de lo que los economistas y sociólogos denominan “modos de vida” y los especulativos “visiones del mundo”. Se manifiesta, pues, como una práctica que afecta a todo, naturaleza y cultura, bajo un ángulo que marca su especificidad: es un ejercicio de crueldad.

Para el nihilismo, en sus relaciones de destrucción, no existen límites geográficos. El otro, el vecino, debe ser contagiado. El nihilista debe tratar al que no lo es, de forma adecuada, hasta que reconozca su propia debilidad, hasta que se doblegue. Su actividad trastorna; no sólo trata de terminar con las defensas del otro sino que pretende la neutralización de la misma capacidad de aguante del adversario. Ataca el interior de su víctima mediante una *devastadora intrusión en su conciencia*, hasta doblegar su voluntad y capacidad de resistencia futura.

El nihilista actúa con la impunidad que provoca la maldad; le da lo mismo la propia perversión a la que se somete que pervertir al otro, y lo hace sin esconderse, más bien al contrario, goza exhibiéndose como medio de conseguir mayores cotas de mercado. Para ese *hombre nuevo*, todo crimen que le permite conseguir mantener las relaciones de fuerza no debe ser considerado como tal; la estafa como medio para acumular riqueza es algo normal; y la mentira para adquirir la primacía y el control ideológico debe ser admitida. Toda esa actividad no es sino fruto de la *normalidad*.

Aunque el verdadero motivo de su existencia se justifique, como indica nuestro autor, en un *mato luego existo*, el desafío del nihilista no consiste en actuar con intervenciones puntuales, ya sea mediante un crimen, un atentado o cualquier otro tipo de trasgresión de la legalidad. Su verdadero reto, el que otorga al nihilismo su auténtico significado y entidad, es el de la

subversión radical y completa de la sociedad. Esta tarea, que Glucksmann denomina *desorden sistemático*, se lleva a cabo mediante la puesta en escena coordinada de tres agentes diferentes: los *activistas*, especialista del insulto, la injuria y la calumnia, encargados de encender la llama de la *bomba humana*; el segundo, es la población, el gran público, la opinión que se genera entre las masas y es ejercida por diferentes protagonistas mediáticos, ya sea el periodista que justifica el crimen, el maestro cuya asignatura es el odio y la injuria, o el escritor que confunde a la víctima con el verdugo; por último, y como tercer agente, el *jefe*, que aparece idealizado como un nuevo Mesías.

Estos tres actores se movilizaron el 11 de septiembre, especialmente el segundo: la opinión pública que actuó con un difuso posicionamiento ante unos hechos nítidamente criminales. En múltiples foros todo fue válido para tratar de justificar lo que era un atentado terrorista injustificable. Se habló de la arrogancia de los americanos, se trató de presentar como un acto de emancipación de los pobres sobre la riqueza insultante de los poderosos, se idealizó como un acto de David contra Goliat, o bien, se pretendió justificar como la lógica reacción ante una tirana e inexistente opresión. En definitiva, *se declaró a la víctima culpable. El odio y la envidia convergieron*. De esta manera una buena parte de la opinión pública mundial sucumbió a las prácticas nihilistas.

Conviene, además, no dejarse deslumbrar ante el supuesto y pretendido acto de sacrificio supremo, que llevaron a cabo los piratas aéreos en la mañana del 11-S. Glucksmann es radicalmente crítico con cualquier apelativo que pretenda otorgar tintes de heroicidad, y de valor excepcional, a la acción de Mohamed Atta y sus acompañantes. *El asesinato y el suicidio están al alcance de todos* y a lo largo de la historia, y en la vida cotidiana, tenemos permanentes ejemplos. Como indica el escritor galo, *el valor de la bellaquería es enormemente común y llena la página de sucesos*. El suicidio nihilista lo que nos quiere dar a entender es que siempre será mejor la muerte que *morir en vida*.

Con lo indicado hasta ahora no queda claro si nos encontramos ante una ideología, ante un fenómeno social, o un movimiento religioso que pretende esa destrucción. Nuestro autor indica que el nihilismo no es doctrina, ni catecismo. Esa indefinición del concepto del nihilismo es, quizás, una de los reproches que con más insistencia se hacen a Glucksmann. Esas críticas surgen, especialmente, entre aquellos que consideran que los motivos bélicos que conducen a la guerra, tienen su origen en factores socioeconómicos o geopolíticos. El filósofo francés se

defiende indicando que esas justificaciones son *demasiado estrechas para comprender un espíritu combatiente tan netamente estructurado*.

Para el escritor galo el nihilismo es *una silueta insólita* que se encuentra *presente en todas las ideologías destructoras* ya sea nazismo, comunismo o islamismo y, por supuesto, en los movimientos terroristas. La tentación nihilista, como actitud, se encuentra tanto en las personas, los gobernantes, las sociedades, en oriente y en occidente,... sin embargo, como decía el escritor francés en su libro *Dostoievski en Manhattan*:

Como voluntad de negación y deseo de destrucción, encuentra su lugar y explicación entre las sociedades humanas como respuesta extrema y catastrófica a un desarraigo creciente.

El fantasma del nihilismo utiliza y se sirve tanto de las antiguas creencias o las ideologías pero sin la más mínima consideración hacia ellas. *Reivindica la trasgresión como signo de su elección*.

Sean o no religiosos, los nihilistas son unos “antinomistas” fuera de la ley. Practican una doble ruptura: con el mundo “enemigo”, y con la comunidad “amiga”, a la que pretenden regenerar a la fuerza. Cavan así en cada cultura el abismo al que precipitan a los otros, y a veces a sí mismos, bajo la enseña nihilista del no hay nada que perder ni nada que salvar.

El nihilismo no trata de edificar nuevas creencias, de elaborar una nueva religión, ni promulgar un inédito catecismo, su credo no se establece en torno a una idea o ideología, sino a su ausencia, usa las ideas a su antojo. Las ideas sirven, en su empleo nihilista, para *ordenar el rebaño de los débiles*.

La estrategia que desarrolla el nihilista se basa en emplear las armas de la modernidad contra la propia cultura que las origina. El eje de sus ataques se dirige hacia la burocracia civil y militar, así como contra el capitalismo y el desarrollo burgués. Para su expansión, se apoya tanto en las grandes, como en las pequeñas estructuras sociales, *que diseminan sus metástasis por el conjunto de la ciudadanía*. Así pues, no estamos en presencia de ningún *delirio ideológico*,

ninguna parcela de nuestra sociedad se encuentra libre de proporcionar al nihilismo circunstancias favorables para sus fines.

En esa estrategia se contempla la búsqueda de su propia impunidad, lo que consigue mediante las armas de destrucción masiva, entre las que se incluyen, no sólo, las armas nucleares, sino también, las químicas y bacteriológicas. Para Glucksmann, experto en asuntos relacionados con la disuasión, el gran error de Ben Laden fue el buscar refugio en las cuevas de Tora Bora en vez de garantizarse un *santuario* nuclear que lo hubiera hecho invulnerable. Siguiendo con los conceptos de la disuasión, el escritor francés señala que en el ataque a Nueva York el terrorismo nihilista fue la *espada*, pero le faltó *el escudo* para detener el contraataque. En este sentido, Sadam Husein es, para el filósofo galo, un ejemplo palpable del nihilista que tenía ambiciones sin límites, pues buscó su impunidad mediante el desarrollo de un vasto campo de armas de destrucción masiva.

Entre los nihilistas no existen lazos que los comprometa en un mismo cometido ideológico. Nada une la diferente amalgama de los más *diversos y antagónicos compromisos*, ya sean nacionalismos, anarquismos, autoritarismos etc. No existe una doctrina o un credo que cohesione a los nihilistas y los incite hacia el terror. Lo que representaría la doctrina única, *la línea del partido*, surge más tarde. La comunidad de intereses descansa en el crimen cometido en común, la sangre derramada une como *una piña* a la colectividad nihilista. Ya sea entre los ejecutores en el poder o la de aquellos que callan sometidos a los anteriores.

El nihilismo se manifiesta de dos maneras diferentes: mediante la acción, nihilistas activos, dentro de esta categoría se podría incluir la actuación del ejército soviético en Chechenia, donde Putin está llevando a cabo una implacable represión y cometiendo crímenes abominables contra los derechos humanos, actuando mediante el terror *con premeditación y alevosía*; y por medio de la inacción, nihilista pasivo, que estaría representado por la apatía que permite que estos crímenes se cometan. En este sentido, la intervención aliada en Afganistán es una clara acción antinihilista.

La sociedad que se deja contagiar por el nihilismo es, según el filósofo francés, una sociedad *bloqueada*, y en estas circunstancias esa sociedad se lanza, cuesta abajo, sin meta y sin rumbo. En esa situación todos participan, por un lado los fuertes que con su *pasión lúdica* hacen del orden mundial un juego, que no temen nada, y que todo lo arriesgan; por otro, los débiles,

paralizados por el miedo, se refugian en su pasividad. Es la dialéctica, citada por Glucksmann, del amo y el esclavo. El nihilista activo disfruta destruyendo, mientras el pasivo se deja manipular y engañar por el activo pagando un alto precio por su protección. Cada uno se sirve del otro buscando su *imagen complementaria e invertida*, reforzando la vergüenza del otro y es que *la ebriedad del poder se apoya en el poder de la ebriedad*.

El toque de atención del escritor francés, al igual que en su día nos alertara Nietzsche, es claro: el nihilismo representa un peligro mundial, es un ataque contra la propia civilización, una *lucha contra la cultura. El rostro de la muerte es la gran sacudida que despierta*. No se puede tampoco tratar de excusar tanta maldad imputándola a algún tipo de defecto o carencia de los nihilistas. Más bien al contrario gozan de una buena posición, inteligencia y preparación. Así pues, el nihilista no es ningún miserable, ni un disminuido que inspire clemencia o misericordia. Existe entre nosotros, es una amenaza visible y no se trata exclusivamente de fantasmas rusos o islamistas:

En el inicio del siglo XXI es obligado constatar que el nihilismo moderno existe hoy más que nunca, y no sólo en su cuna rusa; y que funciona, y no sólo entre los "bachilleres" revoltosos, que demuestra ser un método planetario de toma y ejercicio del poder.

Quizás después de todo lo indicado pudieran aún quedar ciertas dudas sobre quienes son, físicamente, los nihilistas. Pudiera interpretarse, tras lo acaecido en Nueva York el 11 de septiembre, que el nihilismo podría estar representado por los musulmanes totalitarios; pero la exclusividad del mal no es patrimonio de los *islamistas* fanáticos, ni de una religión en particular. Como dice el escritor francés, *la tentación del nihilismo desborda, y de lejos, la nebulosa árabe-musulmana*. Ciertamente, los componentes de Al Qaeda son un exponente del nihilismo militante, de la misma manera que otras organizaciones similares hacen del terror su forma de actuación, para destruir el orden establecido en vez de tratar, pacíficamente, de construir uno nuevo.

Pero no se trata sólo de organizaciones con ingredientes más o menos terroristas las que se hacen acreedoras a este calificativo; para el pensador galo, también son nihilistas los gobiernos, como el de Putin en Rusia en su represión chechena, que hacen uso del terror con *deliberación y alevosía*.

En su teoría sobre el carácter nihilista del atentado terrorista del 11-S, el pensador galo no sólo rechaza la visión parcial de una acción específicamente islámica, sino que rebate la tesis de Huntington de que pueda considerarse como “un choque de civilizaciones”. Según su opinión, Manhattan lo que demuestra es justamente lo contrario; se ha producido *un choque* pero dentro de una misma civilización, pues sus consecuencias han dividido extraordinariamente al mundo islámico. Así, lo confirma la situación vivida en países como Pakistán, Afganistán o Argelia. Pero esa división no ha sido exclusiva del ámbito musulmán sino que en Asia, en Hispanoamérica, o incluso en Europa, se han buscado razones para comprender y justificar el brutal atentado o incluso para legitimarlo. Por todo lo indicado, Ben Laden en vez de aunar fieles en la fe agrupó fuerzas que compartían su odio.

De lo indicado en los párrafos precedentes se desprende que existe una clara relación entre terrorismo y nihilismo; por ello resulta esencial combatir el nihilismo si queremos erradicar el terrorismo. Si bien, la lucha no es fácil pues el nihilismo no es exclusivo de los terroristas, gran parte de la humanidad se ha instalado en este concepto.

EL COMPROMISO Y LA DISIDENCIA

Para entender alguna de las medidas que propone el pensador francés, en su combate contra el nihilismo, es necesario revisar previamente algunos aspectos esenciales de su filosofía y una constante que se manifiesta a lo largo de toda su obra: se trata de su comportamiento crítico hacia muchas de las concepciones preestablecidas y su compromiso contra lo que considera situaciones de injusticia. Ese comportamiento crítico le lleva a adoptar posturas disidentes, con marcado carácter ácrata y fatalista, desconfiando y cuestionando el pensamiento y las doctrinas de los líderes y de los grandes ideólogos de los últimos tiempos.

Su libro “Los Maestros Pensadores” es una clara expresión de lo indicado con anterioridad. En él se critica el pensamiento europeo que, tras más de dos siglos de revoluciones y colonizaciones extendiéndose por todo el planeta, no ha impedido que sus métodos hayan sido capaces de terminar con *las estrategias de dominación* ni con la resolución de los problemas.

De esas críticas no se libra el poder que se apoya tanto en los Textos, entendidos como los reglamentos y el ideario doctrinal, como en los fusiles y los tanques. Su repulsa a recurrir siempre a esos Textos es radical y próxima a la acritud. Para nuestro autor más que las *cadena de la esclavitud forman parte de esa esclavitud*, y son una herramienta para el sometimiento. La existencia de esos idearios, de esa normativa legal voluminosa e incomprensible, sume al ciudadano en una enorme confusión que le lleva a admitir su ignorancia, su completa inferioridad, y reconocer en el Texto la existencia de la verdad y la respuesta a sus preguntas e inquietudes, bloqueando sus propios mecanismos de raciocinio y fomentando el proceso de imposición del poder sobre los ciudadanos. En realidad, lo que el filósofo francés reclama es el derecho a que cada hombre pueda pensar por sí mismo y que nadie lo haga por él. El resultado es que todo reconocimiento de ignorancia es una *confesión de obediencia*. De esa manera el súbdito, el esclavo, reconoce que el saber justifica y hace ineludible su penosa situación.

No se libran de su ataque, las ideologías, que para nuestro autor han sido las auténticas responsables que han favorecido, como *agentes de transmisión*, las grandes cribas del siglo XX. El punto de apoyo de estas ideologías es el poder del Estado. Precisamente fueron *los maestros pensadores*, creadores de esos pensamientos, los que proporcionaron elementos racionales a los Estados para sus propias actuaciones. En realidad, para nuestro autor, los *maestros pensadores* no es que hayan creado los campos de concentración sino, más bien, que no hicieron nada para impedirlos. Simplemente no han actuado contra un terrorismo que venía disfrazado de Revolución, de Ciencia, o del propio Estado.

Foco principal de esas críticas es el marxismo y el nazismo, ambos dentro del marco europeo y por tanto de una manera extrema de europeizar. Del primero, y de los textos leninistas, subraya la fuerte implantación de ese ideario lo que ha llevado al pueblo al exterminio y al archipiélago GULAG; del segundo, su rechazo, queda elocuentemente reflejado en el párrafo siguiente:

La cretinización de un pueblo alcanza un grado de intensidad todavía inigualado bajo el nazismo, y cada uno participa en él según sus capacidades, hasta el gran filósofo o el director de orquesta pasando por el 99% de la administración, de los militares, de las profesiones liberales y del conjunto del cuerpo docente..... De punta a punta europea, la Alemania nazi no cesa de ilustrar lo que sucede cuando se obedece las leyes sin protestar.

El marxismo, al que Glucksmann denomina el *canibal del siglo XX como devorador de hombres*, terminó revolviéndose contra las masas populares cuando, en teoría debería haber estado siempre al lado de ellas. Según él, fue una doctrina que preconizó la sociedad sin clases y terminó creando esclavos. Tras la muerte de Lenin se inició una depuración de todos aquellos contestarios mientras se aseguraba la infalibilidad de los adeptos al régimen. De esta manera, el marxismo consiguió silenciar el auténtico conocimiento centrando todos sus esfuerzos en *conquistar, mantener, y consolidar el poder en el siglo XX*; sólo tenía razón el que poseía el poder. Pero no sólo eso, como consecuencia de las purgas, el marxismo consiguió cercenar todo lo que unía a los rusos, sus usos y costumbres, sus tradiciones y pasado, generando un estado de opinión, en el que cada ciudadano se convirtió en un espía de todos los que le rodeaban.

La receta de Glucksmann contra esas situaciones injustas, es clara: la contestación. Así, en la época en que escribe “Los maestros pensadores” (1977), la disidencia rusa, las protestas de la guerra de Vietnam, o la actividad contestataria en Occidente, son muestras para la esperanza en un mundo mejor. De hecho, en el mundo económico, el verdadero factor de crecimiento hay que buscarlo en las huelgas y en las manifestaciones que han movilizad la actividad creadora y las mejores condiciones de trabajo. De todas las contestaciones la que más se echa en falta es la que debería haberse producido contra el marxismo que ha causado millones de muertos en los campos de concentración.

Según lo indicado, por el escritor francés, el Estado moderno quedará definido, como tal, en función de las posibilidades de hacer efectiva esa contestación:

Aprovechemos la ocasión para adivinar lo que diferencia a las potencias modernas. No la ausencia o la presencia del terrorismo estatal (totalitario) que existe por doquier, sino las condiciones en que se puede luchar contra él —las posibilidades muy concretas de comunicar su opinión, de hacer huelga, de manifestar, de examinar las cuentas de los grandes, de detener una guerra colonial o imperial o de prohibir que comience secretamente.

La línea marcada por el pensador galo se reafirma en otras obras, así en “La cocinera y el devorador de hombres” escrita en 1975, Glucksmann indica, ante la situación de lo acaecido en los campos de concentración rusos, que *la falta de contestación*, y la ausencia de voces

contrarias a las matanzas de los que piensan diferente, *resulta insoportable*. Es paradójico que nos estemos llevando las manos a la cabeza con lo sucedido en los campos nazis y no se le dé la menor importancia a los horrores de los campos rusos. Todo ello en contradicción con los valores que defiende el marxismo, lo que añade a esa situación un demérito aumentado de *cinismo e hipocresía*. La presencia de los campos no se nos aparece por *casualidad*, y su existencia provoca, por un lado, la percepción de un horror, y por otro, *la sorda complicidad de su existencia*. Por ello ni el liberalismo, ni el marxismo, son inocentes de lo acaecido, porque las complicidades de su existencia se han creado fuera de los campos. Para nuestro autor tan responsables fueron la Rusia de Lenin, como la Europa de Churchill, la América de Roosevelt o los partidos de carácter revolucionario.

Empezamos a sospechar: si Europa occidental ha dejado que se desarrollaran los campos sin reaccionar demasiado es porque los había inventado sin estremecerse.

Pudiera pensarse que la resistencia individual contra todo un aparato represor es inútil, pero no es así, ya que no sólo es posible sino que esa resistencia es positiva. La maquinaria represiva puede ser derrotada, ya que cualquier *grano de arena bloquea el mecanismo*. Una resistencia bien encauzada puede favorecer la manifestación y la protesta. Su verdadera importancia consiste en que mediante su ejercicio se alcanza el conocimiento y con él la posibilidad de derrotar al adversario. No escatima Glucksmann la dureza de esa resistencia, que puede pagarse con la vida, pero más dura es la *naturaleza "canibalesca"* del aparato opresor. Ni que decir tiene, que si la resistencia individual es efectiva ¿cómo no admitir que una resistencia a nivel Estados podría tener efectos decisivos?

Así, la sociedad rusa y Occidente son cómplices; podían haber ofrecido una mayor resistencia y no se prestaron a ello. Con una mayor presión por parte de los países foráneos, tanto los dirigentes nazis, como los dirigentes soviéticos, podían haber cedido. De hecho, los organizadores de los campos cuentan en sus cálculos con esas complicidades, ya sean éstas activas o pasivas. No puede admitirse la situación de terror como una *fatalidad*, como algo que debe aceptarse sin más, la renuncia a actuar contra el terrorismo estatal fomenta *su pervivencia y extensión*.

Así, cuando Soljenitsyn es detenido y expulsado, el filósofo francés se queja amargamente de la reacción occidental, independientemente de que la posición política de los que habían reaccionado fuera de izquierdas o de derechas, y de la rapidez en olvidar las atrocidades soviéticas. Esa postura bautizada como complicidad intelectual representa lo que denomina un cretinismo de izquierdas y, en menor medida, un cretinismo de derechas. Resultaba inaceptable que entre las elites se considerara a la URSS como un Estado *revolucionario, obrero, socialista* cuando no cumplía con ninguno de los tres calificativos y, por tanto que no se hubiera reaccionado de la manera adecuada.

Como puede observarse, la evolución contestaria, y con ciertos tintes de acritud, del filósofo francés de sus primeros años contra las diferentes posturas ideológicas predominantes en el siglo XX, con altas dosis nihilistas, va a derivar hacia posiciones más pragmáticas pero siempre comprometidas, polémicas y arriesgadas. Su preocupación y posicionamiento contra el fenómeno de la violencia y la injusticia continua totalmente vivo. En los albores del siglo XXI el compromiso y la disidencia se dirige a atacar un enemigo poco definido y volátil, que se encuentra presente en esas ideologías. La resistencia, tanto individual como colectiva, debe ser canalizada contra una amenaza mucho más difusa que carece de Texto y de una ideología concreta: el nihilismo.

AFRONTAR EL PROBLEMA

A las pocas horas de que en Manhattan se pararan los relojes, ciertas voces predicaban un discurso de tranquilidad; grave error si esa demanda perdura en el tiempo. Lo que pudiera ser fruto de un intento de contener el pánico en los primeros momentos, no debe perdurar, porque de lo contrario el tiempo matará *la emoción y borrará el acontecimiento*, dejando en el olvido lo que fueron unos hechos extremadamente graves. Y entonces, según Glucksmann, ¿qué podemos hacer?:

Identificar y castigar al asesino no es más que un primer paso. Falta comprender la voluntad deliberada que organiza el suceso. Y, para comprender, hay que saber volver a encontrar la emoción.

No se puede admitir que ese *mantener la calma* haga olvidar el crimen. El acto terrorista que nadie esperaba se ha hecho realidad, el atentado que no entraba en los pronósticos, ha estallado en pleno corazón de Nueva York. Desde este momento puede volver a repetirse en mayor o menor escala. En realidad, el 11 S sorprendió nuestra tranquilidad y evidenció que *el nihilismo prosigue su larga marcha a espaldas de las mayorías tranquilas*.

Según el filósofo francés no tiene sentido, en absoluto, mantener una postura ambigua para actuar contra el terrorismo nihilista. Glucksmann que se atrevió a “descriminalizar” las bombas de Hiroshima y Nagasaki, porque evitaron más muertes de las que causaron, no tiene reparos en criticar las posturas pacifistas. Para poder llevar una existencia pacífica, que nuestro autor fija en la ciudad como paradigma de la convivencia, se deben dar una serie de condiciones: la educación de los necios, *la represión policial y militar del destructor furioso*, y el control de la violencia. Sin embargo, las tendencias pacifistas rechazan la guerra como una opción que el escritor galo considera como *nada pacifista*. Ante los ataques externos y para defenderse, la guerra, como opción, es necesaria. Las democracias deben defenderse contra el mal, y así hacer *la guerra contra la guerra*.

¡Abajo la guerra! Bella consigna, mueca de humanismo que permite dormir hasta que las estrategias nihilistas vuelvan a atacar por sorpresa. ¡Allá aquellos que sean asesinados durante la siesta! Junto al insensato que prefiere la guerra a la paz habitan los que eligen vivir en paz con sus prójimos, consigo mismos. Se creen sagaces porque ignoran al insensato, que no les ignora a ellos. Feliz y profundamente dormidos, hilvanando dulces sueños, olvidan que se están afilando los cuchillos. Así, a través de otro lance de locura, que diría Pascal, demuestran que, aunque tranquilos, no por ello son menos insensatos.

El filósofo francés, ante tanta pasividad, se pregunta para qué se gastan los Estados de la Unión Europea el dinero en el mantenimiento de sus ejércitos, si luego no existe voluntad política de emplearlos contra la barbarie. Europa no comprende que se enfrenta a las guerras del futuro, mientras sigue anclada en concepciones bélicas de antaño. La diplomacia que desarrollan los europeos carece de fuerza coercitiva. El viejo continente, la gran potencia económica, *muestra las señales de un desarme mental, moral y militar* y se dedica a mendigar a los norteamericanos que vengán a finalizar la tarea que iniciaron hace 50 años. No obstante, en ese rechazo ante la falta de decisión militar europea, Glucksmann también extiende su crítica a los

EEUU. El 25 de abril de 1993, en una entrevista concedida al Diario el Mundo bajo el título “Lágrimas de cocodrilo”, sobre el avispero de los Balcanes, el filósofo francés indicaba lo siguiente:

¿Para qué tenemos Estados Mayores? ¿Es concebible que los ejércitos de EEUU, del Reino Unido, de Francia, de Italia etc. sean incapaces de hacer recobrar el sentido común al antiguo Ejército Rojo de Yugoslavia? ¿Es posible imaginar que la OTAN, creada para frenar el poderío de la Unión Soviética, se limite a levantar las manos horrorizada ante la posibilidad de que Belgrado inicie una “guerra serbo mundial”. Si ningún soldado arriesga su vida, si ningún general afronta la posibilidad de sufrir bajas, más nos valdría gastar todos nuestros presupuestos de defensa en enterradores.

Tras los sucesos de 1989 se desvaneció la amenaza de un enemigo monolítico pero el riesgo se mantiene, existe una violencia destructora, a nivel global, que es necesario desterrar, en ocasiones de forma arriesgada, con medios militares. Precisamente, y en consonancia con lo defendido en párrafos precedentes, el pensador galo, se muestra partidario de la intervención norteamericana en Afganistán, mientras que por el contrario considera que a Estados Unidos le está faltando resolución para intervenir contra el gobierno estalinista de Corea del Norte, que ha asesinado de hambre a casi tres millones de personas. Ante tan claras actividades nihilistas entre las que se incluye no sólo la situación de Corea del Norte, sino también la de Milosevic en Kosovo, o la de Putin en Chechenia, no se puede permanecer inactivo sólo porque el nihilismo posea cierta inmunidad nuclear. Según el filósofo francés hay muchos males que se podrían haber atajado a su debido tiempo mediante *intervenciones puntuales*.

Sin embargo, no es difícil comprobar que Europa digiere mal muchas de estas intervenciones, especialmente la más reciente de EEUU en Irak. Cuando los norteamericanos descubren en Manhattan la *perversión absoluta*, Europa contemporiza tratando de olvidar que *el puro nihilismo existe y prolifera*. Los europeos creen que tras los procesos de descolonización podían mantenerse al margen de los asuntos del mundo. *Encerrarse en una burbuja geoestratégica*. Preocupados sólo de nosotros y olvidando el exterior. Esto es ciertamente la *negación patética* de la lección aprendida en Manhattan: existe un *terrorismo muy poco costoso y demasiado eficaz*.

Admitimos, sin problemas, que el criminal debe ser detenido, juzgado y castigado y que por tanto Ben Laden debe pagar por sus atrocidades y su organización eliminada. Sin embargo, somos frágiles de memoria con tendencia a *perder la emoción y a recuperar los prejuicios* y pensamos que, a la postre, no pasará nada, y que *el tren de la modernidad* no terminará sufriendo *la suerte de las Torres Gemelas*. En esa pérdida de memoria no nos damos cuenta que, precisamente, los terroristas aprovecharon nuestra amnesia y que el próximo sobresalto volverá a surgir súbitamente sin ningún tipo de alerta previa.

Pero no sólo hay pérdida de memoria, hay una *ceguera recurrente* que lleva a que se repitan los errores de antaño, tales como: la postura norteamericana en Afganistán; el adormilamiento de Europa; la complicidad occidental en el genocidio de Ruanda; el apoyo de EEUU a Pakistán, Estado clave para la pervivencia de los talibanes; el nihilismo fundamentalista desplegado en Argelia; la *bendición* que Occidente hace de Putin y su gobierno; o la ceguera ante el genocidio checheno que se interpreta como lucha antiterrorista. Además, los grandes se siguen olvidando del dolor de los otros, manifestando una preocupante *insensibilidad frente a la crueldad*. No hay previsión para que no se produzcan las atrocidades de siempre, precisamente cuando la cantidad y la calidad de la información disponible son inmejorables. Es evidente que cuando se produce un horror acontece porque es posible. La sociedad global, incluidos sus intelectuales, se ha vuelto *abúlica* y se muestra en un claro estado de *anestesia general*.

La incapacidad de concebir, de prever, de prevenir la criminalidad a gran escala de los Estados, tanto pequeños como grandes, pone de manifiesto una deficiencia mental recurrente y, desde hace tres siglos, dominante. Desde el surgimiento de la Europa moderna, las mejores cabezas han desarrollado esta grave patología.

En su libro Dostoievski en Manhattan, el escritor galo es especialmente crítico ante la falta de decisión de los países occidentales en combatir el terrorismo de Estado que Rusia está ejerciendo en Chechenia. De hecho, los chechenos sólo despiertan simpatía pero total incomprensión. Glucksmann considera que en *esa cuna perdida de la humanidad* Europa se juega una parte de su destino. Lo cierto es que parece que el viejo continente no dispone de voz. Para el filósofo francés Europa lleva un *retraso intelectual enorme* porque no se ha dado cuenta de los enormes cambios producidos en un mundo en el que entran en juego nuevos poderes destructivos. *Europa prefiere dormir*.

Ya en Kosovo Europa no estuvo muy acertada aunque, finalmente, y muy poco a poco, se puso en acción. Todo ello después de los repetidos llamamientos efectuados por un grupo de intelectuales a las potencias occidentales para poner fin al terror de Milosevic. Inicialmente se dejó que la situación se pudriera; de esta forma la *indiferencia* de los poderosos provocó más de 200.000 muertos. Para nuestro autor la acción aliada en ese país balcánico fue, más que una acción, una reacción. La OTAN en realidad lo que hizo fue interrumpir una escalada infernal, aunque al menos consiguió evitar la muerte de un millón de kosovares. En ese conflicto también “*los pacifistas incondicionales*” se manifestaban contra la intervención y a favor de la *pasividad*. Sin embargo, por Chechenia sólo alguna manifestación aislada, ni protestas diplomáticas, ni presiones económicas y financieras, ni llamadas de los embajadores, ni una mínima condena. *Los principios se pasan por alto.*

Pero la historia tiende a repetirse. El 9 de marzo de 2003, en una entrevista publicada en el ABC, cuando todavía no había comenzado la guerra contra Irak, el periodista preguntaba al pensador francés sobre la posibilidad de que se iniciara un nuevo conflicto en el Golfo Pérsico, a lo que Glucksmann respondía que el fondo del problema, la primera derrota, era precisamente no hacer nada. *El gran desastre, la gran tragedia, sería seguir dejando que pase el tiempo sin tomar acción precisamente en presencia de un terrorista como Sadam, al que califica de criminal ambicioso, que se ha establecido en el terror permanente contra su propio pueblo. Así, lo que debería preocuparnos es, precisamente, que la situación continuara enquistada con el sátrapa en el poder.*

No obstante, y a pesar del peligro que todo este terrorismo nihilista engendra, alguna de las principales potencias europeas se alinean, por su tibio posicionamiento, con aquellos que provocan el terror y la violencia. Así, su crítica se centra en la postura alemana y francesa que tilda de demagógica.

Los gobiernos de París y Berlín deberían recordar que, en democracia, las decisiones no se toman a través de los sondeos de opinión ni las manifestaciones callejeras; sino que son responsabilidad, sin duda, de los gobiernos elegidos libremente. Los gobiernos de Praga, Sofía, Varsovia, Londres y Madrid son tan legítimos y democráticos como los de París y Berlín. Dar tiempo al tiempo es dejar que se complique el problema de fondo. Los aplazamientos hacen el juego a Sadam.

Dentro de esa inacción general, Rusia está también en su punto de mira. Para nuestro autor, el país de los zares ha gozado de una especial consideración de europeísmo, de unas ayudas que se han dilapidado, de una *exención moral* incomprensible, convirtiendo todo lo que allí ocurre en un *espejismo* que ha conducido a *tres siglos de ceguera psíquica voluntaria, muy compartida y demasiado alimentada*. Se produce así la extraña circunstancia que los momentos más importantes de Occidente los fija *el reloj de la Gran Rusia*.

En realidad, lo que sucede es que la sociedad se está dejando invadir por el nihilismo, convirtiéndose en una sociedad *bloqueada*. De hecho, nos estamos acostumbrando al horror. En esa opción nihilista todos participan, los países fuertes y los débiles. Los fuertes esforzados en *erigir su pasión lúdica y singular en regla universal*. Occidente cierra los ojos y continúa tranquilo. Los débiles sumidos en una pasividad *general y contagiosa*. Para el filósofo francés la posición del mundo con respecto a Chechenia, antes indicada, es un mensaje que el nihilismo aprovecha a su favor. El nihilismo siempre se desarrolla sobre un *crimen cometido en común*.

Así, el problema consiste, en que se termina viviendo en una esclavitud voluntaria. La dificultad ya no son las armas o la superstición, sino la coacción ejercida por ciertos poderes *despóticos* que acaban ejerciendo una influencia que termina por hacernos retroceder en nuestras propias ideas y convicciones. Por ello, es necesario protegernos mediante la elaboración de una *estrategia intelectual* que desenmascare todo el camuflaje que acompaña a esa corriente de esclavitud.

Esa estrategia pasa por tanto por combatir a muerte el nihilismo:

El europeo vive sin Dios, y es obligado constatar que vive bien. Pero también vive como si el mal no existiera, y corre el peligro de acabar mal.

Tampoco podemos dejarnos atemorizar por el terrorismo porque entonces el terror habrá ganado la partida. Glucksmann asimila esta situación a la que se produciría si los bomberos dejaran de actuar por temor al fuego, o bien, si la policía se queda en casa por miedo a los criminales. Si nos paralizamos por cobardía habremos entrado en una *selva de proporciones planetarias*. Nuestra sociedad, de forma sorprendente, infravalora el salvajismo como lo

demuestra el caso de la ex-Yugoslavia donde se produjeron matanzas por razón de raza y religión. Sólo hasta que el horror no salta a los medios no adquiere su dimensión.

EL DERECHO DE INJERENCIA

Si bien en el apartado anterior queda bastante clara cual es la posición de Glucksmann en relación con la pasividad de Occidente sobre todo lo que acontece en el globo, y en particular, con el avance del terrorismo nihilista y el nihilismo en general, nada hemos detallado sobre las limitaciones que las leyes internacionales imponen a las soluciones propuestas y cómo, según el filósofo francés, se debe actuar.

Para el pensador galo el derecho internacional no puede amparar las atrocidades que determinados gobernantes ponen en práctica dentro de sus fronteras. No es admisible *el derecho ilimitado de un Estado de hacer lo que le plazca* entre sus súbditos. En un artículo que bajo el título: “La guerra que desgarró a Occidente”, publicó en el diario Clarín, el 15 de abril de 2003, el filósofo francés critica, con motivo de la intervención de los Estados Unidos en Irak, al que denomina como “bando de la paz”, compuesto por Francia, Alemania, Rusia, China y Siria, a la sazón miembros del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, por su cinismo e hipocresía en el concepto del “derecho” del empleo de la fuerza. En ese mismo diario Glucksmann indica lo siguiente:

Cada uno es rey en su casa, y a cada carnicero su tropa y sus mataderos. Reducido al principio de soberanía absoluta, el derecho internacional equivale a darle permiso a Sadam a exterminar a los suyos, a Putin a llevar sus “operaciones antiterroristas” en el Cáucaso hasta el genocidio. ¿Y por qué, retrospectivamente, no reconocer a los hutus “mayoritarios en Ruanda” el derecho a exterminar a los Tutsis?

Para nuestro autor no es extraño que ese privilegio de la *soberanía* que ejerce el gobierno central en su propio país *seduzca* a las autoridades de ciertos regímenes en China, Rusia o Irak, lo que les permite establecer y suspender leyes a su antojo. Sin embargo, es mucho más chocante que haya demócratas que colaboren en esa idea de *soberanía garantizada contra toda injerencia*, todo ello con independencia de las atrocidades en las que se involucren los líderes despóticos.

Así, nos encontramos con que miembros con derecho a veto en el Consejo de Seguridad, pueden bloquear las propias normas que emite el mismo Consejo. Tanto Francia como Rusia y China han ejercido sus *privilegios* para evitar que un *dictador* sea derribado sin su consentimiento.

Es lamentable que *el templo de la "ley internacional"* no se mostrara tan escrupuloso ante genocidios recientes como el de los Khmers Rojos en Camboya, o el ya citado de los Tutsis en Ruanda. Pero la mayor hipocresía proviene precisamente de Francia y Alemania que, en su día, pasaron por alto el visto bueno del Consejo de Seguridad para bombardear a Milosevic y, en el asunto de Irak, exigen sus derechos y bendiciones.

No se puede trabajar con conceptos e ideas obsoletas. Igual que, en ocasiones, los Estados Mayores participan en ciertos conflictos con patrones plenamente desfasados, los *opositores* a la guerra no pueden vivir anclados en el pasado, practicando la misma oposición que se hacía durante la guerra del Vietnam. De hecho, en nada se parecen las operaciones militares llevadas a cabo por los norteamericanos en Irak, con las que en su día se libraron en el Sudeste asiático. La oposición, según los cánones de los años 60, contra Bush y Blair lo único que hacía era dar alas a Sadam. En realidad, lo que suponía era concederle un respiro para seguir masacrando a su población otros veinte años más. *Gritan "¡abajo la guerra! y el eco responde "¡viva la dictadura!"*.

No es conveniente seguir con los estereotipos, no puede admitirse que la opinión pública termine por considerar a Bush, como el principal enemigo, mientras el dictador pasa a un segundo plano. Después del 11 de septiembre está germinando una peligrosa división entre aliados. Por una lado las posiciones antiamericanas y de otro los tópicos contra la vieja Europa. El foso que se está creando entre las dos riberas del Atlántico *divide la política mundial, amenaza la construcción europea, arruina la OTAN y paraliza las organizaciones internacionales*.

Lo realmente cierto es que la supervivencia de la raza humana es una cuestión que a todos nos compromete y de la que somos responsables sin excepción. No obstante, la visión de nuestro autor, no es particularmente optimista. Los antiguos referentes religiosos que permitían combatir el fantasma nihilista se han desvanecido. Como indicaba Glucksmann en su libro "La tercera muerte de Dios", escrito en el año 2.000, tras la primera muerte en la cruz, le sucedió una segunda en los libros de los pensadores del siglo XIX, como Marx y Nietzsche, que terminaron

con la existencia de un concepto racional de Dios, definido gráficamente en la expresión del “Dios ha muerto” y aunque Dios no murió en la mente de la mayoría de los europeos, terminó por hacerlo, en los finales del siglo XX e inicio del XXI, por la cotidiana indiferencia de los ciudadanos del viejo continente que viven como si Dios no existiese.

Ante la pérdida de la referencia religiosa y de las tradiciones milenarias tales como: la familia, la educación o los vínculos sociales, no sobran las opciones de lucha contra el nihilismo. En ese compromiso de lucha Glucksmann sitúa a los creadores de opinión, es decir: *el escritor, el intelectual, el filósofo*, y el periodista. En relación con tal cometido, nuestro autor destaca la gran claridad con la que la literatura, y particularmente los escritores soviéticos, supieron afrontar el fantasma del nihilismo mostrando su carga mortal y la proyección devastadora que provoca. Para el filósofo galo, en esa tarea, la ventaja de los escritores rusos sobre los intelectuales es más que significativa.

La vigilancia, la alerta temprana, sobre las situaciones de riesgo y la denuncia de las injusticias, debería ser la mayor responsabilidad y el trabajo que se espera de esos creadores de opinión. La mayor facilidad que posee el escritor para *escrutar en el interior del alma humana*, le permite comprender con cierta antelación las conductas de los hombres y las diferentes colectividades.

Lo que ha sucedido hasta ahora, particularmente durante el siglo XX, es que esa denuncia, ese compromiso, ha sido inexistente. Concretamente nuestros intelectuales en vez de ejercer una influencia decisiva parecen encontrarse bajo los efectos de una “*anestesia general*”. Es necesario explicar al mundo que en el “nuevo desorden global” lo que sucede en el rincón más remoto del mundo, tiene repercusiones en cualquiera de las capitales occidentales y que es imprescindible comprometerse e involucrarse en la resolución de las situaciones de violencia y opresión.

Y como receta final no podía faltar, en este escritor disidente, un canto a la resistencia que es lo que de verdad nos permitirá alcanzar la victoria. Por ello, y a pesar del escenario pesimista que nos refleja, el valor y el arrojo tanto individual como colectivo, representado por las mujeres chechenas que se suicidan con sus guardianes o la energía del pasajero del vuelo 93 de United Airlines que con su amotinamiento impidió la acción de los piratas de Al Qaeda, permitirá *contener las iras aniquiladoras*. Así, como conclusión, mientras exista ese valor, esa resistencia, siempre habrá un rayo de esperanza:

*Lo que ilumina es la sonrisa tímida de la mujer que se levanta la burka en el “Kabul liberado” con la ayuda de los soldados de Massud y de los B-52. **El nihilismo no es invencible.***

CAPÍTULO CUARTO

**BERNARD-HENRY LEVY: EL FILÓSOFO DEL
LADO OSCURO DE LA HISTORIA**

BERNARD-HENRY LEVY: EL FILÓSOFO DEL LADO OSCURO DE LA HISTORIA

POR IGNACIO FUENTE COBO

RESEÑA BIOGRÁFICA

Bernard-Henry Levy es el filósofo, novelista, periodista y director de cine francés contemporáneo más famoso, provocador y reverenciado de nuestro tiempo, hasta el punto de haberse convertido en un icono mediático al que frecuentemente solo se le cita por sus iniciales, BHL. A ello le ayuda, su estilo desenfadado y provocador, que gusta de hablar atropelladamente para dar mayor fuerza a sus palabras y de abusar de ciertos gestos escénicos (como el de fumar cuando a los demás les está prohibido), buscando hacer de la provocación un arte, una forma de captar la atención de un público al que raramente resulta indiferente y en el que sus opiniones, casi siempre polémicas, nunca caen en saco roto.

Nacido en Argelia (Beni Saf) el cinco de noviembre de 1948 en el seno de una familia acomodada de origen judío, que se vio obligada a emigrar a Francia con el advenimiento de la independencia argelina y se estableció en Neuilly (Hauts de Seine), LEVY estudió en la *École Normale Supérieure*, donde se diplomó en 1968.

Alumno de Jacques Derrida y de Louis Althusser, empezó a publicar sus primeros escritos en la revista de izquierdas “combate” a partir de 1973 donde rompe, desde posiciones próximas al maoísmo, con la línea oficial mantenida hasta entonces de una manera casi unánime por los intelectuales de izquierda, al denunciar al marxismo como “una doctrina de represión y no de liberación”, tesis que defenderá en su obra *La barbarie con rostro humano* (1977) con un

apasionamiento tal que le colocó en el centro de una viva polémica que se mantendrá hasta nuestros días.

Entre 1973 y 1976 dirigió una serie de libros con los que puso en marcha un movimiento intelectual formado por escritores procedentes de la izquierda radical (Marxismo y Maoísmo) que se dieron a conocer con el calificativo (más bien publicitario) de “nuevos filósofos”. Participantes activos en la revolución estudiantil de “mayo del 68” se caracterizaron por su desencanto ante el marxismo, su filosofía pesimista (1), su falta de un cuerpo doctrinal propio y su acentuada conciencia de haberse apropiado del lugar que ocuparan anteriormente el Estructuralismo y el Marxismo, la filosofía de sus maestros. Por ello fueron duramente criticados, por los “filósofos oficiales” que, como Derrida, Deleuze y otros, dominaban la cultura francesa de la década de los setenta.

Además de su crítica a los totalitarismos, otro rasgo común de todos estos “nuevos filósofos” viene dado por su aversión hacia todas las estructuras del poder, a las que consideran potencialmente totalitarias y su inclinación hacia actitudes próximas al nihilismo. Con el paso de los años, LEVY transformará esta aversión en una permanente desconfianza lo que, junto con el rechazo del materialismo marxista, le llevará a defender un cierto espiritualismo en su filosofía al que calificará como “nostalgia de la trascendencia”.

Cuando el espíritu del 68 se agotó en Francia, un LEVY empapado de maoísmo viaja a Chiapas en el 69 y a Bangla Desh durante la guerra del 70, buscando “ver triunfar una revolución” en aquellas latitudes del planeta donde entendía que se escribía la historia “con mayúsculas” y donde su espíritu que se proclamaba hegeliano quería estar.

Obtuvo el premio Médici con su novela *El diablo en la cabeza* y apadrinó, con Marek Halter, el nacimiento de S.O.S. Racismo. Entre sus ensayos destacan asimismo *Las aventuras de la libertad* (1991), *La pureza peligrosa* (1994), *El siglo de Sastre* (2000) y *La guerra, el mal y el fin de la historia* (2001).

Su personalidad resulta cuanto menos desconcertante. El mismo reconoce que a veces se comporta como una estrella (“como un hombre libre” afirma), para el que lo importante es

pensar como se quiera, decir lo que se desee y vivir “como me da la gana”. En numerosas ocasiones ha manifestado que le gusta ir contracorriente, incluido el aspecto externo de la provocación y el escándalo, dado que considera que esa es la única forma para que un intelectual sirva para algo. “Cuando la corriente se equivoca, cuando la unanimidad se pierde, es importante que la gente vaya contra esa unanimidad”. Jactarse de tanta libertad puede parecer presuntuoso y una nueva forma de vanidad, pero a LEVY parece no importarle siempre que ello refleje el sentimiento de su propia libertad. De ahí que afirme no temer el dejar de estar “en primera fila” y que le arrebaten el puesto, porque en su situación puede “permitirse vivir sin el éxito”.

Durante la Guerra de Bosnia (1991-95) tomó partido de una manera muy activa por el bando Bosniaco denunciando con gran vehemencia las aflicciones a las que era sometida la población musulmana por parte de serbios y croatas. En numerosas ocasiones durante la guerra acudió a su capital Sarajevo como invitado preferente del presidente Itzevegovic y en 1994 participó en la película *Bosna* sobre el sitio de Sarajevo en la que se involucra completamente a favor de las tesis bosniacas, lo que justifica afirmando que el para esta forma de hacer política tomando partido, tiene “un sentido noble”.

En el año 2000 publicó una biografía filosófica, “*El siglo de Sartre*”, una erudita y exhaustiva reconstrucción de la vida y las ideas del filósofo existencialista, que se convirtió en un acontecimiento literario y un nuevo centro de atención y polémica. En cierto modo, y hasta cierto punto, LEVY se identifica con él, al menos en su comportamiento externo, “me gusta la imagen del gran filósofo risueño, frívolo, propenso al jolgorio, a la bulla, al vodevil, al relato grotesco o truculento, a la bufonada, a la parodia, a la broma especulativa” escribe de una forma que podría llevar a pensar que habla de sí mismo, por mucho que lo niegue cuando afirma justificándose que “Sartre es todo lo contrario a mí. Creo que es uno de los escritores del siglo XX del que estoy más lejos, pero siguiendo su trayectoria podía acercarme a la historia de siglo y eso sí me interesaba”.

Sus últimos trabajos de importancia corresponden a la serie de crónicas que con el título de “*Los damnificados de la Guerra*” le encargó el periódico *Le Monde*. Fruto de sus viajes a Sudán, Angola, Colombia, Sri Lanka y Burundi, los artículos se fundieron en un libro en el que bajo la mirada del filósofo transformado en cronista, busca sumergirse en “el lado oscuro” del acontecer

(1) Los autores más representativos de este grupo de nuevos filósofos fueron, junto con LEVY, Jean-Marie Benoist (n.1942) autor de “*Marx ha muerto*” y André Glucksmann (n.1937) autor de “*Los Maestros*”

mundial, en el de los condenados de las guerras. El resultado fue “*Reflexiones sobre la guerra, el mal y el fin de la historia*”, enviado a la imprenta poco después de los atentados terroristas del 11-S, por lo que incluye algunas correcciones apresuradas a este respecto.

Acusado en ocasiones de escritor vulgar aunque brillante, su pensamiento nos resulta frecuentemente superficial, más propio de un escritor “prêt-à-porter” que de un intelectual profundo, que abusa de ciertas piruetas conceptuales y de artificios semánticos para expresar ideas casi siempre sencillas. Sus juegos de palabras reflejan un lenguaje que nos suena a vacío como si buscara diferenciarse de una manera forzada del estereotipo de filósofo clásico, gris y anónimo. El sarcasmo y la ironía son artificios con los que busca dejar una traza inolvidable, un reconocimiento perenne en la posteridad.

Casado con la actriz Arielle Dombasle (otro icono erótico a tenor de lo que circula por Internet), su prestigio como el filósofo actual más famoso de Francia ha sido puesto recientemente en entredicho al dirigir una película “*Noche y Día*” considerada por los críticos como perteneciente al género del “porno suave” y en la que su atractiva mujer actúa como protagonista principal. LEVY se defiende proclamando haber cambiado la pluma por la cámara con el objeto de estudiar el tema de la mujer “la cámara me permite expresar mejor de lo que lo he hecho anteriormente, mi amor por las mujeres y sus cuerpos”. Al fin y al cabo, como reconoce el autor en una entrevista a *Le Figaro* “aparte de la política solo hay dos cosas que me interesen y estas son la literatura y las mujeres”.

Esta nueva polémica indica que LEVY es un maestro de la oportunidad y de la controversia. Sus influencias en los campos políticos y en los circuitos culturales permitieron que la película (“un relleno de guacamol” la definió el periódico *Liberation*) fuera financiada con fondos públicos franceses y europeos y por el Canal Plus, el canal de televisión de pago francés. De esta manera, un LEVY extraordinariamente narcisista se aseguraba de que la película recibiera máxima publicidad mucho antes de su estreno, el día de San Valentín, y que acaparara la portada de varias revistas en las semanas siguientes.

Para una persona considerada como un icono mediático semejante a una estrella del rock, actuaciones escandalosas como la producción de esta película deberían haber producido una gran erosión en su imagen de intelectual serio. “LEVY es un escritor y debería comportarse como

tal”, indicaba la revista *Le Parisien*. Algo difícil de asumir para un carácter tan provocador como LEVY incapaz simplemente de reconocer que, como añadía amenazadoramente la misma revista, “ninguna estrella brilla eternamente”.

LA BARBARIE CON ROSTRO HUMANO

En 1977, un LEVY joven y desengañado de los efectos que las revoluciones de corte marxista habían producido en las sociedades de su época, atacaba despiadadamente en su ensayo “*La barbarie con rostro humano*” a la ideología marxista, acusando a Marx de ser “más que el apóstol de la liberación de los pueblos, el Maquiavelo de nuestro siglo”, que solo piensa en el proletariado como “carne de cañón de la revolución soñada” y para el que la misma profecía que predice, se asemeja fielmente, “es su doble imagen”, a la del orden burgués que trata de destruir.

LEVY defiende la tesis de que la existencia de una sociedad conlleva irremediablemente a la aparición de una relación de poder. Cuando se abusa de este poder se llega al nacimiento de los fenómenos totalitarios, que pueden surgir en cualquier momento y ante los cuales hay que estar vigilante para evitar, como enseña la historia, su nefasta aparición, muchas veces enmascarada bajo la forma de ideologías ilusionantes que terminan por fascinar a las sociedades e, incluso, a los intelectuales. El mismo reconoce la fascinación que ha sentido por ellos “soy hijo natural de un matrimonio diabólico, el fascismo y el estalinismo”. Son precisamente Hitler y Stalin los monstruos anunciadores de un totalitarismo con rostro humano. El marxismo no es más que una impostura que promete falsas promesas de paraísos terrestres, escondidos bajo los disfraces que proporcionan la técnica, las ambiciones humanas y el comunismo, “las tres figuras matriciales de la tragedia contemporánea”, las tres amenazas que cuelgan sobre el destino de Occidente.

Afortunadamente, nos dice LEVY, es la constante referencia a una visión optimista de la Historia, lo que ha terminado por desacreditar al marxismo y su versión moderna “el progresismo”. Aspectos como el individuo o el Estado considerados tradicionalmente por el marxismo como antagónicos en si mismos, no son más que aspectos coexistentes de un único poder. Hitler y Marx, como paradigma de estas doctrinas y los reaccionarios y los marxistas como expresión más normal de los mismos, terminan por decir la misma cosa, por llegar al

mismo resultado; es por ello, por lo que las ideologías del progreso marxista y de la identidad racial representan, para este autor, las imágenes supremas de la barbarie occidental.

De esta manera, denuncia LEVY la nulidad del proceso al que se somete continuamente a estos diferentes y siniestros personajes como otra forma de mantener la “ilusión del poder”, tal y como en su momento, pusieron de manifiesto autores como Solzenitsin, “el Dante de nuestro tiempo” con su obra *“El Archipiélago Gulag”*, al criticar con toda su crudeza el fenómeno estalinista. Nadie como Solzenitsin ha revelado la cruda realidad del estalinismo que proclamaba la creación de una sociedad transparente opuesta a la capitalista y utilizaba para ello la represión del disidente que, como parásito social, había que situar al margen de la misma.

Con ello busca LEVY rehabilitar una cierta idea del hombre al proponer una “moral antibarbarie”, que no se resigne a capitular ante los totalitarismos con independencia del cuño ideológico tras el cual estos se oculten. Propone para ello, como la única acción política posible en nuestros días, la protesta moral con “las únicas armas de nuestro lenguaje y el único bien que proporciona nuestro comportamiento”. Solo los verdaderos filósofos, los artistas y los moralistas son los auténticos intelectuales antibarbarie dado que para LEVY “únicamente el poeta, el pintor y el filósofo saben denominar al mal como tal por su nombre”. Frente a la visión pesimista de nuestro mundo que podría derivarse del auge de las ideologías totalitarias, escribía LEVY en 1977, la solución se encuentra en el refugio que el arte puede aportar. El arte es el dique conformado a lo largo de los milenios contra el vacío de muerte que ofrecen estas ideologías, “el caos de lo uniforme”, el escenario del horror. LEVY anticipa de esta manera tan radical una idea que, en los años siguientes, será aceptada casi con generalidad por los movimientos de izquierdas y que la desaparición del muro de Berlín convertirá en un nuevo dogma de nuestros días: se puede ser de izquierdas sin ser marxista; es más, ser de izquierdas exige necesariamente resistirse al dogmatismo marxista. No es que el estalinismo y el comunismo soviético en general fuesen una pésima aplicación del marxismo, sino que es la propia teoría marxista, la que lleva implícita los desarrollos totalitarios.

Esta concepción filosófica que llevó a LEVY a ir contracorriente a edad tan temprana de las concepciones hasta entonces generalmente aceptadas, le supuso convertirse en el centro de una intensa polémica que el curso de los acontecimientos históricos (la caída de muro de Berlín, el fin de la Unión Soviética) irá resolviendo en su favor. En este sentido hay que reconocer al joven Levy de los años setenta una profunda intuición (y también un gran sentido de la

oportunidad) para darse cuenta de que la sociedad occidental había alcanzado el punto de maduración política suficiente para aceptar, o al menos comprender, su nuevo mesianismo filosófico. Puede decirse que LEVY supo aprovechar un entorno intelectual adverso para exponer de una manera original unas ideas que hasta entonces apenas se habían atrevido a reconocer los intelectuales más perspicaces y honestos.

Contemplada hoy en día esta obra escrita hace más de 20 años puede resultar algo caduca y la filosofía pesimista en la que se introduce Levy un tanto estéril pero en su día levanto un gran revuelo convirtiendo a Levy en un autor célebre y en la “cabeza de fila de los nuevos filósofos franceses” (2).

LAS GUERRAS OLVIDADAS

LEVY que en su juventud jugó con la idea de la guerra como un espectáculo semiheroico, cambia su actitud en su última obra, *“La Guerra, el mal y el fin de la historia”*, donde destila un aire de aparente apesadumbramiento frente a los conflictos que no tienen un lugar definido en el mapa de los acontecimientos humanos y que el mundo no toma hoy en cuenta. Si en otro tiempo las guerras tenían sentido y se las podía categorizar como guerras justas e injustas, guerras bárbaras o guerras de resistencia, guerras de religión, guerras de liberación nacional, o guerras revolucionarias, “donde se partía al asalto del cielo para construir en él un mundo nuevo”; o incluso las guerras contemporáneas “de un marxismo que tenía, entre otras virtudes, la de darle a cualquier guerrillero de las islas Molucas, del sur de la India, o del Perú, la seguridad, por así decirlo providencial, de que no luchaba en vano, puesto que formaba parte, aunque no lo supiese muy bien, del gran combate mundial”, esos tiempos para LEVY, han pasado. “El ocaso del marxismo así como de todos los grandes relatos que conspiraban con él, para dar un sentido a aquello que no lo tenía (es decir, al infinito dolor de los hombres), hizo estallar este catequismo. Y es como una gran marea que se ha retirado, dejando tras ella hombres, mujeres, que continúan combatiendo. Que incluso lo hacen, a veces, con una ferocidad redoblada, pero sin que en su enfrentamiento pueda leerse la huella de las promesas, las coherencias o las epifanías de antaño”.

De esta forma, aunque algunas guerras de carácter casi residual como las de Oriente Próximo siguen teniendo un cierto sentido dado que “todos saben bien que en ellas está en juego

(2) La Vanguardia, 17 de enero de 1978.

el destino del mundo”, cada vez son más numerosos los conflictos que no cambiarán en absoluto la suerte del planeta. A estos conflictos LEVY los denomina “las guerras olvidadas del siglo XXI”. Son conflictos a los que la muerte de las grandes ideologías que presidieron el siglo XX y que eran las que daban sentido a los mismos, han convertido en guerras sin salida sin objetivos ideológicos claros y sin memoria, a pesar de que muchas de ellas llevan subsistiendo desde hace décadas. En ellas resulta muy difícil distinguir a sus protagonistas, porque todos ellos “igualmente ebrios de poder, de dinero y de sangre” pretenden representar la verdad o lo bueno, o si ello no es posible, al menos lo menos malo, o lo deseable. En estas guerras olvidadas, LEVY se recrea en la imagen del Job bíblico que ya no se corresponde con “el rostro de un justo que sufre”, sino con pueblos enteros y con extensas zonas del mundo condenados a una desolación radical”. Los “amigos de Job” que presenta la Biblia se identifican aquí en estos conflictos con los que tratan de explicar las desgracias “definitivamente inexplicables” que los mismos producen, acudiendo a las doctrinas basadas en la etnicidad o el neotercermundismo.

Frente a la imagen con tintes de heroísmo del combatiente adolescente que en el Sarajevo durante la guerra, le dice poco antes de morir en las trincheras, que él lucha por “una cierta idea de Bosnia y de Europa”, LEVY contrapone imágenes como la del montañés nuba en el sur del Sudán que agoniza impotente “en el barro de su aldea” ante el bombardeo aéreo, o la del buscador de diamantes en Angola cuya única razón de ser es “enriquecer a los nuevos caudillos”, o la del joven soldado srilankés que desde los ocho años pertenece a un ejército “del que ya nadie sabe que causa defiende”. Pertenecen a un mundo olvidado de guerras inútiles en las que “al horror de morir se añade el horror de morir por nada”.

El problema, indica LEVY, es que las personas hegelianas como el que todo lo entienden en términos contradictorios, de acción y de reacción y por tanto siguiendo una lógica comprensible, han concluido de la irracionalidad de estas guerras su cuasi irrealidad y, de ahí, la inutilidad de mezclarse con ellas. Esto sería lo que pasó hace unos años durante el genocidio ruandés, cuando los enfrentamientos tribales que lo anunciaban les resultaron incomprensibles y por tanto no fueron capaces de verlo venir. Este mismo prejuicio es el que “nos esta haciendo ciegos a los avances del genocidio en Burundi o en los montes nuba del Sudán”, cuando la lógica racional nos dice que en estos lugares, al igual que ocurrió en Ruanda, “las mismas causas producen los mismos efectos”.

LEVY justifica en su reacción ante la indiferencia de Occidente frente a estas tragedias su necesidad de acudir a ver “in situ” las guerras olvidadas con el fin de identificar quienes “son los buenos; donde están los malos; por donde pasa la frontera” entre unos y otros en una guerra “sin fe y sin ley” ajenas a la lógica de Hegel y a la de Clausewitz y cuyas víctimas están para él doblemente condenadas: primero por ser precisamente víctimas y segundo por que lo son en unas guerras en las que “ni siquiera cuentan con el pobre recurso de decirse a si mismas que luchan por el advenimiento de la Ilustración, por el triunfo de la democracia y de los derechos humanos, o por la derrota del imperialismo”.

Este es el papel que LEVY considera que debe representar hoy en día un intelectual como él: el de convertirse en cronista, en viajero comprometido dedicado a contar con la máxima fidelidad posible lo que ven en esas zonas grises, en esas guerras de pobres, en las que “en contra de la idea heredada, se mata más y con mayor salvajismo por cuanto se hace aparentemente sin razón ni proyecto alguno” y en donde la función de los soldados de los “ejércitos perdidos” no es vencer sino sobrevivir. Una persona comprometida como él, no puede lavarse las manos ante esas “matanza mudas” con el pretexto de que no nos dicen nada. Y a ello dedica sus esfuerzos en esta etapa de su vida, aunque ello le suponga crearse algunas enemistades como le ocurrió, por ejemplo, al denunciar la eventual implicación del hijo del ex-presidente francés Mitterrand en la venta de diamantes angoleños.

Pero incluso en estas guerras LEVY considera que se puede encontrar una lógica paradójica; Los enfrentamientos se limitan a los lugares donde solo existe miseria, desierto, aldeas saqueadas, o ciudades muertas. Donde hay riqueza, como ocurre en la zona de las Lundas la región diamantífera de Angola se impone un principio mucho más pragmático de “la no guerra”, una especie de acuerdo entre caballeros por el reparto de las riquezas que proporciona a estas áreas una extraña tranquilidad. Es en esta aparente tranquilidad, aunque parezca un contrasentido, donde LEVY encuentra la verdadera razón de la guerra en Angola, cuando las masas de “buscadores”, que llegan desde el Zaire y a los que han arrebatado los papeles y los zapatos convirtiéndoles en “hombres de pies descalzos sin identidad alguna” se enfrentan con los “galeotes” los soldados de un bando (UNITA) u otro (MPLA) atrapados “entre sus meandros de crimen y miseria”. El resultado de “este abrazo macabro” es una guerra interminable por la supervivencia y por un mínimo acceso a los recursos cuyo precio lo paga la población civil inocente, a la que LEVY considera “los parias de la guerra”.

Es por ello por lo que, si Hannah Arendt en sus *“Vies politiques”* explica que lo mejor que le puede suceder a un individuo es “tener la suerte de haber nacido en el seno del pueblo justo en el momento justo de la historia” (griego y no bárbaro, por ejemplo, en el siglo de Pericles), LEVY modifica este teorema al afirmar que “lo mejor que le puede pasar a una persona es nacer occidental. Lo peor, la catástrofe irremediable, la propia figura de la desgracia, de la tragedia, de la condenación es nacer en lugares como Burundi, Angola, Sudán, Colombia o Sri Lanka”.

A denunciar la situación que se vive en estos países dedica LEVY las mejores páginas de su última obra sobre *“La guerra, el Mal y el fin de la Historia”*. Si en Angola LEVY denuncia las guerras donde el fin último son los recursos, en Sri Lanka descubre un conflicto en el que la población civil se ve atezada entre una guerrilla fanática que no duda en utilizar a los niños, enrolándolos en sus fuerzas y un ejército “bárbaro y sin principios”. Es un conflicto, en el que ante la indiferencia de las grandes instituciones internacionales se produce “una matanza cotidiana de inocentes convertidos no solo en rehenes, sino en objetivos de una guerra insensata”.

Burundi es una guerra de “víctimas contra víctimas”, un caso único de un pueblo entero lanzado al asalto de su propio país para arrasarlo, casi imposible de explicar pese a la voluntad de la comunidad internacional de conferir al mismo una cierta racionalidad política; así para unos la explicación se encontraría en la amenaza de genocidio mientras que para otros, el conflicto lo encasillarían en una lucha entre los explotadores tutsis y los explotados hutus. Para LEVY, la guerra aquí es la máxima expresión de la existencia de “agujeros negros” en la historia que, a semejanza a esos planetas que se reabsorben y cuya densidad crece a medida que desaparecen, produce “una densidad de sufrimiento infinito para un lugar encerrado en si mismo a punto de desaparecer de nuestros paisajes reales e imaginarios, de nuestras pantallas políticas y de nuestros radares”. Al fin y al cabo, se pregunta LEVY, si los individuos se suicidan “¿Por qué no iban a hacerlo los países?”. Burundi, afirma LEVY, nos demostraría que las “naciones proletarias” no tienen nada que vender “en el mercado de la historia universal” que no sea su propia muerte colectiva, aunque esta no interese a nadie.

Colombia, por otra parte, ha cambiado la actitud y los posicionamientos de LEVY ante los conflictos. Si en su juventud iba “hasta el fin del mundo” en busca de los héroes, de los hombres excepcionales, únicamente interesados por encontrar “el aliento de la insurrección mundial de los

oprimidos”, los personajes de la guerra de Colombia que el encuentra hoy en día, los Juanes, los Carlitos o Manolos los llama LEVY, son los hombres sencillos de existencia minúscula, cuya vida se limita a intentar sobrevivir sin que sus nombres se consignen en los archivos en los que se registran la gestas de las naciones. Colombia constituye para LEVY, que se presenta allí como “un filósofo francés trabajando sobre las raíces de la violencia”, un extraordinario escaparate para descubrir en las FARC el último rostro del comunismo “junto con el de Cuba”, un comunismo “traficante” con cara de gangster, que no es más que una mafia y que, sin embargo, es el más poderoso por disponer (cuando el visita este país en el año 2000) de ese “casi Estado” que constituye la zona libre de San Vicente del Caguan. Es un conflicto que LEVY entiende en clave de tráfico de drogas, en el que la guerrilla y los paramilitares buscan suplantar al “Estado desfalleciente”. Una guerra reducida a un enfrentamiento de “mandantes y monigotes, de clones y de payasos”; el grado nulo de la política y el máximo de la “bufonería”; en definitiva un estadio elemental de la violencia descarnada, sin disfraz, reducida “al hueso de su verdad sangrienta”.

Finalmente, Nuba en el sur del Sudán “uno de los lugares del mundo, quizá junto con el Tibet o las montañas del Nepal, donde una carretera tiene menos sentido”. Esta guerra, con sus dos millones de muertos y cuatro y medio de desplazados, le parece a LEVY como si tuviera capacidad para manipular nuestra compasión, como si “el bien se hubiera puesto al servicio del mal”. La lógica de la misma supera incluso la movilización humanitaria desde el momento en que los humanitarios son convertidos en rehenes de unos y otros. Los rebeldes del SPLA (3) por que roban la ayuda dirigida a los civiles destinándola a comprar armas. Y el gobierno del Sudán por que, conocedor de ello, decide que la mejor forma de detener la compra de armas, es detener las ayudas y ello se consigue “eliminando a los civiles que las reciben, desplazándolos o matándolos directamente”. Aun así en esta guerra LEVY descubre ciertos valores: la admiración por John Garang el líder del SPLA cuyos libros de cabecera “son de Clausewitz; Sun Tzu y Mao”, una bestia de la guerra, o un táctico sin escrúpulos ni sentimientos pero cuya obstinación profunda le merecen respeto. También la valentía indomable de la tribu de los fogones, los “especímenes humanos más logrados” inmortalizados en las fotos de Leni Riefensthal, la fotógrafa de Hitler, que habitan en las montañas nuba donde la guerra lo ha destruido todo. A pesar de sobrevivir “comiendo cáscaras y raíces” conservan la fuerza y la valentía indomables “venida del fondo de los tiempos”. Son estos hombres, proclama LEVY en un atisbo residual de esperanza “los que terminarán por imponerse al mundo”.

(3) Ejército de Liberación Popular del Sudán.

EL SENTIDO DE LA GUERRA Y LAS GUERRAS SIN SENTIDO

Para LEVY las guerras ya no son lo que eran. Desgraciadamente, nos dice, la modernidad ha terminado con la “auténtica guerra”, basada en el contacto físico y llevadas a cabo por “los hombres de pie”. Ahora nos encontramos en la época de la técnica donde las guerras, súpertecnificadas se han terminado por convertir en una “operación abstracta”, en la que los hombres han sido reemplazados por máquinas “deshonrando hasta la propia santidad de la guerra”. Esta transformación estética puede apreciarse en esas dos guerras “ultratecnificadas” que fueron las guerras de Kuwait y de Kosovo (escribe antes de las campañas de Afganistán e Iraq). Guerras desde lejos en las que “la sofisticación de la maquinaria permitió, como en Iraq en 1991, ganar sin apenas sufrir bajas en el bando de los ganadores o, como en Kosovo, tirar las bombas desde una altura suficiente para ponerse fuera del alcance de los sistemas antiaéreos del enemigo y, por lo tanto, no correr riesgo alguno”.

LEVY prefiere no decantarse por “las guerras de cerca o de lejos” ni indicar su preferencia moral por las guerras en las que “los adversarios se tocan o aquellas en las que se evitan”. Esta posición incierta la justifica afirmando que no es capaz de decir “cual es más mortífera”. Prefiere acudir a Keats cuando afirma que “no odio a mi enemigo ni amo a quien defendiendo”, de donde parece deducirse una mayor inclinación por la distancia, por las modalidades actuales de la guerra que facilitan una mayor “reducción de los sentimientos y de las pasiones”.

Ahora bien, también la guerra, nos indica LEVY se puede ver de otra forma, desde un punto de vista mucho más importante que el estético: el de su sentido. Hubo un tiempo, del que hoy en día solo queda “un vago recuerdo” en que las guerras por muy horribles, odiosas y mortíferas que fueren perseguían unos objetivos. Este era el caso de las guerras revolucionarias “con su cortejo de héroes y mártires” o las guerras políticas del tipo de la primera guerra de Angola, o las guerras de resistencia cuya finalidad era resistir a “algo peor que la guerra”. Según esta forma de pensamiento, la guerra se entiende no como “algo viril, exultante y fuente de grandeza o de realización de uno mismo”, sino como algo necesario puesto que la alternativa a la misma no sería la paz, “sino el infierno”. Esto no quiere decir que se puede justificar cualquier tipo de “guerra política”. No es lo mismo, afirma LEVY, “el gesto del demócrata que sólo aspira a vencer un totalitarismo (nazismo, estalinismo, islamista-fundamentalista...)” ante el cual se

puede preconizar la guerra y el del nihilista que “desea entregar la tierra reseca de la vieja Europa al incendio purificador de la guerra revolucionaria” al cual hay que colocar bajo sospecha. De todos modos nunca son tan claras las diferencias y entre una actitud y otra existen numerosos puntos de contacto.

Así entiende LEVY que le ocurre, por ejemplo, a Hemingway en su *“Adiós a las armas”* en el que “nadie ha sabido decir si dirige su adiós verdaderamente a las armas o si propone un abrazo a la guerra” aceptando las tesis de Malraux (*“Los conquistadores”*, *“La vida real”*) y de Jünger de que la guerra “es el lugar por excelencia de la realización del destino del hombre”.

Hechas estas consideraciones, LEVY reconoce que no encuentra absurda, ni condenable esta segunda concepción de la guerra. El mismo ha tenido en ciertas ocasiones nostalgia de la misma. No en Angola, Burundi, Colombia, Sudán o Sri Lanka, pero si en Bosnia, donde se reconoció la necesidad de defender la intervención humanitaria; fue en Bosnia donde la prescripción de la misma idea de guerra justa, fue la responsable de la no intervención de Occidente y de la prolongación del sitio de Sarajevo con su “cortejo de civiles asesinados”. Solo en fechas muy recientes, en la nueva época de los atentados suicidas, Occidente parece haber empezado a recuperar esas viejas ideas, así como su capacidad para defender sus propios valores. Pero para ello ha sido necesario que “fuera golpeado en su corazón”. De lo que sí está seguro LEVY, es de que la desaparición del sentido de la guerra sigue siendo todavía no solo una idea, sino un hecho en Occidente y que “ya estamos pagando el precio de este hecho, de este nihilismo activo y vivido”.

Ahora bien, aunque sean una realidad, nos resulta muy difícil concebir que puedan existir guerras que producen “devastaciones infinitas” y, sin embargo, no tienen sentido, ni objetivo. Es una idea antihegeliana, “anti todo lo que el hegelianismo nos enseñó de la economía del Mal en el mundo”; también resulta antikantiana, en cuanto a que Kant nos apunta la hipótesis de la existencia “sino de un engaño al menos de un destino secreto” que proporcionaría a la guerra, esa “contingencia desoladora”, un significado racional “al curso aparentemente absurdo y aberrante de sus acciones” (*Ideas para una historia universal en clave cosmopolita*). Igualmente resulta una idea antileibniziana puesto que el argumento esencial de *“La Monadología”* consiste en plantear “la imposibilidad de que un fenómeno por muy pequeño, por muy local y por muy singular que sea, no encuentra justificación en la armonía universal”.

Finalmente “la guerra sin sentido” resulta una idea anticristiana; erosiona el propio concepto de la esperanza, fundamento de la doctrina cristiana que indica que nunca se sufre en vano, que no existe desgracia, miseria, sufrimiento y, por lo tanto, guerra que no termine, “la bondad divina actúa, habla a los hombres a través de la Historia, lo único que hay que hacer es saber esperar”.

En definitiva, “la guerra sin sentido” es para LEVY, una idea que va contra la misma esencia de la tradición filosófica, política y teológica de Occidente, contra “toda la sedimentación de creencias, convicciones, pruebas y reflejos que, a la fuerza, constituyen el sentido común”. Por eso nos resulta tan difícil entender que puedan existir “guerras por nada”.

Si en un tiempo se luchaba en nombre de la religión (es lo que ocurrió durante las guerras serbias, en las que los soldados eran “bautizados como hijos de Jesucristo por obispos ortodoxos extremistas”), después llegó el tiempo de “las guerras idólatras” en las que se luchó por sucedáneos de Dios; guerras de naciones, de razas, de clases “cualquier cosa reciclada como divino en formas profanas” como ocurrió en Kosovo donde se luchaba “por una tierra, un trozo de memoria, unos cuantos viejos monasterios y un montón de piedras que se suponía encarnaban las reliquias de la verdadera fe”. Ahora nos encontraríamos, según LEVY en la “última etapa de la interminable muerte de Dios”, en la etapa a la que Nietzsche definía como “el momento de descomposición de los dioses”. Con la desaparición de las últimas huellas de lo divino, hemos llegado a la culminación del nihilismo, a un nuevo tiempo posthistórico en el que aparecen guerras en las que “ni siquiera se cree ya en los grandes significados paganos de antaño”. Estas son, precisamente, las que LEVY llama “guerras sin sentido”.

¿Y después? Quizá una nueva etapa en la que se combinarían “en una síntesis nueva”, las características singulares de los tres géneros, lo que las proporcionaría por el hecho mismo de la combinación, “una energía inusitada”. El caso más característico de esta nueva etapa, son las guerras en nombre del Islam, Son guerras del primer tipo “cuando invocan, desnaturalizándolos, los imperativos del Islam”. Del segundo tipo “en su fascinación pagana e idólatra del martirio”. Y son guerras del tercer tipo en cuanto que “conducen a sus consecuencias más extremas las leyes del nihilismo, cuando adoptan la forma del atentado suicida”.

Pero la explicación sobre el sentido de la guerra que nos ofrece LEVY nos resulta un poco reduccionista; las cosas no pueden ser tan simples, como se han expuesto hasta ahora, dado que

de una manera casi natural nos surgen, al menos, dos interrogantes inmediatos. ¿Hasta que punto las guerras del pasado tuvieron más sentido que las guerras actuales? Y por otra parte ¿Se puede afirmar con total rotundidad que las guerras de hoy en día tengan tan poco sentido como LEVY proclama? Incluso habría que definir que significa “la falta de sentido de las guerras”, a los ojos de quién y si este debe tener o no un carácter histórico mundial. Puede que un guerra tenga sentido para los “dos jefes de los ejércitos rivales” como nos dice LEVY. ¿Pero cual es el sentido de la guerra para aquellos seres humanos a los que el llama los “parias” y que son los únicos cuyo destino afirma no importar a nadie?

Para responder a estos interrogantes, LEVY acude a su serie de viajes recientes por los conflictos actuales, cuestionándose la teoría que propugnase en los años setenta y que describe en *“La barbarie con rostro humano”* de que la ideología es un multiplicador de las masacres “se mata más y a un mayor número de personas cuando se hace con la conciencia de que, haciéndolo, se está apresurando el advenimiento del bien”. Ahora, defiende la tesis contraria: lo peor, nos dice LEVY, son “las matanzas a ciegas; lo más temible son los exterminios que nada desencadena pero que nada, tampoco, es capaz de detener”. Esta mutación de opinión se ha visto exacerbada después de los atentados terroristas de Manhattan en la que los combatientes del Islam produjeron una matanza, “no ya a ciegas, sino alumbrada por la terrible luz de una fe mortífera”. Estos atentados, “con sus miles de muertos en unos segundos”, han provocado una carnicería mortal sin igual, “el record del mundo de velocidad en la masacre de civiles en una gran ciudad”, y han desencadenado “una amenaza sin precedentes”.

A partir de ahora, ya no se puede afirmar que las guerras más devastadoras son aquellas en la que los protagonistas “no tienen, en el fondo, nada en la cabeza”. Esto lleva a LEVY a plantearse si las guerras han recobrado, a partir de estos atentados, su “sentido perdido”. La respuesta que proporciona es ambigua y produce cierta insatisfacción al proceder de un autor que se ha hecho famoso por proclamar constantemente su compromiso ante los grandes interrogantes. Así, un LEVY “que siente nostalgia de las guerras de resistencia y antifascistas” nos dice que “nada es más terrible que la guerra ciega y sin sentido”, sobre todo porque en una guerra que tiene sentido “la gente sabe más o menos cual es su objetivo y cual es el de su adversario”. A esto añade una razón práctica: las guerras con sentido “son por principio, más accesibles a la mediación, a la intervención”, es decir, son las únicas en las que los observadores comprometidos “pueden esperar hacer algo”.

Pero, por otra parte, un LEVY indeciso sospecha que no; que las guerras con sentido son las más sangrientas al intentar dar sentido a lo que no lo tiene “la mejor forma de enviar a las buenas gentes al matadero es contándoles que participan en una gran aventura, o que luchan por salvarse”. Por lo tanto, resulta preferible, o al menos más cómodo, no echar de menos “el tiempo maldito del sentido”. A partir de este planteamiento, LEVY define cinco situaciones de “guerras sin sentido diferentes”.

- Por una parte, están las guerras que tuvieron sentido en su momento, durante la época de la guerra fría, pero que una vez terminada esta lo han perdido, hasta el punto que todo el mundo ha olvidado porqué se lucha en ellas. Angola sería uno de estos casos.
- Luego vendrían las guerras que han tenido un sentido y que el hecho de parecer haberlo perdido no es más que “un engaño”, destinado a “disimular el nuevo sentido “que surgió sobre los escombros del antiguo sentido”. Este es el caso de la guerra de Sudán, donde la desaparición del viejo enfrentamiento este-oeste ha dado lugar a otra guerra “secreta, ocultada, pero muy cargada de sentido e, incluso, de intereses”, que es la guerra por la posesión de los recursos petrolíferos.
- En un tercer lugar vendrían las guerras que exhiben “toneladas de sentido y de objetivos”, pero donde ese sentido ha dejado de tener sentido, puesto que se emplea como un medio para ocultar que esas guerras no tienen más finalidad que “la lucha por el poder, la apropiación de los bienes y de la riqueza, el triunfo de una mafia, o el tráfico de estupefacientes”. Este sería el caso de la guerra de Colombia donde todas las luchas solo son “un montaje magistral y sangriento”, cuya finalidad es colocar una pantalla de humo “ante la sórdida realidad de los enfrentamientos entre mafias”.
- Una cuarta categoría, estaría representada por las guerras que siempre han tenido un sentido, si bien este auténtico sentido lo es para unos, pero no para otros. En cierto modo esto representa para LEVY un “abuso del sentido” de estas guerras dado su carácter local. Su desenlace, si lo hubiera, “no tendría más efecto sobre los asuntos del mundo del que tenía su perpetuación”. Por ello, este cuarto tipo de guerras, cuyo exponente paradigmático es la de Sri Lanka, “un enfrentamiento entre budistas e hinduistas desprovisto de sentido a los ojos del occidental judeo-cristiano” son también, de este modo, “guerras sin sentido”.

- Finalmente nos quedarían las guerras que no tienen ningún tipo de sentido, ni local, ni mundial, guerras en las que nadie sabe exactamente el porqué se perpetúan. Burundi, “la más sin sentido de las guerras sin sentido, la más olvidada de las guerras olvidadas, los parias entre los parias”, sería un buen representante de esta categoría.

En todo caso, la aparente distinción entre unas guerras que tienen sentido y otras que no lo tienen sigue resultando ambigua y el pensamiento de LEVY no resulta tan sólido, ni tan claro como pudiera parecer. Depende del punto de vista con que se las miren, “de los que las hacen o de los que las sufre, de los jefes o de los soldados, de los civiles o de los militares” para que adopten o no sentido. Es por ello, por lo que la única distinción que cuenta para LEVY, las únicas guerras por las que siente nostalgia, son simplemente aquellas que hacen posible “la aparición de los Conan, de los bandidos heroicos, de los héroes a secas, de los Itzebegovic”. Guerras que tienen “grandeza” por que en ellas “a pesar del horror, el barro, la espera y la animalidad que también encierran, algunos hombres alcanzan una situación que les supera”. El resto, la gran mayoría, forman la categoría de “las guerras olvidadas” que no interesan a nadie.

LA LOGICA DEL KAMIKACE O LA MUECA DEL HEROE

En la época de las guerras con sentido y lustre “si uno tenía que morir sabía por que lo hacía”; se moría en nombre de un ideal y por él. Pero con el fin de estas guerras, estos personajes a los que LEVY “al igual que todo el mundo” tanto admiró, han igualmente desaparecido y han sido sustituidos por los kamikaces. A primera vista podría identificárseles con los héroes tradicionales; también saben que van a morir, también se sacrifican en aras de una causa que les supera y también tienen el sentimiento “mientras caminan hacia el suplicio, de defender cierta idea de humanidad, de mundo e, incluso, de Dios”.

Pero salvando estas similitudes aparentes, el kamikaze es todo lo contrario del héroe, del “hombre plenamente hombre” que es capaz de superar sus instintos animales, de asumir el riesgo de morir para alcanzar así metas más elevadas. El kamikaze, por el contrario, solo es “la sombra de un mártir, su parodia, el último perfil del revolucionario” que se une “a esa asamblea de vencidos” que van a morir con él. Es una lógica que LEVY dice haber descubierto en los kamikaces tamiles de Sri Lanka, pero también en la filosofía de Malraux cuando afirma que “es fácil morir cuando no se va a morir solo” o cuando continúa diciendo “es bueno y bello morir

cuando se va a convertir en mártir y que otros convertirán su leyenda sangrienta en leyenda dorada”. Esta es, para él, la lógica que mueve al kamikaze en el momento de ponerse su ropa cargada de explosivos.

Por ello, puede afirmarse, nos dice LEVY, que la humanidad dispuesta a morir por una idea presenta dos caras: la del héroe y la del kamikaze. Ambos mueren por una idea por una causa que consideran “santa e invencible”. Dicho de otra forma, si ello no fuera así, si nadie estuviera dispuesto a sacrificar su vida por una causa, o arriesgarse a morir por una revolución, estas no tendrían oportunidad alguna de triunfar y, además “no merecerían hacerlo”. Esta prueba del martirio, esta idea de que es en la sangre donde reside la verdad de un mundo o de una causa forma parte también, según LEVY, del “teorema del kamikaze”.

Este mito de la sangre (“hemología” y “hemolocura” lo denomina LEVY) no es más que un prejuicio según el cual sería la sangre “el vehículo de las mayores virtudes, el indicador absoluto de la verdad”, una idea racista de gran actualidad para los actuales kamikaces (sean estos tamiles, palestinos o afganos).

También la idea del kamikaze, “la pasión de inmolarsse para que llegue, sea cual sea la forma, el reino de la promesa” constituye para LEVY, más allá de los kamikaces de ayer y de hoy, una de las causas de los fascismos del siglo XX e incluso, “la auténtica razón de su influencia sobre los demócratas tibios dispuestos a todo menos a morir para defender sus ideas”.

Ahora bien, este es el mismo principio que ha guiado a los “mejores contemporáneos”, como fueron los alemanes de la época de Hitler que entendieron que “había algo peor que la guerra y peor que la muerte, y que ese algo peor era el hitlerismo”, o de los combatientes del gueto de Varsovia que “teniendo el sentimiento de haber llegado hasta final de lo humanamente posible de aguantar, pusieron su vida en juego y prefirieron el riesgo de morir a la certeza de ser tratados como perros hasta el final”. Es, igualmente, el motor de los que se levantan contra “los tiranos y los bárbaros” para los que “no hay apuesta seria por la libertad y la igualdad sin ese salto a lo desconocido de una salvación soñada”. Finalmente es la aceptación colectiva de esa idea kamikaze, esa “elección” la que proporciona a una nación (no solo la nación judía precisa LEVY), la “soberanía moral” para conducirse como “si debiese responder por todas las demás”.

Entonces, se pregunte LEVY, si la elección del kamikaze, la facultad de morir por una idea constituye lo mejor y lo peor del hombre, ¿donde está la diferencia entre un héroe y un kamikaze? ¿Qué es lo que distingue el placer que siente por la sangre el kamikaze persuadido de que, gracias a su acción “va derecho al cielo y a la derecha del Señor” y el héroe al que “el desajuste razonado de todos los sentidos de la supervivencia” le lleva a decidir que ya no se contenta simplemente con esta?

La respuesta la encuentra LEVY a través de la “elección”. Unos (los héroes) aman la vida, aunque aceptan el riesgo de morir, mientras que otros (los kamikaces) corren hacia la muerte puesto que, en realidad, solo aman la muerte. Unos (los judíos del gueto de Varsovia) no tienen escapatoria y su elección se limita a arriesgarse a morir o morir con certeza, además de ser humillados y rebajados a la categoría de animales. Los otros (la multitudes revolucionarias iraníes) pueden elegir, “podrían optar por no morir”, dado que no les amenaza ninguna solución final. Eligen la muerte libremente, soberanamente y con plena y absoluta consciencia.

El héroe, que LEVY asimila a la figura del “antifascista”, está dispuesto a verter su sangre únicamente como último recurso y con la esperanza de que, al hacerlo, está rompiendo la cadena que le está en ese momento, condenando a muerte. Es decir, es esta combinación de esperanza y desesperanza, de pesimismo y optimismo metódicos los que constituyen para LEVY, “el corazón de la ideología de la resistencia”. Por el contrario, el fanático, el kamikaze busca la muerte por la muerte y se regocija en el puro dolor que ella produce, “los kamikaces caminan hacia el martirio y desean su propio suplicio llenos de esperanza, con la alegría en el corazón y en un estado de ánimo eufórico y de júbilo que tiene su contrapunto en la misma desolación de sus víctimas”. El kamikaze no es, ni un optimista, ni un pesimista, sino “un cruce fallido de ambos”.

Ahora bien esto no quiere decir, según LEVY, que héroes y kamikaces pertenezcan a dos tipos humanos completamente distintos, ni que sean dos sustancias distintas e incompatibles. Ello depende del punto de vista. Así, por ejemplo, en el caso del “Che” Guevara para unos es un héroe muerto en combate por la revolución y para otros un suicida que amaba la muerte con el pretexto de la revolución. También sería el caso de la revolución iraní en la que, por un lado, estaría “la autenticidad de la sublevación”, la apuesta, pérdida de entrada por una mayor libertad y, por otro lado, el fanatismo, el odio y la guerra total “no contra el *sha* sino contra Occidente” que fue lo que instaló en el poder al *jomeinismo*, con todas sus barbaries.

Esta comparación entre la figura del héroe y la del kamikaze con sus diferencias evidentes y también sus numerosos puntos en común produce una cierta insatisfacción, dado que no aporta una claridad de conceptos tan evidente que permita al lector identificarse con las tesis igualatoria entre ambos caracteres que defiende LEVY. Ello no parece importarle a este autor cuando él mismo reconoce que “la equiparación, aunque no sea perfecta, funciona”. Le sirve de indicador para instalarse en una cómoda posición ecléctica ante las revoluciones de nuestro tiempo de las que ya no piensa, como antaño, “que siempre tenían razón”.

También la comparación le permite medir mejor la relación de fuerzas entre unos y otros y comprender que no es cierto que en su “lucha contra el demócrata”, el kamikaze vaya a tener siempre y necesariamente la razón o la ventaja. Se les puede vencer si se supera el miedo que producen y se comprende que, ante el riesgo de morir, lo que les interesa no es el riesgo, sino morir. En todo caso, no resulta fácil estar de acuerdo con la tesis defendida por LEVY de que la debilidad de los kamikaces se encuentra, precisamente, en que no responden a la lógica de Clausewitz, no buscan la derrota del enemigo, ni siquiera poner a prueba su resistencia, sino simplemente morir y, “sobre todo, no vencer”.

LAS GUERRAS OLVIDADAS Y EL FIN DE LA HISTORIA

LEVY rechaza la tesis finalista de que nos encontramos en el periodo último de la historia. Aceptar esta perspectiva sería demasiado sencillo y demasiado afortunado por que se pondría fin al trabajo de la dialéctica que preside el desarrollo histórico y, por tanto, se acabaría con la negatividad, las contradicciones internas de las sociedades, la fatalidad de las guerras y su cortejo de violencias insensatas. De existir esa post-historia, ese “domingo de la vida” del que habla Hegel en la *“Filosofía del derecho”* que iguala todo, aleja cualquier idea del mal y permite terminar con la fatalidad de la guerra, ¿Cómo podrían encajarse en este panorama optimista las guerras como las de Burundi, Angola, Sri Lanka, Sudán o Colombia, los agujeros negros de la historia? Esta visión basada en la “razón de la historia” solo sería válida, nos dice LEVY, si se admitiese que nos encontramos en un proceso de unificación planetaria, de un devenir universal del mundo. Pero esta hipótesis sobre el fin de la historia resulta demasiado europea, probablemente, y siguiendo a Hegel, por que Europa es la patria del tipo de hombre más universal, más libre y mejor dotado de “los principios naturales”.

Ahora bien, esta universalidad europea no sirve para explicar la realidad de un África que “desde el principio de la historia” habría permanecido cerrado, sin relación con el resto, sin formar parte, en definitiva, del mundo histórico. En este continente y, por extensión, en el resto de los agujeros negros, la noción de fin de la historia debe hacerse teniendo en cuenta tres aproximaciones complementarias.

En primer lugar, *lo negativo*. Lo que distingue el tiempo histórico, del tiempo inerte de la naturaleza es, precisamente otra vez Hegel, la noción de lo negativo, el gusto del hombre de transformar la naturaleza por medio de la tecnología y de superarse aplicando el concepto y la razón que es el trabajo propio de la dialéctica. Si África está fuera de la historia es porque allí este movimiento se ha detenido y el ser humano permanece dosificado en su inmediatez, sin haber aprendido todavía a enfrentarse a la naturaleza. La inmovilidad que LEVY observa en los burundeses, en los hombres y mujeres sin más preocupación que la de “seguir el trayecto de la sombra que proyectan los tejados de las casas”, en las casas abandonadas y en los soldados aburridos, constituye una prueba patética de su no relación con la naturaleza y con el mundo, de su renuncia a la idea misma de enfrentarse a la realidad para transformarla. Más que en fin de la historia, África parece haber entrado en el tiempo de “la no historia”.

En segundo lugar *el tiempo*. Fin de la historia quiere decir fin del tiempo, en el sentido de que este se encuentra asociado a una memoria y orientado hacia un futuro. El advenimiento de la democracia como la forma final de todo gobierno humano y del estado liberal como la figura más perfecta del “Estado universal homogéneo”, debería suponer el final de un proceso de temporalización que perdura más de 2000 años, que es el que da sentido a la aventura humana y cuya característica principal sería la de ser atraído a la vez por el pasado y por el presente. Los protagonistas de este proceso histórico capitalizan en sus guerras sus victorias y sus derrotas y sacan de ellas una parte de la energía para seguir luchando. Este proceso continuo de inserción en el tiempo, de fijación sobre una duración común y de documentación, supone precisamente la escritura de la historia y la constitución de la tradición.

Pero en las guerras olvidadas no hay nada de esto; no hay archivos, ni monumentos al recuerdo, sino más bien una completa indiferencia a todo lo que podría permitir fechar las batallas o “las peripecias de la guerra”. Todo ha ocurrido “un día”. Son guerras sin memoria (y, por tanto, sin pasado), sin salida (y por tanto sin futuro), inmovilizadas en un instante (y, por tanto, en un eterno presente). Se habría llegado en estas guerras, a la aparición de “un tiempo

inmóvil y fijo en un eterno presente”. A este tiempo no suspendido, sino “realmente vacío, sin contenido, mecánico, automático, repetitivo, homogéneo”, en el que, al carecer de fechas y de referencias, “los horrores son indefinidamente idénticos a si mismos”, LEVY lo considera el auténtico tiempo del fin de la historia.

En tercer lugar, *el individuo*, cuyo declive es para los teóricos del fin de la historia, del Estado universal y homogéneo, uno de sus rasgos distintivos. Es la idea del “último hombre” de Fukuyama (“*El fin de la Historia*” y “*El último hombre*”) al que solo satisface totalmente el reconocimiento universal e igualitario. Aquí, reconoce LEVY, la deshumanización se ha producido tanto en las prosperas sociedades de occidente a través de fenómenos tan diversos como “el declive del apellido del padre,...., la desexualización de nuestras sociedades, la indiferenciación creciente de los sexos, la cháchara ecologista, la zoofilia ambiental, o la equiparación de un derecho de los animales en gestación con los derechos humanos”, como en Burundi, si bien aquí de una manera mucho menos dulce cuyo último ejemplo de esta “dura animalización” vendría dado por el tratamiento de “los cadáveres de niños como carcasas de perros”. Esta deshumanización del individuo, este “desierto de almas”, es para LEVY, el signo último del fin de la Historia.

De estas consideraciones sobre el fin de la Historia, LEVY extrae una serie de conclusiones. La primera es la de que todos los profetas del fin de la historia de los últimos dos siglos se han equivocado. Esta no se ha producido con la revolución comunista (Marx y Engels), ni con la victoria de Napoleón en Jena (Hegel), ni cuando Stalin puso en práctica el socialismo (Kojévé), ni tan siquiera cuando Fukuyama creyó ver sus primeros signos con la caída del muro de Berlín. El fin del Historia se ha producido para un LEVY que parece haberse convertido en un nuevo profeta, en la “periferia del mundo, en los márgenes del imperio, en las civilizaciones retrasadas de las provincias periféricas”. Un fin de la historia que ha roto con la cláusula de la universalidad que parecía inherente a su concepto y ha echado por tierra la división convenida entre pueblos “históricos” y “post-históricos”, porque se refiere no a los pueblos menos desarrollados, sino a los “parias”. De ahí que, si el poscomunismo “y compañía” ha supuesto un retorno a la historia en Moscú, y el terrorismo y el estado de guerra otro tanto en Nueva York, en Burundi (y, en general, en todos los agujeros negros), la historia, según LEVY, habría terminado.

De aquí LEVY deriva una segunda conclusión o hipótesis al indicar que, si el fin de la historia presenta la misma fenomenología del tiempo y del espacio (los mismos rasgos que

predijeran los hegelianos), el fin de la dialéctica no ha producido una “humanidad ociosa, pero feliz”, liberada de lo que Marx denominaba “el reino de la necesidad”. El resultado no ha sido “la opulencia, la satisfacción”, sino el desvalimiento, el imperio absoluto de la necesidad. Es en los agujeros negros, donde el tiempo por ser inmóvil, no tiene memoria y, por no tener memoria destruye “la queja, el sufrimiento de la gente pobre” al tiempo que “conforta la impunidad de los otros, es decir de los asesinos, o de ellos mismos en cuanto son también, asesinos”. En definitiva más que el preludio del paraíso, de la felicidad el fin de la historia en lugares como Burundi, lo es del horror, del infierno.

Estas hipótesis llevan a LEVY a preguntarse como se ha llegado a esta situación, cual es la mecánica que ha conducido al fin de la historia en los agujeros negros. Una aproximación superficial le lleva a incriminar a Occidente como presunto culpable. Aunque el mismo afirma que detesta “convertirlo en único y diabólico responsable de todos los males del planeta”, termina por reconocer que “esta vez, es imposible dejar de señalarlo”. Para el autor, las guerras tradicionales en estas regiones nunca tuvieron sentido. Fue Occidente el que se lo dio al enrolar las ideas y los partidos que las apoyaban en el “gran conflicto mundial del este y del oeste”. De esta manera, cuando la guerra fría terminó, también acabó con ella, el sentido de estas guerras periféricas, desde el momento mismo en que un Occidente victorioso en su larga guerra contra el comunismo retiró a sus peones de la inmensa periferia mundial. Un fenómeno parecido se habría producido, en opinión de LEVY con la propia Historia que Occidente se llevó, al retirarse, “en sus maletas”. Los habitantes de Burundi, Sri Lanka o Angola no habrían sido más que “los suplentes de una Historia que tenía su centro y su iniciativa en otras partes”. La única historia, la historia verdadera quedaría restringida a las metrópolis.

La siguiente inquietud que le surge a LEVY es la de la duración de este fin de la Historia. ¿Hasta cuando va a durar? O, lo que es lo mismo ¿Hay un después del fin de la historia, sobre todo cuando esta se presenta en un mundo no unificado, sino partido por dos y, además, tiene la particularidad de no haber eliminado el mal, sino que lo ha conservado “como una parte maldita”? Este es, precisamente, el argumento principal que defiende últimamente el LEVY de nuestros días, especialmente tras su reciente periplo por los países “parias de la guerra”. El fin de la historia ha mantenido en ellos el mal en todo su esplendor, sobre todo en forma de guerra inagotable, Es el dispositivo agujeros negros en los que más que de fin de la Historia, habría que hablar de “burla de la Historia”, y en los que la propia historia actuaría como una especie de

caldo de cultura, de olla a presión, cuyo estallido produciría “un relanzamiento inesperado de la Historia”.

De esta manera, Occidente se encuentra en estos momentos para LEVY en una situación de incertidumbre. Por una parte, no sabe lo que va a pasar en estos agujeros negros, pero tampoco sabe cual va a ser su futuro en unas circunstancias en las que parecen estar enfrentándose en estos comienzos del siglo XXI, dos sistemas de fuerzas perfectamente antagónicos. De un lado, el Islamismo radical que ha declarado “una guerra total“ a Occidente obligándole a plantarle cara y a redescubrir el gusto por “lo trágico, por el sentido, por los tormentos y, quizá también, por la borrachera de la historia”. De otro, estarían los signos que indican todavía “una Historia agotada, sin aliento, encaminándose de manera dulce pero segura hacia su fin”.

Concibe, por tanto LEVY, dos mundos diferentes, “los parias y los ricos” cada uno de los cuales por su lado vería agotarse la Historia ante el rostro terrible del terrorismo, del odio total y de la necesidad de responder a dicho odio. Ante este panorama, no queda más remedio que hacerse a la idea en el propio Occidente de la cohabitación de estos dos tipos de fuerzas, tan solo en apariencia, antagónicas. De estas incertidumbres cruzadas, LEVY deduce tres hipótesis principales.

En primer lugar *la separación*, “la descorrelación radical” entre estos dos mundos. A cada uno de ellos le corresponde “su” historia y “su” fin de la historia. Pero entre estos “finales” y sus relanzamientos no hay comunicación, ni interrelación, ni siquiera intereses cruzados. A esta situación, la denomina “apartheid planetario”: dos mundos estancos, realmente separados en los que en uno (ricos) la historia continua mientras que en el otro (parias) se apaga.

En segundo lugar, *la contaminación*, “la muerte se apodera de la vida”, en el que la periferia, el fin de la Historia, conquista subrepticamente el centro, las tierras de la Historia, como si se tratase de “un contagio vírico”. Si en la época de la guerra fría autores rusos como Solzenitsin, Bukovski o Maxímov pensaban que “el sovietismo atenuado” estaba a punto de conquistar los espíritus de Europa y, a la inversa, la caída del muro de Berlín, inundó Occidente desde la Europa central con “sus tiernos *stocks* de libertad descongelada”, ahora podría pensarse que un Sur “al borde del abismo” podría contagiarnos, actuando de una forma “sorda, latente y sin intención maligna declarada” algunos de sus rasgos, como el tribalismo, la droga de

Colombia, el terrorismo de Sri Lanka, o los trastornos ecológicos o la inmigración salvaje de Burundi o de Angola.

Por último, *la confrontación*, “el choque, la colisión violenta de modelos y de mundos”, siguiendo dos posibles caminos; por un parte, que el mundo de los agujeros negros se olvidase de las leyes de la dialéctica, y encontrase en su misma desolación “una energía negra, un impulso”, para lanzarse al asalto del “mundo de los ricos”. Este fin de la Historia contra la Historia o Guerra de Historias es, para LEVY, el mayor fantasma de los países ricos que intentan “en vano”, crear cordones sanitarios entre ellos y los países parias. Precisamente es este temor a que tanta desgracia, humillación y desesperación puedan convertirse un día en resentimiento y odio y encontrar los medios técnicos para manifestarse, el que subyace en el fondo del debate sobre la globalización.

La segunda solución, más terrible pero más plausible para LEVY, sería el alistamiento de “los olvidados y de su sombría fuerza” en la nueva guerra del siglo que comienza. Si estas guerras olvidadas y sin sentido encontraron tiempos mejores en la época del comunismo, ¿Por qué no podrían reencontrarlo en “el marco de los nuevos enfrentamientos que parece prometer la posmodernidad”? El alistamiento de los agujeros negros en el “gran ejército de los que, apoyados en una ideología y una fe, odian a Occidente con toda su alma y sueñan con destruirlo”, indicarían que estas zonas, principalmente África y China “las zonas más permeables a la influencia y penetración del Islam”, podrían convertirse en “zonas de reserva para nuevos ejércitos, de santuarios para nuevas sectas asesinas”.

¿SE PUEDE ACABAR CON LA GUERRA?

A este difícil interrogante trata de responder LEVY en la última parte de su libro “*La guerra, el mal y el fin de la historia*”, en la que resalta la función esencial de los intelectuales en este logro. La razón es muy sencilla; “el Apocalipsis, el infierno”, que es la consecuencia de las guerras de los agujeros negros y que ya se ha producido en lugares como Sudán, solo resulta por el momento en nuestras sociedades, una amenaza invisible que “está bajo tierra” y a la que nadie quiere escuchar. Ni los dirigentes de la ONU o de la OTAN, ni “los importantes, los dueños del mundo, todos esos que siempre tienen en la boca la carta de los derechos humanos y los méritos de la mundialización” quieren ver lo que ocurre; prefieren, dice LEVY, buscar como en los

tiempos de Bosnia, de Chechenia, “como siempre en el siglo XX”, escapar al horror que representa y, sobre todo, no exponerse a él, “hasta el día en que el horror te atrapa y te golpea en plena cara”.

Para luchar contra esta actitud de indiferencia LEVY propone un “terrorismo de la mirada”, hacer “como los soldados norteamericanos que, en 1944, tras la liberación de los campos de concentración, obligaban a los ciudadanos alemanes a desfilar ante los cadáveres”. Este metáfora le sirve a LEVY para indicar cual debería ser el papel de los intelectuales: obligar, a semejanza de los soldados americanos, a los ciudadanos de Occidente a “desfilar, a mirar con los ojos bien abiertos y, sobre todo a no volver a dormirse”.

También es necesario, antes que estar dispuesto “a partir en cruzada contra las compañías petrolíferas”, reconocer y asumir que la guerra es “como el sexo y la muerte”, un dato de la condición humana. Es dar la razón a Clausewitz quien en su polémica de juventud con el Von Bulow de *“El espíritu del sistema de la Guerra moderna”*, niega la idea de que el progreso y la técnica puedan conducirnos un día a la “Paz Eterna” que preconiza Kant. No es cierto, dice LEVY, que los Estados posmodernos, “extendidos hasta sus límites naturales”, puedan encontrar un día “inútil y peligroso” actuar fuera de las fronteras que les ha proporcionado la naturaleza; la realidad es que se mostrarán siempre dispuestos a hacerlo porque la perennidad de la guerra prevalece sobre la forma del Estado en cuanto a tal. La única forma de superar dicha lógica sería demostrar lo contrario: que la política es la guerra continuada con otros medios o dicho de otra forma, es la guerra la que establece las relaciones de poder y no al revés. De esta manera, y aquí LEVY parece caer en una actitud próxima al nihilismo, se puede terminar con el deseo de guerra, “si se termina con la Historia, el Mal, o esta forma elemental de la Historia y del Mal que se llama política”. A este deseo utópico, a esta eterna fábula que él denomina “tranhistoricidad del deseo de guerra” se llegará cuando “los humanos liberados del torbellino fatal a que los someten los juegos de la Historia, del Mal y de la Política, vivirán una vida feliz, casi vegetativa”.

Es este falso deseo de la paz perpetua el que explica “el miedo que sentimos cuando vimos retornar el espectro de la guerra en Bosnia y en Kosovo” y el que permite entender el mito de la guerra con cero muertos. Pero por ahora, reconoce LEVY, este deseo no se ha materializado, la Historia “sigue estando ahí” y la guerra, por tanto, querámoslo o no prospera llamando incluso “al corazón de las capitales occidentales”. Dado que terminar con la guerra no es más que “un pío y absurdo deseo” y cada vez que lo intentamos se producen los inevitables efectos perversos,

empezando por el retorno de las guerras concretas, el verdadero “demócrata” lo que tiene que hacer frente a las guerras que se eternizan (guerras olvidadas) y a las nuevas guerra (el *shock* del terrorismo), es obligarse a “tomar por los cuernos esta doble realidad y abordarla sin contemplaciones”.

De esta manera, frente al terrorismo internacional y la terrible amenaza que hace planear sobre las democracias solo cabe un único objetivo: “no taparse la cara, romper con la política del avestruz, aceptar señalar al adversario y dotarse de los medios militares, políticos y morales para vencerlo”.

En el frente de las guerras olvidadas, reverso del anterior, “quizá incluso el oscuro hogar del que extrae una parte de su energía”, LEVY señala tres tareas “sencillas, claras y mínimas”, que, si se las toma en serio, permite romper “con la estupidez de las visiones pacifistas del Mundo”.

En primer lugar, defender a los civiles, hacer todo lo posible para restablecer la frontera que separa a los civiles de la masa de combatientes. Hacerlo exige movilizar todos los recursos de la ley del máximo ruido para que “al menos los civiles se vean protegidos en su santuario”.

En segundo lugar, sancionar los crímenes de guerra. Es una obligación de la opinión pública y de las instituciones judiciales internacionales en formación, la de velar por que las leyes sean respetadas y, cuando no lo sean, que los delincuentes “todos los delincuentes” aunque estos pertenezcan al grupo de “los parias” sean juzgados. Es la forma de impedir llamar Bien al Mal y de “entrar en las vías eternas del Maligno”.

Finalmente hay que aplicar “la guerra contra la guerra”, intentando conducirnos en estas guerras como “guerreros del pensamiento”. Es decir, hay que tomar partido en ellas y asumir el punto de vista no solo de las personas sino de las ideas que luchan a través de ellas. No basta con conformarse con afirmar que “estas guerras no tienen sentido”, entre otras cosas porque esta afirmación no siempre es cierta como ocurrió en Bosnia. Cuando esto no es verdad, la labor de los intelectuales consiste, precisamente, en rechazar la neutralidad, romper “con la terrible lógica que equipara a las víctimas y a los verdugos” y optar por el campo de la Justicia y el Derecho.

Incluso en el caso de las guerras sin sentido en las que no es posible optar por un campo en vez del otro, “cuando la causa de los hutus de Burundi no parece más justa que la de los tutsis, ni la del ejército de Sri Lanka más estimable que la de los kamikazes tamiles”, cuando no resulta fácil distinguir, como ocurre en Sudán o en Angola, las causas de la libertad, el derecho o la universalidad, queda, no obstante, el consuelo de pensar que dichas causas siguen existiendo, aunque solo sea en “la vida eterna de las ideas”. De esta manera, concluye LEVY siguiendo con este tono bíblico, tenemos la certeza de saber que “si no podemos ni detener esas guerras, ni acabar con ellas, podemos, en cambio, en la misma guerra, ser testigos, los únicos y los últimos testigos, de lo que ellas intentan eliminar”. Esta es la labor de los trabajadores humanitarios, de los corresponsales de guerra, pero también una labor que incumbe a las personas como el, a los escritores dispuestos a viajar por los agujeros negros de la historia.

CAPÍTULO QUINTO

MANUEL CASTELLS. LA ERA DE LA INFORMACIÓN. INDIVIDUALISMO Y COMUNALISMO EN EL ORIGEN DE LA VIOLENCIA DEL SIGLO XXI

**MANUEL CASTELLS. LA ERA DE LA INFORMACIÓN.
INDIVIDUALISMO Y COMUNALISMO EN EL ORIGEN DE LA
VIOLENCIA DEL SIGLO XXI**

POR ENRIQUE M^a SILVELA DÍAZ-CRIADO

DESDE MAYO DEL 68 HASTA BERKELEY

Nacido en 1942, Manuel Castells es un sociólogo español de reconocido prestigio internacional. Manchego de Hellín, se trasladó a Barcelona con su familia (1), de niño, por lo que se considera catalán. Inició los estudios de derecho y económicas en esta misma ciudad con apenas dieciséis años. Desde entonces desarrolló una intensa actividad política contra el régimen de Franco, que le llevó a huir de España y refugiarse en París, donde termina ambas carreras. Allí se doctora en sociología, su verdadera pasión intelectual. Se queda como profesor asistente en la Universidad de París, junto a profesores de la talla de Alain Touraine, René Lefèbre y Fernando Henrique Cardoso, a quienes considera su referencia intelectual. De su propia clase sale Daniel Cohn-Bendit para prender fuego al mayo del 68 francés. Él niega cualquier protagonismo en aquella revuelta, aunque comparte sus ideales. Quizá se pueda considerar un primer paso en su evolución política, en que se desdice de la ortodoxia marxista para alabar el joven espíritu de revuelta ante las burocracias estatales —ya sean capitalistas o socialistas— y de reafirmación de la identidad individual frente a las instituciones. En 1979 acepta una oferta para ser profesor en la Universidad de Berkeley en California, donde sigue enseñando hasta hoy.

Compatibiliza ésta su ocupación principal con muchas otras, como profesor invitado en numerosas universidades de todo el mundo junto a variados cargos en diversas instituciones sin

(1) Él mismo considera a su familia como “muy conservadora”.

ánimo de lucro. Radicado en California, donde ha elaborado su producción intelectual, Manuel Castells es un verdadero ciudadano del mundo. En primer lugar por su triple referencia nacional: español de nacimiento y de lengua, refugiado en Francia y captado por los Estados Unidos (2). Pero además porque ha viajado constantemente por todo el mundo, para acercarse al conocimiento de las distintas sociedades que lo conforman. Por su amistad con Cardoso, y sus contactos iniciales con la Universidad de Chile ha seguido con interés la evolución iberoamericana. Su matrimonio con la rusa Emma Kiselyova le proporciona también cierta proximidad sentimental con la Europa Oriental. No se ha quedado ahí, sino que ha desarrollado investigaciones en el Lejano Oriente, procurando conocer una civilización que podría quedar lejana tanto espacial como culturalmente pero que él se ha esforzado en acercar a la mentalidad occidental.

Nunca ha renegado de su origen español, y se ha mantenido en constante contacto con su patria. A partir de la llegada al poder del PSOE en 1982 ha sido una referencia intelectual para sus dirigentes. Conserva una excelente relación con Felipe González, a quien menciona con frecuencia en su obra, y con Narciso Serra, con quien ha colaborado en varios trabajos intelectuales. Escribe con frecuencia en el diario “El País”, y ha editado o colaborado en varios libros sobre cuestiones de actualidad española y mundial.

Hombre de fuerte compromiso político, vinculado desde su juventud a la izquierda, sigue una típica evolución en su pensamiento desde el marxismo inicial a una moderada socialdemocracia en la actualidad. En todas sus obras declara este compromiso de forma expresa, con constantes referencias políticas a las ideas de la izquierda que él llama europea. Su vocación intelectual desde el derecho y la economía hacia la sociología son fruto de su interés por el cambio social, que su experiencia política de juventud —al parecer breve pero intensa— le presenta como necesario. Ese interés por el cambio social le acompaña mientras se especializa en sociología urbana e industrial, sobre lo que ha publicado varios libros, y acerca del progreso tecnológico; este último campo le condujo, a través del estudio de la interficie entre el hombre y la tecnología, al desarrollo de su obra cumbre sobre la sociedad de la información. Esta obra, traducida a numerosos idiomas, se ha publicado en español —Alianza Editorial— con el título de “*La era de la información. Economía, sociedad y cultura*”, dividida en tres volúmenes: “*La sociedad red*”; “*El poder de la identidad*”; y “*Fin de milenio*”. Esta ambiciosa obra, con amplia

(2) Él mismo relata la influencia intelectual de este origen en el impulso español por el cambio social, el aprendizaje francés en el ámbito teórico y el desarrollo estadounidense de la investigación empírica.

vocación de universalidad, centrará el presente trabajo, que se complementará con recientes publicaciones de menor entidad y más concentradas en el problema de la violencia organizada y el terrorismo global.

LA ERA DE LA INFORMACIÓN: LA RED Y EL YO

Desde los albores de la revolución tecnológica se ha venido indicando la posibilidad de que sea origen de un cambio de era histórica, al modo de la revolución industrial. Son numerosos los autores que han explorado esta posibilidad, desde Mc Luhan con la “*aldea global*”, la “*tercera ola*” de los Toffler, o las referencias al “*postindustrialismo*” y “*postmodernismo*” de Daniel Bell, Alain Touraine o Ronald Inglehart. Según Stephen Gould la historia del mundo consiste en una serie de estados estables, con momentos puntuales de gran cambio que conducen a un nuevo estado estable. Es posible que ahora mismo nos encontremos en uno de esos momentos de cambio. Los autores anteriores han presentado este posible cambio por intuición, mediante metáforas y analogías de su impresión del mundo, mediante indicadores que suponen la generalidad, o en campos restringidos del conocimiento humano.

Castells da un paso importante en la determinación de las posibles características de esta posible nueva era desde una perspectiva sociológica, multicultural y global. Para ello reconoce un trabajo de investigación de doce años, de ellos los cuatro últimos con plena dedicación a ponerlo por escrito. Es un trabajo que pretende tocar todos los aspectos destacados de la vida social. Además no se limita a la sociedad occidental, sino que recorre todo el mundo en su análisis. Él mismo lo denomina “*intento deliberado de producción multicultural*”; por ello escribe en inglés, que considera como lenguaje integrador de la humanidad. Este ambicioso propósito ha levantado críticas y halagos. Estos últimos son muy exagerados: Anthony Giddens compara la obra con “*La ética protestante...*” de Max Weber, y Peter Hall con “*El Capital*” de Marx.

El trabajo se acomete desde una perspectiva positiva —en el sentido de presentar la realidad tal cual es, sin referencias metafísicas— y funcional, desde una teoría sociológica elaborada sobre principios sencillos. No rechaza la existencia de un compromiso moral y político; en esta obra no lo declara, pero en alguna entrevista se confiesa partidario de la “*izquierda europea*”. No podía ser menos, de acuerdo con sus raíces marxistas. Por eso añade a

su compromiso político la reflexión de que supera *“el dogmatismo y la ideología militante que tanto daño han hecho a los propios valores”* que los intelectuales querían defender.

La actitud positiva se plasma en la renuncia a formular soluciones a las preguntas que plantea. Su esquema de trabajo, de forma simplificada, se centra en los infinitivos observar, analizar y teorizar, en lo que denomina un viaje intelectual por el mundo. Pretende que su análisis va más allá de la mera descripción —que es donde él aparca el positivismo— sin que llegue a proponer fórmulas de acción. Considera que las respuestas son un privilegio de los ciudadanos. Este modelo de implicación le lleva a una doble negación que presenta en un estilo muy elaborado, como para recalcar la importancia que le otorga: una *“negación del nihilismo intelectual que renuncia a la explicación y se regocija con los devaneos de lo efímero como experiencia”*; y una *“negación de la ortodoxia teórica, ya sea neoclásica o neomarxista, que categoriza sumariamente la investigación y encorseta el debate”*.

La perspectiva funcional se manifiesta en la elaboración teórica y práctica en la que se basa la obra. Su visión del mundo se construye en torno a la relación entre globalidad e identidad. La teoría comienza con los fundamentos de la organización de las sociedades: *“Las sociedades están organizadas en torno a procesos humanos estructurados por relaciones de producción, experiencia y poder, determinadas históricamente”*. La producción es la acción del hombre sobre la materia, mediante su transformación, consumo y empleo de los excedentes. La experiencia es la acción del hombre sobre sí mismo, determinando su identidad biológica y cultural en la relación con su entorno social y natural; se construye en torno a la satisfacción de las necesidades y los deseos. El poder es la acción del hombre sobre los demás, basándose en la producción y la experiencia, para imponer el deseo de unos sobre otros mediante la violencia o su amenaza.

Esta nueva era viene determinada por varios acontecimientos o fenómenos de trascendencia histórica. En primer lugar la revolución tecnológica, protagonizada por las nuevas tecnologías de la información, que le dan carácter e incluso la denominación: *“La era de la información”*. La globalización generada por la revolución tecnológica está modificando la base material de la sociedad, y supone la introducción de una nueva forma de relación entre economía, Estado y sociedad en un *“sistema de geometría variable”*. Además se ha derrumbado el estatismo soviético, por lo que el autor echa de menos quien lidere el reto histórico al capitalismo. Al menos este derrumbamiento ha rescatado a la izquierda política y a la teoría

marxista —a secas, significativa distinción— de la atracción fatal del marxismo-leninismo. El propio sistema capitalista ha sufrido una profunda transformación que ha modificado el centro de gravedad económico del planeta pero ha arrinconado a los “agujeros negros de la economía humana” que se encuentran fuera de la integración.

De forma simultánea, en lo que atañe al propósito de este cuaderno, se ha desarrollado una economía criminal global; las organizaciones delictivas y terroristas también se han hecho globales. Igualmente se produce un espectacular cambio social, con la crisis del patriarcado, la conciencia medioambiental y la falta de legitimidad de los sistemas políticos.

Consecuencia fundamental de la confusión debida al cambio es que la gente tiende a reagruparse en torno a identidades primarias: religiosa, étnica, territorial o nacional. *“La identidad se está convirtiendo en la principal, y a veces única fuente de significado”*, es decir, que la gente no se organiza en torno a lo que hace sino *“por lo que es o cree ser”*. El fundamentalismo religioso se está convirtiendo en la fuerza más formidable de seguridad personal y movilización colectiva.

La oposición entre sociedad red e identidad se repite constantemente a lo largo de toda la obra. Es una continua dialéctica de acción y reacción entre el individualismo y el comunalismo que salpica todos los aspectos de la investigación sociológica. Así, la sociedad red se identifica con el comunalismo en lo que tiene de sociedad, pero es una sociedad en que prima la importancia de lo individual; al mismo tiempo, en la identidad se desarrolla la visión individual del yo, pero también la identidad colectiva de los pueblos o las naciones. Ambas cuestiones son cruciales en la vida de las personas; los diversos sistemas sociales y políticos, tanto a lo largo de la historia como a través de la geografía mundial, aportan soluciones distintas que conceden mayor prioridad ya sea a los deseos del individuo o bien a los requerimientos del grupo social. La evolución de la tecnología provoca que el cambio en la historia genere nuevas sociedades y nuevas formas de organización social. El desarrollo histórico propio y el alcance de la tecnología en diferentes regiones del mundo han creado la disparidad de sistemas que conviven hoy en día. Esta magna obra de Manuel Castells es una muy importante ayuda para poder entender la diversidad del globo, su estado actual y, lo que es más importante, las motivaciones individuales y colectivas de los hombres que lo pueblan. Su principal carencia es la falta de un sentido metafísico de la realidad humana; de esta forma, el análisis de las motivaciones humanas queda incompleto, puesto que no se pueden adjudicar sólo a la economía o a la pura teoría social las

reacciones de los hombres ante las ideologías que mueven el mundo. Coincide en parte esta carencia con la principal crítica pública que se le ha hecho: la falta de una respuesta a las cuestiones que se plantean. Esta respuesta implicaría un compromiso por parte del autor del que huye de forma consciente, puesto que considera que es el propio lector el que debe dar las respuestas. Por tanto, y en contra con esta crítica pública, quizá sea una de las mayores virtudes de la obra, puesto que permite que se finalice el análisis y se encuentren respuestas desde una perspectiva ética e ideológica lejana a la afirmada por el propio Castells. El rigor académico, el contenido teórico multidisciplinar y el respaldo empírico de esta obra la convierten en referencia fundamental para el conocimiento de la sociedad actual, la que Castells denomina sociedad red.

LA SOCIEDAD RED

La razón primera de esta obra es la posibilidad de que la humanidad se encuentre ante una nueva revolución. El mero hecho de que se plantee tal posibilidad no exige que sea real, se necesita una larga perspectiva histórica para semejante categorización. Sin embargo, sí que merece la pena pensar sobre ello, incluso llegar a conclusiones y escribirlas. El primer paso es la consideración teórica del hecho revolucionario en sí. Para Castells, siguiendo a Stephen Gould, la historia de la vida se mueve entre sucesivos estados estables interrumpidos por notables acontecimientos que generan un nuevo estado estable. Son muy numerosos los autores contemporáneos que reflejan la posibilidad de que se esté desarrollando uno de estos momentos de cambio en la actualidad. Si esto es así, y todavía falta algo de distancia, para todos estos autores la causa de la transformación se encuentra en las nuevas tecnologías de la información. Una definición de tecnología aportada en la obra es: *“el uso del conocimiento científico para especificar modos de hacer cosas de una manera reproducible”*. Tecnologías de la información podrían ser el conjunto convergente de tecnologías de la microelectrónica, la informática, las telecomunicaciones, televisión y radio, la optoelectrónica y la ingeniería genética.

Aunque existe una exageración profética sobre las posibilidades revolucionarias de las nuevas tecnologías, para Castells es un acontecimiento histórico al menos tan importante como lo fue la Revolución industrial del XVIII. Lo que caracteriza esta nueva revolución no es el desarrollo tecnológico por sí mismo, sino la aplicación de este conocimiento e información a la propia generación de conocimiento y a los procesos de información y comunicación. Esta realimentación positiva se amplifica al llegar la tecnología a poder de los usuarios, que toman su

control (es el caso de Internet). De esto se deduce una estrecha relación entre la cultura de la sociedad y las fuerzas productivas, con lo que la mente humana pasa de ser una herramienta a ser una fuerza productiva directa.

Otra característica fundamental de la nueva revolución es su globalidad. Las anteriores revoluciones tuvieron una amplitud regional, y se difundieron en un área geográfica limitada y de forma muy lenta. La extensión y rapidez de expansión de la actual son extraordinarias. Desde mediados de los setenta a la actualidad ha recorrido el mundo entero, aunque se debe admitir que siguen existiendo islas —geográficas y culturales— desconectadas de esta realidad; éste es precisamente uno de los rasgos que generan la conflictividad propia de este tiempo: la desigualdad en la expansión y aprovechamiento de la tecnología.

De la historia cercana de este desarrollo tecnológico, y de su confrontación con la historia lejana de las revoluciones precedentes se obtiene otro rasgo propio de la revolución actual: la orientación al mercado de todas las innovaciones. Mientras que tras sus inicios estuvo la inversión pública, notablemente de la industria de defensa o incluso de instituciones puramente militares, la explosión vino de la mano de su difusión comercial. Es decir, la conjunción de los grandes proyectos de investigación y el propio mercado proporcionado por el Estado, de un lado, junto con la innovación descentralizada de la cultura de creatividad tecnológica y los modelos de rápido éxito personal (Bill Gates), dirigidos al mercado privado, provocó la extraordinaria expansión de la revolución tecnológica.

La principal consecuencia de esta expansión es lo que justifica su consideración como causa de una nueva revolución social: la difusión de la revolución tecnológica ha cambiado el modo en el que los hombres se relacionan entre sí y con su entorno, sus modos de producción y de consumo. La forma de enfocar intelectualmente este efecto se realiza mediante un nuevo “paradigma tecnoeconómico” de enorme influencia social. Castells selecciona cinco características de este paradigma:

- En primer lugar, que la materia prima es la propia información: se trata de “tecnologías para actuar sobre la información”, no de información para actuar sobre la tecnología que a su vez actúa sobre la producción, que era el caso de las revoluciones anteriores.
- El segundo rasgo es su capacidad de penetración en todos los ámbitos de la existencia.

- La tercera es la lógica de interconexión, la morfología o topología de red de las relaciones y organizaciones humanas.
- En cuarto lugar la flexibilidad de los procesos, su capacidad para reconfigurarse.
- Por último se hace notar la convergencia creciente de las diversas tecnologías en sistemas integrados, en los que resulta difícil incluso distinguir el origen científico de cada componente, por lo que se podría hablar de sistemas de información o informacionales.

Este paradigma no evoluciona hacia su cierre como sistema, sino a su apertura como red multifacética, adaptable y abierto en su desarrollo histórico; viene adjetivado como tecnoeconómico, pero es evidente que tiene una gran repercusión social. Para profundizar en esta repercusión es necesario ampliar el análisis en los aspectos principales de la sociología humana. Este análisis es precisamente el contenido de este primer tomo de la obra de Castells. Comienza con un repaso al proceso de globalización económica, atendiendo tanto al desarrollo de la productividad como a la nueva división internacional del trabajo. Este enfoque, así como el orden prioritario en que se encuentra, refleja claramente el origen materialista de su autor. El resto del libro parece acompañar su posterior evolución ideológica, ya que el siguiente capítulo trata de la empresa red, el cuarto la transformación del trabajo y el empleo para luego entrar en la cultura de la virtualidad real, la nueva comunicación.

Los adjetivos aplicados a la nueva economía definen sus rasgos principales: informacional y global. Informacional porque la propia información se convierte en producto del proceso de producción; es decir, la productividad y competitividad de los agentes económicos depende de la generación, proceso y aplicación de la información basada en el conocimiento como factor productivo fundamental. Global porque la organización de esta economía, tanto de la producción como el consumo, se hace a escala global, bien de forma directa, bien mediante una red de vínculos entre los agentes económicos. Esta nueva economía se opone a la dualidad con que concluye la Revolución industrial con dos modos de producción excluyentes: el capitalismo y el estatismo industrial. Para ello se superpone al primero, desde el que evoluciona, y ha contribuido a la eliminación del segundo.

Una de las consecuencias fundamentales de la Revolución industrial, desde el punto de vista meramente económico, fue el paso de una sociedad basada en el equilibrio a una sociedad

basada en el progreso. Esto quiere decir que la economía necesitaba un constante incremento de la producción, que dependía de la mejora de la productividad, que a su vez es consecuencia del desarrollo tecnológico. Sin embargo, lo que mueve a los agentes individuales (empresas, Estado) no es la propia productividad, sino la rentabilidad y la competitividad. Esta cadena de tecnología, productividad, competitividad y rentabilidad es fundamental para la comprensión del desarrollo económico actual, y lo que ha motivado la recomposición de las estructuras económicas nacionales y la organización de las empresas.

La otra novedad aportada por la evolución de la economía es su globalidad. Este concepto va más allá de lo que se podría denominar economía mundial, como acumulación simultánea de capital en todo el mundo. El rasgo distintivo de la economía global es su capacidad de funcionar como una unidad en tiempo real a escala planetaria. Es decir, el movimiento de capitales financieros es instantáneo y está activado las veinticuatro horas del día. Los mercados de bienes o el laboral no responden de forma tan automática, pero su velocidad de circulación ha aumentado también de forma espectacular. Como consecuencia, no es posible que los agentes individuales tomen decisiones restringidas al ámbito en el que se encuentran, puesto que cualquier aspecto global repercute de forma rápida en su entorno. Todavía existen grandes diferencias de velocidad de transmisión entre distintos mercados de bienes, entre países y entre personas. Es decir, la globalización no es absoluta, y mientras se extiende provoca grandes diferencias de riqueza, de modos de producción y de consumo, grandes diferencias sociales que luego generarán efectos conflictivos en las relaciones entre los hombres y las sociedades del planeta.

La productividad y la globalización, como se ha dicho, han provocado la recomposición de las estructuras económicas nacionales y mundiales y la organización de las empresas. No sólo de las empresas, sino que se podría generalizar a todas las organizaciones e instituciones. Es importante la distinción efectuada entre ambos conceptos. Las organizaciones se definen como *“sistemas específicos de recursos que se orientan a la realización de metas específicas”*. Instituciones, sin embargo, son *“las organizaciones investidas con la autoridad necesaria para realizar ciertas tareas específicas en nombre del conjunto de la sociedad”*. De acuerdo con los fundamentos teóricos de su visión de la humanidad, la organización social se construye en torno a los procesos de producción, consumo y distribución. La principal evolución en estos procesos inducida por la revolución tecnológica es el agotamiento del sistema de producción en serie, al que se podría atribuir la crisis económica de los años setenta. Esta crisis obligó a pasar de un

modelo de producción basado en el empleo eficaz de la energía a un modelo en el que lo fundamental era el empleo eficaz de la información. El factor más importante para el éxito económico, o el éxito en cualquier orden, es la reducción de la incertidumbre, para lo que es fundamental la información. Uno de los mejores ejemplos de la extensión de este concepto fuera del campo económico es su aplicación en el campo militar, donde los nuevos desarrollos de conceptos tácticos se basan precisamente en la reducción de la incertidumbre en el combate mediante la apropiada gestión de la información.

En una especie de darwinismo empresarial, las organizaciones exploraron diversas posibilidades de enfrentarse a las nuevas condiciones económicas. Aquéllas que triunfaron han sido el modelo de transformación para las demás. Hoy en día prosigue esta transformación, pero ya hay suficientes elementos para definir a las nuevas organizaciones. El modelo principal, en contraposición a la producción en serie denominada “fordismo”, es el “toyotismo”. En esta expresión se resume el triunfo del modo de producción japonés, caracterizado por su flexibilidad y por la colaboración entre la dirección y el trabajador, un modelo de colaboración y trabajo en equipo. Otro efecto importante es la presunta crisis de las grandes empresas y la elasticidad de las pequeñas para adaptarse a un entorno cambiante. No quiere esto decir que desaparezcan o se dividan las grandes empresas, sino que se han visto obligadas a adaptarse. El mecanismo fundamental ha sido mediante la segregación de actividades que no constituían el núcleo fundamental de su negocio, pasando de una integración vertical de los procesos de producción a una integración —gracias precisamente a las nuevas tecnologías de la información— en topología de red de empresas con intereses comunes: la empresa red.

Este modelo de la empresa red se refleja en, y es naturalmente adoptado por, la estructura laboral internacional. Junto con el cambio en la organización de las empresas se ha producido el de la relación con sus trabajadores, permitiendo figuras como el trabajo en red, que hace irrelevante la localización física del trabajador que puede estar en su mismo hogar. En general, el proceso de trabajo está en el núcleo de la estructura social. El trabajo se lleva la mayor parte de la actividad de los hombres, por lo que es central para su organización social. El nuevo paradigma tecnoeconómico tendrá también su reflejo en la modificación de los hábitos laborales. El aspecto fundamental, de nuevo, es el aumento de la productividad del factor trabajo. La consecuencia es que con menos trabajadores se producían más bienes, por lo que dejaban de ser necesarios. Este excedente industrial se ha recolocado en el sector servicios, donde la productividad tiene unos límites tecnológicos mucho mayores. En definitiva, lo que se ha

producido es un desplazamiento radical de la estructura ocupacional de los sectores primario y secundario al terciario. Esto no es característico de la nueva revolución tecnológica, ya que procede del llamado postindustrialismo. El impacto fundamental de la revolución está en tres mecanismos de reordenación del mercado de trabajo: por un lado, el empleo global en multinacionales y sus redes asociadas; en segundo lugar las repercusiones del comercio internacional sobre las condiciones de empleo y trabajo; por último, los efectos de la competencia global y del nuevo modo de gestión flexible sobre la mano de obra de cada país. La consecuencia es que *“la forma tradicional de trabajo, basada en un empleo de tiempo completo, tareas ocupacionales bien definidas y un modelo de carrera profesional a lo largo del ciclo vital se está erosionando de manera lenta pero segura”*.

Uno de los factores claves en cualquier cambio social es la comunicación. La nueva revolución tecnológica tiene su principal expresión en las nuevas formas de comunicación. La universalización de la radio y la televisión han conducido a la cultura de la comunicación de masas. Es decir, un mensaje similar es emitido de forma simultánea desde unos pocos transmisores centralizados a una audiencia de millones de personas. Por ello, el contenido y el formato de los mensajes se cortaba a la medida del mínimo denominador común, según el asesoramiento de los expertos en marketing. Esta situación se volcaba en el dominio ejercido por los gobiernos y los oligopolios empresariales de los medios de comunicación de masas. Las nuevas tecnologías suponen un cambio radical en este concepto, cambio que conduce hacia la individualización de la comunicación. Las tecnologías de impresión permiten que se editen varias versiones del mismo periódico hechas a medida del público de distintas ciudades, de un mismo país o incluso en el mundo. El vídeo permite que los telespectadores elijan el momento en que ven su programa favorito, o que sustituyan lo que se ofrece en las cadenas principales por productos hechos a medida. Incluso se avanza hasta que cada uno puede grabar sus propias imágenes para proyectarlas en familia.

El desarrollo de la televisión por cable o por satélite ha permitido una multiplicación del número de canales entre los que se puede elegir, o sistemas como proyección de la misma película a distintas horas. Debido a la diversidad de los medios de comunicación y a la posibilidad de seleccionar a la audiencia objetivo, se puede decir que «el mensaje es el medio. Esto es, las características del mensaje determinarán las características del medio.» Así se adaptan los medios a la transmisión de música para jóvenes, mediante la creación de cadenas específicas adaptadas a los ritos y lenguaje de la audiencia, incluso en toda la organización del

canal, tecnología y producción. Esto no implica que los gobiernos pierdan el control de la televisión, pero se encuentran con la necesidad de competir con otros mensajes, con otros medios, que les obligan a depurar el propio. Esta competencia realimenta la segmentación y diversificación de la audiencia, favorecida por el fenómeno del zapping. Esto lleva a Castells a afirmar que *“no estamos viviendo en una aldea global, sino en chalecitos individuales, producidos a escala global y distribuidos localmente”*. El futuro de la televisión, por tanto, se puede decir que camina hacia su descentralización, diversificación y personalización.

El impulso extremo de la individualización de la comunicación ha llegado de la mano del ordenador. Tras el experimento francés con Minitel, la expansión de Internet ha cambiado la comunicación en todo el mundo. La pequeña historia del desarrollo de Internet, como programa militar, es el prototipo de la nueva revolución tecnológica y sus implicaciones sociales. Su fundamento, originado por el objetivo de evitar que una explosión nuclear deshiciera la red de comunicaciones por ordenador de la Defensa de los Estados Unidos, descansa sobre una red de ordenadores no jerárquica en la que ninguno actúa como nodo central, en arquitectura abierta; todos son capaces de administrar el sistema, y reencaminan las comunicaciones a través de los circuitos no interrumpidos. Esta filosofía, junto con el auge del ordenador personal, llevaron Internet a los millones de hogares de todo el mundo que hoy están potencialmente interconectados para compartir imágenes, textos y sonidos; en definitiva, información. La capacidad de los nuevos ordenadores ha generado otras posibilidades de la nueva cultura informática. Uno de los aspectos más destacados es la reconstrucción de mundos virtuales que parecen hacerse realidad, la *“cultura de la virtualidad real”* en definición del propio autor.

La falta de una cosmovisión metafísica del mundo se aprecia en la continuación de este primer tomo de la obra. Esta falta necesita ser sustituida por una filosofía funcional, acorde en su lenguaje con los nuevos tiempos, pero que vaya más allá de la realidad convencional. Su punto de arranque se encuentra precisamente en esa cultura de la virtualidad real, prolongando el juego de palabras en dos nuevos conceptos: el “espacio de los flujos” y el “tiempo atemporal”. Este contraste semántico es la culminación intelectual de una obra en la que la dialéctica está siempre presente; mas no entre el bien y el mal, sino entre la acción y la reacción, ambas contempladas como naturales, por tanto ni buenas ni malas; entre el individualismo y el comunalismo, siempre dos tendencias opuestas de las que sale una realidad que abarca todas las posibilidades, que se presentan fríamente, permitiendo que el lector saque sus propias conclusiones éticas.

El espacio de los flujos se opone a la realidad anterior como espacio de los lugares. El producto de la era de la información es que no importa el lugar, lo que tiene trascendencia es el flujo: de información, de personas, de bienes... El tiempo atemporal supera al transcurso lineal y progresivo del tiempo en el que tenían relevancia las demoras entre causas y efectos, para vivir en un nuevo mundo de resultados instantáneos, o en los que el tiempo es irrelevante. Ambos conceptos encierran una gran complejidad, son el producto intelectual que parece más querido por el autor, donde ve reflejada su creatividad, pero quizá resuenan lejanos a las preocupaciones de los hombres que quieren conocer el mundo actual porque tiene que actuar sobre él; sobre todo de aquéllos que se enfrentan a la nueva violencia global que acompaña a esta revolución. Quizá por ello Castells regresa en el segundo tomo de su obra a cuestiones más aprehensibles y que precisamente más tienen que ver con el conocimiento y la respuesta a la violencia global.

EL PODER DE LA IDENTIDAD

Siguiendo la misma dinámica de acción y reacción, la acción de la sociedad red ha provocado una reacción en aquéllos que no aceptan este nuevo paradigma, o que simplemente no llegan hasta él; un regreso a las interioridades del hombre en una búsqueda de la propia identidad. Esta expresión de identidad supone un abierto desafío a la idea de la globalización en nombre *“de la singularidad cultural y del control de la gente sobre sus vidas y entornos”*. En este retorno a la identidad se pueden incluir movimientos que Castells llama “proactivos”, otorgando un sentido positivo a la transformación de las relaciones humanas en su nivel más fundamental, como supone la desaparición del patriarcado, el feminismo y la ecología, o movimientos de resistencia en las trincheras, ya sea en nombre de dios, la nación, la etnia, la familia, la localidad. Para Castells estas son las *“categorías fundamentales de la existencia milenaria, ahora amenazadas bajo el asalto combinado y contradictorio de las fuerzas tecnoeconómicas”*.

La identidad es la fuente de sentido y experiencia para la gente. Se define en esta obra como *“el proceso de construcción del sentido atendiendo a un atributo cultural, o un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido”*. Para no confundirlo con lo que los psicólogos denominan “roles”, se puede aclarar diciendo que las identidades organizan el sentido, mientras que los roles organizan las funciones. Sentido es *“la identificación simbólica que realiza un actor social del objetivo de su acción”*. Castells propone que, en la sociedad red, el sentido *“se organiza en torno a una identidad primaria (es decir, una identidad que enmarca al resto), que se sostiene por sí misma a lo largo*

del tiempo y el espacio". En su orientación como sociólogo su estudio se va a centrar fundamentalmente en la identidad colectiva, no en la individual.

La identidad para el autor, que cita a Calhoun, es siempre construcción, no descubrimiento. La construcción de la identidad —colectiva— emplea materiales de la historia, la geografía, la biología, las instituciones productivas y reproductivas, la memoria colectiva y las fantasías personales, los aparatos de poder y las revelaciones religiosas. Pero no sólo es eso. Los individuos y los grupos sociales reordenan todos esos materiales en su sentido, según las determinaciones sociales y los proyectos culturales implantados, y según su marco espacial y temporal. Castells propone como hipótesis que "*quien construye la identidad colectiva, y para qué, determina en buena medida su contenido simbólico y su sentido para quienes se identifican con ella o se colocan fuera de ella*". Volviendo a los fundamentos teóricos de su sociología, partiendo de las relaciones de poder entre los hombres, propone una distinción entre tres formas y orígenes de la construcción de la identidad.

- *Identidad legitimadora*: introducida por las instituciones dominantes de la sociedad para extender y racionalizar su dominación frente a los actores sociales.
- *Identidad de resistencia*: generada por aquéllos actores que se encuentran en posiciones o condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones.
- *Identidad proyecto*: cuando los actores sociales, basándose en los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y, al hacerlo, buscan la transformación de toda la estructura social.

Esta tipología de identidades es dinámica. En el tiempo, las identidades que comienzan como resistencia pueden generar proyectos que se legitimen en nuevas instituciones. Es decir, ninguna identidad puede ser una esencia o tener un valor progresista o regresivo fuera de su contexto histórico.

Para Castells, cada tipo de proceso de construcción de la identidad conduce a un resultado diferente en la constitución de la sociedad. Las identidades legitimadoras generan una sociedad

civil, es decir, un conjunto de organizaciones e instituciones que reproducen la identidad que racionaliza las fuentes de la dominación estructural. Al segundo tipo lo considera como el más importante en la sociedad actual. La identidad de resistencia construye formas de resistencia colectiva contra la opresión, que de otro modo sería insoportable, con el apoyo de cualesquiera materiales de construcción de identidades disponibles. El resultado es una identidad defensiva como el fundamentalismo religioso, el nacionalismo, u otros movimientos de índole muy diversa que el autor engloba como *“la exclusión de los excluidos por los excluidos”*. Para el tercer proceso, la identidad proyecto, Castells sigue a su maestro Alain Touraine. La identidad proyecto crea *sujetos*, definidos como *“el deseo de ser un individuo, de crear una historia personal, de otorgar sentido a todo el ámbito de experiencias de la vida individual”*. Los sujetos son el actor colectivo mediante el que los individuos alcanzan un sentido holístico en su experiencia.

En la actualidad, el contexto específico en que deben —o contra el que lo hacen— construirse las identidades es la sociedad red. El ascenso de la sociedad red pone en tela de juicio los procesos de construcción de la identidad actuales, con lo que se inducen nuevas formas de cambio social. Ello se debe a que la sociedad red separa de forma sistémica el mundo local y el global. Las élites de todo el mundo pueden incorporarse a los flujos globales, pero no ocurre así con grandes segmentos de muchas poblaciones, que se limitan a verlos pasar. En muchos casos, las instituciones y las organizaciones sí tienen esta capacidad, pero como los individuos no pueden seguirla se produce la separación entre individuos e instituciones. Aquéllos, para la construcción de su intimidad basada en la confianza, necesitan una *“redefinición de la identidad completamente autónoma frente a la lógica interconectora de las instituciones y organizaciones dominantes”*. Por tanto, la búsqueda de sentido tiene lugar en la reconstrucción de identidades defensivas en torno a los principios comunales, que absorbe incluso a la creación de identidades proyecto, que también surge de la resistencia comunal.

Uno de los principales resultados del retorno a la identidad es el fundamentalismo religioso. Castells no parece ser muy creyente; considera a las religiones como un *“atributo [...] de la naturaleza humana, si tal entidad existiera”* para encontrar consuelo y refugio. Es decir, fuera del hombre *“Dios no tendría donde vivir”*. Pero el fundamentalismo religioso es algo más, y ese algo más es una fuente muy importante de construcción de identidad en la sociedad red. La expresión fundamentalismo proviene, curiosamente, de los Estados Unidos, en referencia a una serie de diez volúmenes titulados *The Fundamentals*, publicados privadamente por dos hermanos, hombres de negocios, entre 1910 y 1915 para reunir los textos sagrados editados por

los teólogos evangélicos conservadores de finales del siglo XIX. Castells define el fundamentalismo como “*la construcción de la identidad colectiva a partir de la identificación de la conducta individual y las instituciones de la sociedad con las normas derivadas de la ley de dios, interpretada por una autoridad definida que hace de intermediario entre dios y la humanidad*”. El fundamentalismo ha existido durante toda la historia. ¿Por qué ahora tiene tanta fuerza en la construcción de la identidad? Quizá una pista sea su carácter reactivo, pero las mejores pistas las puede proporcionar el análisis de dos tipos de fundamentalismo, que acomete Castells: el islámico y el cristiano evangélico de los Estados Unidos.

Sobre el fundamentalismo islámico considera que su rasgo distintivo es el apego no a la *watan* (tierra natal), sino a la *umma* (comunidad de creyentes). Esta confraternidad universal reemplaza a las instituciones del Estado-nación, al que se ve como fuente de división entre los creyentes. Es la *umma* contra la *yahilia* (el estado de ignorancia o la falta de observación de las enseñanzas de dios). Pero es necesario destacar que el fundamentalismo islámico no es un movimiento tradicionalista; se trata de una hipermoderna reconstrucción de la realidad. La causa de esta reconstrucción se puede trazar hasta la oposición del Islam a los procesos de globalización, al nacionalismo y al Estado-nación como principios de organización. Esta exposición ha provocado una crisis de las sociedades tradicionales, que coincide con el fracaso de los movimientos nacionalistas para que los Estados-nación logren la modernización de sus sociedades. En definitiva, la identidad islámica es una identidad de resistencia, de rechazo al capitalismo, al socialismo o al nacionalismo que han fracasado en el esfuerzo de modernización postcolonial. Caso distinto es el del fundamentalismo norteamericano. Este responde a la consideración de que “*una sociedad constantemente en la frontera del cambio social y la movilidad individual está abocada a dudar de forma periódica de los beneficios de la modernidad y la secularización, anhelando la seguridad de los valores e instituciones tradicionales basados en la verdad eterna de dios*”.

Otra significativa reacción identitaria es el nacionalismo, causa de tantos desórdenes y tanta violencia. Es un fenómeno ampliamente estudiado en la literatura actual, que Castells enfoca desde la perspectiva de la identidad. El nacionalismo ha sorprendido por su reciente resurgimiento cuando se consideraba que ya estaba desaparecido. Tanto el efecto de la globalización de la economía como de la internacionalización de las instituciones políticas, el universalismo de la cultura y la debilitación del concepto teórico de nación parecían causas suficientes para la defunción del nacionalismo. Es evidente que no ha sido así. Castells señala

cuatro puntos analíticos que deben tenerse en cuenta. En primer lugar, el nacionalismo contemporáneo no tiene por qué orientarse hacia la construcción de un Estado-nación soberano. Es decir, pueden existir naciones sin Estado, de las que pone como ejemplo a Cataluña. En segundo lugar, tampoco se tiene por qué atar al concepto europeo de Estado-nación. Castells refleja una queja generalizada de que en el proceso de descolonización el principio de autodeterminación de los pueblos se confundió con la autodeterminación de la nación según el modelo occidental, produciendo fenómenos ajenos a muchas culturas como el concepto de soberanía nacional trasplantado a suelo no europeo. En tercero, el nacionalismo ya no es un fenómeno de las élites; es más, suele ser una reacción contra las élites globales por parte de las masas. Es evidente que los líderes de estas masas seguirán perteneciendo a una clase con mejor formación, pero el elemento distintivo es la facilidad con que se dejan manipular las masas. Es decir, el nuevo nacionalismo parece una “religión sustituida” más que una ideología política, lo que lo convierte en más fuerte y duradero de lo que sería deseable admitir. En cuarto lugar, es un nacionalismo más reactivo que proactivo, más cultural que político, más orientado a la defensa de una cultura que a la construcción de un Estado. Se dice que la cultura es *“no lo que la gente comparte, sino aquéllo por lo que elige combatir”*.

Un ejemplo de este nacionalismo reactivo, de sustitución a lo existente, es el surgido en los territorios de la antigua Unión Soviética tras su desaparición. De acuerdo con Castells, el vacío ideológico creado por el fracaso del marxismo-leninismo fue reemplazado, en los años ochenta, por la única fuente de identidad que conservaba en la memoria colectiva: la identidad nacional.

Por contra, una de las características típicamente asociadas a la definición de identidad no parece tener especial importancia en la situación actual. Aunque la raza tiene importancia, probablemente más que nunca como fuente de opresión y discriminación, la etnicidad se está fragmentando como fuente de sentido e identidad, no para fundirse con otras identidades, sino bajo principios más amplios de autodefinición cultural como la religión, la nación o el género. Como ejemplo, los afroamericanos estadounidenses que se dividen más por líneas de clase de lo que se unen por condición racial.

Consecuencias de la importancia de la identidad se producen no sólo en los ámbitos presentados, sino en muchas situaciones de la vida cotidiana, incluso de aquéllos que se han incorporado a la sociedad red, pero defendiendo sus características peculiares. Así cobra notoria importancia dentro de las mismas sociedades occidentales el movimiento ecologista que, sin

renunciar al avance de la sociedad, pretende mantener la armonía con la naturaleza. Otro resultado importante es la incorporación de la mujer al trabajo, con las consecuencias añadidas de la reestructuración familiar marcada por el fin del patriarcado y la redefinición de los roles sexuales.

Quizá una de las repercusiones principales en la organización de las sociedades sea el cuestionamiento del poder de los Estados. Parece ya evidente que el concepto del Estado-nación, tal como se creó en la Edad Moderna de la historia, está perdiendo poder, aunque no influencia. Castells toma de Giddens la definición de Estado-nación como el *“conjunto de formas institucionales de gobierno que mantiene un monopolio administrativo sobre un territorio con límites definidos (fronteras), su gobierno está sancionado por la ley y posee el control directo de los instrumentos de la violencia interna y exterior”*. Sostiene que *“el reto creciente a la soberanía estatal en todo el mundo parece tener su origen en la incapacidad del Estado-nación para navegar en las aguas inexploradas y tormentosas que se extienden entre el poder de las ideas globales y el desafío de las identidades singulares”*. Dicho de otro modo, el Estado-nación resulta debilitado por la globalización de la economía, de los medios y de la delincuencia.

En primer lugar, la globalización de la economía socava las posibilidades de actuación de los gobiernos incluso en la propia política económica nacional, dada la interdependencia de los mercados financieros y de divisas y la transnacionalización de la producción. La política monetaria nacional no surte efectos ante las presiones especuladoras exteriores (3). En segundo lugar, las comunicaciones globales mediante Internet escapan por completo al control de los Estados. Incluso la proliferación de emisoras de radio y televisión locales, o la posibilidad de captar emisiones lejanas vía satélite impide el férreo control estatal de la comunicación pública.

Por último, y lo que más importancia reviste para el propósito de este documento, la globalización del crimen subvierte aún más al Estado-nación, transformando profundamente los procesos de gobierno y paralizando los estados que parasita. El tráfico de drogas asume el liderazgo de esta nueva economía criminal global, pero se mezcla con una importante variedad de tráfico ilícitos, como el de armas, tecnología, materiales radioactivos, obras de arte, seres humanos, órganos humanos, asesinos de alquiler o cualquier otro producto que se pueda comerciar por canales no legales. Todos ellos se conectan en las redes de blanqueo de dinero, que rentabiliza este tipo de “negocios”. Su influencia en la crisis de los Estados se refleja de tres

(3) Esto adelantó la unión monetaria europea, en un intento de ganar tamaño relativo.

formas. Primero, por la penetración de las redes criminales en la propia estructura del estado, incluso en los puestos más altos, ya sea mediante corrupción, amenazas o financiamiento político ilegal. Segundo, por la creciente importancia de la lucha contra estas mafias en las relaciones internacionales o bilaterales entre los estados. Tercero, por los flujos financieros de origen criminal que tienen la capacidad de desestabilizar economías enteras.

Esta debilidad de los Estados no se refleja sólo en cuestiones interiores, sino también en las relaciones internacionales. Es un hecho la mayor interdependencia de los países en el mundo. Pero además la nueva situación geopolítica provocada por la desaparición de la Unión Soviética también se lleva consigo los principales mecanismos que estabilizaban los lazos estratégicos de la mayoría de los Estados-nación en torno a las dos superpotencias. Sin haber conocido los sucesos que desde septiembre de 2001 han sacudido los conceptos y las realidades de la seguridad y defensa en el mundo, escribía Castells en 1996 que la nueva noción de seguridad colectiva implica una simbiosis entre las fuerzas militares más capaces (Estados Unidos y el Reino Unido), los financiadores de las operaciones (Japón, Alemania, Arabia Saudita) y las declaraciones retóricas en nombre del mundo civilizado (Francia). Es decir, se resalta el componente multilateral de las relaciones internacionales por la incapacidad creciente de cualquier estado para actuar por sí mismo en el ámbito internacional. Tan sólo los Estados Unidos, y debido al hecho de ser autosuficientes en cuanto a tecnología, se pueden considerar la única superpotencia verdadera (4). La tecnología es la que define hoy en día la capacidad de los ejércitos: *“Los ejércitos de baja tecnología no son tales, sino fuerzas de policía disfrazadas”*. Sin embargo, la globalización ha puesto al alcance de determinados países las denominadas “tecnologías de veto”, armas de destrucción masiva que pueden disuadir a un Estado más fuerte de intervenir en un asunto de consideración regional. El equilibrio de terror global se está descentralizando en equilibrios de terror locales. En estas circunstancias, la tarea fundamental de los Estados-nación consiste ahora en limitar el ejercicio de su propio poder militar, con lo que se debilita su razón de ser original.

En conclusión, para evitar su inoperancia, los Estados se ven obligados a asociarse en un orden de gobierno supranacional. El ejemplo es la Unión Europea, que no se debe considerar como un Estado federal europeo al modo de los Estados Unidos de América, sino «la construcción de un cártel político, el cártel de Bruselas», en el que los Estados europeos pueden

(4) Pero, como dice Castells, *“ni siquiera este hecho se traduce en una soberanía plena sobre su política exterior debido a su débil posición financiera y política en cuanto al envío de sus fuerzas al exterior”*.

retener un cierto grado de soberanía colectiva y distribuir los beneficios entre sus miembros. Al mismo tiempo las sociedades civiles están tomando es sus manos cada vez más las responsabilidades de la ciudadanía global. Los Estados están aceptando esta erosión de su soberanía a cambio de su perduración como pieza clave de la organización internacional. Ello también es debido a que los procesos de conflicto, alianza y negociación constantes hacen a las instituciones internacionales poco efectivas, de tal modo que la mayor parte de su energía se gasta en el proceso y no en el producto. Aun así, la erosión de soberanía les permite la supervivencia como realidad política esencial en todo el mundo. De ser un sujeto soberano de la política se transforma en un actor estratégico, pero sigue detentando el poder. Así, para Castells, la teoría del poder reemplaza a la teoría del estado, de forma que *“las nuevas relaciones de poder [...] deben comprenderse como la capacidad de controlar las redes instrumentales globales en virtud de identidades específicas o, desde la perspectiva de las redes globales, de someter toda la identidad en el cumplimiento de las metas instrumentales transnacionales”*.

El desdibujamiento de los Estados afecta en igual medida a las formas de hacer política. El auge del individualismo frente al comunalismo debilita los principios democráticos, poniendo fin al contrato social para dejar, solo, al individuo que lucha por sus intereses individuales. A este efecto se añade el cambio provocado por los nuevos medios de comunicación apoyados en la tecnología electrónica y de las telecomunicaciones, efectos combinados que producen un resultado que Castells denomina de la “política informacional”. El significado de este adjetivo implica una cada vez mayor relevancia de los medios de comunicación en la opinión pública y en las preferencias políticas de los ciudadanos, y a su vez de estos factores en los dirigentes. No quiere ello decir que los medios condicionen las decisiones, ni que determinen los resultados de las elecciones, sino que son el campo de batalla, el espacio donde se debaten las cuestiones políticas de interés. La no presencia en este espacio sí que determina la irrelevancia pública de quien lo abandona. Como consecuencia, se han producido ciertas situaciones que afectan a la legitimidad de la democracia como forma de gobierno: la transformación de la política en espectáculo público; el auge del populismo folclórico; y la difusión de la política del escándalo. Todo ello ha debilitado la confianza de los votantes en la democracia, lo que la ha conducido a una situación de crisis que se manifiesta de dos formas: el abandono de los partidos mayoritarios o incluso el aumento de la abstención. Ante esta crisis de la democracia se apuntan tres nuevas tendencias para rehabilitar su futuro: la recreación del estado local que aproxima la gestión a los ciudadanos y recupera su confianza; las posibilidades que ofrece la electrónica para una nueva

forma de participación política; y la movilización de voluntades y esfuerzos a gran escala en nuevos aspectos de la agenda social, como las causas humanitarias, la ecología y la solidaridad.

En conclusión, y retomando los fundamentos teóricos de la organización de la sociedad, el proceso del poder también está evolucionando de forma rápida. El proceso en sí se mantiene o incluso se refuerza. A pesar de algunos augurios no ha hecho más que cambiar de domicilio. Ya no reside en las instituciones (el Estado) o las organizaciones (empresas, multinacionales), en las iglesias, partidos políticos, movimientos sindicales, etc. Está difundido en “*redes globales de riqueza, poder, información e imágenes que circulan [...] en un sistema de geografía desmaterializada*”. Por tanto, el poder es hoy protagonista principal del debate político.

FIN DE MILENIO: LA GUERRA RED Y EL TERRORISMO GLOBAL

Como aplicación en concreto de la teoría de la sociedad red y de la crisis de identidad, Castells estudia situaciones concretas de nuestro mundo en el fin de milenio. Los ejemplos elegidos son el colapso de la Unión Soviética, el desarrollo y la crisis del Pacífico asiático, la Unión Europea y dos temas más que son fundamentales para este documento: la pobreza y exclusión social del Cuarto Mundo y la economía criminal global. En este análisis es donde más se aprecia la perspectiva limitada de Castells ante la naturaleza metafísica de la realidad. Intenta buscar explicaciones siempre sostenidas en sus argumentos positivos basados en el cambio tecnológico que pierden la referencia de la motivación de las decisiones humanas.

Para el autor, la Revolución rusa de 1917 y el movimiento comunista internacional fueron el fenómeno político e ideológico dominante del siglo XX. Sin embargo, en tan sólo unos años se ha desintegrado en un cambio histórico inesperado. Según Castells, la razón fundamental es la incapacidad del estatismo para gestionar la transición a la era de la información, olvidando la propia incapacidad del ciudadano soviético convertido al comunismo para motivar su vida al menos en unos ideales de mejora de su condición humana. La desaparición de la referencia marxista deja al triunfante capitalismo sin contrapeso para sus excesos; éstos se plasman en la exclusión del desarrollo de millones de personas que quedan marginadas de sus beneficios, y en la aparición de la economía criminal global. Al contrario, la expansión económica ha beneficiado a grandes regiones como el Pacífico asiático, que se han apuntado a la globalización con excelentes resultados. Frente a este desarrollo vertiginoso, los países de la vieja Europa se ven

obligados a encontrar alguna forma de asociación que les permita una economía de escala que les mantenga en primera línea del poder en el mundo.

La conjunción del triunfo capitalista con el desarrollo de la globalización tecnológica y económica ha tenido su gran víctima en el Cuarto Mundo. Los dos fenómenos que representan este caso son la exclusión y la desigualdad. Son dos cuestiones de diferenciación social que merecen un análisis detenido. La desigualdad se puede asociar a la pobreza, la miseria o la polarización económica del mundo. Estos conceptos pertenecen, según el autor, al “*ámbito de la apropiación diferencial de la riqueza generada por el esfuerzo colectivo*”, expresión de netas raíces marxistas. La exclusión cabe asociarla a los conceptos de sobreexplotación e integración perversa, que entran en el entorno de las relaciones de producción. La exclusión social es un proceso, no una condición, que afecta tanto a personas individuales como a territorios enteros, desde barrios en entornos ricos hasta países completos. Desde la lógica del espacio de los flujos, las áreas que no tienen interés significativo son “*esquivadas por los flujos de riqueza e información*”. Una de las consecuencias fundamentales es el término “integración perversa” acuñado por Castells. Con él quiere denominar el resultado de la exclusión laboral de grandes masas que han encontrado refugio en la economía criminal global, desde el hampa de ciertos barrios hasta toda la población dedicada al cultivo y producción de drogas.

Es un hecho, respaldado con cifras, que, a pesar de la mejora global del nivel de vida, se ha producido acompañado de una mayor desigualdad en el reparto de la renta. Esta desigualdad se produce tanto en el entorno global, por países, como en el entorno social dentro de un mismo país, con algunas excepciones. Esto es la polarización, que ha llegado hasta el extremo de aumentar en gran medida la pobreza extrema. Este factor es especialmente dramático en el continente africano, agravado por la propia política de sus dirigentes tras la descolonización. Paradójicamente se alzan algunas voces para reclamar como solución la llamada desconexión. Dejar a los pueblos africanos que resuelvan su situación de pobreza mediante sus propios recursos, sin intervención del resto del mundo, volviendo a un sistema de producción de subsistencia.

La economía criminal global se caracteriza por aprovechar precisamente las ventajas de las nuevas tecnologías para su desarrollo y expansión. Su topología de red aumenta su capacidad de supervivencia ante los poderes públicos. Por otro lado, su carácter transnacional debilita los instrumentos policiales y legales para combatirlo. Su estrategia consiste en ubicar sus funciones

de gestión y producción en zonas de bajo riesgo, donde poseen un control relativo de las instituciones de administración y gobierno, mientras que colocan sus productos en mercados ricos donde pueden obtener un precio superior. En las fuentes del crimen global se encuentran organizaciones con arraigo nacional, regional y étnico, que se han adaptado a los tiempos conservando tradiciones de cohesión interna fundadas en relaciones interpersonales de confianza. Estas organizaciones condicionan la actividad política de las regiones en donde se sitúan, pero también afectan gravemente a las que alojan sus mercados con graves consecuencias. En algunas ocasiones las cifras manejadas se adueñan de la economía de países pequeños, en otros casos condiciona incluso las decisiones macroeconómicas. La soberanía estatal, ya debilitada por los factores antes comentados, se tambalea ante agresiones tan formidables a su legitimidad. En los países más desarrollados son la principal fuente de inseguridad. En consecuencia, estos Estados se ven obligados a adoptar medidas que recortan las libertades de sus ciudadanos. A cambio y dado el origen foráneo de muchas de estas organizaciones se generan sentimientos xenófobos en estas sociedades. El propio éxito comercializado en libros y películas de Hollywood ha inducido una nueva cultura de fascinación de las juventudes excluidas por una forma aventurera de ganarse la vida, que les permite salir del fatalismo al que están condenados.

La economía criminal se ha diversificado tanto en sus productos como en sus orígenes. Todos aquéllos que han quedado excluidos de la economía legal, pero conservaban un capital suficiente para iniciar otra aventura se han lanzado a la ilegalidad, como las nuevas mafias rusas. Así se encuentran en la actualidad los “negocios perversos” en todo el mundo en sus diversas facetas:

- El narcotráfico
- El tráfico de armas
- El tráfico de material nuclear
- Contrabando de inmigrantes ilegales
- Tráfico de órganos
- Blanqueo de dinero

El narcotráfico es el más notorio de todos ellos. Castells resalta cinco características fundamentales de este negocio:

- Está dirigido a la demanda y orientado a la exportación.

- Plenamente internacionalizado, con una división del trabajo cambiante entre diferentes localizaciones.
- Se apoya decisivamente en el blanqueo de dinero.
- Emplea de forma generalizada la coacción mediante una violencia extraordinaria.
- Su funcionamiento necesita de la corrupción institucional en todas sus articulaciones.

Todavía en 1997, cuando sale a imprenta este libro, no se da la suficiente importancia al terrorismo internacional. Castells ha reaccionado inmediatamente a los hechos del 11 de septiembre, tanto en artículos de prensa como en un excelente libro que edita junto con Narciso Serra y al que aporta una interesante colaboración, *“Guerra y Paz en el siglo XXI”*. Aquí sí que trata directamente el fenómeno del terrorismo, deteniéndose sobre todo en la reacción de los Estados Unidos. En primer lugar recuerda las características del terrorismo conforme a su modalidad específica dentro de la economía criminal global; añade que se trata quizá de la principal amenaza actual, agravada en el caso de que llegase a disponer de armas de destrucción masiva. El terrorismo, de raíces fundamentalistas, nacionalistas o con cualquier otro motivo, sólo sobrevive si se adapta a la sociedad red y emplea sus recursos. Eso es lo que ha hecho Al Qaida. Desde una base en territorio seguro, como era Afganistán, se controlaba un conjunto disperso de grupos o células terroristas que no se conocen entre ellas. El nodo central de la red permite poner en comunicación a las que pueden apoyarse mutuamente, manteniendo a las demás en la ignorancia. Esto les facilita la supervivencia y la actividad en medio de un entorno hostil. Sin embargo la respuesta militar norteamericana ha sido muy acertada, al deshacer su máxima debilidad que es depender de ese nodo central que gobernaba el sistema. Se puede esperar que en el futuro las organizaciones de este tipo dispersen sus nodos en varias localizaciones para distribuir el riesgo.

Castells se ha fijado con preocupación en la reacción norteamericana. En primer lugar recuerda, contrariamente a lo que se piensa en Europa, que los Estados Unidos sí que conocen el fenómeno del terrorismo en su patria, como pone de relieve el número de 167 muertos en el atentado de Oklahoma. El rasgo distintivo de este atentado es su procedencia exterior, con el añadido de la ideología fundamentalista que lo animaba. Esto ha significado para los

estadounidenses una terrible sensación de vulnerabilidad. Para responderlo se han seguido dos tácticas fundamentales: la primera, preventiva; ir a las posibles fuentes de apoyo a los terroristas y eliminar todo poder militar-tecnológico considerado como enemigo potencial; la segunda táctica, punitiva y disuasiva, mediante represalias directas contra cualquier país que suponga una amenaza. Castells cree que esta actuación, aunque a la corta pueda parecer acertada por los éxitos militares obtenidos, a la larga supondrá la desestabilización de Oriente Medio. Sin embargo, de acuerdo con su misma teoría de la “guerra red”, es necesario impedir que ningún país albergue un nodo soporte de la estructura. Esto obligaría a disuadir a potenciales receptores de terroristas de esta actividad, disuasión que puede ser necesario transformar en acción, como EE.UU. ha hecho en Iraq. Por eso es muy significativo que se demuestre la conexión con Al Qaida y/o la existencia de armas de destrucción masiva, para justificar la acción al menos desde el punto de vista táctico.

CONCLUSIONES

A lo largo de esta magna obra se presentan síntomas notables de que el mundo se encuentra en la transición a una nueva era. Castells estructura, caracteriza y presenta estos síntomas desde su perspectiva ideológica y epistemológica. Es un periodo de transición que viene acompañado de riesgo e incertidumbre. Incertidumbre porque los cambios habidos en los procesos de organización de la sociedad dificultan las previsiones de futuro y generan inseguridad en los individuos e inestabilidad en sus organizaciones habituadas a unos modos que ya no son válidos. Esto obliga a una transformación en la que lograrán el éxito los que mejor se adapten. En este ambiente proliferan las organizaciones que, faltas de escrúpulos, pretenden sacar ventaja egoísta de sus capacidades particulares a costa del resto de la sociedad. También cobran fuerza aquéllas que reaccionan a su desenganche del espacio de los flujos recurriendo a poner su identidad frente al resto del mundo movidos por el odio. La contrapartida de la sociedad globalizada es el miedo a perder su prosperidad, que ocasiona una actitud defensiva que a su vez puede generar más exclusión y más desigualdad en el mundo; un posible círculo vicioso que llevaría al conflicto entre excluidores y excluidos, entre el miedo y el odio. La desigualdad determina los parámetros físicos de este posible conflicto. Los más ricos, dueños del miedo pero también de los recursos, se enfrentarían a un enemigo que aprovecharía su odio y los resquicios dejados por la globalización para plantear el conflicto en términos asimétricos, usando como herramientas el terrorismo y el crimen organizado. Estos grupos adoptan una organización en

red, con sus nodos más sensibles amparados en regiones donde no ha llegado la prosperidad para lanzar sus tentáculos en los mercados capitalistas desarrollados. La topología en red, la capacidad de adaptación y la falta de escrúpulos posibilita su supervivencia a pesar de los esfuerzos para combatirlos. Estos esfuerzos requieren bien la renuncia a ciertas libertades y comodidades individuales, costosamente adquiridas, a cambio de la seguridad, o bien la renuncia a los principios occidentales de respeto a la libertad de los pueblos; en cualquier caso, además, igual que los virus mutan, que las bacterias se hacen resistentes a los antibióticos, el terrorismo y el crimen internacional se seguirán adaptando al nuevo entorno. No se debe abandonar por tanto el propósito de hacer un mundo mejor que elimine las raíces estructurales de la desigualdad y la exclusión, además de combatir el terrorismo y el crimen de forma activa.

CAPÍTULO SEXTO

**IGNACIO RAMONET. TERRORISMO
INTERNACIONAL: ¿CAUSA O JUSTIFICACIÓN DEL
INTERVENCIONISMO?**

IGNACIO RAMONET. TERRORISMO INTERNACIONAL: ¿CAUSA O JUSTIFICACIÓN DEL INTERVENCIONISMO?

POR JUAN ANDRÉS TOLEDANO MANCHEÑO

Dueño de extensa y sólida cultura, y de un pensamiento riguroso, independiente y creador, Ramonet nos ha entregado numerosos libros y artículos indispensables para comprender el mundo en que vivimos, con un crítico y particular punto de vista que hace llegar al lector lo más desconocido del entorno de los medios de comunicación y de la seguridad internacional.

Ignacio Ramonet, nacido en 1943 en Redondela (Pontevedra), criado en Tánger (Marruecos) y residente en París, es director del mensual *Le Monde Diplomatique*, que en la actualidad se acerca al millón de ejemplares en todo el mundo. Especialista en geopolítica y estrategia internacional, y profesor de teoría de la comunicación en la Universidad Denis Diderot de París, Ramonet es doctor en semiología y en historia de la cultura por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, donde fue alumno de Roland Barthes y de Christian Metz, además de ser profesor asociado de la Universidad Carlos III de Madrid. Es también fundador de Attac (Asociación para la Tasación de las Transacciones), de Media Watch Global y uno de los promotores del Foro Social Mundial de Porto Alegre que, según Ramonet “*es la Asamblea de la Humanidad, un laboratorio de ideas para enfrentar al abismo de la globalización, donde se puede palpar el sufrimiento humano*”.

Es un asiduo conferenciante en las principales universidades y entidades culturales de todo el mundo; si bien es más conocido por la gran cantidad de artículos periodísticos que publica asiduamente, ha dado a conocer su pensamiento a través de algunos de sus libros entre los que cabría destacar: “*La golosina visual*” (2.001); “*Marcos: La dignidad rebelde*” (*conversaciones con el Subcomandante Marcos*) (2.001); “*Rebeldes, Dioses y excluidos*” (2.000); “*Propagandas*

silenciosas”; *“La Post-televisión*”; *“Cómo nos venden la moto*” (coautor junto a Noam Chomsky) (1.995); *“Un mundo sin rumbo*” (del que se han llegado a hacer cinco ediciones); *“La Tiranía de la comunicación*” (2.002); *“La tecnología: revolución o reforma, el caso de la información*” (2.000); *“Internet, el mundo que llega*” (1.998); y *“Guerras del siglo XXI, nuevos miedos, nuevas amenazas*” (2.002).

INTRODUCCIÓN

No lo esperábamos. No esperábamos que dos Boeing fueran lanzados contra las Torres Gemelas de Nueva York, llenas de personas que iban a morir, y guiados por gente decidida a morir, metáfora gigantesca de la técnica que se autodestruye, puesta en escena para herir a Estados Unidos.

¿Estaría en la mente del “líder maligno”, que para tantos seguidores representaba Bin Laden, el estudio de las consecuencias que la ejecución de su asesinato en masa podía acarrear para esa parte del mundo que conoció el nacimiento de la civilización, tal y como la concebimos ahora? ¿Le presentarían sus “asesores” los escenarios negros?

Dado que es ampliamente admitido que los trágicos sucesos del 11 de septiembre de 2001 han dado lugar a un nuevo periodo de la historia contemporánea, sería conveniente el cuestionarse qué otra etapa se ha cerrado con tantas muertes y destrucción como se produjeron en el “septiembre negro”, cuáles han sido las consecuencias y cómo se atisba, desde ese momento, el presente que estamos viviendo y el futuro que nos queda por afrontar desde el punto de vista de la seguridad internacional.

La época que finalizó con acto tan reprobable tuvo su comienzo en dos fechas históricas que ya forman parte del acerbo dialéctico de estrategas e investigadores políticos y sociológicos: el 9 de noviembre de 1989 con la caída del Muro de Berlín y el 25 de diciembre de 1991 con la desaparición de la Unión Soviética. Las principales características de esta década que separa el fin de la conocida “guerra fría” y el inicio del temor internacional a la actuación de un terrorismo brutal capaz de actuar en el corazón del “único policía del mundo” podrían resumirse en: la exaltación en sumo grado del régimen democrático, la celebración de la consecución del estado de derecho y la glorificación de los derechos humanos. En política interior y exterior, esta

“Trinidad” se ha consolidado como una premisa indispensable y un imperativo categórico omnipresente constantemente invocado. No desprovista de ambigüedades (¿es posible combinar la mundialización de la libertad y la democracia planetaria?), esta Trinidad ha contado desde sus albores con la firme adhesión de los ciudadanos, quienes veían en la misma un gran avance contra la barbarie de los conflictos armados.

En Europa occidental, la segunda mitad del siglo XX se caracterizó por el progresivo apaciguamiento de los conflictos armados y el aumento de una prosperidad casi general. Las condiciones de vida mejoraron sensiblemente y la esperanza de vida alcanzó cotas sin precedentes.

Desde la caída del Muro de Berlín, el hundimiento de los regímenes comunistas y la desmoralización del socialismo, según pensamiento de nuestro autor, ha dado lugar a una nueva doctrina que puede ser calificada como de “un desmesurado furor ideológico de dogmatismo moderno”. ¿Qué es el pensamiento único al que se tiende con el término globalización del conocimiento y que siempre repite las mismas cosas?: la traducción a términos ideológicos de pretensión universal de los intereses de un conjunto de fuerzas económicas, en especial, las del capital internacional. Se puede decir que está formulada y definida a partir de 1944, con ocasión de los acuerdos de Bretton-Woods. Sus fuentes principales son las grandes instituciones económicas y monetarias —Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, Acuerdo General sobre Tarifas Aduaneras y Comercio, Comisión Europea, Banco de Francia, etc.— quienes, mediante su financiación, afilian al servicio de sus ideas, en todo el planeta, a muchos centros de investigación, universidades y fundaciones que, a su vez, afinan y propagan la buena nueva.

Dentro de ese “estado del bienestar”, el día en que los historiadores de las mentalidades se pregunten por los miedos de comienzos del siglo XXI, descubrirán que, a excepción del terrorismo, que obsesiona a las sociedades occidentales desde el 11 de septiembre de 2001, los nuevos temores son menos de orden político o militar (conflictos, persecuciones, guerras,...) que de carácter económico y social (desastres bursátiles, hiperinflación, quiebras empresariales, despidos masivos, precariedad, recrudescimiento de la pobreza...), así como industrial (accidentes tan graves como los de Minamata, Seveso, Bhopal o Toulouse) y ecológico (trastorno de la naturaleza, deterioro del medio ambiente, calidad sanitaria de la alimentación, contaminación de

todo tipo...). Afectan tanto a lo colectivo como a lo íntimo (salud, alimentación...) y a la identidad (procreación artificial, ingeniería genética...).

El término “terrorismo mundial”, que pareció surgir de la zona cero tras la destrucción de las torres gemelas, tiene su origen en una época muy anterior; la primera vez que se habló de ello fue en 1.981. La administración de Reagan entró en funciones anunciando alto y claro que el centro de la Política Exterior de Estados Unidos, su foco principal, iba a ser la guerra contra el terrorismo internacional; en particular, contra el terrorismo de Estado, que en aquel momento estaba patrocinado, según se decía, por los rusos.

Quizá fuera esta nueva actitud, que ha llevado a los dirigentes americanos a pergeñar una política de intervención dura hacia aquellos países que se interponían en la consecución de sus principales intereses de dominio, primero del mundo occidental y después del 89 de todo el mundo, la que más dudas, estudios y críticas ha producido en los analistas del “nuevo orden” de seguridad y defensa internacional. Grandes amigos (o quizá, salvo en el caso del Reino Unido, debiera decirse colaboradores) y enconados enemigos fueron el resultado de las actuaciones llevadas a cabo en África, en Europa, en Asia, en Oriente Próximo y en otros muchos escenarios, todos ellos seleccionados por los estrategas americanos al “suponer una amenaza a la seguridad mundial por entrenar, dar cobijo o no condenar a los terroristas en sus territorios y a sus acciones”.

Ya sabemos cuál fue su respuesta: contestaron creando la mayor red terrorista de la historia humana y cometiendo atrocidades en el mundo entero, que fueron condenadas por el Tribunal Internacional y por el Consejo de Seguridad. Fue la reacción de la primera guerra contra el terrorismo (1).

La actitud de los dirigentes y de los medios de comunicación occidentales, su fervor proestadounidense a raíz de los criminales atentados del 11 de septiembre, no deben ocultarnos la cruel realidad. En todo el mundo, y en particular en los países del Sur, el sentimiento expresado con más frecuencia por la opinión pública ante esta tragedia fue: “*Lo que les ha pasado es muy triste, pero se lo tienen merecido*” (2). Sin embargo, no se debe tratar este pensamiento como algo más allá del clamor de revancha inconsciente de quien perjudicado se

(1) CHOMSKY, NOAM. *¿Qué podemos esperar de la sociedad del futuro?* Círculo de Lectores, 2.002. Pág. 140.

creo por la política exterior americana, y ha de evitarse la inversión en el orden de víctimas y verdugos. Ninguna causa en el mundo justifica un crimen como el que se cometió el 11 de septiembre. Existen en el mundo muchas injusticias denunciadas, muchas desigualdades y mucho rencor acumulado, en particular en los países más pobres, pero todo ello no justifica una matanza tan vil de inocentes.

EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO SOBRE SEGURIDAD

La palabra terrorismo, de origen incierto y nunca fechado, se hizo muy popular en las actuaciones de los “citoyens” en la Revolución Francesa, aunque su aplicación era totalmente opuesta a la que de ella se hace en la actualidad; en aquel entonces hacía referencia a las acciones llevadas a cabo en aras de la consolidación del poder del nuevo gobierno mediante la intimidación de los contrarrevolucionarios, subversivos y otros disidentes considerados por el nuevo régimen como “enemigos del pueblo”.

Pero, mucho antes, y a pesar de haber sido utilizado con anterioridad de modo esporádico, el uso primero del crimen político organizado se debe a los ismaelitas, más conocidos como “Asesinos”. Tal es como lo explica, en su libro *“Los Asesinos. Una secta radical islámica”*, Bernard Lewis. Con su relato ayuda en este libro a comprender los mecanismos políticos y, sobre todo, religiosos que, en el seno del Islam medieval, permitieron el nacimiento y subsistencia durante dos siglos (XI–XIII) de una secta cuyas ideas horrorizaban tanto como sus violentos actos.

Según Ramonet el término terrorismo es impreciso, aunque desde hace dos siglos se utiliza para designar indistintamente a todos aquellos que recurren, con razón o sin ella, a la violencia para intentar cambiar el orden político; sigue diciendo que la experiencia demuestra que, en ciertos casos, dicha violencia era necesaria, “sic semper tyrannis”, exclamaba ya Bruto al apuñalar a Julio César, que había derribado la República. “Todos los medios son legítimos para luchar contra los tiranos”, decía a su vez el revolucionario francés Gracchus Babeuf en 1792.

(2) RAMONET, IGNACIO. *“Guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas”*. Mondadori, 2002. Título original *“Guerres du XXIe siècle”*. Pág. 50.

El terrorismo, hoy en día, es una bomba contra la vida y la libertad; los ideólogos del terror, que abrazan todas las religiones, creencias y regímenes políticos, siembran sus semillas en aquellas capas de la sociedad más débiles, más amenazadas y más desesperadas, e intentan inculcar en estas personas un objetivo que se centra en la destrucción de todo lo que pueden, ¿persiguiendo lograr qué?, comenzando por el tejido social mismo, la juventud y sus buenos propósitos, el turismo y el desarrollo comercial de las regiones. Este terrorismo, concebido hasta los atentados descomunales de los últimos años del siglo XX y primeros del XXI, como un problema nacional o, a lo sumo, regional, ha devenido como un problema global de nuestra civilización, cuyos ataques y acciones desmesuradas pueden realizarse en cualquier país del mundo para atentar “contra los intereses” de otra nación separada del lugar cientos o miles de kilómetros; nadie puede luchar sólo contra el terrorismo.

A finales del siglo pasado se creyó, sin modestia alguna, que se había llegado a la “era del conocimiento” y que esa nueva era debía conducirnos forzosamente a un mundo mejor y más humanizado; el conocimiento y los avances tecnológicos alcanzados en apenas un cuarto de siglo han provocado el nacimiento de una utopía, el nacimiento de un pensamiento único global, planetario, impuesto a la tierra entera, hecho conocido como “globalización”; la globalización es el resultado de la interdependencia cada vez más estrecha de las economías de todos los países, ligada a la libertad absoluta de circulación de capitales, a la supresión de las barreras arancelarias y las reglamentaciones y a la intensificación del comercio y del libre cambio. La brutalidad y la celeridad de todos estos cambios produce en los ciudadanos una sensación de verse atrapados en el corazón de una crisis, en el sentido que Antonio Gramsci daba a este término: “Cuando lo viejo ha muerto y lo nuevo no termina de nacer”. O, como diría Tocqueville, “cuando el pasado deja de iluminar el futuro y el espíritu avanza entre tinieblas”.

A causa de la globalización, en muchos países europeos la incertidumbre es hoy el parámetro dominante, así como la inseguridad económica y social, y la inseguridad frente al ascenso de la delincuencia y de la violencia. Muchas personas relacionan esto con la instalación reciente, en el seno de nuestras sociedades, de inmigrantes con culturas muy diferentes. Todo ello ha creado un entorno literalmente terrorífico para muchos ciudadanos que han visto derrumbarse el mundo al que estaban acostumbrados. Muchos tienen miedo, sienten nuevos temores y amenazas. Además, tras el 11 de septiembre de 2001 se ha extendido la idea de que los musulmanes (esa inmensa media luna que va de

Marruecos a Indonesia y de Kosovo a Nigeria, y engloba a más de mil millones de seres humanos), y por consiguiente los inmigrantes magrebíes, son terroristas y que el islam es una amenaza para los países europeos. De tal manera que, a los miedos que ya había, se han añadido nuevos pavores” (3).

A este comentario de Ignacio Ramonet responde Tahar Ben Jelloun, escritor e intelectual marroquí, diciendo que “existen, en el magreb, una veintena de partidos y grupúsculos islamistas bien conocidos e identificados. Muchas de esas formaciones practican, a su manera, una suerte de solidaridad social, entre las clases sociales más desfavorecidas. Muchos de esos islamistas son gente muy respetable. Pero también es cierto que hay otros que intentan explotar una situación social explosiva...Todos o la inmensa mayoría de los partidos y grupúsculos islamistas marroquíes se han declarado públicamente contra la violencia y el terrorismo”.

Los primeros años del siglo recién estrenado nos han mostrado una nueva guerra antiterrorista, y la reacción ante ella es responsabilidad de cada Estado. A pesar de haber existido otros ataques terroristas de gran magnitud, lo que nos presentó el ataque al Trade World Center fue algo único, un acontecimiento histórico, había cambiado la dirección hacia la que apuntaron las armas. Europa, según el pensamiento de nuestro autor, ha estado haciendo durante siglos esa clase de cosas a otros países pero nadie se lo había hecho a ellos. Es la primera vez que los acontecimientos han ido en otra dirección, y ese es el motivo de que Europa se sienta aterrada. Otro de los pensamientos de Ramonet deja patente que un efecto indirecto de esta guerra terrorista ha sido la afección a la ayuda humanitaria por la creciente mediatización y politización de las operaciones de asistencia que ha provocado este tipo de conflictos. Los gobiernos, los donantes y las organizaciones humanitarias tienden cada vez más a concentrar sus esfuerzos en conflictos armados de gran visibilidad política y periodística.

Las cifras hablan por sí solas: en abril de 2.003, apenas acabada la guerra de Irak, la administración estadounidense había recaudado 1.700 millones de dólares para la ayuda a la reconstrucción del país; en la misma fecha, el Programa Mundial de Alimentos de Naciones Unidas para luchar contra la hambruna que amenaza a 40 millones de africanos necesitaba, pese a los llamamientos, 1.000 millones de dólares.

(3) RAMONET, IGNACIO. *“Guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas”*. Mondadori, 2002. Título original *“Guerres du XXIe siècle”*. Pág. xx.

Otra consecuencia de la lucha contra el terrorismo ha sido la vulneración, ampliamente debatida y criticada desde los gobiernos socialdemócratas, del respeto a la intimidad de las personas, llegando, en ocasiones extremas, a la violación de este derecho que se halla omnipresente en todas las acciones legislativas de este tipo de gobiernos. En la edición en castellano de “Le Monde Diplomatique” del mes de agosto del año 2.003, Ignacio Ramonet, director del mensual, citó a Orwell (autor de “1.984”, libro en el que el Estado confronta una guerra permanente contra un enemigo inasible): *“en el pasado, ningún gobierno había tenido el poder de mantener a sus ciudadanos bajo una vigilancia constante. Ahora la policía del pensamiento vigila constantemente a todo el mundo”*.

A partir de septiembre de este año 2.003, toda compañía aérea que transporte gente al territorio estadounidense debe entregar datos completos de sus pasajeros, sin que éstos lo sepan, que incluyan religión, preferencias alimentarias, viajes anteriores, organizaciones que han financiado sus viajes, si las hubiere, estado de salud y otras. Toda esta información es entregada a un sistema conocido por las siglas CAPPs (en español, Sistema de Control Preventivo Asistido por Ordenador), con el objeto de detectar sospechosos. Como si fuera un semáforo, CAPPs dará el color verde a los inofensivos, el amarillo a los dudosos y el rojo a los desahuciados. Por cierto, todo aquel pasajero musulmán u originario del Medio Oriente no puede contar con el verde; como mínimo es amarillo.

Es evidente que para Ramonet, al igual que para otra mucha gente, no sería una pareja ideal el Sr. Bush. Pero se equivoca si lo confunde con los Estados Unidos, que dejarían de ser lo que son desde su nacimiento si se convirtieran en algo parecido a la máquina totalitaria de Orwell en su obra 1.984. En el peor de los casos, según opinión del mismo Ramonet, Bush no puede pasar más de ocho años en la Casa Blanca.

Los países libres afrontan un nuevo enemigo: una amenaza letal de grupos terroristas, estados forajidos que buscan armas de destrucción masiva y una ideología de poder que se ceba en los inocentes y justifica cualquier crimen. Este es un momento oportuno para que todos los países que representan un frente común de respeto a la igualdad, a la democracia y a los derechos humanos, se unan en la defensa de la libertad.

El objetivo del terrorismo es destruir los valores de convivencia y democracia que comparten y en los que se fundan los Estados libres, destacando sobre todos como derecho fundamental el derecho de la vida.

Aunque todavía existen dirigentes e ideólogos que, más por intereses particulares en la consecución de fines extraordinariamente limitados que por la difusión de un verdadero pensamiento de validez universal, piensan que existen, y se permiten la “licencia” de clasificarlos, distintos tipos de terrorismo, cabría destacar que en foros internacionales de seguridad y defensa se hace continua alusión al hecho de que todos los terrorismos son iguales y no debe haber diferencias entre acciones locales e internacionales. Hay una conciencia muy clara de que no existen espacios exentos para el terrorismo, que puede afectar a todos porque no tiene fronteras; es, pues, necesario establecer medidas globales para evitar las actuaciones y efectos criminales de las organizaciones terroristas.

Bajo el nombre de “terrorismo internacional”, el adversario elegido es el islamismo radical. Eso justifica todas las medidas arbitrarias y todos los excesos. Incluida una versión moderna de la política Mc-Arthur, que tendría como blanco, más allá de las organizaciones terroristas, a todos aquellos que se oponen a la hegemonía estadounidense, e incluso a los adversarios de la mundialización liberal (4).

Tan importante es la evaluación de los expertos en seguridad, que han escrito una infinidad de artículos y libros sobre esta nueva amenaza, como la percepción del ciudadano de a pié a quien se le presentan los devastadores efectos de los ataques terroristas. Cuando a estos ciudadanos españoles se les presenta la pregunta de ¿cuáles son, en su opinión, los problemas más importantes que existen en España?, los resultados obtenidos son los siguientes: en primer lugar, el paro, con un 67,9 % de votantes; en segundo lugar, el terrorismo (en el caso de España, claramente representado por la amenaza de ETA y su entorno), con un 45,4 %; la guerra aparece en quinto lugar con un 14,2 %.

Colectivamente y mediáticamente la muerte producida por el terrorismo aparece a veces como una muerte más injusta que las de los miles de personas que fallecen cada día en África o

(4) RAMONET, IGNACIO. “Guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas”. Mondadori, 2.002. Título original “Guerres du XXIe siècle”. Pág. 55.

en conflictos de otras áreas del mundo. Cada día mueren muchas personas en accidente de tráfico y no se habla tanto de ello como cuando hay una víctima por terrorismo (por ejemplo, aquí en España). Quizá todo responda a que la realidad del poder mundial escapa con mucho a los estados. Tanto es así que la globalización implica la emergencia de nuevos poderes que trascienden las estructuras estatales. Entre estos nuevos poderes, el de los medios de comunicación de masas aparece como uno de los más potentes y terribles. Por vez primera en la historia del mundo, se dirigen mensajes permanentemente, por medio de cadenas de televisión conectadas por satélite, al conjunto del planeta.

No puede olvidarse que el tratamiento mediático puede servir de eficaz herramienta para introducir en los indecisos y “felices ignorantes” la opinión negativa sobre, o el pensamiento a favor de, una determinada facción a la que se quiere colgar el cartel de “terrorista”.

...La influencia de la televisión, principalmente en materia de diplomacia, no ha dejado de crecer en los últimos años. Hemos podido verificarlo con ocasión de las grandes crisis internacionales. Sin las imágenes desgarradoras del mercado bombardeado de Sarajevo, ¿habría habido un ultimátum de la ONU? Sin la conmovedora visión de los niños hambrientos de Mogadiscio, ¿habría habido un desembarco militar en Somalia? No es seguro. En nuestras democracias mediáticas, la conminación humanitaria dicta desde ahora la actitud de los cancilleres y prescribe una conflictiva diplomacia del audímetro, con los temibles riesgos que esto, como es bien sabido por las grandes potencias, supone (5).

Estados Unidos domina el mundo como ningún otro imperio lo ha hecho jamás. Su supremacía es aplastante en las cinco esferas tradicionales del poder: política, económica, militar, tecnológica y cultural; y, sin embargo, se convierte en una potencia indefensa cuando el fanatismo y la rabia contenida hacen mella en aquellos grupos que han nacido al abrigo del odio, del chantaje, de la pobreza escandalosa y de la tergiversación malintencionada de los principios religiosos promulgados por quienes se revisten de autoridad para realizar su interpretación y de este modo propalarla por doquier.

Por este motivo, por lo universal de los objetivos que pueden ser atacados por los terroristas y por lo vasto del territorio en que pueden actuar, este gran imperio que se quiso erigir

(5) RAMONET, IGNACIO. “Cómo nos venden la moto”. Icaria. 15ª edición. 2.002. Pág. 93.

como el único responsable de la seguridad internacional, ha tenido que hacer un llamamiento a una unidad sin fisuras con Europa para luchar contra los “enemigos de la libertad”. Según opinión emitida por el presidente Bush, tras la decisión tomada por su país de derrocar al régimen iraquí, los países europeos deben ser más activos y menos prudentes a la hora de usar la fuerza en la lucha contra el terrorismo y las armas de destrucción masiva. “El mal no debe ser ignorado o apaciguado. Debe ser combatido, y de forma decisiva”.

Se asiste en la actualidad a un profundo cambio geopolítico que va a afectar al mundo de las relaciones internacionales irremediamente: está variando la percepción misma del terrorismo. De inmediato se habla de hiperterrorismo para subrayar que no volverá a ser como antes. Se ha rebasado un límite impensable, inconcebible. La desmesura de la agresión la convierte en un hecho sin precedentes. Hasta el punto de que nadie sabe cómo llamarla, ¿atentado?, ¿ataque?, ¿acto de guerra? Los límites de la violencia extrema parecen haberse ampliado.

La guerra contra el terrorismo es una forma de conflicto armado nuevo, tan novedoso que ha dejado invalidados todos los medios, los recursos, las estrategias y las tácticas conocidos y aplicados hasta ahora; resulta evidente que, en adelante, todas las Fuerzas Armadas habrán de pergeñar nuevas formas de acción para hacer frente a un terrorismo global. Global en su organización, pero también en su alcance y objetivos. Y que no plantea reivindicaciones muy precisas. Ni la independencia de un territorio, ni la instauración de un tipo particular de régimen. Esta nueva forma de terror se manifiesta como una especie de castigo o escarmiento contra un comportamiento general.

El terrorismo seguirá siendo durante esta década (primera del siglo XXI) la principal amenaza contra nuestra sociedad. Los grupos terroristas transnacionales asociados a la utilización de armas de destrucción masiva, serán su manifestación más peligrosa, y contra los que se deberá centralizar el esfuerzo militar de los Estados. No obstante deben tenerse en cuenta las otras manifestaciones del terrorismo (6).

(6) “Nuevos retos, nuevas respuestas”. Estrategia militar española. Estado Mayor de la Defensa. Julio 2.003. Madrid.

GUERRA TOTAL CONTRA UN ENEMIGO DIFUSO

Las batallas de este siglo se abren en diferentes frentes; después del fracaso de las ideologías, quien tiene un arma no va a la guerrilla, sino que asalta en la calle. No obstante, en los últimos años no ha cambiado en absoluto la arquitectura política internacional. Según Ramonet, “seguimos en un mundo unipolar dominado por una hiperpotencia que no tiene rival, y no lo tendrá en años. Estados Unidos domina en lo político, económico, militar, tecnológico y cultural (en cuanto a cultura de masas)”. Los ataques terroristas confirman esto, porque Estados Unidos es atacado por ser lo que es. El objetivo es humillar y por eso se eligen símbolos: el financiero con las Torres Gemelas, el militar con el Pentágono y el político con el Capitolio.

El imperio se siente amenazado. Podría venir al recuerdo una anécdota relatada por San Agustín. Un pirata es capturado por Alejandro Magno, quien le preguntó: ¿cómo osas molestar al mar?; ¿cómo osas tú molestar al mundo entero?, replicó el pirata. Yo tengo un pequeño barco, por eso me llaman ladrón. Tu tienes una flota, por eso te llaman emperador. La respuesta del pirata refleja, según Ramonet, con bastante precisión las relaciones entre Estados Unidos y varios actores secundarios de la escena del terrorismo internacional.

No obstante, en las actuaciones, criticadas por Ramonet, de Estados Unidos contra Panamá, Nicaragua, Afganistán o Irak, ha de distinguirse la actuación de un Estado legítimamente aceptado por la comunidad internacional y la de una organización terrorista. El terrorismo, en este ámbito, puede identificarse como la creación deliberada y la explotación del miedo mediante la violencia o la amenaza de violencia cuyo objetivo es el cambio político. Todos los actos terroristas entrañan violencia o la amenaza de violencia. El término está específicamente diseñado para tener efectos psicológicos a largo plazo más allá de las víctimas inmediatas objeto del atentado terrorista. Está pensado para generar el miedo e intimidar a un público objetivo mucho más amplio, que puede ser un grupo rival étnico o religioso, un país entero, un gobierno nacional o un partido político, o incluso a la opinión pública en general. El terrorismo está diseñado para crear poder allí donde no lo hay o para consolidar el poder allí donde hay poco.

A través de la publicidad que genera su violencia, los terroristas pretenden conseguir la influencia y el poder de los que carecen para forzar el cambio político tanto a escala local como

internacional. El objetivo de los actos terroristas, ha de ser ampliamente conocido, ha de estar perfectamente definido y ha de presentarse como génesis de miedo e intimidación. ¿Ocurría todo esto cuando el mundo entero tembló ante el nuevo monstruo que respondía al nombre de Bin Laden? Lo cierto es que el conocimiento de su organización terrorista no habría alcanzado tal magnitud de no haber apuntado a un objetivo tan extraordinariamente espectacular e inesperado. Sin un adversario al que eliminar, el imperio no se atrevía a ejercer su función de imperio. Bin Laden cometió, con su acción, dos crímenes. El primero los tres mil muertos. El segundo fue procurarle un adversario, el terrorismo internacional, a una administración agresiva. La herida autoriza cualquier cosa y surge la arrogancia. La comunidad internacional no chista. Las autoridades norteamericanas asumen su condición de imperio y ya no necesita aliados, sino vasallos. ¿Cómo queda ante esta postura de autosuficiencia la vieja Europa?

Las decisiones adoptadas por el Gobierno Bush han incidido de forma muy negativa en las relaciones transatlánticas; la iniciativa tomada de forma unilateral ha dividido a las naciones que buscan, en su defensa común, una unión fuerte y duradera; pero, desafortunadamente, cuando la comunidad europea parece avanzar hacia una organización cada vez más unida, de repente aparece Estados Unidos “reclamando sus servicios”, lo que provoca distintas posturas entre los miembros de esta comunidad que afrontan la “llamada a la colaboración” desde distintos puntos de vista. De este modo, Blair, Berlusconi y Aznar adoptaron una posición ampliamente criticada desde los gobiernos de Francia y Alemania, dando como conclusión un nuevo resurgimiento de algo que parecía aletargado desde la guerra de los Balcanes, un componente defensivo europeo que no necesite la participación del aliado americano en ninguna de sus formas.

Como la mayoría de los ejércitos, el de Estados Unidos está organizado para combatir a otros estados y no para enfrentarse a un “enemigo invisible, difuso”. Pero en el siglo que comienza, las guerras entre estados llevan camino de convertirse en anacrónicas. Este nuevo tipo de conflicto, en el que el fuerte se enfrenta al débil o al loco, es más fácil de empezar que de concluir. Y por masivo que sea, el empleo de medios militares ultramodernos no garantiza necesariamente que se alcancen los objetivos perseguidos, sobretudo contra un arma indetectable, poco previsible y capaz de “mimetizarse” con los sentimientos más elevados del ser humano: el de aprecio y especial sensibilidad que se tiene hacia los niños, las embarazadas o los minusválidos. Los ataques suicidas se han convertido en la mejor táctica para el terrorismo internacional. Según estudiosos del tema, sus costos son bajos y la capacidad de repercusión es extremadamente eficaz.

Desde Jerusalén hasta Yakarta, y de Bali a Bagdad, el atacante suicida es evidentemente el arma preferida de los terroristas internacionales. Estos ahora confían casi exclusivamente en esta táctica para llevar a cabo sus ataques. Iniciados por Hezbollah en el sur del Líbano hace dos décadas, y adoptada como instrumento rutinario por Hamas y Al-Qaeda —más notablemente en los ataques contra Nueva York y Washington hace dos años— la campaña de atentados suicidas fue adoptada en los últimos meses de Irak, donde un camión bomba en el cuartel de la ONU en Bagdad pudo resultar ser el objetivo del terrorismo patrocinado por los simpatizantes del depuesto régimen. Una persona que usa un cuchillo regularmente está nerviosa; una persona que usa una pistola requiere entrenamiento intensivo, y demasiado tiempo. Los ataques con cuchillos y pistolas también dependen de un grado de suerte. Las cosas pueden salir mal. Pero el atacante suicida, para tener éxito, sólo necesita ese momento de valor. “El islam dice ojo por ojo. Creemos en la represalia. Cuando alguien muere en la jihad es un día de alegría”, afirma Ismael Abu Shanab, el prominente líder de Hamas que murió en agosto de este año víctima de misiles israelíes.

La primera gran batalla del siglo utiliza un enemigo invisible e indefinible como excusa. Lanzarse en una guerra contra el terrorismo internacional sirve para controlar más a las sociedades, crear una red de informantes, mucha violencia y grandes destrozos.

La búsqueda de un enemigo implica la consecución de un o unos protagonistas que vulneren la legalidad mundialmente establecida y atenten contra el orden en materia de imparcialidad del derecho internacional. Según nuestro autor:

No existe ninguna prueba de complicidad entre los autores de los atentados del 11 de septiembre y el régimen iraquí. Ninguna. Ni las autoridades norteamericanas ni las británicas han podido establecer un nexo entre la red Al-Qaeda y Sadam Husein, ni presentar el ataque contra Irak como parte de la “guerra contra el terrorismo internacional”. Todo confirma que el verdadero objetivo del asalto disputado contra Bagdad es el petróleo. Lo demás son pretextos. Y la ONU lo sabe. Después del voto histórico del Consejo de Seguridad, Andrew Card, secretario general de la Casa Blanca, declaraba ante la

prensa “Para actuar contra Irak los Estados Unidos no necesitan ningún permiso de la ONU” (7).

Desde el fatídico mes de septiembre de 2.001 se ha creado una atmósfera de guerra contra el terrorismo que justifica cualquier acción de cualquier estado contra el terrorismo o contra un supuesto terrorismo. En Israel, Colombia o Filipinas, los gobiernos actúan sin ningún freno con este pretexto. En Chechenia es igual. Occidente no tiene intereses en Chechenia, pero Rusia sí, referidos a su prestigio internacional y al petróleo. Occidente piensa que cuando se cierran los ojos sobre lo que pasa en aquellas zonas del planeta en las que no inciden directamente sus intereses se busca colaboradores y socios para futuras alianzas.

Pero, sin embargo, no puede admitirse cualquier tipo de consecuencia que se apoye en el recuerdo violento y en el rencor del episodio, sangriento en la mayoría de las ocasiones, originado por las organizaciones terroristas. El mundo ha de seguir sus principios de desarrollo humano y las leyes, principalmente las del derecho internacional, han de ser aplicadas y cumplidas incluso con quienes no las reconocen. Tito Livio cuenta la historia siguiente: vencida Roma decidió negociar con los galos que la asediaban. El Senado encargó a sus generales pactar con los bárbaros. Un acuerdo fue concluido para librarse del asedio: Roma entregaría 1.000 libras de oro. A este hecho ya de por sí humillante, escribe Tito Livio, se añadió otro gesto escandaloso. Las pesas utilizadas por los vencedores eran falsas. Y como los oficiales romanos se quejaban, Breno, el jefe galo, tuvo la insolencia de echar su propia espada encima de las pesas y de pronunciar estas palabras insoportables: “Vae victis!”, “¡desgracia sin límites para los vencidos!”.

Muchos observadores están convencidos de que, bajo el justo pretexto de combatir el terrorismo internacional, algunos países no sólo están transgrediendo las convenciones de Ginebra sino la simple razón humanitaria. La consecuencia principal de la prepotencia de algunos países (Estados Unidos, Rusia, Israel, Reino Unido, etc.) es el convencimiento de que se hallan en disposición de un poder sin límites. De este modo, se permiten declarar a su antojo “enemigo de la humanidad” a cualquier dirigente, régimen o país. Pero la verdadera lección de este nuevo poder sin límites la ha expresado el senador demócrata norteamericano Patrick Leahy, “No podemos emprender una guerra en defensa de nuestros valores, y renunciar a ellos al mismo tiempo”.

(7) RAMONET, IGNACIO. “*El cuarto Reich*”. Revista L-Política. 30 de Noviembre de 2.002.

La guerra contra el terrorismo presenta, finalmente, la mejor forma de legitimar prácticas represivas en el interior de los mismos estados imperialistas, lo que se contraponen al hecho real de las ideologías en expansión: la difusión y aplicación del derecho internacional y la certera aplicación de la injerencia humanitaria en terceros países. En la mayoría de los países occidentales, tanto en América del Norte como en Europa Occidental, la guerra contra el terrorismo ha servido de pretexto para la introducción de medios atentatorios para las libertades públicas y para los derechos humanos.

EL DESEQUILIBRIO DEL ORDEN INTERNACIONAL

La mayoría de los estados miembros de la Unión Europea parecen haber olvidado una realidad histórica presente en la evolución del mundo: un imperio no tiene aliados, sólo tiene vasallos. Y ya quedó dicho en un apartado anterior que Estados Unidos, protagonista principal de las críticas de Ramonet, ha devenido en potencia hegemónica de este final del siglo XX y principios del siglo XXI. Ante la visión de todos los europeos, bajo las presiones de Washington que los conmina a involucrarse en “sus guerras”, en los conflictos de defensa de sus intereses presentándolos como intereses de todos sus “aliados”, países teóricamente soberanos se dejan de este modo reducir a la triste condición de satélites.

Y ahí está la lucha contra el terrorismo como argumento principal de la política exterior estadounidense; y ahí están los países que más han sufrido y sufren el terror, la devastación y la muerte por estos actos terroristas pidiendo “por favor” que aquellas organizaciones criminales que tienen cientos de muertos en su haber sean introducidas en una relación por escrito que las presente, ante la comunidad internacional como “peligrosas”. ¿Y qué pasa con Al-Qaeda? Esta organización no es tema de debate, ya que quien ostenta la hegemonía tiene el poder absoluto sobre la redacción de la lista, y de este modo, aparece por encima de todas las demás; sin dudas y sin comparaciones.

Tras los atentados del 11 de septiembre algo muy importante ha cambiado en la política internacional: la arquitectura geopolítica mundial cuenta con una única superpotencia en su cúspide, la cual, según su opinión, goza de una fuerza militar sin parangón, que no dudará en emplear en actuaciones en solitario, si fuera preciso, para ejercer su derecho de autodefensa

actuando a título preventivo. Particularmente, Ronald Rumsfeld ha definido el período actual como una nueva “guerra fría” (un nuevo orden internacional), ha reiterado que no se trata sólo de bombardear Afganistán o Bagdad, ni contentarse con operaciones militares contra las próximas víctimas que decidan atacar, sino de la concepción de la batalla prolongada, tanto como lo que duró el enfrentamiento con la Unión Soviética, del que se suponía Washington había emergido victorioso, una lucha en la que los componentes políticos, económicos y propagandísticos tienen tanta o más importancia que los militares.

Una guerra fría sin una potencia adversaria, cuando el capitalismo se globaliza y convierte todo el planeta en su mercado, desatada contra un enemigo que está en todas partes, que golpea con fuerza allá donde se encuentre un interés o representante americano (institución, cargo o persona), y cuyo propósito es tratar de vejar al máximo a la superpotencia mundial.

Pero, la duración de los conflictos, con el amanecer de las luchas antiterroristas, ha sufrido un cambio radical; de la estrategia de las “guerras relámpago”, del empleo de “armas secretas” y de las tácticas de inmovilización y paralización rápida del adversario, que procuraban enfrentamientos cortos, con pocas pérdidas de vidas humanas y evitando (y de este modo se llevaban a cabo los planeamientos anteriores a cada una de las batallas) daños colaterales en la población civil, se ha pasado a las guerras prolongadas, a las luchas intestinas, a las tácticas de desgaste, a la falta de “explotación del éxito”, dado que los resultados, en este tipo de guerras, son siempre inciertos, provocando una dilatación en el tiempo de duración de cada conflicto cada vez mayor. Y aquí se presenta el principal problema para Estados Unidos: ¿están dispuestos sus ciudadanos a soportar, día tras día, las peticiones de su presidente de incrementar los créditos para apoyar este tipo de intervenciones? ¿Será capaz el gobierno americano actual de distraer con las continuas alusiones a la “defensa del orden internacional y de los intereses de la nación” el efecto negativo de los soldados que vuelven en las “bolsas negras”?

El mundo ha cambiado, pero la memoria histórica no quiere rememorar una situación similar a las de Vietnam o Corea. Es por ello por lo que el imperio acude a los vasallos, ya no puede afrontar en solitario la pacificación de aquellas zonas del globo que son ¿de interés para todos los países? En este momento es cuando Estados Unidos ha de dejar a un lado su brabuconería y solicitar el apoyo internacional (por ejemplo en el restablecimiento del orden en Irak); y también en este momento los países y organizaciones internacionales que han sido

denostados por esa nación elevan su orgullo y se oponen, casi de un modo irracional, a exigir condiciones al imperio para su participación.

Sin embargo, se trata de una comunidad, la americana, firme y arraigada en sus principios y siempre orgullosa de ser un firme baluarte de la defensa de la democracia, de las libertades y de la igualdad. En la mayoría de las ocasiones, no conocen el porqué ni el para qué de las actuaciones de su país en el extranjero (¿podría llamarse injerencia?). Este distanciamiento entre la realidad del mundo y la visión que de ello tienen los ciudadanos del país que ejerce una discutida hegemonía planetaria es algo como para alterar el sueño a toda la humanidad. Que ello ocurra, además, allí donde hay un muy elevado desarrollo tecnológico en materia de información y comunicación y en una sociedad que todavía es percibida por muchos como abierta y liberal, es para transformar el sueño en pesadilla y obligarnos a despertar.

Ignacio Ramonet incidirá en esta opinión expresando su desconfianza porque aprecia en la cultura americana tres evidencias: la reducción de los seres humanos a masas manipuladas, incapaces de discernir y de decidir libremente; la introducción de un conformismo y de una pasividad peligrosamente regresivos, para llevarlos a olvidar, por un instante, el mundo absurdo, cruel y trágico en que viven; el peso de la industria norteamericana de los media, que presenta a muchos europeos como una especie de seres “transculturales”, híbridos irreconciliables, que poseen una mentalidad norteamericana en un cuerpo europeo.

Es interesante recoger algunas cifras publicadas por la UNESCO ya en 1.990:

- *De las 300 empresas más importantes de información y comunicación, 144 eran norteamericanas, 80 de la Unión Europea y 49 japonesas, es decir la inmensa mayoría americanas.*
- *De las 75 primeras empresas de prensa, 39 eran norteamericanas, 25 europeas y 8 japonesas.*
- *De las 88 primeras firmas de informática, 39 eran norteamericanas, 19 europeas y 7 japonesas.*
- *De las 158 primeras empresas fabricantes de material de comunicación, 75 eran de Estados Unidos, 36 europeas y 33 japonesas (8).*

(8) RAMONET, IGNACIO. “*La tiranía de la comunicación. El papel actual de la comunicación*”. Editorial Debate S.A.. Barcelona. 2.002. Pág. 149.

Ante la sociedad americana se opone el pensamiento de la comunidad europea, en una mínima representación del Tercer Mundo, planteándose el hecho de que existen dos formas de abordar el estudio del terrorismo: se puede adoptar un enfoque literal, tomando el tema en serio, o un enfoque propagandístico, construyendo el concepto de terrorismo como un instrumento al servicio de un sistema de poder determinado. Noam Chomsky, conocido por sus mordaces críticas al modo de ejecución de la política exterior americana, señala que “cuando Estados Unidos y sus satélites son los agentes de atrocidades terroristas, éstas desaparecen del historial o bien se transmutan en acto de represalia y autodefensa al servicio de la democracia y los derechos humanos”.

El final de la guerra fría de ningún modo sirvió para aplacar el belicismo de Estados Unidos. O dicho de otro modo, en el fondo no era el enemigo soviético a quien se enfrentaba Norteamérica, sino al deseo de los pueblos de ser dueños de su destino y su futuro. A las pocas semanas de la caída del Muro de Berlín, Estados Unidos invadió Panamá; la ausencia del contrapeso soviético, al contrario de lo que se podía pensar de que eliminaría la necesidad bélica de EE.UU., provocará que por primera vez en muchos años podía recurrir a la fuerza sin inquietarse por las reacciones rusas. El mundo le sonreía, su poder se dejaba sentir, ningún conflicto de “corte tradicional” podía amenazarle, pero no se habían tenido en cuenta los hoy conocidos como “conflictos asimétricos”: el enfrentamiento ya no de tecnología contra tecnología (en el que vence, normalmente, el que la posee de última generación), sino de tecnología contra teología, de raciocinio contra fanatismo. Brzezinski hacía una sugerente alusión al comparar las proclamaciones tan diferentes de los bandos enfrentados en la actual guerra terrorista: “cuando Bin Laden habla de nuestras tierras, se refiere a territorios musulmanes. En cambio, cuando Bush y Blair hablan de nuestras tierras se está refiriendo al mundo. Esta distinción refleja el poder de que disponen los adversarios.”

EL PAPEL DE EUROPA EN EL NUEVO ESCENARIO

Tras los acontecimientos de septiembre de 2001 se creó un pensamiento común, una suerte de consenso en el mundo occidental, de condena a los atentados de Nueva York y Washington, pasando casi inmediatamente a una enorme preocupación por la aparición del unilateralismo, el militarismo y las acciones arrogantes por parte de Estados Unidos a escala mundial. El futuro,

según analistas y expertos de reconocido prestigio internacional, tendrá tres coprotagonistas que decidirán sobre la evolución política y económica del resto de las naciones de su entorno: Estados Unidos, Europa y Japón. Pero, ¿está la Unión Europea (tan preocupada últimamente por el reparto de poder en sus instituciones y por la aprobación de una Constitución válida para todos sus miembros) en condiciones de contrarrestar o delimitar el poder y la tendencia unilateral de los Estados Unidos? ¿Podrá Europa aceptar este reto que la convierta en el actor que participe en la decisión de un futuro de seguridad internacional más coherente y de decisión compartida?

Ciertamente, aún queda mucho camino por recorrer; como se ha podido apreciar, la consecución de una postura común que represente la voluntad europea exige el tener un pensamiento único y firmemente arraigado que todavía no posee la Unión Europea. Tras unas primeras críticas de determinados países frente a la entrada en guerra de los americanos en Irak, la protesta europea disminuyó rápidamente de intensidad y podría decirse que, de forma rápida, desapareció. Los europeos ni siquiera en este momento reclaman seriamente por la violación de los derechos de sus propios ciudadanos que se encuentran en una situación de “ausencia de derecho” por ejemplo en la Base naval de Guantánamo; Estados Unidos no reconoce la aplicación del articulado de los Convenios de Ginebra y de la Haya más que a los súbditos afganos, por lo que a los europeos implicados de algún modo en el conflicto de la lucha contra el terrorismo de Al-Qaeda no se les aplica.

Los europeos han dicho de manera extremadamente clara que se oponen al ataque contra Irak...Sin embargo, tal y como están evolucionando las cosas, podemos predecir que si los Estados Unidos, por razones que corresponden al análisis que ellos hacen de la situación del Próximo Oriente, de la situación internacional, probablemente los europeos no irán más allá de una protesta simbólica (9).

Transcurridos dos años de los atentados del 11 de septiembre, las consecuencias del mismo siguen siendo un espejismo. Las victorias militares en Afganistán e Irak parecen no haber debilitado al internacional grupo terrorista Al-Qaeda; entre otras razones expuestas por el experto en terrorismo y asesor de la ONU Roland Jacquard, está la presunción de que Al-Qaeda se habría implantado en el mundo entero a través de una suerte de franquicia terrorista, en donde

(9) CEPEDA, JOSÉ. “Seis meses después: la ausencia europea”. Entrevista a Ignacio Ramonet. Radio Nederland. 11 de marzo de 2.002.

cada una de estas filiales a su vez habrían adquirido independencia económica y autonomía tanto para escoger el blanco como para ejecutar futuros ataques. Hace apenas dos semanas, la última semana de septiembre, fue el presidente Bush quien, dirigiéndose a su nación, declaraba que Estados Unidos se encontraba “muy amenazada y que los terroristas podrían haber encontrado sus bases de desarrollo y logísticas en Europa”.

Ante la respuesta dada por las naciones europeas a la intervención en Irak, cabría plantearse si, en la actualidad, habría que esperar a que se destruyera no sólo dos torres sino una ciudad entera para que se conforme un frente unido y decidido que le haga la guerra al terrorismo, sin que dicho frente sea criticado y sabotado por arrogante. La decisión tomada por Estados Unidos a comienzos del año 2.003 para sacar del poder a Saddam Hussein, provocó dos consecuencias de profundo calado en las organizaciones de seguridad y defensa internacionales: la aparición de un cisma trasatlántico que hizo temblar el vínculo en que se asienta la OTAN y la reafirmación, por parte de algunos países (Alemania y Francia a la cabeza) de la necesidad de la creación de una organización de defensa única y exclusiva de Europa y para los europeos (¿el espíritu de Monet?).

El reciente ataque a la sede de la ONU en Bagdad demuestra que el terrorismo no solamente arremete contra el unilateralismo norteamericano. Al tiempo que las fuerzas de la coalición encuentran dificultades para establecer el orden y cubrir las necesidades al menos de agua y electricidad para la población, aumenta la solicitud del presidente Bush a la comunidad internacional para que aumenten su ayuda; parecería que a medida que aumenta el caos en Irak disminuye el número de países candidatos a echarle una mano a los norteamericanos para restablecer el orden en aquella nación. Esta mezquina y revanchista actitud de algunos países europeos, entre ellos particularmente Francia, estaría menospreciando el poder y la fuerza del ejemplo que sería el hecho de que Irak, país que cuenta con los recursos humanos y naturales indispensables, se convierta en una próspera democracia regional.

Estados Unidos y Europa occidental tienen en la actualidad visiones del mundo, de la política y ambiciones que divergen de manera significativa y, por lo tanto, es una ficción seguir sosteniendo que existe entre ambos una comunidad de valores e intereses semejante a la que les unió cuando se enfrentaban al nazismo y a Hitler. Desde la posguerra, Europa habría ido renunciando gradualmente a la política de poder hobessiana en nombre de una política de negociación, apaciguamiento, multilateralismo que podría desembocar algún día en el mundo de

paz y legalidad previsto por el Secretario actual de Naciones Unidas. Europa, consecuentemente, ha ido reduciendo su presupuesto en defensa que, en la actualidad, se hallan alrededor de los 180 billones de dólares, mientras que la amenaza terrorista ha provocado el que los presupuestos del mismo capitulado para Estados Unidos está alcanzando los 500 billones.

La explosión de pacifismo que ha vivido Europa con motivo de la guerra no es un sobresalto circunstancial, sino la secuela lógica de una política que, de manera sistemática, han aplicado los gobiernos democráticos de Europa desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Europa ha podido construir un gran sistema de protección social e invertir masivamente en infraestructura, reconstruir y modernizar sus industrias, desarrollar su educación y lograr importantes progresos en la investigación tecnológica y científica. Gracias a todo ello, los ciudadanos europeos tienen unos niveles de vida y unas oportunidades que jamás conocieron en su historia. La Europa posmoderna no quiere ni tiene los medios para liderar el mundo y para afrontar militarmente los peligros que amenazan occidente, entre los que cabe resaltar principalmente el terrorismo, sin descartar el integrista islámico y los estados en continua ebullición como Irak, Libia y Corea del Norte. Podría haber en el futuro entre Europa y Estados Unidos colaboración amistosa, siempre y cuando aquella no pretenda contrarrestar las políticas de poder de éste, sino, más bien, las asista y complemente impregnándoles un matiz propio.

La alianza atlántica, mellada en estos días por la torpe manifestación oportunista de antiamericanismo, deberá restablecer en el futuro cuando, apagados los ecos de la guerra de Irak, y sacando Europa las conclusiones pertinentes del alborozo con que millones de iraquíes han celebrado la caída de Saddam Hussein, tome conocimiento de lo indispensable de aquella alianza para su seguridad. Es cierto, desde un punto de vista relativo, que los Estados Unidos, como se preocupa de enfatizar Ramonet en tono más de crítica que de aceptación, pueden prescindir de Europa sin que les signifique una merma importante en el ámbito militar o en el económico, o quizá en ambos a la vez. No sería válida esta afirmación en lo político. Sin la alianza con la Europa occidental, la cultura democrática a la que se debe el poder político que la ha convertido en superpotencia mundial, sufriría un deterioro y se provocaría un tremendo desplome. La alianza del superpoder con la vieja Europa, cuna de la libertad y proceso al que debe el mundo lo mejor que le ha pasado, es, precisamente ahora que el mundo no encuentra competidores cercanos sino amenazas totalmente compartidas, la mejor manera de mantenerse en la buena tradición que tanto exaltó Tocqueville.

Los peligros que conlleva la conquista por un país occidental de un estado musulmán en el contexto actual han sido denunciados por Francia y Alemania. En realidad, pocos europeos esperaban tanta suerte de independencia de Europa frente al gran hermano americano. Basta con ver cómo, desde el primer minuto, el Reino Unido, Italia y España se lanzaron a apoyar la postura mantenida por el gobierno de Washington. Al principio, en la propia Francia, muchos pensaron que la actitud de Chirac era una mera gesticulación, una actitud simpática pero sin trascendencia, destinada a la opinión pública interna. Se estimaba que la fecha límite para la resistencia francesa era la de la presentación de las pruebas contra Irak por Colin Powell en la ONU. Pero no fue así. París declaró que nada había cambiado, que las pruebas no eran convincentes, y contraatacó proponiendo o duplicar o triplicar el número de inspectores de la ONU en Irak.

Francia tenía su postura decidida desde un principio, algo de lo que Chirac sabe mucho ya que siendo primer ministro no hizo ascos éticos para que desde 1.975 Francia participara en tan lucrativo negocio armamentístico; incluso llegó a autorizar la venta de tecnología nuclear a los iraquíes, pues, la política francesa, en palabras de Chirac “no estaba dictada únicamente por el interés, sino también por el corazón”, tal y como ha demostrado recientemente el crear con el canciller Schroöder su cacareado eje antibelicista europeo.

Ramonet piensa que el juego que ha de desempeñar Europa en el contexto de las Naciones Unidas tiene que ser mucho más importante;

todo el mundo pensaba que la ONU supondría el “fin de la historia”, el objetivo supremo de la civilización, la supresión de las guerras y la sustitución de los conflictos armados por la negociación entre las naciones. Pero la situación en la que estamos hoy y con la arrogancia de Estados Unidos en particular hace que la ONU esté marginada cada vez más y pueda acabar por desaparecer. Sería una tragedia.

¿Qué opina del apoyo del gobierno español al hipotético ataque de Estados Unidos a Irak? Lo encuentro bastante triste. Hay varios países europeos, España, Reino Unido, Italia... que, antes de haberlo discutido en el Parlamento, antes de haber visto las pruebas que Estados Unidos dice tener, antes de haber constatado que Irak no quiere que los observadores de la ONU entren, ya han dado su

acuerdo a los EE.UU. para lanzar este ataque, antes de que las Naciones Unidas lo hayan decidido. Creo que algunos gobiernos europeos están trasgrediendo una línea que separa el hecho de ser aliado a ser vasallo. Creo que las sociedades europeas no aceptan que sus gobiernos se autodeterminen como vasallos. Está en juego la independencia nacional, la soberanía nacional y la democracia (10).

Quizá sea el momento, después de dos largos años de tensiones y consecuencias, de asombrarse menos y preguntarse más sobre las heridas del mundo. Esto parece haberlo hecho más Europa que la administración Bush, apremiada entre la proclamada necesidad de venganza y el razonable temor de no lograr infligir un castigo decisivo al exiliado, ahora enemigo; de actuar en un ámbito incierto, de una situación fluida y transversal, con demasiados puntos de apoyo y demasiados focos.

La ofensiva llevada por Estados Unidos contra Irak y su régimen dictatorial se enmarca en su voluntad de controlar el Sudoeste asiático, una zona estratégica y rica en petróleo. La “guerra santa” que están llevando contra el terrorismo se beneficia de la inexistencia de una política exterior europea y está continuamente dando reveses a la Organización de las Naciones Unidas. Todo esto está permitiendo a Rusia acentuar su política represiva contra Chechenia y al gobierno israelí proseguir sus acciones de anulación de la existencia palestina. La sombra de la guerra planea sobre el desarrollo de las políticas, de los compromisos y de las relaciones comerciales entre los dos continentes.

A partir del momento en que Francia tomó su postura de fuerza contra la decisión de Estados Unidos, toda Europa pudo comprobar que la resistencia de París iba en serio. Y París y Berlín crearon una dinámica internacional que, con el apoyo de Moscú y Pekín, pasaba por la amenaza del derecho de veto en el Consejo de Seguridad.

Estamos en una situación en la que los Estados Unidos han decidido después del 11 de septiembre, asumir lo que en realidad ya era su papel, pero que no explicitaba. Es decir, el hecho de llevar a la práctica la hegemonía militar, política, económica, tecnológica y cultural de los Estados Unidos en el mundo. Hemos visto cómo han marginalizado ahora ya sin siquiera respetar las formas, a

(10) RAMONET, IGNACIO. “El gobierno español ha pasado de ser aliado a ser vasallo de Estados Unidos”. Entrevista en Terra. Septiembre de 2.002.

la Organización de Naciones Unidas, y por consiguiente los Estados Unidos están llevando a cabo como les da la gana, la política que corresponde a lo que ellos definen como sus intereses estratégicos. Los estados europeos sólo tienen ahí una función de aliados y fuera de esa función de aliado que consiente, los Estados Unidos no aceptarán cualquier otra posición europea. Por consiguiente, es una situación, digamos, peligrosa para el contexto internacional (11).

La actual guerra mundial contra el terrorismo y la propaganda que la acompaña pueden dar la impresión de que no hay más terrorismo que el islamista. Evidentemente, no es así. En el momento mismo en que se desarrolla esta nueva guerra mundial, diversas organizaciones terroristas siguen actuando en casi todos los rincones del mundo no musulmán. ETA en España, Las FARC y los paramilitares en Colombia, los neomaoiístas en Nepal, etcétera. Y hasta hace bien poco, el IRA y los protestantes unionistas en Irlanda del Norte. Europa sangra desde hace muchos años por los atentados terroristas.

En la actualidad, se acepta de forma general que el uso de la violencia terrorista en un contexto de auténtica democracia política (como en Irlanda del Norte, País vasco español o Córcega) resulta inadmisibile. Pero, al albur de las circunstancias, casi todas las familias políticas han reivindicado el terrorismo como principio de acción. El primer teórico que propuso una doctrina del terrorismo fue el republicano alemán Kart Heinzen, en su ensayo Der Mord (el asesinato), de 1.848, donde afirmaba que todos los medios, incluido el atentado suicida, son buenos para acelerar el advenimiento de ¡la democracia! (12).

La guerra contra el terrorismo presenta, tanto para Europa como para los Estados Unidos, el mayor interés para legitimar las más diversas prácticas represivas en el interior mismo de los estados soberanos que sienten amenazados los pilares de la unión de sus regiones, lo que no era posible ni tan siquiera considerar con las coberturas ideológicas de antaño, con caras pretensiones expansionistas, salvo en el caso de actuaciones dentro del derecho internacional o la injerencia humanitaria. En todos los países occidentales, tanto en América del Norte como en Europa del Oeste, la guerra contra el terrorismo ha servido de pretexto para introducir medidas que atentan contra las libertades públicas y los derechos humanos. Y no es ciertamente una

(11) CEPEDA, JOSÉ. “Seis meses después: la ausencia europea”. Entrevista a Ignacio Ramonet. Radio Nederland. 11 de marzo de 2.002.

coincidencia el que estas medidas hayan sido adoptadas dentro del rastro de una escalada de represión seguida por un movimiento de resistencia contra la mundialización neoliberal.

Nuestro autor expone que en el plano geopolítico Estados Unidos se encuentra en una situación hiperhegemónica que nunca en la historia ningún país conoció. Militarmente, su fuerza es aplastante. No sólo son la primera potencia nuclear y espacial, sino también marítima. Son los únicos que poseen una flota bélica en cada uno de los principales mares del planeta; y cuentan con bases militares, de avituallamiento y de escucha en todos los continentes. Aunque no hayan podido prever los atentados del 11 de septiembre, ni capturar a Bin Laden, sus Fuerzas Armadas poseen, en materia de armamento, varias generaciones de adelanto. Pero si Estados Unidos se mantiene como primera potencia del planeta no será gracias al poder que otorga una supremacía militar que, por lo demás —ahí reside la paradoja— ya no puede dominar el mundo. Ésta es la alternativa: utiliza sabiamente el poder en beneficio de todos.

Joseph S. Nye aporta una nueva visión a la supremacía americana sobre Europa; reconoce que en la era de la globalización ninguna superpotencia podrá controlar y dirigir el mundo a su antojo. Por otro lado, este autor propone el paso del liderazgo a la cooperación, y del poder duro al poder blando. Hay que mostrar sensibilidad hacia las preocupaciones de los aliados, impulsar coaliciones internacionales para afrontar amenazas compartidas como el terrorismo, mediar en los conflictos, ratificar tratados internacionales, fomentar una economía abierta, cooperar en el desarrollo, y conseguir adhesiones gracias a valores del sistema como la libertad, el respeto al individuo, el crecimiento y la apertura.

Iniciada la “aventura de Irak”, ¿puede Europa oponerse a esta peligrosa aventura que ha comenzado? Si, ¿cómo? En primer lugar, utilizando su doble derecho de veto (Francia, Reino Unido) en el seno del Consejo de Seguridad de la ONU. En segundo lugar, bloqueando el instrumento militar de la OTAN, con el que cuenta Washington para su expansión imperial y cuya utilización está sometida. Pero, en los dos casos, éstos deberían entonces comportarse como verdaderos socios. Los europeos se sienten orgullosos de mantener una actitud, entre algunos colectivos, de radical rechazo a la guerra y la asimilan a un hito de civilización. Su origen se pierde en el tiempo, pero es evidente que el drama de las dos guerras y los conflictos descolonizadores produjeron un enorme impacto entre la población. Es este el pensamiento de Florentino Portero, para quien la guerra es un hecho profundamente humano, que nos horroriza y

avergüenza ya que siempre va acompañada de sufrimiento y marca de por vida a aquellos que la han sufrido.

Europa tiene mucho que decir, pero antes de afrontar retos hacia el exterior, antes de convertirse en salvaguarda compartida con el macroimperio, debe entender que su fuerza ha de residir en una política común de seguridad y defensa asentada en fuertes lazos de vocación común y de intereses compartidos; esa es su fuerza y su debilidad, y ese ha de ser su punto de partida principal.

CAPÍTULO SÉPTIMO

**THÉRÈSE DELPECH. CAOS MUNDIAL, TERRORISMO
INTERNACIONAL**

THÉRÈSE DELPECH. CAOS MUNDIAL, TERRORISMO INTERNACIONAL

POR VICENTE HUESO GARCÍA

A pesar de haber irrumpido hace relativamente poco tiempo en el pensamiento estratégico europeo, Thérèse Delpech tiene una intensa presencia tanto dentro de Francia como en el ámbito internacional en relación con los temas de seguridad. Directora de los Asuntos Estratégicos en la Comisaría de la Energía Atómica desde 1997. Miembro de UNMOVIC (Comisión de Inspección, Verificación y Vigilancia de Naciones Unidas para Irak) e investigadora asociada en el Centro de Estudios de Investigaciones Internacionales (CERI). También ha sido asesora técnica en temas político-militares en el Gabinete del Primer Ministro de Francia entre 1996 y 1997. En los años que van desde 1987 a 1995 fue Directora Adjunta de Asuntos Internacionales (sobre aspectos estratégicos, de defensa y no-proliferación) en la Comisaría de la Energía Atómica.

Ha publicado las siguientes obras: *“L’Héritage nucléaire”* (Complexe, 1997), *“La guerre parfaite”* (Flammarion, 1998), *“Politique du Chaos”* (Le Seuil, 2002) e *“International terrorism and Europe”* (Institute for Security Studies, nº 56, 2002). Donde mejor se refleja su labor intelectual en el campo de la seguridad internacional es en los numerosos artículos publicados en revistas especializadas y en sus intervenciones en diferentes foros internacionales. Entre ellos se pueden citar en relación con el tema que nos ocupa, *“Les paradoxes du désarmement”*, La revue internationale et stratégique, nº 30, 1998; *“Restoring Compliance”*, New Horizons and New Strategies in Arms Control, Sandia National Laboratories, 1998; *“The Future of the Transatlantic Relations; Three Scenarios”*, Transatlantic Relations in Transition, Campus Verlag, 1998; *“US Ballistic Missile Defense. A French View”*, Disarmament Diplomacy, 2000; *“Transparency, Verification and Safeguards”*, SIPRI, Nobel symposium proceedings, 2001; *“Convincing the Allies, a Difficult Objective”*, Pugwash Occasional Papers, 2001; *“La parole est à la défense”*, Critique

Internationale, nº 13, 2001; “*Face aux nouvelles menaces, quelle coalition antiterroriste?*”, Esprit, 2001; “*Embracing Death*”, Internationale Politik, 2001; “*The Imbalance of Terror*”, Washington Quaterly, 2002; “*Le risque d’usage augmente*”, Les Cahiers de Mars, 2002; “*Major Powers in the 21st Century*”, Occasional Paper, nº 8, Monterrey Institute of International Studies, 2002; “*L’ère de la guerre asymétrique est-elle arrivée?*”, La Revue Socialiste, nº 8, 2002; “*Quatre regards sur le 11 Septembre: Etats-Unis, Europe, Russie, Chine*”, Esprit, 2002.

INTRODUCCIÓN

Los atentados terroristas perpetrados en Nueva York y Washington por miembros del grupo Al-Qaeda el 11 de septiembre de 2001 pusieron de manifiesto, una vez más, que la seguridad comprende no solamente aspectos objetivos, sino también emocionales y subjetivos. Es decir, la seguridad es en esencia “una situación”, la de estar protegido frente a los posibles riesgos o amenazas pero también “un sentimiento”, el de sentirse seguro, protegido.

Para que cualquier sistema de seguridad, nacional o internacional, sea efectivo se requiere que realidad y percepción coincidan. Después del fin de la Guerra Fría la euforia se apoderó dentro de la ciudadanía, principalmente dentro de los Estados del mundo occidental. Es el periodo de los dividendos de la paz. En definitiva, lo que se estaba diciendo es que la dimensión militar de la seguridad ya no sería necesaria, en parte porque los ciudadanos no percibían riesgos que pudieran afectar a sus valores, intereses y estilos de vida. Consecuentemente, nuevas definiciones de seguridad aparecieron, dando mayor énfasis a los aspectos medioambientales, económicos, diplomáticos, etc. Publicaciones como la de Francis Fukuyama, “*El final de la historia y el último hombre*” consideraban que el triunfo de la democracia liberal, como forma más perfecta de gobierno, traería el final de la historia; el final de las guerras, pues entre países que comparten esta forma de gobierno no se dan las guerras. Algunos llegaron incluso a creer que había llegado el momento de que se hiciera realidad la profecía de Isaías y las espadas podrían fundirse para hacer arados.

Sin embargo, este ambiente de optimismo no era compartido por la inmensa mayoría de los expertos de las relaciones internacionales y por las mismas organizaciones internacionales de seguridad y defensa. Todos ellos advertían que el ambiente de seguridad había cambiado en el mundo, y a que nuevos riesgos de carácter principalmente global amenazaban a la sociedad. Esa

nueva realidad emergente, como consecuencia del proceso del colapso del comunismo y del fin de la confrontación Este-Oeste, no fue percibida así por la mayoría de los ciudadanos y, por tanto, la presión de estos a sus líderes políticos fue dirigida a relajar esos dispositivos de seguridad. Una vez más, realidad y percepción no coincidían.

La Alianza del Atlántico Norte en el primer Concepto Estratégico aprobado por los Jefes de Estado y de Gobierno en Roma el 8 de noviembre de 1991 después de la Guerra Fría, ya dejó claro que tras la desaparición de la Unión Soviética y del Pacto de Varsovia, habían nacido nuevos riesgos que podían poner en peligro la seguridad de los aliados por ser “multidireccionales y complejos”, lo que les convertía en más difíciles de prever y analizar. Los nuevos riesgos podían proceder de las graves dificultades económicas, sociales y políticas, incluidas las rivalidades étnicas y las disputas territoriales. Además, ese Concepto Estratégico ya señalaba a las acciones terroristas, junto con la proliferación de armas de destrucción masiva, la ruptura de los aprovisionamientos de los recursos vitales y sabotajes como riesgos de naturaleza más amplia que podrían afectar a los intereses de seguridad de la Alianza. La OTAN contemplaba en ese documento la necesidad de coordinar esfuerzos, siempre que fuera necesario, incluida la respuesta a tales riesgos.

El Concepto Estratégico (CE) aprobado en 1999, sigue resaltando al terrorismo como uno de los riesgos latentes que pueden afectar a los intereses de seguridad de la Alianza, mientras que en la Declaración de Washington, que precede al CE, se define al terrorismo como “una grave amenaza para la paz, seguridad y estabilidad, que puede poner en peligro la integridad territorial de los Estados” (1).

Otra organización clave en términos de seguridad para Europa, la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE) ya alertaba en la propia “Carta de París para una Nueva Europa” en 1991, que aunque la era de confrontación y división de Europa había terminado, existía el riesgo que determinadas actividades, como actos criminales o prácticas terroristas, pudieran amenazar la estabilidad de las sociedades en su área de responsabilidad. También los Jefes de Estado y de Gobierno llamaban a cooperar, bilateral o multilateralmente, para erradicar dichas amenazas.

(1) CARACUEL RAYA, MARÍA ANGUSTIAS, “*La OTAN ante la cumbre de Praga*”, Real Instituto Elcano, 2003.

Cinco años más tarde, en la “Declaración de Lisboa sobre un Modelo Común y Global de Seguridad para Europa en el Siglo XXI”, subrayaba con mayor contundencia que en la Carta de París, que existía una amplia gama de desafíos para la seguridad europea, entre otros se mencionaban: la violación de los derechos humanos, los nacionalismos agresivos, el terrorismo y la delincuencia organizada.

Finalmente, la “Carta sobre la Seguridad Europea” de Estambul de 1999, se volvía a advertir que el terrorismo internacional, los extremismos violentos, la delincuencia organizada y el tráfico de drogas suscitan problemas cada vez más graves para la seguridad. Además se afirmaba que: *“El terrorismo, en todas sus formas y manifestaciones y sean cuales fueren sus motivos, es inaceptable. Intensificaremos nuestros esfuerzos por evitar la preparación y financiación en nuestros territorios de cualquier acto de terrorismo, y por denegar todo refugio seguro a los terroristas”*.

Estas organizaciones llamaban a los Estados parte para llevar a cabo los ajustes estructurales necesarios dentro de esas mismas instituciones internacionales y para proporcionar los medios adecuados que permitiesen afrontar los nuevos desafíos, entre ellos el terrorismo. Sin embargo, los dispositivos de seguridad y defensa no evolucionaron a la misma velocidad que se asentaban esas amenazas. Ello se achacó a la falta de voluntad política de los Estados.

Esta situación aparente de falta de determinación frente a los riesgos emergentes por parte de la comunidad internacional estaba respaldada por la mayoría de los ciudadanos. En efecto, la realidad de la seguridad, manifestada en parte en las declaraciones finales de las organizaciones internacionales de seguridad y defensa, no coincidía con la percepción de la mayoría de los ciudadanos. Las sociedades desarrolladas se sentían seguras, protegidas. Más aún, esos posibles riesgos los consideraban remotos y era poco probable para que afectaran a sus valores, intereses y modos de vida.

De esta manera, la percepción de la seguridad por parte de la mayoría de los ciudadanos de sus respectivas sociedades desarrolladas se distanciaba, cada vez más, del rumbo que dictaban los acontecimientos y vaticinaban los expertos. En determinadas sociedades se iba difundiendo la idea de que era posible una seguridad total. La profecía que se cumple a sí misma de Thomas,

señalaba en este sentido: “*Si los individuos definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias*” (2).

Con respecto al terrorismo internacional, la situación era más ambivalente. De partida no existía un concepto claro y admitido por la comunidad internacional que limitara de manera nítida los variables que forman parte de la ecuación de este fenómeno. En unos casos, el terrorismo se valoraba como un tema doméstico que afectaba a determinados Estados o áreas geográficas. En otros casos, se consideraba como acciones esporádicas que nunca les llegarían a afectar. En definitiva, estas posiciones ambiguas y egoístas de los actores estatales, apoyadas por sus respectivas opiniones públicas, contribuyeron a que, a pesar de valorar el terrorismo como una verdadera amenaza, no se tomaran las decisiones necesarias de manera multinacional para disipar ese riesgo, tal y como las declaraciones finales de las organizaciones internacionales reclamaban a partir de los años noventa.

Los atentados del 11 de septiembre conmocionaron, por el traumático despertar del plácido sueño en el que estaba sumido, a una gran parte de las sociedades desarrolladas y complejas. Los ciudadanos descubrieron en ese momento que sus sociedades eran vulnerables y que la sensación de seguridad que tenían no era coincidente con la realidad. Esa fecha marcó el punto de inflexión para que los individuos comenzasen a advertir que los dispositivos de seguridad y defensa con los que contaban sus Estados, de forma unilateral o colectivamente, estaban mal equipados para hacer frente a esa amenaza y que su carácter era global, tanto en los medios que utilizaban como en el espacio geográfico de actuación.

La repetida falta de voluntad política reinante durante mucho tiempo dio paso a una serie de declaraciones y, sobre todo, de decisiones en todos los ámbitos que hizo avanzar más en unos meses en la lucha contra el terrorismo que en todo el decenio anterior. La solidaridad y la cooperación contra el terrorismo se materializó en la Resolución 1373 (2001) del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas por la que se adaptaba unánimemente una amplia gama de medidas antiterroristas. El 21 de septiembre el Consejo Europeo de la Unión declaró su total solidaridad con los Estados Unidos en una reunión extraordinaria para analizar la situación internacional después de estos ataques. Al mismo tiempo el Consejo del Atlántico Norte en la declaración del 12 del mismo mes consideró ese ataque como una acción cubierta por el artículo 5 del Tratado de Washington.

(2) MERTON ROBERT, “*Teoría y estructura sociales*”, 3ª ed, México, FCE, 1987, pag, 506.

La sucesión rápida de todos estos acontecimientos junto con las manifestaciones emocionales de diferente índole, ha hecho difícil valorarlos de manera fría y coherente. Por eso, muchos investigadores se han puesto en marcha para intentar buscar las razones verdaderas de esos fenómenos, sobre todo en lo que al terrorismo se refiere.

Para ampliar y profundizar en este campo, se han seleccionado el pensamiento aportado por Thérèse Delpech. Esta francesa, especializada en cuestiones nucleares y de seguridad internacional, posiblemente no sea aún un clásico en el campo de la seguridad debido a su juventud. No obstante, en los últimos años ha dedicado todo su esfuerzo para conocer cuáles son las claves que gobiernan el mundo de la posguerra fría y, de hecho, hoy está presente en la mayoría de los foros donde se habla de seguridad europea.

Tal vez, por lo reciente de los hechos que analiza, no es posible juzgar la validez de las tesis que presenta en su obra, pero ella tiene la virtud de ordenar toda la avalancha de hechos que han acontecido en un corto espacio de tiempo e invita a reflexionar para encontrar las causas que han dado lugar a tales sucesos.

La tesis que está presente a lo largo de su obra es que la violencia que sufre actualmente el mundo, cuya máxima expresión es el terrorismo, es una consecuencia del desorden del sistema internacional desde el final de la Guerra Fría. La mundialización es para ella un fenómeno que merece su atención. Delpech cree que la globalización no solamente se traduce en un desarrollo creciente de los intercambios de bienes, sino también favorece el contagio del “mal”. El terrorismo considera que se está beneficiando de las fallas que este proceso está originando.

Otro aspecto que estudia como posible causa que contribuye al terrorismo es la crisis de los Estados. El siglo XX ha sido el de la hipertrofia de los Estados, el siglo XXI tal vez sea el de los Estados fallidos. La pérdida de control de los Estados, se pregunta la autora, puede suponer que estos no sean capaces de garantizar la seguridad de sus ciudadanos e incluso puedan ser utilizados por grupos terroristas como base territorial para posteriormente llevar a cabo sus acciones en cualquier parte del planeta.

Las armas de destrucción masiva también son tratadas por Delpech, pues los terroristas se pueden beneficiar de la proliferación de esas armas. Los principales grupos terroristas han

mostrado un interés creciente por poseer este tipo de armas. La falta de control de ellas pone en peligro la estabilidad internacional. Los últimos atentados terroristas han demostrado que los terroristas eran individuos cultos y técnicamente capaces de asimilar los conocimientos que requieren la utilización de las armas de destrucción masiva, sobre todo las bacteriológicas y las químicas.

Finalmente, a partir del 11 de septiembre, valora el papel de los europeos y de la Unión Europea en la lucha contra el terrorismo y la diferencia de percepción entre los aliados de una orilla y otra del Atlántico.

LA OTRA CARA DEL FINAL DE LA GUERRA FRÍA

Son muchos los autores que han estudiado, desde diferentes ópticas y campos de investigación, qué tipo de sistema internacional es el que impera en el mundo después del final de la Guerra Fría. Thérèse Delpech no es una excepción. Ella intenta explicar el afloramiento de riesgos asimétricos a la seguridad por la política de caos que se inició con el hundimiento del orden bipolar y que ha seguido por la falta de capacidad de la sociedad internacional para reemplazarlo por otro.

Al periodo transcurrido desde que se arrió la bandera de la Unión Soviética en el Kremlin hasta el ataque terrorista en las torres Gemelas se ha denominado de manera ambigua: la posguerra fría. En este espacio de tiempo muchos son los elementos que han aparecido en la sociedad internacional para modificar la naturaleza de la seguridad. Las esperanzas iniciales por el colapso del comunismo, la reunificación de Europa y la colaboración de las grandes potencias en la primera Guerra del Golfo, dio paso a la inquietud, por el aumento de los conflictos étnicos en los Balcanes, Indonesia y África; por los ensayos nucleares de India y Pakistán que aportaban la prueba que la amenaza atómica podía renacer bajo otras formas y, por la posibilidad de que nuevos países, como Corea de Norte, pudieran contar con armas nucleares. El desvanecimiento del sueño de un mundo más seguro llevó a los Estados Unidos a fomentar el interés por instalar un sistema de defensa antimisiles frente a la amenaza que suponía para sus intereses la posesión de misiles balísticos en manos de Estados denominados “rogue countries” (Estados irresponsables).

La cuestión central del debate entre Estados Unidos y sus Aliados a principios del año 2001 era si este tipo de defensa antimisiles incrementaría la seguridad internacional o, por el contrario, aportaría más inseguridad. A todos estos acontecimientos se unía lo que se había acuñado como guerra asimétrica, es decir, la nueva capacidad de los países pocos desarrollados y de pequeños grupos de individuos para desafiar a los Estados más poderosos con estrategias sorprendentes. Por otro lado, el fenómeno de la globalización, no bien definido todavía, tenía efectos no deseados para la seguridad. También la revolución de la información contribuyó a cambiar la naturaleza del conflicto, aunque no se ha valorado todavía bien su alcance. Todo estos elementos han hecho que las esperanzas de contar con un nuevo orden mundial se hayan desvanecido a principios del siglo XXI, afirma Delpech.

Los atentados terroristas del 11 de septiembre para esta autora no tienen una explicación en el pasado y abren una nueva fase histórica. Lo más significativo para ella ha sido que una organización no estatal, en una época de paz, sea capaz de golpear el corazón de la primera potencia mundial. Pero este acontecimiento es la manifestación expresa de una falta de orden, pues estamos inmersos en una política de caos desde la caída del muro de Berlín. Dos aspectos son los que están favoreciendo el aumento de riesgos asimétricos, entre ellos el terrorismo: la pérdida de control de los Estados y la globalización.

Thérèse Delpech señala que hoy, al menos en numerosas regiones del mundo como: África, Asia Central, Europa Oriental y en una parte de América Latina, los Estados no controlan más que una parte de su territorio, son los denominados “Estados fallidos”. La falta de control por parte de los respectivos gobiernos genera un conjunto caótico en donde se dan toda clase de actividades ilícitas, desde el tráfico de drogas y armamentos hasta el establecimiento de manera permanente de organizaciones terroristas internacionales. Actualmente nadie se sorprende que Afganistán fuese el Estado elegido por la red terrorista de Ossama bin Laden para ser la base principal de sus actividades, pues reunía requisitos suficientes para estar dentro de la categoría de “fallido”. Era un país desgarrado después de más de veinte años de guerras, estaba desprovisto de un gobierno legítimo y el comercio de la droga se había convertido en la principal fuente de riqueza. Sin embargo, advierte esta autora francesa, este país no es el único caso. Somalia, Yemen, Sudán, Indonesia o Filipinas son otros países que son utilizados por redes terroristas de diferente índole por la falta de capacidad de ejercer sus gobiernos autoridad sobre el espacio de soberanía.

El fenómeno del Estado fallido se extiende también de manera generalizada a los territorios que comprendían la antigua URSS. Delpéch incluye a Ucrania, Georgia y los nuevos Estados de Asia Central e incluso a la propia Rusia. En ellos se produce toda clase de tráfico ilícitos y de actividades criminales, que debido a la cercanía de Europa tienen efectos directos sobre su seguridad. En este sentido señala que esta situación favorece el tráfico de armas de destrucción masiva, especialmente las nucleares. De hecho, las tres últimas actuaciones policiales contra el tráfico ilegal de material nuclear tuvieron lugar en Bulgaria, Georgia y París, donde requisaron algunos gramos de uranio enriquecido procedentes de Rusia.

Estos conjuntos de territorios bajo la ley de caos son origen de inestabilidad y de inseguridad que contamina al resto del mundo. Hasta los atentados terroristas perpetrados en Washington y en Nueva York, esta anomia no ha sido vista como fuente de riesgos para los intereses fundamentales de los Estados desarrollados. Más bien, ellos han decidido intervenir de manera selectiva en aquellos lugares donde, además de tener lugar una flagrante violación de los derechos humanos, podían tener alguna consecuencia para la estabilidad mundial y, por ende, para sus respectivos intereses nacionales.

El respeto al derecho humanitario, desde el punto de vista de esta escritora, no es suficiente para proyectar estabilidad en el mundo, es necesario más, reemplazar anomia por orden. Hay que volver a recuperar el concepto de soberanía de los Estados. Los Estados tienen tal atributo para asegurar la esencia de su función: la seguridad de los ciudadanos. Pero muchos de estos Estados fallidos no pueden salir por sí solos de esta situación. La comunidad internacional, especialmente los países occidentales, han comprometido fuerzas militares para frenar guerras y conflictos, con éxito la mayoría de las veces, pero no han sabido gestionar la vuelta a la normalidad, *nation building*, quizás porque esa misma comunidad no cuenta aún con los instrumentos necesarios para asegurar la transición al orden en las sociedades desgarradas.

Thérèse Delpéch considera que dejar a este tipo de países abandonados a su suerte es una amenaza potencial para la seguridad mundial, ya que los posibles grupos no estatales pueden utilizar el caos y la miseria para establecer en dichos territorios circuitos criminales. Los países occidentales son muy reacios a dejar a sus soldados desplegados durante mucho tiempo una vez que la guerra o la crisis ha terminado; sin embargo, la colaboración para volver a estructurar estos países es clave. En este sentido, Estados Unidos, a partir del desastre de Somalia en 1993, ha sido el más reticente para comprometer sus Fuerzas Armadas en el proceso de *nation*

building. No obstante, después de los atentados terroristas y la posterior intervención militar en Afganistán se está demostrando que la doctrina americana en este campo está cambiando. Es tan importante ganar la guerra o conseguir la paz como, posteriormente, implicarse en crear las condiciones necesarias para que esas sociedades bajo el imperio de la confusión se dimensionen tanto en lo político, económico, social como en lo militar.

Finalmente destaca la situación de continente africano. Para esta autora, África es una verdadera bomba de relojería, pues con un 1% del comercio mundial y un crecimiento demográfico galopante, una parte de la juventud africana puede encontrar una salida fácil en actividades criminales o terroristas. Sin embargo, los europeos, a pesar de su cercanía, no están prestando suficiente atención y ayuda a los Estados más desprotegidos de ese continente. Termina afirmando al referirse al futuro:

El Estado está cada vez más lejos de tener el monopolio exclusivo de violencia. Los concurrentes no estatales pueden tener un creciente éxito en el manejo de la misma —y como ellos no están obligados ni por los tratados internacionales ni por los intereses que condicionan a los gobiernos, sus actos no conocen límites—. Después de haber sufrido la hipertrofia estatal, ¿se ha entrado en la época de la inseguridad del Estado?

Como corolario de lo anterior, la distinción entre actor estatal y no estatal tal vez no es tan relevante como había sido en el pasado. Delpech destaca que una de las lecciones que se desprende de los atentados del 11 del septiembre es la posibilidad que los Estados puedan utilizar en lo sucesivo las organizaciones terroristas para conseguir sus intereses nacionales o negárselos al adversario. Esta posibilidad tiene la ventaja de alcanzar los intereses vitales de un adversario sin arriesgarse a posibles represalias.

Otro aspecto central en la tesis de esta autora es la relación existente entre la globalización (3) y la seguridad internacional. Este fenómeno, más económico que estratégico, está teniendo efectos no previstos por sus promotores. La mundialización en principio debía conducir a una disminución de los conflictos como consecuencia de los beneficios producidos por el desarrollo económico y tecnológico y por el aumento de la transparencia internacional gracias a los medios

de comunicación. Sin embargo, de los atentados terroristas del 11 de septiembre se desprende otra lectura, según señala esta escritora. Los atentados fueron cometidos por terroristas sudaneses y egipcios que habían estudiado en Europa y las acciones terroristas de aquel día han tenido consecuencia en Afganistán, India y Pakistán y, en general, en el conjunto del mundo musulmán e incluso en las relaciones de los Estados Unidos con sus Aliados y con Rusia.

Delpech valora negativamente la globalización desde el punto de vista de la seguridad internacional porque está favoreciendo la proliferación de grupos terroristas y, consecuentemente el incremento de la violencia. Para ella, en un mundo donde cada vez hay más libertad de comercio y el intercambio de mercancías es una norma más que una excepción, los grupos terroristas tienen una mayor facilidad para adquirir todo tipo de instrumentos que precisan para generar violencia. Además, las tecnologías de doble uso son muy difíciles de restringir y también controlar en qué manos caen y con qué fines. Esto es especialmente así cuando los receptores son organizaciones no gubernamentales. Esta situación de permeabilidad entre los Estados, no sólo de medios sino también de métodos e ideas, acrecienta la posibilidad de contagios de conflictos locales o regionales. *“Dentro de la globalización se produce una mezcla que resulta ser a veces explosiva entre proximidad y distancia”*, subraya. El principal peligro de la globalización es la inquietud que genera para la población joven de los países en vías de desarrollo su futuro, dada su falta de integración en la sociedad de la mundialización. Una importante parte de los terroristas de Al-Qaeda que cometieron los atentados eran cultos pero no estaban integrados dentro de la modernidad en un momento en el que una parte de la sociedad internacional está inmersa en la era de la posmodernidad.

La mundialización tiene según esta autora un cierto paralelismo al Antiguo Régimen en Francia, por ser portador de un germen revolucionario. En efecto, durante el curso de los siglos XVII y XVIII se produjo en el país galo una destrucción progresiva de las estructuras intermedias del Antiguo Régimen que desembocó en un aislamiento de los individuos frente al Estado y esto fue una de las principales causas de la violencia revolucionaria. Doscientos años más tarde, se puede ver en la globalización una radicalización a escala mundial de un fenómeno comparable, portador de un nuevo tipo de movimiento revolucionario que expone a los individuos directamente a los dictados de la economía global.

(3) Globalización y mundialización son dos conceptos convergentes, si bien hay autores que piensan que la mundialización es una parte de la globalización referido al aspecto económico. En este trabajo se mencionará

Las nuevas formas de terrorismo, más extendidas en su cobertura geográfica y más brutales en cuanto a sus medios de ejecución, aparecieron casi al mismo tiempo que el triunfo de la mundialización. Afirma esta autora francesa que el terrorismo internacional es la cara oculta de la globalización, como el terrorismo de los años setenta era la cruz de la democracia en Europa. La abstracción de la globalización tiene el germen de las fuerzas revolucionarias. El no comprender esta realidad significa ser víctima de la violencia ciega que encierra.

LAS NUEVAS MANIFESTACIONES DEL TERRORISMO

El terrorismo no es un fenómeno nuevo en la historia de la humanidad, pero se observa que está sufriendo una profunda transformación si se compara con los movimientos terroristas de los años setenta. Estos cambios son tanto cuantitativos como cualitativos. Thérèse Delpech considera que el nuevo terrorismo se caracteriza sobre todo por tener como objetivo el crimen en masa. En los años setenta, por el contrario, los grupos terroristas buscaban su publicidad por medio de acciones selectivas para limitar los daños. A partir de los noventa, los terroristas se apoyan en la destrucción masiva, mediante el asesinato del mayor número de personas, como mejor manera de difundir sus ideas. En el primer atentado contra las torres Gemelas de Nueva York buscaban asesinar 250.000 personas, siguió la masacre de Tanzania y de Kenia hasta llegar a los atentados del 11 de septiembre en el que murieron entorno a 6.000 personas.

El temor a que las acciones terroristas sigan el rumbo del asesinato indiscriminado se acrecienta por el interés mostrado por estos grupos en el empleo de armas de destrucción masiva, lo que se denomina terrorismo NBQ (Nuclear, Bacteriológico y Químico). Esta preocupación está respaldada, señala la autora, por la existencia de varios grupos terroristas que tienen expertos que trabajan en obtener agentes y equipos necesarios para fabricar estas armas. Prueba de ello ha sido el descubrimiento de campos de entrenamiento, como el de Derunta en Afganistán, para formar a los terroristas en la fabricación de armas biológicas y químicas. La constatación del fundamento de estos temores fue el empleo del gas sarín en el ataque de Tokio en 1990 y las cartas con ántrax en los Estados Unidos después del 11 de septiembre.

Delpech piensa que el afán de las redes terroristas por dotarse de armas de destrucción masiva obedece a la estrategia de aumentar el daño de manera indiscriminada en sus acciones

criminales. Además, éstas son atractivas para los terroristas por ser relativamente fáciles su fabricación y utilización y, por los devastadores efectos psicológicos que tienen en la población. Dentro de todo este tipo de armas, las biológicas y químicas, son más fáciles de obtener y manejar, por eso esta escritora advierte que es ahí donde la comunidad internacional debe hacer un mayor esfuerzo para que las organizaciones no estatales no puedan acceder a los componentes a partir de los cuales se pueden fabricar.

Otro aspecto, que para la autora francesa ha supuesto un cambio importante de los grupos terroristas que operan en la actualidad respecto al de los años setenta y ochenta, ha sido la organización. Frente a las estructuras fuertemente jerarquizadas, hoy emplean las estructuras en red, muy móviles, con gran autonomía de decisión en el ámbito local y con poco contacto las unas con las otras. Estas pequeñas unidades pueden desplegarse en un corto espacio de tiempo a cualquier lugar. Su movilidad les permite unirse para actuar y dispersarse rápidamente. La comunicación entre las células se hace a menudo sin referencia a una autoridad central y cuando éstas son desmanteladas, se reemplazan casi instantáneamente. Este tipo de estructura permite disponer de miles de miembros dispersos por todo el mundo. La Fracción Armada Roja tenía 35 miembros, las Brigadas Rojas alrededor 75 y Al-Qaeda se calcula entre 5.000 y 15.000 miembros.

Las redes terroristas se aprovechan cada vez más, afirma Delpech, de las oportunidades que ofrece las nuevas tecnologías de dos maneras fundamentales. Por un lado, permiten conducir a sus organizaciones por medio de los sistemas de información existentes en el mercado para organizar, dirigir y obtener información sobre posibles objetivos y, finalmente, ordenar su ejecución. Además, esta estructura hace posible multiplicar el número de grupos *ad hoc* y los terroristas pueden aprender una gran parte de lo que necesitan saber simplemente por medio de una página web al alcance de cualquier usuario. Por otro lado, el ciberterrorismo es otra amenaza que está presente debido a las posibilidades que ofrece la era de la información. Este tipo de acciones, según la autora objeto de estudio, están llamadas a crecer en los próximos años.

Las sociedades modernas, complejas y desarrolladas, son cada vez más vulnerables al terrorismo en razón de su organización, de su alta concentración humana y de la gestión de los recursos esenciales. Es relativamente fácil atacar cualquier blanco de una lista sinfín de objetivos vitales para el desarrollo normal de este tipo de sociedades. En la medida que los objetivos son menos selectivos para limitar el daño, aumenta el número de ellos: colegios, redes eléctricas,

concentraciones humanas, etc. Los documentos capturados a los terroristas de Al-Qaeda en Afganistán no hacen más que confirmar esas sospechas.

Posiblemente en un mundo desarrollado, donde las grandes ideologías revolucionarias se han ido marchitando, el concepto de suicidio ha perdido sentido. Sin embargo, en la medida que el radicalismo político, basado en esas ideologías revolucionarias, está siendo reemplazado por los fundamentalismos religiosos, este concepto vuelve a aflorar en el lenguaje de aquellos cuyas ideas intentan imponer antes que proponerlas a los demás. El suicidio es uno de los principales instrumentos que emplea los grupos terroristas con fundamentos religiosos radicales contra un mundo hedonista que teme a la muerte más que a cualquier otra cosa.

El terrorismo que tiene como base algún tipo de fundamentalismo religioso, morir por la “causa” se presenta a sus adeptos como un orgullo, lo que, a su vez, se convierte en la gran fuerza de los nuevos terroristas. Suicidio y destrucción en masa forman parte de la metodología de las actuales redes terroristas. El suicidio como conducta para conseguir el éxito de su lucha es un método extendido no solamente dentro del mundo musulmán, sino también dentro de otros grupos terroristas. El suicidio tiene efectos psicológicos devastadores para los ciudadanos de los países más desarrollados y democráticos, pues no encuentran una explicación convincente a esas actitudes.

Para Thérèse Delpech, hay una lección que se puede extraer después de los últimos atentados terroristas. Y es que, a pesar de vivir en un mundo materialista, la fuerza de las ideas, religiosas o ideológicas están por encima de los intereses. Por eso, aún en el siglo XXI, es más fácil morir por lo primero, es decir, por las ideas.

¿CHOQUE DE CIVILIZACIONES?

Desde que Samuel Huntington dio a conocer su controvertida tesis sobre el choque de las civilizaciones en 1993, en la que afirmaba que aquéllas basadas fundamentalmente en las religiones, estaban configurando las pautas de desintegración y conflicto en el mundo de la posguerra, su pensamiento ha estado presente en la mente de los teóricos de las relaciones internacionales, de los líderes políticos y también en una parte importante de los ciudadanos. Sus postulados han tenido tantos detractores como incondicionales. También es cierto que muchos de

los que en público consideraban que esa teoría dificultaba la construcción de un ambiente de confianza entre las civilizaciones, mantenían un punto de vista contrario en privado.

Cuando se producen acontecimientos sangrientos que tienen como fondo la defensa de algún tipo de ideología religiosa por medio de la violencia, vuelve a reavivarse el postulado de Huntington. Él consideraba que el principal choque de civilizaciones sería, en el siglo que nos encontramos, entre la occidental y la islámica. La tentación de Occidente, fundamentalmente de EEUU, de imponer sus valores, sistema político y estándar de vida, era visto por el resto del mundo como imperialismo. Por tanto, existe siempre el peligro latente de contrarrestar ese poderío occidental buscando atajos, al no disponer ni de los medios económicos ni tecnológicos del mundo Occidental. El terrorismo y las armas de destrucción son actualmente dos instrumentos que pueden servir a tal fin.

Dentro de la visión de Thérèse Delpech, el terrorismo internacional es una de las consecuencias del caos que se ha instalado en la sociedad internacional. Sin embargo, en algunas áreas y civilizaciones, observa la autora, son más propensas al uso de la violencia terrorista para defender sus ideologías o creencias. Mediatizada por los acontecimientos del 11 de septiembre, intenta conocer por qué proliferan con mayor facilidad los grupos terroristas en el mundo musulmán en los últimos. Además se pregunta si los terroristas y sus acciones criminales cuentan con el respaldo de una parte significativa de la población musulmana. Se plantea esta pregunta por la sorpresa que le ha causado que una importante parte del mundo árabe recibiera esos atentados como un signo de orgullo y con expresiones de júbilo. La autora piensa que esas reacciones son una manifestación de la profunda frustración de los musulmanes hacia el mundo occidental representado por los Estados Unidos.

El terrorismo para Delpech es un mal endémico dentro de la sociedad musulmana donde la población está sometida simultáneamente a la violencia del Estado y a la de los grupos terroristas que se oponen al poder existente. Añade, además, la incapacidad de la mayor parte de los países musulmanes para abrirse a los valores democráticos, para creer en las instituciones democráticas y para desarrollar una vida intelectual y cultural adecuada que sirva de motor de cambio. La autora considera que uno de los grandes temores de los defensores de la democracia en estos países es que se utilice la lucha contra el terrorismo como un medio para controlar a la población, calificando de terrorista a todo aquel que se opone al sistema político existente en esos países.

Por otro lado, afirma que las sociedades que no toleran ninguna forma de debate público, la religión se utiliza como el único medio de expresión posible y, a través de ella, se anima a adoptar las posiciones políticas más radicales. La ausencia de legitimidad de los dirigentes políticos, su incapacidad para abrir perspectivas a la población joven y su corrupción generalizada hace que una parte de esa población, especialmente la más joven, busque en la religión su tabla de salvación.

Gran parte de los países musulmanes se encuentran entre los menos desarrollados del mundo. Desde que muchos de ellos dejaron de ser colonias no han sabido planificar adecuadamente su futuro y, por tanto, la modernización sigue siendo la asignatura pendiente. Las consecuencias son evidentes: políticas autoritarias, una alta tasa de natalidad y de paro, corrupción, gran diferencia entre las escalas sociales, en la que prácticamente no existe una clase social media que sirva, como ocurrió en otros países en transición, como elemento de estabilidad y modernización. En definitiva, el mundo musulmán se ha replegado en sí mismo. Termina señalando la autora:

En lugar de comprender que el poder depende de la cultura y de la educación, es la compra de armas lo que pasa a ser lo esencial de las riquezas del mundo árabe. Arabia Saudita es un excelente ejemplo.

El caos reside en el mundo musulmán y, siguiendo la tesis de Delpech, ello genera inestabilidad, por lo que el terrorismo encuentra en este ambiente las condiciones necesarias para crecer. El profundo rencor hacia lo occidental, especialmente hacia a los Estados Unidos, aunque se debe a varias causas históricas, las más reseñables son dos. Por un lado, la I Guerra del Golfo dejó graves herencias por sus consecuencias, como fueron la presencia militar americana en Arabia Saudita y las sanciones internacionales a Irak. Por otro lado, la actitud americana en el endémico conflicto entre israelitas y palestinos.

A diferencia de Huntington, Delpech no considera que el rencor del mundo musulmán hacia lo occidental y las acciones terroristas contra la civilización occidental obedezcan a una verdadera fractura entre ambas civilizaciones. En este sentido afirma que:

El peligro de las guerras religiosas es mayor que el de las guerras entre civilizaciones porque las religiones tienen un poder más grande que las civilizaciones. Al-Qaeda usa la religión no sólo para reconocer a su Dios como el único, sino también para usar el poder absoluto de la fe religiosa en países donde el analfabetismo les impide a una importante parte de la población leer el Corán.

Sin embargo, a pesar de la fuerza que les da la ideología que postulan, las razones de proliferación de grupos terroristas y sus acciones criminales hay que buscarlas más bien en la falta de desarrollo político, económico y social que viven los diferentes países musulmanes. En definitiva, el caos reinante hace que no se vea ningún tipo de perspectiva y ello es origen de frustración.

LA LUCHA CONTRA EL TERRORISMO INTERNACIONAL

El terrorismo actual se caracteriza por no ser portador de reivindicaciones concretas, por atacar cualquier objetivo en cualquier lugar sin avisar y habitualmente no tienen un centro localizado de operaciones. Tampoco tiene una voluntad de invadir, ni se interesa por incautar las riquezas de los países a los que ataca, pero muestra una sólida voluntad de destruir el orden existente. No duda en emplear cualquier tipo de medio violento para tal fin. Rechaza la distinción entre objetivos civiles y militares y es inspirado más que disuadido ante la perspectiva de entregar su vida por la causa. Su verdadera fuerza no reside ni en las armas que utiliza ni en su determinación de destruir, sino en la ideología radical que defiende.

La disuasión, en este contexto, es menos relevante que en las amenazas que representaba la acción de unos Estados contra otros, ya que sorpresa y conmoción forman parte de la estrategia asimétrica del terrorismo. La estrategia de la disuasión falla frente actores no estatales, pues ellos no tienen nada que perder, sobretodo, cuando utilizan el suicidio como método de actuación. También los actuales dispositivos de defensa, tanto de los Estados como los establecidos en un contexto multinacional, resultan ser ineficaces para afrontar esta amenaza.

La comunidad internacional, consciente que los dispositivos clásicos de defensa no son eficaces para la lucha contra el terrorismo, busca nuevas formas de hacerle frente. Delpéch propone, a la luz de los atentados del 11 de septiembre, las siguientes orientaciones:

- Un riesgo transnacional requiere de la cooperación internacional como mejor manera de asegurar los intereses comunes. Las alianzas y los acuerdos que se forjaron contra el terrorismo después de los atentados de Washington y Nueva York recuerdan a la alianza creada con motivo de la I Guerra del Golfo. Las acciones tanto multilaterales como bilaterales para reducir el peligro del terrorismo internacional han hecho que se avanzase en unos meses más que en todo el tiempo precedente en este campo. El gran desafío, desde el punto de vista de la escritora, es mantener esta coalición el mayor tiempo posible como mejor forma de vencer al terrorismo.
- La erradicación de las fuentes de financiación de los grupos terroristas. Aunque la globalización permite que los recursos financieros se puedan refugiar en cualquier lugar del mundo, también proporciona la ventaja que es más fácil que antaño perseguir esas fuentes, siempre y cuando los Estados colaboren. Para tal fin el sistema bancario está adoptando nuevas formas de transparencia y restricciones a los movimientos de capitales. Los gobiernos muestran una actitud favorable de poner límites a la globalización y la libertad de comercio para combatir la financiación del terrorismo.
- La información sigue siendo fundamental en la lucha contra el terrorismo internacional. Sin embargo, se ha demostrado que los servicios de información no sólo de los distintos Estados, sino también los existentes en cada Estado, como se demostró con los de los Estados Unidos, no estaban bien coordinados. Líneas de cooperación en este campo son cruciales para abordar esta lucha.
- La defensa civil que se había considerado secundario una vez que, al menos en Occidente, se valoraba como improbable un ataque generalizado de un Estado contra el territorio de otro, ha demostrado que sigue siendo útil y que en el futuro deberá reforzarse. Para Delpech, la separación entre defensa civil y militar debe desaparecer. La posibilidad de que los ataques terroristas estén dirigidos contra civiles, exigirá un mayor esfuerzo en su protección, por eso la defensa civil tendrá un importante papel que desempeñar en este escenario.

Finalmente, esta autora advierte que el terrorismo va dirigido contra todos. El creer que es sólo un asunto de los Estados Unidos puede acarrear graves consecuencias. Ningún Estado puede

permitir que los americanos salgan mal parados de esta lucha, pues llevaría al mundo a un ambiente de terror y de mayor caos.

EUROPA FRENTE AL TERRORISMO

Al finalizar el año 2002, el Instituto de Estudios de Seguridad de la Unión Europea publicó un monográfico titulado: “Terrorismo internacional y Europa”, elaborado por Thérèse Delpech, donde exponía su punto de vista de la percepción que Europa tiene respecto a Estados Unidos del terrorismo internacional, y el papel que la Unión Europea podía y debería desempeñar en este campo. El estudio está excesivamente mediatizado por los atentados del 11 de septiembre y, por tanto, se centra de manera monocorde con los terrorismos basados en radicalismos religiosos.

El terrorismo en Europa ha sido un fenómeno persistente desde hace mucho tiempo. El viejo continente ha soportado la violencia de distintos grupos terroristas con diferentes objetivos y manifestaciones, como el GRAPO y la ETA en España, las Brigadas Rojas en Italia, el terrorismo corso en Francia, el 17 de Noviembre en Grecia o el terrorismo irlandés en el Reino Unido. En otras ocasiones, se ha utilizado el suelo europeo como base logística de grupos terroristas que atentaban contra intereses de terceros países. El más conocido fue la presencia en Europa, principalmente en Francia, de los miembros más radicales del FIS (Frente Islámico de Salvación) argelino que dieron lugar a distintos grupos terroristas bajo el control del GIA (Grupo Islámico Armado) que se hizo responsable del intento de atentado terrorista en Francia en diciembre de 1994, cuando un Airbus que procedía de Argelia fue secuestrado y los terroristas intentaron derribarlo en la Torre Eiffel.

Muchos de estos terrorismos se han calificado de domésticos para señalar que cada uno de ellos atentaban contra los intereses de un Estado particular pero no tenían incidencia para el resto del mundo, en este caso de Europa. Lo doméstico escondía inhibición e insolidaridad del conjunto de la comunidad internacional para cooperar en la lucha contra cualquier tipo de terrorismo. Hoy, en la medida que un atentado se puede preparar en un lugar concreto pero puede haberse organizado y planeado a cientos, tal vez a miles, de kilómetros del lugar de la ejecución y, con recursos financieros de distintas fuentes y procedencias, apoyándose en las posibilidades que ofrece la globalización, la distinción entre internacional y doméstico ha quedado obsoleta.

Delpech no aborda directamente este asunto tan sensible al referirse a Europa, tratando el terrorismo como un fenómeno transnacional. Sin embargo, admite esta idea implícitamente, al considerar que esta amenaza está reconfigurando el dispositivo de seguridad y defensa tanto de los Estados como el de las organizaciones internacionales responsables de ello. Si en Europa se quiere hacer frente al terrorismo, se debe considerar la seguridad como un todo, diluyendo la distinción entre seguridad interior y exterior. En la búsqueda de esa seguridad participan fuerzas policiales y militares allí donde sea necesario. Muchos gobiernos europeos han sido, hasta ahora, reticentes al empleo de medios militares contra el terrorismo porque se le valoraba como una amenaza exclusivamente interna. La seguridad del siglo XXI, para la autora, debe verse bajo el principio de unicidad y, por tanto, todas las fuerzas de un Estados son necesarias para actuar contra el fenómeno del terrorismo en un marco multilateral.

En esta línea argumental, Thérèse Delpech señala que Europa debe ocupar un papel más activo en la defensa de sus intereses a través de la disponibilidad de medios adecuadamente estructurados y organizados para hacer frente a las presentes amenazas. En una época en que la distinción entre interior y exterior es cada vez más borrosa, el dispositivo de defensa también se debe de adaptar a esa realidad. La defensa territorial clásica, por un lado, que significa no sólo resistencia frente a una invasión sino también protección de puntos vitales, data de la Guerra Fría y proyección de la fuerza, por otro lado, concepto procedente de la posguerra Fría, también está perdiendo consistencia de manera aislada. La defensa, considera la escritora, debe de tener capacidad de actuar allí donde procedan las amenazas. La capacidad para actuar en diferentes circunstancias, lugares y con distintas formas de acción, será una de las características principales de las fuerzas militares de esta nueva centuria y en donde Europa tiene todavía que hacer progresos significantes. Como se puede deducir de todo lo anterior, a pesar de hablar de terrorismo internacional, sólo existe en su visión una categoría única de terrorismo.

La base de la lucha contra una amenaza transnacional es la cooperación internacional. A medida que esa cooperación sea lo más robusta posible y dure el mayor tiempo, las posibilidades de éxito aumentan.

La seguridad de Europa ha sido una realidad desde el final de la II Guerra Mundial gracias al vínculo trasatlántico. Los atentados del 11 de septiembre pusieron a prueba esta asociación en

varios frentes de una manera rotunda pero también fugaz. El tiempo ha hecho aflorar diferentes sensibilidades en cuanto al terrorismo se refiere, a un lado y otro del océano Atlántico.

Europa occidental, a diferencia de los Estados Unidos, no siente la necesidad de abordar el terrorismo como una guerra. Los europeos, acostumbrados durante mucho tiempo a sufrir las acciones terroristas, prefieren afrontarlo con una amplia gama de instrumentos como los policiales, los servicios de información o la justicia. Por el contrario, los Estados Unidos han expresado su voluntad y deseo de hacer de la lucha contra el terrorismo la nueva prioridad de su acción exterior y cooperación con Europa, siguiendo la misma metodología que durante la lucha contra el comunismo en el periodo de la Guerra Fría. Los europeos, por otro lado, temen que la posición americana pueda conducir a una guerra sin fin, cuyas consecuencias finales no se hayan valorado adecuadamente. Para Delpéch detrás de estas diferencias de opinión, se esconde la divergencia entre Europa y Estados Unidos en cuanto a los gastos de defensa. Desde el 11 de septiembre, Estados Unidos ha aumentado drásticamente las inversiones en gastos militares, mientras Europa no ha seguido, una vez más, ese camino, solamente Francia y el Reino Unido han decidido incrementar sus presupuestos de defensa de una manera significativa. Lo que supone que el conjunto de Europa no está adoptando dispositivos de defensa adecuados a los nuevos riesgos, especialmente el terrorismo.

La escritora advierte a lo largo de su obra que uno de los mayores peligros en la lucha contra el terrorismo internacional es la insolidaridad que puede conducir a la falta de cooperación. Se ha afirmado en repetidas ocasiones que el terrorismo que tiene como base radicalismos religiosos, especialmente el islámico, culpa de gran parte de los males de las sociedades musulmanas a los extranjeros y a los infieles, representados por el mundo Occidental que lo confunden y lo identifican con su líder, es decir, Estados Unidos. Los europeos pueden tener la tentación de pensar que ese terrorismo es una muestra de la exasperación de estos grupos hacia Estados Unidos, en general, y por su presencia en Oriente Medio en particular, y que en el futuro, por tanto, seguirán atacando intereses americanos en su propio territorio o en el exterior. Esto podría llevar a una actitud de inhibición, a pesar que muchas de las células terroristas operan desde territorio europeo.

Pensar que el terrorismo afecta a otros pero no a la persona individual, significaría dar cancha a los terroristas. Esta percepción sería errónea e incluso suicida para quienes tuvieran esa tentación. Para la escritora, Estados Unidos es el principal objetivo por ser la cabeza de la

civilización Occidental, de la que Europa forma parte. Si Europa, además, no se involucra más en la lucha contra el terrorismo, el viejo continente se puede convertir en un objetivo cada vez más tentador para los terroristas, en la medida que sus intereses están más desprotegidos que los Estados Unidos.

La falta de un papel más proactivo en este campo por parte de Europa es vista al otro lado del Atlántico por motivaciones geopolíticas y demográficas. Europa es frontera entre el mundo musulmán y occidental. Thérèse Delpech piensa que toda acción no bien medida podría llevar a un verdadero choque de civilizaciones en sus fronteras del sur. Por tanto, es tiempo para la seguridad blanda, favoreciendo, a través de medidas políticas, económicas y sociales, la transición de gobiernos autoritarios a otros democráticos, el progreso donde reina la pobreza y la construcción de sociedades más abiertas y más moderadas. La asociación euromediterránea de la Unión Europea apunta en esta dirección.

Estados Unidos piensa que la presencia de unos 15 millones de musulmanes viviendo en el área de la Unión Europea conduce a los gobiernos europeos a adoptar una posición tímida contra el terrorismo. Estos temen que una mayor implicación podría significar una radicalización de esta población inmigrante, que suele estar menos integrada en las sociedades europeas que en la americana. Esta situación, lejos de estabilizarse, según la autora, se puede convertir en los próximos años en más inestable en la medida que el porcentaje de esta minoría aumentará en Europa, como resultado del declinar demográfico de la población europea y del incremento de obstáculos para el desarrollo de los países de la orilla sur del Mediterráneo, que propiciará que siga el flujo migratorio del sur al norte. El mayor problema de seguridad en Europa es frenar los movimientos migratorios ilegales e integrar dentro de sus sociedades a los ya existentes, como mejor medio de evitar resentimientos que puedan conducir a ser caldo de reclutamiento de futuros terroristas.

Finalmente, Delpech considera que una de las tareas más descuidadas de Europa es África, pues:

Los ataques terroristas han demostrado que los estados fallidos no son simplemente una característica desagradable del mundo posmoderno, sino que también representan un desafío estratégico al proporcionar las bases a los

terroristas, por eso Europa debería prestar mayor atención al continente africano.

Si Europa no afronta con firmeza la estructuración del continente africano, será el primero en sufrir las consecuencias de la violencia y el desorden que reina en los Estados ubicados en ese continente.

LECCIONES APRENDIDAS A PARTIR DEL 11 DE SEPTIEMBRE

Para finalizar este trabajo se expone a modo de conclusión las lecciones que Thérèse del Delpuch ha extraído después de los ataques terroristas a Washington DC y Nueva York. Aunque ya se ha mencionado que, a lo largo de todos sus artículos y libros siempre que se refiere al terrorismo, se centra excesivamente en estos acontecimientos. De todos modos, de su obra se deduce que esta investigadora francesa se aleja del tradicional pensamiento contemporáneo francés con respecto a las relaciones internacionales y los temas de seguridad.

- Los Estados ya no tienen el uso exclusivo de la violencia. Organizaciones terroristas utilizan cada vez más la violencia en masa para dar a conocer sus objetivos. El terrorismo se ha transformado en un asunto estratégico que ya no puede ser tratado exclusivamente por medios policiales y de inteligencia, especialmente cuando los terroristas emplean armas de destrucción masiva, como tradicionalmente se ha hecho en Europa. El terrorismo forma parte integral del aumento de la violencia del principio de siglo XXI y este cambio necesita una nueva organización de los Estados para hacerle frente.

- Por primer vez en la historia del terrorismo, la intervención militar ha sido considerada como necesaria para responder a un ataque terrorista. Esta necesidad fue reconocida por la comunidad internacional por medio del Consejo de Seguridad y la Asamblea General de Naciones Unidas, después de los ataques terroristas en Washington y Nueva York. Europa no ha tomado suficientes medidas en este campo, tanto en el ámbito colectivo como individual. Delpuch deja abierta esta pregunta: ¿Qué hubiera ocurrido si un ataque de la misma magnitud hubiera tenido lugar en Europa?.

- La inseguridad global requiere tanto una visión global del mundo como una cooperación internacional para afrontar las amenazas. Para la autora, Europa actualmente carece de ambos principios. Si quieren tener un mayor peso en la escena internacional deben recuperar esa visión global de la comunidad internacional y aceptar sus responsabilidades.
- El dispositivo de defensa de los países occidentales, que ha servido hasta ahora para protegerse de los ataques de otros países, no es útil para defenderse contra los ataques terroristas dentro de sus propios territorios. Cuando Europa se estaba equipando para disponer de mayor capacidad para proyectar fuerzas, el territorio nacional vuelve de nuevo a ser vulnerable. Por otro lado, los sistemas de disuasión nuclear han mostrado no ser eficaces contra actores no estatales. Delpech señala que nuevas políticas de defensa deben ser puesta en marcha (mejora de las capacidades de información, sistemas de alerta temprana, incremento del número y calidad de las fuerzas especiales, reforzamiento de la defensa civil, protección crítica de instalaciones, etc.) para disminuir la vulnerabilidad, sobre todo de las poblaciones, a la que están expuestas las naciones occidentales.
- Los países occidentales están pobremente equipados para tratar ideas radicales, especialmente en Europa. Los factores ideológicos y religiosos han adquirido una nueva importancia en el escenario internacional, una vez que se consideraba que la ideología había desaparecido del hemisferio al caer el comunismo. Esta autora considera que el fantasma de una amenaza que no puede ser racionalizada y que descansa en el ejercicio de la violencia, impide cualquier proceso de negociación; sin embargo los europeos normalmente ponen excesivo énfasis en ella.
- La integración de las comunidades musulmanas en Europa debe llevarse a cabo con la mayor urgencia. Solamente así se podrá evitar posibles explosiones sociales y que estas comunidades se conviertan en fuente de reclutamiento de grupos terroristas.
- El 11 de septiembre es un símbolo y una advertencia. Es esencial entender el símbolo y oír la advertencia. Europa no puede ser débil ni tolerante ante el terrorismo internacional; toda debilidad tiene un precio.

Finalmente, la raíz del actual terrorismo internacional, con el empleo de una mayor violencia que antaño, hay que verlo como una consecuencia de la teoría que expone en su obra

Thérèse Delpech, es decir, el caos de la sociedad internacional. Un nuevo orden mundial se plantea como necesario para reemplazar la anomia reinante de la sociedad internacional. Esto pasa porque los actores internacionales, principalmente los Estados y las organizaciones, asuman sus respectivos papeles. La Unión Europea tiene que jugar un papel más relevante en temas de seguridad. La política exterior y de seguridad común ha pasado de necesaria a urgente.

COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO

Coordinador: **D. MIGUEL ALONSO BAQUER**
General de Brigada de Infantería (DEM). 2ª Reserva
Doctor en Filosofía y Letras (Historia y Geografía).
Secretario Permanente del Instituto Español de Estudios Estratégicos (1986-1997).
Actualmente es Asesor para Estudios Históricos en el I.E.E.E.

Secretario: **D. CRISTÓBAL GIL GIL**
Coronel de Infantería de Marina (Rv.)
Diplomado en Guerra Naval

Vocales: **D. JOSÉ ENRIQUE FOJÓN LAGOA**
Coronel del Cuerpo de Infantería de Marina (DEM)
Licenciado en Derecho

D. FRANCISCO JAVIER FRANCO SUANZES
Capitán de Navío del Cuerpo General de la Armada (G)
Director de la Escuela Naval Militar de Marín

D. JUAN ANDRÉS TOLEDANO MANCHEÑO
Teniente Coronel del Cuerpo General del Ejército del Aire. (DEM)
Diplomado en Geodesia Militar.
Ingeniero Superior en Geodesia y Cartografía.

D. JOSÉ PARDO DE SANTAYANA GÓMEZ DE OLEA
Teniente Coronel del Cuerpo General de las Armas del Ejército de Tierra. (DEM)
Profesor Titular de Estrategia de la Escuela de Guerra del Ejército.

D. VICENTE HUESO GARCÍA
Teniente Coronel del Cuerpo General del Ejército del Aire. (DEM)
Doctor en Sociología.
Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología.
Master en Seguridad Europea por el Instituto de Seguridad Europea de Ginebra.
Destinado en el Estado Mayor Militar de la Unión Europea.

D. ENRIQUE MARIA SILVELA DIAZ-CRIADO
Comandante del Cuerpo General de las Armas del Ejército de Tierra (DEM).
Profesor de la Escuela de Guerra del Ejército.

D. IGNACIO ANGEL FUENTE COBO
Comandante del Cuerpo General de las Armas del Ejército de Tierra. (DEM)
Master en Seguridad y Defensa por el Instituto Universitario "General Gutiérrez Mellado".

INDICE

Página

SUMARIO..... ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.

ESTUDIO PRELIMINAR..... ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.

Capítulo I

JACQUES BARZUN. DEL AMANECER A LA DECADENCIA. QUINIENTOS AÑOS DE VIDA CULTURAL EN OCCIDENTE (DE 1500 A NUESTROS DÍAS). UNA RADIOGRAFÍA DEL ALMA OCCIDENTAL..... ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.

Capítulo II

JEAN FRANÇOISE REVEL: EL REALISMO DE LA LÓGICA..... ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.

CONOCIMIENTO Y CIVILIZACIÓN..... ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
LA FUNCIÓN DEL PERIODISMO ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
LA GLOBALIZACIÓN. ¿NUEVA FORMA DE TOTALITARISMO?..... ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
EL TERRORISMO ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
EL ANTIAMERICANISMO ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
EUROPA COMO REFERENCIA ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.

Capítulo III

ANDRÉ GLUCKSMANN. EL NIHILISMO COMO FACTOR BELÍGENO¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.

EL CAMBIO EN LAS RELACIONES DE FUERZA ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
EL FIN DE LAS IDEOLOGÍAS EN EL NUEVO DESORDEN MUNDIAL ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
EL TERRORISMO EN EL NUEVO DESORDEN MUNDIAL ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
EL NIHILISMO EN EL BANQUILLO DE LOS ACUSADOS ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
EL COMPROMISO Y LA DISIDENCIA..... ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
AFRONTAR EL PROBLEMA ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
EL DERECHO DE INJERENCIA ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.

Capítulo IV

BERNARD-HENRY LEVY: EL FILÓSOFO DEL LADO OSCURO DE LA HISTORIA
..... ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.

RESEÑA BIOGRÁFICA ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
LA BARBARIE CON ROSTRO HUMANO..... ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
LAS GUERRAS OLVIDADAS..... ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
EL SENTIDO DE LA GUERRA Y LAS GUERRAS SIN SENTIDO ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
LA LOGICA DEL KAMIKACE O LA MUECA DEL HEROE ¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.

LAS GUERRAS OLVIDADAS Y EL FIN DE LA HISTORIA.....	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
¿SE PUEDE ACABAR CON LA GUERRA?.....	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.

Capítulo V

MANUEL CASTELLS. LA ERA DE LA INFORMACIÓN. INDIVIDUALISMO Y COMUNALISMO EN EL ORIGEN DE LA VIOLENCIA DEL SIGLO XXI	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
---	------------------------------

DESDE MAYO DEL 68 HASTA BERKELEY	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
LA ERA DE LA INFORMACIÓN: LA RED Y EL YO.....	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
LA SOCIEDAD RED.....	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
EL PODER DE LA IDENTIDAD.....	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
FIN DE MILENIO: LA GUERRA RED Y EL TERRORISMO GLOBAL	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
CONCLUSIONES.....	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.

Capítulo VI

IGNACIO RAMONET. TERRORISMO INTERNACIONAL:	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
---	------------------------------

¿CAUSA O JUSTIFICACIÓN DEL INTERVENCIONISMO?.....	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
--	------------------------------

INTRODUCCIÓN.....	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO SOBRE SEGURIDAD	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
GUERRA TOTAL CONTRA UN ENEMIGO DIFUSO	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
EL DESEQUILIBRIO DEL ORDEN INTERNACIONAL	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
EL PAPEL DE EUROPA EN EL NUEVO ESCENARIO.....	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.

Capítulo VII

THÉRÈSE DELPECH. CAOS MUNDIAL, TERRORISMO INTERNACIONAL	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
--	------------------------------

INTRODUCCIÓN.....	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
LA OTRA CARA DEL FINAL DE LA GUERRA FRÍA.....	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
LAS NUEVAS MANIFESTACIONES DEL TERRORISMO	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
¿CHOQUE DE CIVILIZACIONES?	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
LA LUCHA CONTRA EL TERRORISMO INTERNACIONAL.....	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
EUROPA FRENTE AL TERRORISMO	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
LECCIONES APRENDIDAS A PARTIR DEL 11 DE SEPTIEMBRE.....	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.

COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
---	------------------------------

INDICE	¡ERROR!MARCADOR NO DEFINIDO.
---------------------	------------------------------